



Bajo la red

IRIS MURDOCH

TRADUCCIÓN *de* JAVIER ALFAYA
Y BARBARA McSHANE

IMPEDIMENTA

BAJO LA RED



IRIS MURDOCH

*Traducción del inglés a cargo de
Javier Alfaya y Barbara McShane*



IMPEDIMENTA

El deslumbrante debut de Iris Murdoch. Una magistral mezcla de reflexión filosófica y novela picaresca que indaga sobre el trabajo, el amor, la fortuna y la fama.

«Bajo la red presagió el nacimiento de un talento literario sin parangón en su época.»

TLS

«Con Bajo la red estamos ante una tragicomedia dotada de un toque de ferocidad tal que logra emocionar poderosamente.»

Elizabeth Jane Howard

Para Raymond Queneau

*Todo, todo de igual forma:
tu Caza fue la de una Bestia;
tus Guerras nada trajeron;
tus Amantes fueron infieles.
Menos mal que acabó la vieja Era,
y hora es de que empiece una Nueva.*

JOHN DRYDEN, *The Secular Masque*

UNO

Cuando vi a Finn esperándome en la esquina de la calle, supe enseguida que ocurría algo. Lo habitual es que me espere en la cama o apoyado en la puerta con los ojos cerrados. Además, yo llegaba tarde debido a la huelga. Detesto los viajes de vuelta a Inglaterra; hasta que no entierro mi cabeza bien al fondo de mi querido Londres para olvidar que he estado fuera, no tengo consuelo. Así que ya se pueden imaginar lo desdichado que me sentía por tener que esperar con impaciencia, en Newhaven, a que los trenes volvieran a ponerse en marcha, con el aroma de Francia todavía fresco en mi nariz. Además, en esta ocasión me habían quitado en la aduana las botellas de coñac que traía de contrabando, de modo que cuando llegó la hora de cerrar estaba totalmente entregado a los tormentos de una morbosa introspección. La estimulante objetividad de una verdadera contemplación es algo que un hombre de mi temperamento no puede lograr en ciudades poco conocidas de Inglaterra, y menos todavía cuando tiene que preocuparse por los trenes. Aun en el mejor de los casos, los trenes son malos para los nervios. ¿Con qué tendría pesadillas la gente antes de que hubiera trenes? Teniendo todo esto en cuenta, resultaba raro que Finn me esperase en la calle.

Cuando lo vi, me detuve y dejé las maletas. Estaban llenas de libros franceses y pesaban mucho. Le grité: «¡Hola!», y Finn se acercó lentamente. Nunca se da prisa. Me resulta difícil hablarle a la gente de Finn. No es exactamente mi criado. Se diría más bien que es mi agente. A veces lo mantengo yo y otras me mantiene él; eso depende. Pero está claro que no

somos iguales. Se llama Peter O'Finney, pero eso no importa, porque todos lo llaman Finn y es una especie de primo lejano mío, o al menos eso decía él antes, y nunca me he preocupado por comprobarlo. Pero la gente tiene la impresión de que es mi criado y lo mismo me suele ocurrir a mí, aunque me sería difícil decir por qué. A veces creo que se debe simplemente a que Finn es una persona humilde y retraída, que automáticamente se sitúa en segundo plano. Cuando no tenemos camas suficientes, siempre es él quien duerme en el suelo y resulta perfectamente natural. Es cierto que estoy constantemente dándole órdenes, pero eso es porque Finn no tiene las ideas muy claras sobre cómo emplear su tiempo. Algunos de mis amigos creen que está chiflado, pero no es verdad; sabe muy bien lo que hace.

Cuando Finn se acercó, le indiqué una de las maletas que podía llevar, pero no la cogió. En lugar de eso, se sentó encima y me miró melancólicamente. Me senté encima de la otra maleta y estuvimos un rato en silencio. Yo estaba cansado y no tenía ganas de preguntarle nada, ya me lo contaría. Le encantan los problemas, los suyos y los de los demás, sin discriminación, y lo que le gusta aún más es dar malas noticias. De aspecto triste y larguirucho, Finn es bastante guapo, con cabellos lacios de color pardo y un huesudo rostro irlandés. Me saca una cabeza (yo soy un hombre bajo), pero es un poco cargado de hombros. Me miró con tanta tristeza que se me arrugó el corazón.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté por fin.

—Nos ha echado —dijo.

No me lo tomé en serio; era imposible.

—Venga —le dije amistosamente—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Nos echa —repitió—. A los dos, ahora, hoy mismo.

Finn es un pájaro de mal agüero, pero nunca miente, ni siquiera exagera. Aun así, aquello era demasiado.

—¿Pero por qué? —pregunté—. ¿Qué hemos hecho?

—No se trata de lo que hayamos hecho nosotros, sino de lo que va a hacer ella —dijo Finn—. Se va a casar con un tipo.

Fue un golpe, pero al encajarlo me dije a mí mismo: ¿y por qué no? Soy un hombre tolerante e imparcial. Y enseguida me pregunté adónde podríamos

ir.

—Pero nunca me ha comentado nada —observé.

—Nunca le has preguntado nada —me contestó.

Era verdad. A lo largo del último año no había mostrado el menor interés por la vida privada de Magdalen. Si se comprometía con otro hombre, ¿quién tenía la culpa más que yo?

—¿Quién es ese tipo? —pregunté.

—Un corredor de apuestas —dijo Finn.

—¿Es rico?

—Sí, tiene coche —dijo Finn. Esa era su manera de valorarlo, y me parece que por entonces también era la mía—. Las mujeres me ponen enfermo —añadió Finn. Estaba tan fastidiado como yo de que nos echaran.

Me quedé allí sentado un momento, sintiendo una especie de dolor físico en el que los celos y mi orgullo herido se combinaban con una profunda sensación de desamparo. Allí estábamos, sentados sobre dos maletas, en Earls Court Road en una soleada y polvorienta mañana de julio. ¿Adónde íbamos a ir ahora? Siempre pasaba igual. Me había esforzado por poner en orden mi universo y todo saltaba por los aires volviendo a la situación anterior. Finn y yo tendríamos que espabilar de nuevo. Digo mi universo, no el nuestro, porque a veces pienso que Finn tiene muy poca vida interior. No lo digo de forma despectiva; algunas personas la tienen y otras no. Para mí está relacionado con su franqueza. Las personas sutiles como yo tenemos en cuenta demasiadas cosas como para dar una respuesta directa. Siempre me preocupan los matices. Y también lo relaciono con su inclinación a hacer manifestaciones objetivas en el momento menos oportuno, como una luz muy fuerte cuando te duele la cabeza. Aunque puede ser que Finn eche de menos su vida interior y por eso me siga, ya que la mía es compleja y muy variada. Así que, para mí, Finn forma parte de mi universo y no puedo concebir que él tenga uno en el que yo figure. Además, ese acuerdo resulta muy tranquilizador para los dos.

Quedaban todavía dos horas para abrir, y me costaba hacerme a la idea de que iba a tener que enfrentarme con Magdalen enseguida. Ella esperaría que yo le montara una escena, pero no me sentía con fuerzas suficientes y

además no tenía ni idea de qué clase de escena tenía que montar. Habría que meditarlo mucho. No hay nada como que te echen para que te pongas a pensar en por qué te han echado. Necesitaba tiempo para reflexionar sobre mi situación.

—¿Quieres tomar una taza de café en Lyons? —pregunté a Finn esperando que me dijera que sí.

—No —contestó—. Ya lo he pasado bastante mal esperando a que volvieras, con ella deseando perderme de vista. Ve a verla. —Y echó a andar calle abajo. Finn siempre se refiere a la gente mediante pronombres y vocativos. Lo seguí lentamente, intentando aclararme quién era yo.

Magdalen vivía en una de esas repugnantes y pesadas casas de Earls Court Road. Le pertenecía la mitad superior de la casa; y allí llevaba yo viviendo más de ocho meses, igual que Finn. Los dos dormíamos en la cuarta planta, en un laberinto de buhardillas, y Magdalen en la tercera, aunque eso no quiere decir que no nos viéramos mucho, por lo menos al principio. Había empezado a considerar mía aquella casa. A veces Magdalen se echaba novio, pero no me molestaba y nunca le pregunté nada. Me sentía más a gusto cuando lo tenía, porque entonces yo disponía de más tiempo para trabajar, o más bien para dedicarme a esa especie de reflexión ensoñadoramente estéril que es lo que más me gusta en el mundo.

Estábamos allí tan a gusto como un par de nueces en sus cáscaras. Además, vivíamos prácticamente sin tener que pagar el alquiler, lo que también tenía su importancia. No hay nada que me resulte más irritante que tener que pagar un alquiler.

Debo explicarles que Magdalen es mecanógrafa en el centro de la ciudad, o por lo menos lo era cuando se produjeron los primeros acontecimientos de este relato. Sin embargo, no es esa una descripción completa. Su verdadera ocupación consiste en ser ella misma, y a ello dedica un celo y una habilidad artística tremendos. Sus esfuerzos siguen los preceptos de las revistas femeninas y del cine, y solo cierta veta de ingenuidad y la incorruptible vitalidad que hay en ella le han impedido convertirse en un ser anodino, a pesar de dedicarse al estudio constante de los trucos de seducción más en boga. No es hermosa: ese es un adjetivo que no suelo usar; pero es bonita y

atractiva. Su gracia estriba en sus rasgos regulares y en la finura de su tez, que cubre con una máscara de maquillaje de color melocotón hasta dejarla tan lisa e inexpresiva como el alabastro. Sus cabellos los peina según los dictados de la moda del momento. Se los tiñe de rubio. Las mujeres piensan que la belleza consiste en aproximarse lo máximo posible a una norma de armonía. La única razón por la que no consiguen llegar a ser indistintamente parecidas unas a otras es por falta de tiempo, dinero y técnica. Las estrellas de cine, que disponen de todo ello, *son* indistintamente parecidas. El atractivo de Magdalen reside en sus ojos, y en la vitalidad de sus maneras y de su expresión. Los ojos son la única parte del rostro que nada puede disfrazar, o al menos nada se ha inventado todavía para conseguirlo. Los ojos son el espejo del alma y no se puede pintar sobre ellos ni rociarlos con polvos dorados. Los de Magdalen son grandes, grises y almendrados, y resplandecen como piedrecitas bajo la lluvia. De vez en cuando gana mucho dinero, pero no aporreando una máquina de escribir, sino como modelo de fotografía. Todo el mundo considera que es una chica guapa.

Magdalen estaba en el baño cuando llegamos. Fuimos a su sala de estar, en la que la estufa eléctrica y los montoncitos de medias de nailon y de ropa interior de seda y el olor de los polvos faciales formaban un escenario acogedor. Finn se dejó caer en el deslucido diván precisamente de la manera en que ella le pedía siempre que no lo hiciera. Me acerqué a la puerta del cuarto de baño y grité: «¡Madge!».

El chapoteo en el agua cesó y dijo:

—¿Eres tú, Jake?

La cisterna hizo un ruido infernal.

—Sí, por supuesto, soy yo. ¿Qué es lo que pasa?

—No puedo oírte —dijo—. Espera un momento.

—¿Qué es lo que pasa? —le grité—. ¿Es verdad que te vas a casar con un corredor de apuestas? ¡No puedes hacerlo sin consultarme!

Me pareció que estaba montando una escena bastante pasable junto a la puerta del cuarto de baño. Hasta golpeé la madera.

—No puedo oír ni una palabra —dijo Madge. Lo cual no era cierto; lo que

quería era ganar tiempo—. Jake, querido, prepara la cafetera y nos tomamos un café. Saldré en un minuto.

Magdalen salió del cuarto de baño envuelta en una ráfaga de aire caliente y perfumado mientras yo hacía el café, pero se dirigió directamente a su dormitorio. Finn se levantó apresuradamente del diván. Encendimos un cigarrillo y esperamos. Al cabo de un largo rato, Magdalen apareció resplandeciente y se situó delante de mí. La miré con tranquila sorpresa. Su aspecto había cambiado notablemente. Llevaba un ceñido vestido de seda, un modelo caro y complicado, y alhajas de buen precio. Hasta parecía distinta la expresión de su rostro. Ahora comprendía lo que Finn me había dicho. Mientras caminaba por la calle estaba demasiado preocupado con mis cosas como para reflexionar acerca de lo extravagante y tremendo del plan de Madge. Me di cuenta de que era cuestión de dinero. Desde luego, resultaba sorprendente. Madge solía salir con hombres aburridos pero humanos, funcionarios públicos de gustos bohemios o, en el peor de los casos, con escritores a sueldo, como yo.

Me pregunto qué curioso defecto de la estratificación social la había llevado a tratar con un hombre que la inducía a vestirse de esa manera. Di una vuelta a su alrededor, mirándola.

—¿Qué te crees que soy, el Albert Memorial? —preguntó Magdalen.

—Con esos ojos, no. —Y miré en las profundidades moteadas de sus pupilas.

Luego sentí un dolor extraño y tuve que volverme. Debería haberme preocupado más de esa chica. Una metamorfosis semejante tenía que llevar mucho tiempo preparándose, pero yo había sido demasiado torpe para darme cuenta. Una muchacha como Magdalen no se transforma de la noche a la mañana. Alguien había hecho una buena labor de zapa.

Madge me miró con curiosidad.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Estás enfermo?

Le dije lo que estaba pensando.

—Madge, debería haberme ocupado más de ti.

—No te has ocupado en absoluto —dijo—. Ahora lo va a hacer otra persona.

Su risa sonó cortante, pero sus ojos parecían preocupados y, aunque fuera demasiado tarde, sentí ganas de hacerle una temeraria proposición. Una extraña luz, dirigida sobre nuestra amistad, hizo resaltar cosas nuevas e intenté por un momento entender la esencia de mi necesidad de ella. Sin embargo, respiré hondo y seguí mi regla de no hablar nunca con franqueza a las mujeres en momentos de emoción. No trae nada bueno. No es propio de mi naturaleza asumir la responsabilidad de otras personas. Tengo ya bastante con ocuparme de mí mismo. Pasó el momento de peligro, la señal desapareció, y también el fulgor en la mirada de Magdalen, que dijo: «Dame un café», y se lo di.

—Mira, Jakie —continuó—, ya sabes cómo son estas cosas. Quiero que saques todo lo tuyo de aquí tan pronto como puedas; si es posible, hoy mismo. Lo he metido todo en tu habitación.

Lo había hecho. Faltaban varios objetos míos que habitualmente decoraban la sala de estar. Me sentí como si ya no viviera allí.

—No sé cómo son «estas cosas» —dije— y me gustaría mucho que me lo explicaras.

—Por supuesto, tienes que llevártelo *todo*. Si quieres pagaré el taxi. Estaba más fresca que una lechuga.

—Ten un poco de corazón, Madge —dije.

Volvía a preocuparme de mí mismo y me sentía mucho mejor.

—¿No podría seguir viviendo en la parte de arriba? No te molestaré. Pero sabía que no era una buena idea.

—¡Oh, Jake! —contestó—. ¡Eres un imbécil!

Era el comentario más amable que había hecho hasta entonces. Los dos nos sentimos más tranquilos.

Durante todo ese tiempo, Finn había estado apoyado contra la puerta, mirando a alguna parte distraídamente. Era difícil saber si escuchaba o no.

—Échalo —dijo Magdalen—. Me da grima.

—¿Dónde lo voy a mandar? —pregunté—. ¿Adónde podemos ir? Sabes que no tengo dinero.

No era verdad del todo, pero hacer como que no tenía un centavo constituía una cuestión de principios, porque nunca se sabe si puede

resultar útil que los demás piensen eso de uno.

—Ya sois mayorcitos —dijo ella—. Al menos eso parece. Es problema vuestro.

Me encontré con la mirada soñolienta de Finn.

—¿Qué vamos a hacer? —le pregunté.

Finn a veces tenía ideas, y después de todo había tenido más tiempo que yo para reflexionar sobre la situación.

—Vamos donde Dave —dijo.

Me pareció una idea sensata; así que dije:

—¡Vale! —Y le grité—: ¡Coge las maletas! —ya que había salido corriendo como una flecha.

A veces pienso que Magdalen no le cae bien. Volvió, cogió una y se esfumó.

Magdalen y yo nos miramos como dos boxeadores al comienzo del segundo asalto.

—Mira, Madge... —empecé—, no puedes echarme así como así.

—Llegaste así como así —me contestó.

Era cierto. Suspiré.

—Ven aquí, Madge. —Y extendí mi mano. Me dio la suya, pero estaba tan tiesa e insensible como una espumadera, y al cabo de unos segundos la solté.

—No me hagas una escena, Jakie —dijo Madge.

En aquel momento no podía hacerla, ni siquiera una pequeña. Me sentía débil y me tumbé en el sofá.

—¡Eh, eh! —dije suavemente—. Así que me pones en la calle, y todo por un hombre que vive de los vicios de los demás.

—Todos vivimos de los vicios de los demás —dijo con un aire de cinismo muy de la época, que no le iba nada bien—. Yo lo hago, tú también lo haces, y además vives de vicios peores que los suyos.

Se refería a la clase de libros que a veces traducía.

—¿Cómo se llama ese tipo? —le pregunté.

Madge me miró fijamente, atenta al efecto que me iba a producir su respuesta.

—Su nombre —dijo— es Starfield. Quizá hayas oído hablar de él.

Sus ojos brillaban sin pudor.

Endurecí mi rostro para no traicionarme. Así que se trataba de Starfield, Samuel Starfield, el Sagrado Sammy. Decir que era un corredor de apuestas resultaba un tanto pintoresco por parte de Finn, aunque todavía tenía sus oficinas cerca de Piccadilly y su nombre en luces de neón. Starfield hacía un poco de todo en aquellos sectores a los que lo llevaban sus gustos y su dinero: ropa femenina, cabarets, películas, restaurantes.

—Ya entiendo. —No estaba dispuesto a montarle un espectáculo a Madge—. ¿Dónde lo conociste? Te lo pregunto solo por curiosidad sociológica.

—No entiendo lo que quieres decir —contestó—. Pero, si tan interesado estás en saberlo, lo conocí en el autobús.

Estaba claro que era mentira. Meneé la cabeza.

—Lo que vas a hacer es convertirte en un maniquí para toda tu vida —le dije—. Tendrás que pasarte todo el tiempo convertida en un símbolo de ostentosa riqueza.

Y al decírselo pensé que quizá esa podía no ser una vida tan mala.

—¡Jakie! ¿Quieres irte de una vez? —exclamó Magdalen.

—De todas maneras —continué— no vas a vivir *aquí* con el Sagrado Sam, ¿no?

—Necesitaremos este piso —contestó ella— y quiero que te vayas ahora mismo.

Pensé que se escabullía de la pregunta.

—¿No has dicho que te ibas a *casar*? —le pregunté.

Otra vez me volvía el sentido de la responsabilidad. Después de todo, ella no tenía padre y yo me sentía *in loco parentis*. Era el único lugar que me quedaba. Y, ahora que lo pensaba, empezaba a parecerme fantásticamente improbable que Starfield se casara con una muchacha como Magdalen. Madge podía servir para llevar abrigos de pieles como cualquier otra mujer loca por la ropa. Pero no era vistosa, ni tampoco rica ni famosa. Era una simpática y saludable inglesita, tan sencilla y dulce como la fiesta del Primero de Mayo en Kew. Y yo me imaginaba los gustos de Starfield más exóticos y poco interesados en el matrimonio.

—Sí —dijo Madge enfáticamente, todavía más fresca que una rosa—. ¿Y

quieres hacer de una vez las maletas?

Tenía mala conciencia. Me di cuenta porque evitaba mirarme a los ojos.

Comenzó a rebuscar en las estanterías, diciendo:

—Me parece que hay unos libros tuyos por aquí.

Y sacó *Murphy* y *Pierrot Mon Ami*.

—Estás haciendo sitio para el camarada Starfield —le dije—. ¿Sabe leer? Y, a propósito, ¿sabe que existo?

—Bueno, sí —dijo con aire evasivo—, pero no quiero que coincidáis. Por eso debes hacer enseguida las maletas. A partir de mañana, Sammy pasará aquí mucho tiempo.

—Una cosa es segura —dije—: no puedo trasladarlo todo en un solo día. Me llevaré algunas cosas ahora, pero tendré que volver mañana —detesto que me metan prisa—. Y no te olvides —dije muy convencido— de que la radiogramola es mía.

Mis pensamientos volvían al Lloyds Bank Limited.

—Sí, querido —dijo Madge—; pero, si vuelves otro día, llama por teléfono antes y, si contesta un hombre, cuelga.

—Todo esto me resulta repugnante —manifesté.

—Lo sé, querido —dijo—. ¿Quieres que llame a un taxi?

—¡No! —grité saliendo de la habitación.

—Si vuelves cuando Sammy esté aquí —vociferó Magdalen mientras yo subía las escaleras—, te romperé la cabeza.

* * *

Cogí la otra maleta, envolví mis manuscritos en papel de estraza y me fui caminando. Necesitaba pensar, y nunca consigo hacerlo en un taxi porque no hago más que mirar el taxímetro. Cogí el autobús 73 y me fui a la tienda de la señora Tinckham. La señora Tinckham regenta una tienda donde vende periódicos en el barrio de Charlotte Street. Es una tienda que hace esquina, polvorienta, sucia, de aspecto desagradable, con un tablón barato para los anuncios en el exterior, y allí vende periódicos en varias lenguas, revistas femeninas, novelas de vaqueros y de ciencia ficción y la *Amazing*

Stories. Al menos exhibía ese tipo de publicaciones en pilas caóticas, aunque nunca he visto a nadie comprar más que helados y el *Evening News*. La mayor parte de la literatura permanece allí año tras año, descolorida por el sol, y nadie la toca hasta que, de vez en cuando, a la señora Tinckham le da por la lectura, y coge alguna novela de vaqueros, amarillenta por el paso del tiempo, para luego decir que ya la había leído antes, pero que se había olvidado. Debe haber leído casi todas las existencias de su almacén, que son limitadas y que aumentan con lentitud. A veces la he visto hojear los periódicos franceses, aunque dice que no sabe francés; quizá se limite a mirar las fotografías. Además de la cámara de los helados, hay una mesita de hierro y dos sillas, y arriba, en un estante, botellas de refrescos verdes y rojos. En ese lugar he pasado muchas horas agradables.

Otra de las características de la tienda de la señora Tinckham es que está llena de gatos. Una familia de gatos atigrados en constante aumento, que desciende de una enorme gata que suele sentarse en el mostrador o en los estantes vacíos, soñolienta y contemplativa, con sus ojos de color ámbar semicerrados y parpadeantes al sol, como un vago corte líquido en una superficie de cálido pelaje. Cuando entro, a menudo uno de los gatos salta y se sube a mis rodillas, donde permanece tranquilo durante un rato antes de salir a la calle y pasear por delante del escaparate. Aunque nunca he visto a ninguno de estos animales a más de cinco metros de la tienda. En medio de todo se encuentra la señora Tinckham, fumando un cigarrillo. Es la única persona que conozco que fuma literalmente en cadena. Enciende cada uno con la colilla del anterior; cómo enciende el primero del día sigue siendo un misterio para mí, porque nunca suele tener cerillas cuando se las pido. Una vez me la encontré muy angustiada porque el cigarrillo que estaba fumando se le había caído en la taza de café y no tenía con qué encender el siguiente. Quizá se dedique a fumar durante toda la noche o tenga un cigarrillo permanentemente encendido en su dormitorio. A sus pies hay una jofaina de esmalte que siempre está llena, normalmente a rebosar, de colillas; y junto a ella, sobre el mostrador, un pequeño aparato de radio siempre encendido, bajito e inaudible, con lo que una especie de murmullo musical acompaña a la señora Tinckham mientras está sentada entre los gatos,

envuelta en el humo de los cigarrillos.

Entré y me senté, como siempre, junto a la mesa de hierro, cogí un gato del estante más cercano y lo puse sobre mis rodillas. Comenzó a ronronear como una máquina que empieza a funcionar. Ofrecí a la señora Tinckham mi primera sonrisa espontánea del día. Ella es lo que Finn llama un curioso y viejo espécimen, pero se ha portado muy bien conmigo y yo nunca olvido la amabilidad.

—Bueno, aquí estás otra vez —dijo la señora Tinckham, dejando las *Amazing Stories* y bajando la radio un poco más, hasta dejar un murmullo de fondo.

—Sí, por desgracia —dije—. Señora Tink, ¿qué le parece si tomamos una copa?

Desde hace mucho tiempo guardo una reserva de whisky en la tienda de la señora Tinckham, por si se diera el caso de que necesitara una bebida medicinal en un lugar tranquilo, en el centro de Londres, cuando todo está cerrado. En aquel momento, los bares estaban ya abiertos, pero necesitaba el sosiego de la tienda, con el gato ronroneante, el susurro de la radio y la propia señora Tinckham, como una diosa terrestre envuelta en incienso. Al principio, cuando puse en marcha mi plan, solía marcar la botella después de cada copa, pero eso fue antes de conocer bien a la señora Tinckham. Se puede confiar en ella como en una ley de la naturaleza. Puede guardar un secreto como nadie. Una vez oí a uno de sus clientes de aspecto más peregrino, que había intentado sonsacarle algo, gritarle: «¡Eres patológicamente discreta!», y así es. Sospecho que ese es el secreto de su éxito. Su tienda sirve como eso que llaman «dirección de conveniencia» y es lugar de cita para la gente que quiere que sus asuntos se mantengan en la sombra. A veces me pregunto cuánto sabe la señora Tinckham de los asuntos de sus clientes. Cuando no estoy con ella, pienso que no puede ser tan ingenua como para no enterarse de lo que pasa delante de sus narices. Pero cuando estoy con ella la veo tan regordeta y perezosa, con ese parpadeo tan parecido al de sus gatos, que tengo mis dudas. Hay momentos en que, con el rabillo del ojo, me parece percibir una mirada de aguda inteligencia en su rostro; pero aunque vuelva rápidamente la cabeza nunca

consigo captar en él una expresión que no sea de radiante y maternal solicitud y preocupación más o menos vaga. Lo cierto es que, sea cual sea la verdad, esta no se sabrá nunca. La policía dejó de hacerle preguntas hace mucho. Era una pérdida de tiempo. Además, sepa mucho o poco, ella nunca ha utilizado, por lo que yo sé, el más mínimo conocimiento del pequeño mundo que rodea su tienda para beneficio propio o para impresionar. Una mujer que no habla es una joya. Soy un devoto de la señora Tinckham.

Llenó un vasito de *papier mâché* y me lo pasó por encima del mostrador. Nunca la he visto beber.

—¿No has traído coñac esta vez, querido? —me preguntó.

—No; los malditos aduaneros me lo han confiscado —dije y, después de tomar un trago de whisky, añadí—: ¡Que se vayan al diablo! —con un gesto que abarcaba a la aduana, a Madge, a Starfield y al director de mi banco.

—¿Qué pasa, querido? ¿Van mal las cosas otra vez? —dijo la señora Tinckham, y mientras yo miraba mi copa vi sus ojos parpadear con comprensión—. La gente da muchos problemas, ¿no es cierto? —añadió con esa voz que había propiciado tantas confesiones.

Estoy convencido de que la gente se sincera muchísimo con la señora Tinckham. A veces, entro en la tienda y lo percibo de manera clara en el ambiente. Yo mismo lo he hecho; y en la vida de muchos de sus clientes probablemente figurará como la única persona de absoluta confianza. Una posición así es sin duda, hasta cierto punto, lucrativa, y de hecho la señora Tinckham tiene dinero, porque una vez me dejó diez libras sin chistar, aunque estoy seguro de que su principal interés no consiste en conseguir beneficios. Simplemente le gusta estar al tanto de las actividades de todo el mundo, o más bien saber de sus vidas, porque «actividades» implica un interés más limitado y menos humano que el que sentía, o yo imaginaba que sentía, ella por mí. En realidad, la situó en un punto medio entre la ingenuidad y la carencia de ella, ya que vive en el mundo de los dramas de otras personas, donde es difícil distinguir la realidad de la ficción.

Sonó un suave murmullo que podía haber sido tanto la radio como la señora Tinckham lanzándome un leve hechizo para que le hablara: un sonido como el que hace al enrollarse suavemente un delicado sedal del que

cuelga un pez exótico. Pero cerré los labios para no hablar. Quería esperar hasta poder contar mi historia de una manera mucho más dramática. La cosa tenía posibilidades, pero aún le faltaba tomar forma. Si hablaba entonces existía el peligro de que le dijera la verdad; cuando me pillan desprevenido suelo hacerlo, ¿y hay algo más aburrido que eso? Me encontré con la mirada de la señora Tinckham y, aunque sus ojos no decían nada, estaba seguro de que sabía lo que estaba pensando.

—La gente y el dinero, señora Tinck —dije—. Qué lugar tan feliz sería el mundo sin ninguna de las dos cosas.

—Y el sexo —añadió la señora Tinck. Los dos suspiramos.

—¿Hay nuevos gatitos? —le pregunté.

—Todavía no —contestó—, pero Maggie está preñada otra vez. ¡Pronto tendrás tus gatitos!, ¿a que sí? —le dijo a una gata de aspecto vulgar que estaba sobre el mostrador.

—¿Cree que habrá suerte esta vez? —le pregunté.

La señora Tinckham intentaba constantemente convencer a sus gatas de que se cruzaran con un guapo siamés que vivía calle abajo. Lo cierto es que sus esfuerzos se limitaban a llevar a las criaturas hasta la puerta y señalar hacia el elegante macho diciéndoles: «¡Mirad qué guapo es ese gato que hay allí!», y hasta entonces no había conseguido ningún resultado. Si han intentado alguna vez dirigir la atención de un gato hacia algo, sabrán lo difícil que resulta conseguirlo. El animal mirará a cualquier sitio salvo al que le señalen con el dedo.

—No hay ninguna posibilidad —dijo la señora Tinckham con amargura—. Todas están locas por el gato blanco y negro de la tienda de carne de caballo. ¿A que sí, guapa? —le dijo a la gata preñada, que estiró su pata pesada y juguetona y sacó a relucir sus garras sobre un montón de *Nouvelles Littéraires*. Comencé a deshacer mi paquete sobre la mesa. El gato bajó de un salto de mis rodillas y salió sigilosamente por la puerta.

La señora Tinckham dijo: «Ah, bueno», y cogió las *Amazing Stories*.

Eché un rápido vistazo a los manuscritos. Una vez, durante una rabieta, Magdalen había roto las primeras sesenta estancias de uno de mis poemas épicos, titulado *Y el señor Oppenheim heredará la tierra*. Era de los tiempos

en que yo tenía ideales. Por aquel entonces aún no tenía claro que en nuestra época no es posible escribir poemas épicos. Pensaba ingenuamente que no existía ninguna razón por la que no pudiera escribir todo lo que me apeteciera. Pero no hay nada más paralizante que el sentido de la perspectiva histórica, sobre todo en cuestiones literarias. Tal vez, en determinados momentos, se deba dejar de pensar. De hecho, yo decidí parar antes de haber visto suficientemente claro que la época actual no es adecuada ni siquiera para escribir novelas. Pero volviendo al *Señor Oppenheim*: mis amigos criticaron el título porque les sonaba antisemita, aunque por supuesto el señor Oppenheim simbolizaba simplemente los grandes negocios; pero Madge no lo rompió por esa razón, sino porque estaba cabreada porque yo había cancelado una comida con ella para poder conocer a una novelista que después resultó ser una pesada. Pero el caso es que cuando volví me encontré al *Señor Oppenheim* hecho pedazos. Ocurrió hace mucho tiempo, pero me temía que ahora hubiera repetido el espectáculo. ¿Quién puede saber qué pensamientos pasaron por su mente cuando tomó la decisión de echarme? Cuando una mujer quiere hacerte daño procura enfurecerse cada vez más contigo. Sé de sobra lo exasperante que resulta que alguien adopte una posición que te obligue a hacerle daño. De modo que miré el material con cuidado.

Todo parecía en orden, pero faltaba una cosa. Era la transcripción mecanografiada de mi traducción de *Le Rossignol de Bois*. Ese *Ruiseñor de madera* era la antepenúltima obra de Jean-Pierre Breteuil. La había pasado directamente a máquina; he traducido ya tantas cosas de Jean-Pierre que el único problema es la rapidez del mecanografiado. No puedo perder el tiempo con el papel carbón —no tengo ninguna destreza manual y ya se sabe cómo es el papel carbón—, así que únicamente había una copia. No me preocupé porque sabía que, si Magdalen quería destruir algo, destruiría mis trabajos de creación y no una traducción. Pensé que podría recogerla la próxima vez; seguramente estaría en el escritorio de abajo. *Le Rossignol* iba a ser un *best seller*, y eso significaba dinero. Trata de un joven compositor que es psicoanalizado y luego descubre que ha desaparecido su impulso creador. Me gustaba, aunque era mala literatura comercial, como todo lo que escribe

Jean-Pierre.

Dave Gellman dice que me he especializado en traducir a Breteuil porque es la clase de literatura que me habría gustado escribir, pero no es así. Traduzco a Breteuil porque es fácil y porque se vende como rosquillas en cualquier idioma. También porque, perversamente, me gusta traducir; es como abrir la boca y oír cómo sale la voz de otro. La penúltima novela, *Les Pierres de l'Amour*, que había leído en París, sería sin duda otro éxito. También había otra novela más reciente, *Nous les vainqueurs*, que no había leído aún. Decidí ir a ver a mi editor y conseguir un anticipo de *El ruiseñor de madera*; además, intentaría venderle una idea que se me había ocurrido en París sobre una colección de relatos cortos franceses, que yo traduciría y prologaría. De todo eso estaban llenas mis maletas. Así podría ir tirando. Cualquier cosa menos trabajo de creación, como dice Dave. Calculé que tendría unas setenta libras en el banco. Pero estaba claro que el problema más inmediato y urgente consistía en encontrar un lugar barato y acogedor donde vivir y trabajar, ya que me habían cerrado las puertas de Earls Court Road.

Quizá piensen que no fue muy amable por parte de Madge echarme con tan pocas explicaciones, y que fue una cobardía, por mi parte, tomármelo con tanta tranquilidad. Pero, en realidad, Magdalen no es tan dura. Es una persona alegre y sensual, sencilla y de buen corazón, dispuesta a complacer a cualquiera con tal de que no le cause complicaciones; ¿qué más se puede pedir? Por mi parte, yo tenía mala conciencia con respecto a Madge. He dicho antes que vivía casi sin pagar el alquiler. Bueno, pues no es del todo cierto: la verdad es que no pagaba nada en absoluto. Ese pensamiento me turbaba un poco. Es malo para el *locus standi* de uno vivir de la caridad de una mujer. También sabía que Madge quería casarse. Me lo había insinuado más de una vez; y la verdad es que creo que se habría casado conmigo. Lo que pasa es que yo quería otra cosa. Así que, por estas dos razones, pensaba que no tenía ningún derecho sobre Earls Court Road, y que yo era el único culpable de que Madge hubiera buscado su seguridad en otra parte; aunque me parece que fui bastante objetivo al pensar que el Sagrado Sammy era una apuesta demasiado arriesgada.

Quizá sea este el momento de contarles algo sobre mí. Me llamo James Donaghue, pero no vale la pena que piensen mucho en ello, ya que solo he estado en Dublín una vez, borracho perdido de whisky, y únicamente vi la luz del día en dos ocasiones: una cuando me soltaron de la comisaría de Store Street, y otra cuando Finn me metió en el barco para Holyhead. En aquellos tiempos yo solía beber bastante. Tengo algo más de treinta años y talento, pero soy perezoso. Hago trabajos literarios por encargo y solo unos pocos trabajos de creación, los mínimos posibles. Hoy en día se puede vivir de lo que se escribe si se hace de modo continuado y se está dispuesto a escribir lo que el mercado pide. Antes he mencionado que soy bajo, pero describirme como un hombre esbelto y bien formado se ajusta más a la realidad. Tengo el pelo rubio y los rasgos angulosos de un elfo. Se me da bien el judo, pero no me gusta el boxeo. En cualquier caso, lo más importante para el objeto de este relato es que tengo los nervios destrozados. Lo que no importa es cómo ocurrió. Esa es otra historia, y no pienso contarles toda mi vida. Los tengo así, y una de sus consecuencias es que no puedo soportar estar solo durante mucho tiempo. Por eso Finn me resulta tan útil. Nos sentamos juntos durante horas, a veces sin pronunciar ni una palabra, yo pensando, quizá en Dios, en la libertad y en la inmortalidad y sin tener ni idea de en qué estará pensando él. Pero sobre todo detesto vivir en una casa extraña. Necesito sentirme protegido. Por tanto, soy como un parásito, y habitualmente vivo en las casas de mis amigos, lo cual resulta ventajoso desde el punto de vista económico. Me acogen bien, porque mis costumbres son tranquilas y Finn sabe hacer toda clase de chapuzas.

La verdad es que era un problema pensar adónde iba a ir ahora. Me pregunté si nos acogería Dave Gellman. Acaricié esa idea, aunque supuse que no prosperaría. Dave es un viejo amigo, pero es filósofo, no de esos que te dicen tu horóscopo y el signo del zodiaco, sino uno de verdad, como Kant o Platón, por lo que no tiene dinero. Pensé que no debía exigirle nada a Dave. Además, es judío, y de los más intransigentes, que ayuna, que cree que el pecado no se puede redimir, incluso se escandaliza con el relato de la mujer que rompió el vaso de alabastro que contenía un precioso unguento y

otras muchas historias del Nuevo Testamento. Pero eso no es lo que me molesta de él, sino el que sea capaz de discutir interminablemente con Finn acerca de la Trinidad, sobre la falta de importancia de los sentimientos y sobre el concepto de caridad. No existe un concepto que Dave odie tanto como el de caridad. Le parece una especie de estafa espiritual. Según Dave, este concepto nos lleva siempre a una conducta retorcida y a la idea de que se puede hacer cualquier cosa impunemente. Los seres humanos, dice, deben vivir de acuerdo con unas reglas claras y prácticas, y no bajo la vaga iluminación de unas cuantas ideas arrogantes que aparentemente justifican toda clase de extravagancias. Dave es una de las pocas personas con las que Finn habla largamente. Debo decir que Finn es católico no practicante, aunque tiene temperamento de metodista, o eso me parece, y discute apasionadamente con Dave. Finn siempre dice que volverá a Irlanda para poder vivir en un país que tiene de verdad una religión, pero nunca acaba de irse. Por eso pensé que no sería muy tranquila la casa de Dave. Prefiero que Finn no hable demasiado. Antes yo mismo hablaba mucho con Dave sobre cosas abstractas. Me quedé fascinado cuando le conocí y me enteré de que era filósofo, pensando que tal vez me podría comunicar algunas verdades importantes. En aquella época, solía leer a Hegel y a Spinoza, aunque he de decir que nunca los entendí muy bien, y quería hablar con Dave sobre ellos. Pero por una razón u otra nunca llegábamos a ningún acuerdo, y la mayor parte de nuestras conversaciones consistían en que yo le decía algo y él me contestaba que no entendía lo que quería decirle, y entonces yo repetía lo dicho y Dave se ponía de lo más impaciente. Tardé cierto tiempo en darme cuenta de que, cuando Dave decía que no me entendía, era porque consideraba que lo que yo argumentaba eran sandeces. Hegel dice que *Verdad* es una gran palabra, y que la cosa en sí es aún más grande. Con Dave parecía que nunca íbamos a pasar de la palabra; así que, finalmente, renuncié. Sin embargo, le tengo mucho afecto y tenemos otros muchos temas de conversación, de modo que no rechacé del todo la idea de ir a vivir con él. Era lo único que se me ocurría. Cuando por fin llegué a esa conclusión, desempaqueté algunos de mis libros y los dejé, junto con los manuscritos, bajo el mostrador de la señora Tinckham. Luego me fui de la

tienda y me dirigí al Lyons.

DOS

Hay partes de Londres que son necesarias y otras que son contingentes. Todo lo que hay al oeste de Earls Court es contingente, salvo unos cuantos lugares cerca del río. Odio lo contingente. Quiero que todo en mi vida tenga una razón de ser. Dave vivía al oeste de Earls Court y esa es otra de las cosas que tenía en su contra. Vivía junto a Goldhawk Road, en uno de esos edificios de color rojo oscuro que por alguna razón llaman mansiones. Fue en ese contexto, en mi oscura niñez londinense, donde escuché por primera vez esa palabra, y desde entonces me ha echado a perder muchos trabajos en prosa, entre ellos algunos bíblicos. Creo que a Dave no le importaba mucho dónde vivía. Como es filósofo, se ocupa profesionalmente del nudo central del ser (aunque a él no le gustaría nada saber que yo utilizo tales términos), y no de esos cabos sueltos con los que la mayor parte de nosotros tenemos que entretenernos. Además, como es judío, puede sentirse parte de la Historia sin hacer un esfuerzo especial. Le envidio eso, ya que a mí me cuesta cada vez más sentirme parte de la Historia. De manera que Dave puede permitirse el lujo de tener una dirección contingente. No estoy seguro de que yo pudiera hacerlo.

La mansión donde vive Dave es alta, pero a su lado sobresale un gran hospital moderno, de blancos muros. Un lugar frío, aunque justificado, por el que paso con un escalofrío. Mientras subía por la oscura escalera adornada con vidrieras, oí un murmullo de voces en el piso de Dave. No me gustó. Dave conoce a demasiada gente. Su vida es un constante *tour de force* de intimidad. A mí me parece que resulta inmoral intimar con más de cuatro

personas al mismo tiempo. Pero Dave vive en intimidad con más de cien. Tiene numerosos y fieles amigos entre los artistas e intelectuales, y conoce a muchos políticos de izquierdas, entre ellos a tipos tan curiosos como Lefty Todd, el dirigente del Nuevo Partido Socialista Independiente, y a otros todavía más excéntricos. Luego están sus alumnos y los amigos de estos, y la horda siempre creciente de sus exalumnos. Nadie a quien Dave haya dado clase parece haber perdido el contacto con él. Me resulta difícil de entender, ya que, como he dicho antes, Dave nunca fue capaz de comunicarme nada cuando hablábamos de filosofía. Aunque quizá yo sea, en exceso, un artista incorregible, como él mismo me dijo en una ocasión. Lo que me lleva a añadir que Dave desaprueba mi manera de vivir y siempre me presiona para que encuentre un trabajo estable.

Dave también trabaja fuera de la universidad y se rodea de muchos jóvenes que de vez en cuando se interesan por la verdad. Sus alumnos lo adoran, pero hay una lucha permanente entre ellos y él. Se alzan como girasoles. Todos son metafísicos naturales, o eso dice Dave con disgusto. A mí me parece estupendo que lo sean, pero Dave se opone apasionadamente. Para los alumnos de Dave, el mundo es un misterio. Un misterio cuya clave, que podría estar contenida en un libro de unas ochocientas páginas, puede ser razonablemente descubierta. Encontrarla no es precisamente algo sencillo, pero ellos tienen la seguridad de que dedicando de cuatro a diez horas semanales, sin contar las vacaciones universitarias, se puede conseguir. No conciben que el asunto pueda ser ni más sencillo ni más complejo que eso. Dentro de ciertos límites, están dispuestos a alterar sus opiniones. Muchos de ellos llegan a él como teósofos y se marchan siendo realistas críticos o bradleanos. Es notable ver cómo a menudo la crítica de Dave actúa en sus acciones como catalítico. Los deslumbra con la destructiva furia del sol, pero, en vez de disipar sus pretensiones metafísicas, solo consigue su metamorfosis de un estado fértil a otro. Este curioso hecho me hace pensar que, después de todo, a pesar de sí mismo, Dave es un buen profesor. Algunas veces ha conseguido convertir a algún joven especialmente receptivo a su peculiar modo de análisis lingüístico; después de lo cual, el joven suele perder por completo el interés en la filosofía. Ver a

Dave trabajar con esos jóvenes es como ver a alguien podando un rosal. Son los brotes más fuertes y vigorosos los que hay que cortar. Más tarde es posible que broten capullos; pero Dave no quiere que sean filosóficos. Su objetivo principal consiste en convencer a los jóvenes de que no se dediquen a la filosofía. Siempre me advierte contra ella con especial seriedad.

Vacilé en la puerta. Detesto entrar en una habitación llena de gente y sentir que toda una galería de rostros se fija en mí. Tuve la tentación de marcharme; pero al final, en lo que para mí supone un alarde de indiferencia, entré. La habitación estaba atestada de jóvenes, todos hablando a la vez y bebiendo tazas de té, pero no tenía por qué preocuparme por sus caras, ya que nadie se fijó en mi entrada salvo el propio Dave. Estaba sentado en un rincón, un poco apartado de la *mêlée*, y cuando me vio levantó la mano con el gesto digno de un patriarca que recibe la aparición de una señal esperada. No es que Dave parezca un patriarca hebreo. Es regordete y calvo, tiene unos alegres ojos castaños y manos rechonchas, su voz es ligeramente gutural y su dominio del inglés, imperfecto. Finn estaba sentado cerca de él, en el suelo, apoyado contra la pared y con las piernas estiradas, como si hubiera sufrido un accidente.

Me abrí camino entre varios jóvenes imberbes, pasé por encima de las piernas de Finn y le estreché la mano a Dave. Le di a Finn un afectuoso puntapié y me senté en el borde de la mesa. Un joven me sirvió automáticamente una taza de té, al tiempo que hablaba por encima de su hombro con alguien. «Al final, el “debería” te lleva de vuelta al “es”. Sí, pero ¿qué clase de “es”?»

—Veo que esto sigue —dije.

—Es una actividad humana natural —dijo Dave frunciendo ligeramente el ceño. Luego me miró amistosamente—. Me han dicho que estás en apuros —continuó, levantando ligeramente la voz por encima del barullo.

—Puedes llamarlo así —dije con precaución mientras tomaba mi té. Nunca exagero mis problemas con Dave porque se suele mostrar sarcástico y poco comprensivo respecto a ellos.

—Yo en tu caso —dijo Dave— buscaría un trabajo estable.

Señaló la pared blanca del hospital que se cernía amenazante sobre la

ventana.

—Siempre hay demanda de auxiliares —dijo—. Hasta podrías trabajar de enfermero. O hacer cualquier otra cosa unas horas al día.

Dave me daba constantemente este tipo de consejos; nunca he entendido por qué, ya que había pocos consejos que estuviera menos dispuesto a seguir. Creo que en parte lo hacía para molestarme. En otras ocasiones, me había intentado convencer de lo deseable que resultaba ser agente judicial, inspector de fábricas o maestro en una escuela primaria.

Miré el muro del hospital.

—Para salvar mi alma —dije.

—¡No es eso! —dijo desdeñosamente—. No haces más que pensar en tu alma. Precisamente no es para pensar en tu alma, sino en los demás.

Sabía que tenía razón, aunque no era necesario que fuera Dave quien me lo dijera, pero no veía que por el momento pudiera hacer nada. Finn me tiró un cigarrillo. De una manera discreta, siempre intentaba protegerme de Dave. El problema inmediato consistía en encontrar un lugar acogedor donde vivir y, hasta que no lo arreglara, lo demás no tenía importancia. Tengo que seguir escribiendo si quiero llegar a final de mes, y cuando no tengo casa no puedo hacer nada.

Después de terminar el té, me propuse dar una prudente vuelta por el piso de Dave. Sala de estar, dormitorio, cuarto de invitados, baño y cocina. Inspeccioné detenidamente el cuarto de invitados, también daba al muro del hospital, pero desde allí parecía más cercano que nunca. La habitación estaba pintada de un asqueroso marrón dorado y el mobiliario era espartano. Ya estaba llena de las pertenencias de Finn. Podría haber sido peor. Cuando estaba examinando el armario, entró Dave. Sabía de sobra lo que estaba pasando por mi cabeza.

—No, Jake —dijo—. Definitivamente, no.

—¿Por qué no?

—Porque dos ruinas nerviosas no deben vivir juntas.

—¡Vieja víbora! —dije.

Dave no es una ruina nerviosa, sino que es tan duro como el acero. Pero no quise discutir porque me repelía un poco la idea de Jehová y la Trinidad.

—Ya que me echas —dije—, estás obligado a hacerme una sugerencia constructiva.

—Nunca has estado dentro, Jake —dijo Dave—, pero intentaré pensar.

Dave conoce mis exigencias. Regresamos a la otra habitación y el alboroto nos envolvió de nuevo.

—Deberías intentarlo con tus mujeres, ¿no?

—No —dije—. Ya estoy harto de mujeres.

—A veces eres insoportable, Jake.

—No puedo hacer nada, es mi manera de ser. Después de todo, la libertad únicamente es una idea.

—Eso está en la tercera *Critique* —le gritó Dave a alguien que estaba al otro lado de la habitación.

—De todas formas, ¿qué clase de mujeres?

—No conozco tu tipo de mujeres —dijo Dave—, pero si hicieras unas cuantas visitas, alguien podría darte alguna idea.

Me di cuenta de que Dave se alegraría mucho más de verme cuando ya estuviera instalado en otro sitio. Finn, que estaba tumbado con la cabeza bajo la mesa, dijo repentinamente:

—Prueba con Anna Quentin.

A veces Finn tiene las intuiciones más extraordinarias.

El nombre me atravesó como un dardo.

—¿Cómo voy a hacer eso? —dije—. Es completamente imposible —añadí.

—Ah, sigues así —dijo Dave.

—No sigo así en absoluto —dije—. Por otra parte, no tengo la menor idea de dónde vive.

Y les di la espalda para mirar por la ventana. No me gusta que la gente me lea el rostro.

—¡Ya empieza! —dijo Dave, que me conoce bien.

—Propón otra cosa —dije.

—Lo que propongo es que eres un verdadero imbécil —dijo Dave—. La sociedad debería cogerte por el cuello y sacudirte hasta obligarte a trabajar en algo sensato. Luego, por las tardes, tendrías la posibilidad de escribir un gran libro.

Era evidente que Dave estaba de mal humor. El ruido estaba aumentando. Con el pie empujé mi maleta debajo de la mesa, junto a Finn.

—¿Puedo dejar esto aquí?

«¿Cómo puedes saber cuál es tu verdadero ser?», preguntaba alguien.

—Puedes dejarlos aquí a los dos —contestó Dave.

—Te llamaré más tarde —le dije. Y me marché.

Todavía sentía cierto dolor al escuchar el nombre que Finn había pronunciado. Pero, en medio del dolor, sonaba una extraña melodía; como una pequeña flauta tocando para que me fuera. Por supuesto, no tenía la más mínima intención de buscar a Anna, pero quería pensar en ella a solas. No soy un místico en lo que a las mujeres se refiere. Me gustan las mujeres de las novelas de James y Conrad, que suelen ser como flores y a las que se describe como «inocentes, profundas, confiadas y leales». Lo de «profundas» está bien; manos blancas que aletean, tan hondas como el mar. Pero nunca he conocido a ninguna de esas mujeres en la vida real. Me gusta leer acerca de ellas, pero también me gusta leer sobre Pegaso y Crisaor. Las mujeres que conozco suelen ser inexpertas, inexpresivas, crédulas y sencillas; y no veo ninguna razón para llamarlas profundas simplemente porque tengan cualidades que en los hombres nos llevarían a decir que están ensimismados. Y, si son astutas, se engañan a sí mismas y engañan a los demás más o menos de la misma manera que lo hacen los hombres. Se trata del mismo engaño en el que todos estamos metidos; excepto que, en lo que a las mujeres se refiere, siempre están un poco más desequilibradas por el papel que tienen que desempeñar. Como los zapatos de tacón, que desplazan los órganos internos con el paso del tiempo. Hay pocas cosas que me repugnen más que esas supuestas profundidades.

Sin embargo, yo encontraba profunda a Anna. No recuerdo qué hay en ella que me llevara a llamarla misteriosa, y, sin embargo, siempre me pareció un ser insondable. Dave me dijo una vez que encontrar a alguien inagotable es simplemente la definición del amor, así que a lo mejor yo estuve enamorado de Anna. Tiene una voz fuerte y un rostro suavemente moldeado, siempre

iluminado por ese resplandor cálido e intenso que procede de dentro. Es un rostro lleno de añoranzas, pero tan equilibrado que nunca muestra ninguna inquietud. Tiene una fuerte melena castaña que se recoge en un arcaico moño con rizos, o al menos eso hacía cuando yo la conocí. Fue hace mucho tiempo. Anna tiene seis años más que yo, y en aquella época cantaba en un espectáculo con su hermana Sadie. Anna ponía la voz y Sadie aportaba vistosidad. Anna tiene una voz de contralto que te llega al corazón hasta por la radio; y los pequeños gestos que hace al cantar la vuelven irresistible. Parece como si te metiera la canción en el alma, al menos eso fue lo que me sucedió a mí la primera vez que la escuché, y nunca lo he podido olvidar.

Anna es tan parecida a su hermana como un dulce mirlo a un peligroso pez tropical, y con el tiempo acabaron separándose. En parte fue, creo, porque no podían soportarse, y en parte porque sus ambiciones divergían. Por aquel entonces, si recuerdan, el cine británico estaba pasando por una fase crítica. Acababan de fundar la Bounty Belfounder Company, y la vieja Phantasifilms pasó a nuevas manos. Pero ninguna compañía parecía capaz de descubrir a nuevas estrellas, aunque estaban los de siempre y de vez en cuando algún joven era recibido a bombo y platillo por la prensa, para luego desaparecer con el estruendo y la rapidez de un cohete. Phantasifilms decidió que los seres humanos no eran taquilleros y comenzó sus series de películas de animales, e hizo un par de descubrimientos en el reino animal: en especial, el perro lobo, Mister Mars, cuyas sentimentales fugas probablemente salvaron a la compañía de la bancarrota. Bounty Belfounder fue desde el comienzo una empresa con más éxito y allí fue donde Sadie comenzó a vender sus talentos; Sadie, como saben, se convirtió en una estrella.

Una estrella es un fenómeno curioso. No tiene nada que ver con ser una buena actriz cinematográfica; ni siquiera consiste en tener encanto y belleza. Lo que hace a una estrella es una característica del aspecto y del *éclat*. Sadie tenía *éclat*; o eso pensaba el público, aunque yo personalmente sigo prefiriendo la palabra *vistosidad*. Ya habrán notado que Sadie no me cae especialmente bien. Sadie es glamurosa y deslumbrante. Es más joven que Anna y tiene sus mismos rasgos, solo que más pequeños y apretados, como

si alguien hubiera comenzado a reducir su cabeza, pero no hubiera pasado de la primera etapa. El sonido de su voz es parecido al de Anna, pero con un matiz descascarillado que la hace más metálica. No de cáscaras de castaña, sino de hierro oxidado. Hay personas que la encuentran fascinante. No sabe cantar.

Anna no intentó nunca hacer películas. No sé por qué; siempre me pareció que tenía muchas más posibilidades que Sadie. Pero quizá su delantera tuviera cierta superficial falta de definición. Se necesita un navío con una proa afilada para penetrar en el mundo del cine. Después de dejar a Sadie, Anna tuvo ciertas aspiraciones de cantar más seriamente; pero carecía de la preparación necesaria para llegar lejos. La última vez que supe de ella, cantaba canciones folclóricas en un cabaret, y esta clase de combinación la define bastante bien.

Anna vivía en un pequeño apartamento cerca de Bayswater Road, bastante insignificante en comparación con las casas que lo rodeaban, y yo iba allí con frecuencia a visitarla. Me había encariñado con ella, pero ya entonces me daba cuenta de que su carácter no era como debía ser. Anna es una de esas mujeres incapaces de rechazar una proposición amorosa. No se trata exactamente de que se sienta halagada. Tiene talento para las relaciones personales y desea el amor como un poeta desea tener un público. Si alguien se molesta en cogerle cariño, ella le presta una atención devota, generosa, imaginativa y carente de caprichos, lo que sigue siendo una calculada manera de evitar el abandono de sí misma. Esa, sin duda, fue una de las razones por las cuales nunca entró en el mundo del cine; su vida privada debía absorberla completamente. También tuvo como triste resultado el que su existencia fuera un prolongado acto de infidelidad; cuando yo la conocí, se dedicaba al secreto y la mentira para ocultar a cada uno de sus amigos su estrecha relación con los otros. A veces probaba con otra técnica, la de ir mellando, mediante golpes pequeños y constantes, la agudeza de los celos, hasta que al final la víctima se resignaba al liberal alcance de sus afectos, y continuaba siendo, como siempre, su esclavo. No me gustaba eso; y calé a Anna enseguida. Pero el comprenderla nunca la desposeyó de su misterio, y su promiscuidad emocional tampoco me puso en su contra. Tal vez porque

sentía constantemente la fuerza y la autenticidad de su ternura hacia mí, como una cálida brisa que sopla desde una isla soñada, llevando al navegante el aroma de flores y frutos. Sabía que era muy posible que retuviera a todos sus admiradores con ese mismo hechizo. Pero no me importaba.

Posiblemente se preguntarán si alguna vez pensé en casarme con Anna. Sí, lo pensé. Pero para mí el matrimonio sigue siendo una Idea de la Razón, un concepto que puede regular pero no constituir mi vida. Sin embargo, cuando pienso en una mujer no puedo por menos que considerar la posibilidad del matrimonio como hipótesis iluminadora, lo cual no significa que sea, en un sentido serio, un instrumento real. Con Anna, sin embargo, llegué a estar muy cerca de hablar seriamente del asunto; y por esta razón, aunque estoy seguro de que nunca hubiera dado su consentimiento, al final me fui alejando de ella. Odio la soledad, pero soy muy receloso con mi intimidad. La esencia de mi vida es una conversación privada conmigo mismo, y convertirla en un diálogo supondría la autodestrucción. Yo necesito la compañía que se puede encontrar en los pubs y en los cafés. Nunca he querido una comunión de almas. Ya es bastante difícil contarse la verdad a uno mismo. Pero la comunión de las almas era el tema estrella de Anna. Además, ella poseía un gusto por lo trágico que me ponía nervioso. Estaba siempre atenta a los dramones. Vivía la vida con intensidad y dureza. Mientras que yo pienso que es una tontería tomarse así la vida, como si se tratara de provocar a un peligroso animal que de todas formas acabará por romperte los huesos. De modo que, cuando Anna se fue a Francia para cantar canciones folclóricas francesas en cabarets franceses, le dije vagamente que volvería a verla cuando regresara, pero ella sabía que no lo haría y yo sabía que ella lo sabía. Eso ocurrió hace algunos años, y desde entonces he llevado una existencia pacífica, sobre todo en Earls Court Road.

Cuando salí de casa de Dave, fui andando hasta Shepherd's Bush para coger el autobús 88. Me senté en el asiento delantero del segundo piso y se me pasaron por la cabeza algunas de las reflexiones que he ido apuntando más arriba. No es fácil encontrar en Londres a alguien a quien se ha perdido la pista durante años, particularmente si pertenece al tipo de ambiente al

que pertenecía Anna, pero era evidente que el primer paso consistía en buscarla en la guía telefónica. Bajé en Oxford Circus y fui al metro. Cuando dejé Goldhawk Road no tenía ninguna intención de buscar a Anna, pero cuando llegué a Bond Street me pareció que no había nada en el mundo que valiera tanto la pena. Desde luego, no comprendía cómo había podido vivir sin ella durante tanto tiempo. Pero yo soy así. Durante largas temporadas me sosiego, y en ese tiempo no movería un dedo por nada. Cuando estoy asentado me quedo inmóvil. Pero cuando no lo estoy me convierto en un ser volátil y entonces vuelo al azar de un punto a otro, como un petardo o un electrón de Heisenberg, hasta que vuelvo a asentarme en un lugar seguro. Además, tenía una curiosa fe en la intuición de Finn. Solía ocurrir que Finn hacía alguna sugerencia inesperada, y que al seguirla resultaba ser la adecuada. Me di cuenta de que la fase de mi vida en Earls Court Road había terminado y de que aquella paz de espíritu se había ido para siempre. Madge había desencadenado una crisis en mí; bueno, la exploraría, e incluso la explotaría. ¿Quién sabe en qué día empieza una nueva era? Cogí la guía telefónica londinense de la *L* a la *R*.

La guía telefónica no me dijo nada; tampoco me sorprendió. Luego llamé a dos agencias teatrales, que no sabían dónde se encontraba Anna, y a la BBC, donde lo sabían, pero no quisieron decírmelo. Pensé en llamar a Sadie a los estudios Belfounder, pero no quería que ella supiera que estaba buscando a su hermana. Sospechaba que, en un determinado momento, Sadie me había mirado con ojos tiernos; al menos en los viejos tiempos solía mostrarse bastante desagradable con respecto a mi encariñamiento con Anna, aunque ya sé que algunas mujeres consideran a todos los hombres su propiedad particular, y pensé que era posible que no quisiera decirme dónde estaba Anna aunque lo supiera. De todas maneras, desde que Sadie se había hecho famosa no había vuelto a verla y no creí que fuera a recibir muy bien ningún intento de reanudar nuestra relación por mi parte, sobre todo si se daba cuenta de que yo sabía cuáles habían sido sus sentimientos con respecto a mí. Pero ya era casi la hora de abrir. Parecía inútil empezar a llamar a los cabarets a esa hora, así que no me quedaba más remedio que pasarme por el Soho. Siempre hay alguien en el Soho que sabe lo que uno

quiere descubrir; solo hace falta encontrarlo. También existía la posibilidad de que me topara con la propia Anna. Mi suerte es tal que tan pronto como me intereso por una cosa se producen cien accidentes relacionados con ello. Aunque en realidad no quería que mi reencuentro con Anna se diera en un lugar público, porque había empezado a imaginar muchas cosas sobre ese momento.

Habitualmente no me gusta acercarme al Soho, en parte porque es malo para los nervios y en parte porque es muy caro. Es caro no tanto porque la tensión nerviosa te haga beber constantemente, sino por la gente que viene a sacarte el dinero. No soy capaz de negarme cuando me piden dinero. No he encontrado nunca ninguna razón por la que, si tengo más dinero que otros, no tenga la obligación de darles una parte de lo que lleve encima. Se lo doy de mala gana, pero sin vacilación. Cuando hube recorrido Brewer Street y Old Compton Street y subido Greek Street hasta el Pillars of Hercules, casi todo el dinero que llevaba en el bolsillo había ido a parar a varios conocidos. Ya empezaba a sentirme muy nervioso, no solo por el Soho, sino porque cada vez que entraba en un pub me imaginaba que iba a encontrarme a Anna. Había estado al menos cien veces en esos pubs en los últimos años sin que se me pasara un pensamiento semejante por la cabeza; pero ahora, de repente, todo Londres se había convertido en un marco vacío. Ella faltaba en todos los lugares y en todos la estaban esperando. Comencé a tomar copas.

Cuando vi que me quedaba poco dinero, crucé la calle para cobrar un cheque en uno de los lugares donde voy a beber por las tardes; y allí fue donde por fin encontré la pista. Pregunté al camarero si sabía dónde localizar a Anna. Me contestó que sí, que creía que estaba dirigiendo algún tipo de pequeño teatro en Hammersmith. Buscó debajo de la barra y sacó una especie de tarjeta en la que aparecían las palabras «Teatro de Riverside», y una dirección del Hammersmith Mall. El camarero me dijo que no sabía si seguía en ese sitio, pero que allí había estado hacía unos meses. Le había dejado esa tarjeta para dársela a cierto caballero que no apareció nunca. Me dijo que sería mejor que me la quedara yo. La cogí y salí a la calle con el corazón palpitante. Tuve que reflexionar muy seriamente sobre el

estado de mis finanzas para no coger un taxi hasta Hammersmith. Pero eché a correr hacia la estación de Leicester Square.

TRES

Las señas que me dieron eran de un lugar del Mall que se encuentra entre el Doves y el Black Lion. En Chiswick Mall las casas dan al río, pero en la parte de Hammersmith, que es la que importa para mi relato, le dan la espalda y pretenden formar una calle normal. Chiswick Mall es una discreta colección de casas y follaje orientada ensoñadoramente hacia el agua, pero Hammersmith Mall es un laberinto de depuradoras y lavanderías intercaladas con pubs y casas georgianas, que unas veces dan al río y otras veces no. El número que me habían indicado resultó ser una casa que se encontraba un poco apartada; su parte posterior daba al río y su fachada, a un trozo de calle tranquilo donde había unas escalinatas que descendían hasta el agua.

Ya no tenía tanta prisa. Miré la casa con curiosidad recelosa y esta pareció devolverme la mirada. Era una casa de aire meditabundo y absorto, frente a la cual había un pequeño jardín poco cuidado y un muro que llegaba a la altura del hombro. Era cuadrada, con filas de altas ventanas, y conservaba un resto de elegancia. Me acerqué a la puerta de hierro que había en el muro. Fue entonces cuando vi un cartel colgado al otro lado de la puerta. Era un cartel casero, cuyos colores se habían corrido un poco, de modo que tenía un aspecto un tanto triste. Lo descifré. Decía:

TEATRO DE MIMO DE RIVERSIDE

Reapertura el 1 de agosto con la fastuosa y fantástica producción de la gran farsa de Ivan Lazemnikov, MARISHKA. Únicamente socios. Se ruega al público reírse discretamente y no aplaudir.

Lo miré fijamente durante un momento. No sabía por qué, pero me parecía extraño. Por fin, con un lento *in crescendo* en la región del corazón, empujé la puerta, que estaba un poco oxidada, y avancé hacia la casa. Las ventanas tenían un brillo negruzco, como los ojos detrás de gafas oscuras. La puerta estaba recién pintada. No busqué el timbre, sino que probé directamente con el picaporte. La puerta se abrió sin ruido y entré de puntillas en el vestíbulo. Un opresivo silencio ocupaba aquel lugar como una nube. Cerré la puerta y desaparecieron los pequeños ruidos que venían del río. Ya no quedaba más que el silencio.

Me quedé totalmente quieto durante un rato, hasta que mi respiración se hizo regular y pude percibir algo en el oscuro vestíbulo. Mientras lo hacía me preguntaba por qué me comportaba de una manera tan extravagante, pero la posible proximidad de Anna me tenía completamente desconcertado, de manera que no podía pensar, solo realizar pequeñas series de acciones que se presentaban ante mí como algo inevitable. Anduve lentamente por el vestíbulo, pisando con cuidado la negra alfombra que absorbía el ruido. Cuando llegué a las escaleras, las subí deslizándome: supongo que mis pies tocaron los escalones. No oí ningún ruido.

Me encontré en un espacioso rellano, con una balaustrada de madera tallada detrás de mí, y varias puertas. Todo parecía ordenado y cuidadosamente amueblado. Las alfombras eran espesas y las maderas estaban relucientes. Miré a mi alrededor. Ni siquiera dudé de que Anna se encontrara allí, pero tampoco se me ocurrió llamarla por su nombre o hacer algún ruido. Abrí de par en par la puerta que me quedaba más cerca. Recibí una impresión que me dejó paralizado.

Me encontré frente a siete u ocho pares de ojos que me miraban fijamente y parecían estar situados a pocos metros de mi rostro. Rápidamente di un paso atrás y la puerta se cerró de nuevo con un ligero chasquido. Era el primer ruido que escuchaba desde que había entrado en la casa. Me quedé quieto durante un momento sin comprender nada, con los pelos de punta. Luego agarré con fuerza el picaporte y abrí de nuevo la puerta, aunque me quedé en el umbral. Los rostros se habían movido, pero seguían orientados hacia mí; y entonces, en un instante, comprendí. Me encontraba en la

galería de un pequeño teatro. La galería, inclinada y en escorzo, parecía dar inmediatamente al escenario; y en el escenario había un cierto número de actores que se movían en silencio de un lado a otro, y llevaban máscaras que hacían mirar siempre hacia el público. Las máscaras eran de un tamaño un poco mayor del natural y por eso había tenido la extraordinaria impresión de cercanía que se había producido al abrir la puerta por primera vez. Ahora mi campo de percepción se había ajustado y contemplé con fascinado interés y sorpresa la extraña escena.

Las máscaras no estaban atadas a los rostros, sino montadas sobre una varilla que cada actor sostenía en la mano derecha y que hábilmente mantenía en paralelo a las candilejas, para que no se pudiera ver ni rastro de los verdaderos rasgos del actor. La mayor parte de las máscaras eran de cara entera, pero dos de ellas, pertenecientes a las dos únicas mujeres que había en el escenario, solo eran de perfil. Los rasgos eran grotescos y estilizados, pero contaban con cierta curiosa belleza. Me fijé especialmente en las dos máscaras femeninas: una, sensual y serena; la otra, nerviosa, vigilante, hipócrita. En esas dos máscaras los ojos no estaban recortados, pero las máscaras masculinas tenían los ojos huecos y a través de ellos las miradas de los actores brillaban extrañamente. Todos iban vestidos de blanco, los hombres llevaban camisas y calzones blancos de campesinos y las mujeres, sencillas batas del mismo color que les llegaban hasta los tobillos, ceñidas en la cintura. Me pregunté si esa sería la gran farsa *Marishka*, de Lazemnikov; pero tanto *Marishka* como su autor me eran desconocidos.

Entretanto, los actores seguían ejecutando sus movimientos en un extraordinario silencio, que parecía tener a todo el mundo hechizado. Vi que llevaban zapatillas suaves y apretadas y que el escenario estaba alfombrado. Se movían por él con movimientos deslizantes o indolentes, girando sus enmascaradas cabezas de un lugar a otro, y observé en ellos esa extraña expresividad del cuello y de los hombros en la que destacan tanto los bailarines indios. Sus manos izquierdas realizaban diversos gestos convencionales. Nunca había visto un mimo semejante. El efecto era hipnótico. No tenía una idea clara de lo que pasaba, pero me parecía que una figura central, grande y fornida, que llevaba una máscara que expresaba

una especie de estupidez humilde y anhelante, era objeto de burlas por parte de los otros intérpretes. Me fijé detenidamente en las dos mujeres, preguntándome si una de ellas sería Anna; pero estaba seguro de que no era ninguna de las dos. La habría reconocido enseguida. Luego me fijé en el fornido simplón. Durante un rato me quedé observando la máscara, con su grotesca inmovilidad y el resplandor de los ojos detrás. Aquellos ojos parecían irradiar una especie de fuerza que me penetró con un suave estremecimiento. Seguí mirando con fijeza. Había algo en aquella enorme forma que me era vagamente familiar.

En aquel instante, con uno de los movimientos el escenario crujió y el telón de fondo tembló ligeramente. Ese sonido me hizo volver en mí y comprobé alarmado que los actores podían verme. Retrocedí de puntillas hasta el rellano y cerré la puerta. El silencio me cubría como una gran campana, y todo el lugar latía con una vibración callada que tardé un momento en reconocer como el latido de mi corazón. Me di la vuelta para buscar en las otras puertas. En una que se encontraba al otro extremo del rellano había un cartel. Leí, escrito con letras grandes, «Decorados», y debajo, en letras más pequeñas, «Señorita Quentin». Cerré los ojos durante un momento y traté de tranquilizar mi respiración. Luego llamé.

El sonido produjo un eco extraño. Después, una voz ronca dijo: «Pase».

Entré. Era una habitación larga y estrecha con ventanales que se abrían sobre el río, y estaba inundada por una especie de caos multicolor que al principio no pude abarcar. En medio de todo, Anna estaba sentada ante un escritorio, de espaldas a mí. Cerré la puerta mientras ella se volvía. Durante un largo rato nos miramos en silencio. Como un vaso que se va llenando, sentí que mi alma subía hasta mis ojos; y en el intenso equilibrio del encuentro los dos experimentamos un momento de éxtasis. Anna se levantó y dijo: «¡Jake!». Luego me fijé en ella.

Estaba más gorda y no se había defendido contra el paso del tiempo. Había en ella una especie de expresión ruinosa que resultaba infinitamente conmovedora. Su rostro, que yo recordaba redondo y suave como un albaricoque, se había vuelto un poco más tenso y ojeroso, y su cuello ya revelaba su edad. Los grandes ojos castaños, que antes se abrían tan

suavemente sobre el mundo, parecían más estrechos y, allí donde Anna solía dibujarse una línea oscura en el extremo de sus ojos, los años habían formado un pequeño haz de arrugas. Algunos cabellos que se escapaban de la complicada diadema se enroscaban sobre su cuello, y se le veían canas. Contemplé el rostro que había conocido tan bien y, ahora que veía tan mortal su belleza, sentí que nunca la había querido tanto como en ese momento. Anna recibió mi mirada, y luego, con un gesto instintivo, buscó refugio detrás de sus manos.

—¿Qué te trae por aquí, Jake? —dijo Anna.

El hechizo se había roto.

—Quería verte —le dije; y lo único que deseaba era evitar mirarla y tranquilizarme.

Eché un vistazo por la habitación. Había una asombrosa mezcla de objetos apilados que en algunos lugares llegaban hasta el techo. El contenido de la estancia tenía una especie de extraña cohesión y homogeneidad, y parecía pegado a las paredes como la mermelada en un bote medio vacío. Había toda clase de objetos. Parecía una enorme juguetería que hubiera sido bombardeada. De una primera ojeada pude ver una trompa, un caballito de madera, un juego de cornetas de estaño con rayas rojas, unas batas de seda china, una pareja de rifles, un chal con estampado de cachemira, ositos de peluche, bolas de cristal, una maraña de collares y otras bisuterías, un espejo convexo, una serpiente disecada, un sinfín de animales de juguete, varios baúles metálicos de los que asomaban disfraces multicolores. Juguetes exquisitos y caros yacían enredados con baratijas de huevos de Pascua. Me senté en el asiento más cercano, que resultó ser el lomo de un caballito de madera, y contemplé la escena.

—¿Qué es este lugar tan raro? —pregunté—. ¿Y a qué te dedicas ahora, Anna?

—Oh, a cosas —dijo Anna.

Siempre decía eso cuando había algo que no quería contar. Me di cuenta de que estaba nerviosa y de que mientras hablaba seguía recogiendo objetos: un poco de cinta, una bola o una larga tira de encaje de Bruselas.

—¿Cómo has encontrado este sitio? —me preguntó.

Se lo dije.

—¿Por qué has venido?

No tenía ganas de embarcarme en una serie de preguntas y respuestas convencionales. ¿Qué importaba por qué? Ni yo mismo lo sabía.

—Me han echado del sitio donde vivía.

No era muy explícito, pero no podía pensar en otra cosa que decir sino la verdad.

—¡Oh! —dijo Anna.

Luego preguntó:

—¿Qué has hecho durante estos años?

Me habría gustado decirle algo impresionante, pero, de nuevo, en lo único que pude pensar fue en la verdad.

—Unas cuantas traducciones y trabajos para la radio —contesté—. Me las he ido arreglando.

Me di cuenta de que realmente Anna no escuchaba mis respuestas. Recogió un par de guantes rojos, se los puso, alisándose los dedos y sin mirarme.

—¿Has visto a alguno de nuestros viejos amigos últimamente? —me preguntó.

Sentí que realmente no podía contestarle.

—¿A quién le importan nuestros viejos amigos? —dije.

¿Qué hay más torturador que un encuentro después de mucho tiempo, cuando todas las palabras caen al suelo como muertas y el espíritu que debería animarlas flota incorpóreo en el aire? Los dos notábamos su presencia.

—Estás igual que siempre, Jake —dijo Anna.

Era cierto. Yo tenía más o menos el mismo aspecto que a mis veinticuatro años.

—¡Ojalá yo pudiera decir lo mismo! —añadió.

—Estás muy guapa —dije.

Anna se rio y cogió una guirnalda de flores artificiales.

—¡Este sitio está hecho un desastre! —dijo—. Siempre estoy pensando en ordenarlo.

—También es muy bonito —dije.

—Bueno, ¡si llamas a esto bonito! —dijo Anna.

Durante todo ese tiempo trató de no mirarme. Dentro de un momento estaríamos hablando tranquilamente como dos viejos amigos. Yo no quería que fuera así. La miré y, rodeada del encantador caos de sedas, animales y objetos improbables que parecían sumergirla hasta casi la cintura, me pareció una sirena llena de sabiduría surgida de un mar multicolor; pero dentro de un momento se me escaparía. De pronto, la extrañeza de todo ese día se me hizo patente con fuerza; e inmediatamente tuve una idea. En los viejos tiempos, la sala de estar del piso de Anna en Bayswater estaba tan a la vista desde otras ventanas que solo había una esquina de la habitación, en el suelo, donde no te veían. Así que, si yo quería besarla, era ese el único lugar donde podía hacerlo. En aquellos tiempos me dedicaba, de manera no totalmente desinteresada, a enseñar judo a Anna, y una de nuestras costumbres consistía en que cuando llegaba la cogía y la lanzaba a ese rincón para besarla. El recuerdo de aquello surgió en mí como una inspiración y avancé hacia ella. La cogí por la muñeca y durante un instante vi sus ojos abiertos y alarmados muy cerca de los míos, y entonces la arrojé, con mucho cuidado, sobre un montón de disfraces de terciopelo que había en el rincón de la estancia. Mi rodilla se hundió en el terciopelo que había junto a ella y, en ese momento, una masa de pañuelos, encajes, cornetas de lata, perros de peluche, sombreros de fantasía y otros objetos cayeron en cascada sobre nosotros, hasta que quedamos medio sepultados. La besé.

Sus ojos seguían muy abiertos, sus labios se separaron y por un momento permaneció tan rígida en mis brazos como una enorme muñeca. Luego se echó a reír y yo también me reí y los dos lo hicimos con gran placer y alivio. Sentí cómo suspiraba y sus miembros se aflojaban, su cuerpo se hizo más redondo y flexible, y nos miramos a la cara con una amplia sonrisa de confianza y reconocimiento.

—¡Querida Anna! —dije—. ¡Cómo he podido vivir sin ti!

Coloqué un montón de seda bordada tras su cabeza para formar una almohada. Se apoyó, me miró y me acercó a ella.

—Tengo que contarte muchas cosas, Jake —dijo—, pero no sé si puedo

hacerlo ahora. Cuánto me alegro de verte. Te das cuenta, ¿no?

Me miró a los ojos y sentí soplar aquella vieja brisa, picante y cálida. Por supuesto, no podía dudarle.

—¡Bandida! —dije.

Anna se rio de mí como hacía siempre.

—¡Te habrá echado alguna chica! —dijo Anna. Siempre contraatacaba.

—Tú sabes que podrías haberme tenido para toda la vida si hubieras querido —dije. No pensaba dejarle salirse con la suya, y lo que le dije era más o menos la verdad—. Te quería —añadí.

—¡Oh, el amor, el amor! —dijo Anna—. Qué cansada estoy de esa palabra. ¿Qué ha significado para mí el amor, sino escaleras crujiendo en casas de otras personas? ¿Para qué me ha servido todo ese amor al que me han obligado los hombres? El amor es persecución. Lo único que quiero es que me dejen en paz para poder amar por mi cuenta.

La contemplé fríamente, enmarcando su cabeza entre mis brazos.

—No serías tan indiferente al amor si no te hubieran querido —le dije. Me miró y noté en su mirada algo desapegado y teórico de lo que no me había dado cuenta antes.

—No, de verdad, Jake —dijo—. Hablar del amor no significa nada. El amor no es un sentimiento. Se puede poner a prueba. El amor es acción, es silencio. No es la tensión emocional ni las maquinaciones de posesión que tú creías.

Aquella me pareció una charla ridícula.

—Pero el amor tiene que ver con la posesión —dije—. Si tuvieras idea de lo que es el amor insatisfecho, lo sabrías.

—No —dijo extrañamente—. El amor insatisfecho tiene que ver con la comprensión. Únicamente si es del todo, del todo, comprensión, puede seguir siendo amor aunque sea insatisfecho.

No escuché aquel grave discurso porque me había llamado la atención la palabra «silencio».

—¿Qué es este lugar, Anna? —pregunté.

—Es difícil de explicar, Jakie —dijo Anna, y sentí cómo sus manos se buscaban detrás de mi espalda. Me apretó y luego dijo—: Es un pequeño

experimento.

La frase me chocó. No me parecía propia de Anna en absoluto. Allí resonaba otra voz. Luego volvería sobre ello.

—¿Ya no cantas? —le pregunté.

—Oh, he dejado de cantar —dijo Anna—. No voy a volver a hacerlo nunca más.

Su mirada huyó por encima de mi espalda y apartó las manos.

—¿Por qué demonios lo dejaste, Anna?

—Bueno —dijo Anna, y seguía percibiendo una curiosa artificialidad en su tono—. No me gusta esa manera de ganarme la vida. El tipo de canciones que hago es tan —se puso a buscar la palabra— ostentoso. No hay verdad en ello. Se trata simplemente de explotar tu encanto para seducir a la gente.

La cogí por los hombros y me puse a sacudirla.

—¡Ni tú te crees lo que estás diciendo! —le grité.

—¡Sí me lo creo, Jake! —Me miró de manera casi implorante.

—¿Y el teatro? —le pregunté—. ¿Qué pintas tú en esto?

—Es el arte puro —dijo Anna—. Es muy sencillo y muy puro.

—Anna, ¿quién te ha metido eso en la cabeza? —le pregunté.

—Jake —dijo—, siempre has sido así. Tan pronto como te decía algo que te sorprendía, decías que alguien me metía ideas en la cabeza.

Durante la última parte de nuestra conversación había puesto su mano sobre mi hombro para poder ver su reloj de pulsera, y me di cuenta de que le echaba un rápido vistazo de vez en cuando. Me sentí furioso.

—Deja de mirar el reloj —dije—. No me has visto durante años. ¡Puedes dedicarme un poco de tiempo!

Adiviné que Anna pensaba que muy pronto se vería interrumpido nuestro *tête-à-tête*. Nuestra entrevista tenía marcado un tiempo del que Anna era muy consciente. Toda su vida funcionaba con tiempos marcados; como una monja, se habría sentido perdida sin su reloj. La cogí por la muñeca donde tenía el reloj y se la torcí hasta que la oí resollar. Me miró con intensidad, con aquel radiante y silencioso aire de desafío que recordaba y que amaba desde hacía mucho. Nos miramos durante un rato. Nos conocíamos muy bien. La mantuve agarrada, pero aflojé la tensión lo suficiente como para

que pudiéramos besarnos. Su cuerpo se tensó de nuevo, era como si mi apretón le hubiera transmitido parte de su fuerza positiva, y me sentí como asido a un rígido cohete mientras nos precipitábamos por el espacio. Besé su cuello y sus hombros endurecidos.

—Jakie, me haces daño —dijo.

La solté y me dejé caer pesadamente sobre sus pechos, completamente flácido. Me acarició el cabello. Permanecimos allí en silencio durante largo rato. El universo descansaba como un gran pájaro.

—Vas a decirme que tengo que irme —dije.

—Debes irte —afirmó ella—, o más bien debo irme yo. Levántate, por favor.

Me incorporé y me sentí como si me levantara después de dormir. Miré a Anna. Yacía entre los restos de colores como una princesa de cuento de hadas caída de su trono. Las sedas cubrían sus caderas y sus pechos. Se le había soltado un largo mechón de cabello. Permaneció quieta un momento, bajo mi mirada, con el pie arqueado de forma consciente.

—¿Dónde está tu corona? —le pregunté.

Anna buscó bajo el montón y sacó una pequeña diadema dorada. Nos echamos a reír. La ayudé a levantarse y quitamos los restos de oropel, polvo dorado y lentejuelas que tenía en su vestido.

Mientras se recogía los cabellos recorrí la habitación, examinándolo todo. De pronto, me sentí a gusto. Sabía que volvería a verla.

—Tienes que explicarme qué es este lugar —le dije—. ¿Quién actúa aquí?

—Sobre todo aficionados —dijo Anna—. Algunos de mis amigos. Pero es una técnica muy especial.

—Sí, ya he podido verlo —dije.

Anna se volvió hacia mí.

—¿Así que has entrado en el teatro?

—Sí, solo un momento. ¿De qué trata? Parecía muy impresionante —dije—. ¿Es algo indio?

—Tiene alguna relación con la India —contestó—, pero realmente es algo propio.

Me di cuenta de que estaba pensando en otra cosa.

—¡Ese sí que es un artefacto que no vas a usar mucho! —dije, señalando la

plancha de truenos.

Una plancha de truenos, por si no lo saben, es una fina lámina de metal, de unos cuantos metros cuadrados, que cuando se la sacude produce un sonido misterioso y retumbante, parecido al trueno. Me acerqué a ella.

—¡No la toques! —dijo Anna—. Sí, la vamos a vender.

—Anna, ¿hablabas en serio de lo de cantar? —le pregunté.

—Sí —dijo—, es corruptor.

Volví a tener la curiosa sensación de ver a alguien dominado por una teoría.

—Solo se pueden decir cosas sencillas sin falsedad —añadió.

—Lo que he visto en el teatro no tenía nada de sencillo —le dije.

Anna abrió las manos.

—¿Para qué querías verme? —me preguntó.

Esa pregunta me hizo volver a la realidad. Dije con precaución:

—Quería verte. Ya lo sabes. Pero también tengo un problema respecto a dónde vivir. A lo mejor puedes aconsejarme. —Y pregunté—: Supongo que no puedo vivir aquí, en un desván o algo por el estilo, ¿verdad?

Anna se estremeció.

—No —dijo—, es imposible.

Nos miramos el uno al otro, pensando con rapidez.

—¿Cuándo te volveré a ver? —le pregunté.

Su rostro se tornó rígido y reservado.

—Jake —me dijo—, tienes que dejarme en paz durante un tiempo. Tengo muchas cosas en las que pensar.

—Yo también —dije—. Tal vez debamos pensar juntos.

Me lanzó una pálida sonrisa.

—Si te necesito te llamaré —dijo—. Y es posible que te necesite.

—Espero que sea así —dije y escribí las señas de Dave en un trozo de papel—. Te advierto que si pasa mucho tiempo apareceré me necesites o no.

Anna volvió a mirar su reloj.

—¿Puedo escribirte? —le pregunté.

Mi experiencia me ha enseñado que las mujeres que tienen interés en mantenerte a su alcance no suelen decir que no. Así, te atan sin

compromisos. Anna, que sabía lo que yo pensaba sobre ese asunto, como sobre casi todo lo demás, me miró y los dos sonreímos.

—No me molesta —dijo—. Si mandas una carta al teatro me llegará.

Estaba recogiendo sus cosas, con el ceño levemente fruncido. Pensé que lo que la preocupaba era sacarme del edificio sin que nadie me viera.

—No tengo donde dormir esta noche —le dije: mi primera mentira—. ¿Puedo quedarme aquí?

Anna volvió a mirarme, preguntándose cuánto sabía de lo que ella estaba pensando. Se puso a reflexionar.

—Vale —dijo—. Quédate aquí y no bajas conmigo ahora. Solo tienes que prometerme que no vas a andar merodeando por ahí y que te marcharás de aquí a primera hora de la mañana.

Se lo prometí.

—Dime dónde puedo vivir, Anna —le insistí.

Pensé que, ya que había llegado hasta el punto de dejarme pasar la noche, quizá se ablandara con respecto a lo del desván. Anna puso en orden su escritorio y cerró los cajones.

—Mira —dijo—, puedes probar con Sadie. Se marcha para los Estados Unidos y necesita a alguien que cuide de su piso. A lo mejor tú eres la persona adecuada.

Apuntó una dirección. La cogí con reticencia.

—¿Te llevas bien con Sadie ahora? —le pregunté.

Anna se echó a reír con cierta impaciencia.

—Es mi hermana. Nos soportamos mutuamente. De todas formas puedes ir a verla, la idea puede funcionar.

Y me miró con aire dubitativo.

—Bueno, nos vemos mañana y seguimos hablando de esto —le sugerí.

Aquello la hizo decidirse.

—No —dijo—. Vete a ver a Sadie y no vuelvas aquí a menos que te llame.

Dio la vuelta para irse. Luego la tomé por la mano y la abracé con inmensa ternura. Ella me abrazó también. Nos separamos.

No oí ningún ruido después de que se cerrara la puerta, y durante un rato permanecí como hechizado en medio de la habitación. En el tiempo que

había estado hablando con Anna la habitación se había oscurecido, pero la azulada tarde de verano aún hacía que los árboles y el río vibraran con colores en el exterior. Un poco después, oí el ruido de un coche al arrancar. Me acerqué a la ventana y al asomarme pude ver un trozo de calle. Mientras miraba, un lujoso Alvis negro dio la vuelta a la esquina, con el motor zumbando suavemente, y subió hacia la carretera principal. Me pregunté si Anna iría dentro. En aquel momento apenas me preocupó. En lo que se refería a su ambigua forma de rechazarme, estaba acostumbrado. La mayor parte de las mujeres que conozco se comportan de esa forma y me he habituado a no hacer preguntas, ni siquiera con el pensamiento. Todos vivimos en los intersticios de las vidas de los demás y nos llevaríamos una sorpresa si pudiéramos verlo todo. Yo sabía que había un hombre en alguna parte; siempre lo había cuando se trataba de Anna. Pero esa especulación podía esperar.

Me sentí contento de estar solo. Había tenido lo que para mí era un día intolerablemente lleno de acontecimientos, y durante un largo rato estuve apoyado en el alféizar de la ventana, mirando el puente de Hammersmith. El río pasaba murmurando, llevándose consigo los últimos fragmentos de la luz del día, y finalmente se convirtió en un oscuro golfo de movimiento invisible. Pensé en mi encuentro con Anna. Había dicho algunas cosas extrañas, pero no reflexioné sobre ellas. Recordé la manera en que ella movía las manos, sus gestos nerviosos mientras tocaba primero una bola y luego un collar, la curva de sus muslos cuando estaba tumbada en el suelo, los rizos grises de sus cabellos, el cansancio de su cuello. Todo ello evocaba lo que a mí me pareció un nuevo amor, cien veces más profundo que el antiguo. Me sentí muy conmovido. Pero, al mismo tiempo, me lo tomé con cierta reserva. En el pasado me había conmovido de la misma manera, y nada había salido de ello. Lo que sí era cierto es que quedaba algo intacto de lo que antaño hubo entre nosotros; y fue el paso del tiempo el que convirtió ese resto en algo más precioso. Pensé con cierta satisfacción en nuestra conversación y en cuán espléndidamente había respondido Anna a las viejas claves.

Las farolas de la calle estaban ya encendidas en el puente y, a lo lejos, el

oscuro río entraba en una franja de luz. Le di al interruptor de la luz y en alguna parte se encendió una lámpara, sepultada bajo un montón de gasa. Anna me había pedido que no me dedicara a merodear; pero era una prohibición bastante vaga y pensé que husmear un poco no me vendría mal. Sentía un gran deseo de volver de nuevo al pequeño teatro; en realidad, había sido en gran medida por eso por lo que le había pedido impulsivamente a Anna que me dejara quedarme. Bajo la débil luz encontré el interruptor del rellano y, al cerrar la puerta de la habitación de los decorados, fui hacia la puerta del teatro. No me habría sorprendido encontrar al silencioso mimo todavía actuando en la oscuridad. Probé a abrir la puerta, pero estaba cerrada. Lo intenté con las otras puertas del rellano y luego con las del vestíbulo de abajo. Para mi gran exasperación, todas estaban cerradas con llave. Entonces la quietud del lugar comenzó a angustiarme como una niebla y me sentí dominado por el pánico, pensando que podría encontrar la puerta de la habitación de los decorados cerrada también. Subí corriendo por la escalera, sin hacer ruido, y me lancé dentro de la habitación. La lámpara seguía iluminándola con su débil luz y todo estaba igual que antes. Pensé en salir e intentar entrar en el auditorio desde fuera, pero algún espíritu me prohibió abandonar la casa. Quité dos o tres capas de tela de la lámpara e inspeccioné la habitación. A aquella media luz parecía más fantástica que nunca. Anduve sin rumbo durante un rato, recogiendo los objetos que Anna había tocado. Mi mirada seguía volviéndose hacia la plancha de truenos y sentí el impulso nervioso de ir corriendo y darle un golpe. Pensé en el soberbio ruido que se encerraba allí dentro y en cómo podía hacer que la casa entera se estremeciera. Casi sudaba de lo nervioso que me ponía imaginarlo. Pero algo me obligó a mantenerme en silencio y hasta empecé a andar de puntillas.

Al cabo de un rato tuve la inquietante sensación de que me estaban observando. Me doy cuenta enseguida cuando me observan y a menudo tengo ese sentimiento no solo en presencia de seres humanos, sino también de animales pequeños. Una vez incluso descubrí que quien me miraba con misteriosos ojos era una gran araña. Según mi experiencia, la mirada más pequeña que se puede sentir es la de la araña. Comencé a intentar localizar

lo que me estaba mirando. No encontré nada vivo, sino que descubrí que se trataba de un conjunto de máscaras, similares a las que había visto en el escenario, cuyos ojos rasgados se volvían con aire fúnebre hacia mí. Sin duda me había fijado en ellas inconscientemente antes, cuando inspeccionaba la habitación. Las examiné con detenimiento y me impresionaron la desconcertante belleza de su diseño y la serenidad que expresaban hasta las más desagradables. Estaban hechas de una madera ligera, con una pequeña capa de pintura, unas de rostro entero, otras solo de perfil. Había algo de oriental en su aspecto, algo que hablaba más en la boca sutilmente curvada que en los ojos rasgados. Un par de ellas me recordaban lejanamente a los Budas indios que había visto en el pasado. Todas tenían un tamaño ligeramente superior al natural. Me parecieron objetos muy alarmantes y las dejé al cabo de un rato. Crujieron sordamente al soltarlas, me sobresalté y volví a experimentar el silencio. Luego me di cuenta de que la habitación estaba llena de ojos, los grandes ojos vacíos del caballito de madera, los ojos vidriosos de los osos de peluche, los ojos rojos de la serpiente disecada, los ojos de las muñecas, los títeres y los muñecos negros. Comencé a sentirme inquieto. Retiré lo que quedaba de gasa sobre la lámpara, pero aun así daba muy poca luz. Algo en el rincón opuesto cayó suavemente. Me senté con las piernas cruzadas en el suelo e intenté pensar en algo realista.

Saqué de mi bolsillo el trozo de papel que me había dado Anna. Indicaba una dirección de Welbeck Street. Lo miré y me pregunté, con espíritu de predicción más que de intención, si podría presentarme ante la puerta de Sadie. No sentía muchas ganas a causa de las razones ya mencionadas. Por otra parte, el asunto parecía diferente ahora que era Anna quien me había sugerido ir a verla. Si ella y Sadie se llevaban bien, asociarme con Sadie era una forma de mantenerme en contacto con Anna. También sentía curiosidad, al reflexionar sobre el asunto, por cómo me recibiría Sadie. Además, hay pocas personas que, si no hay otros problemas de por medio, no vean su vanidad terrenal halagada por el trato con una persona cuyo rostro aparece por todo Londres en carteles de cinco metros. Luego me di cuenta de lo espléndido que sería que Sadie se marchara realmente y me

dejara en posesión de un lujoso piso gratis en una calle céntrica. Me parecía tan deseable que valía la pena arriesgarse a una negativa para conseguirlo. Empecé a considerar como algo casi seguro el ir a ver qué pasaba en aquella dirección de Welbeck Street.

Cuando llegué a una conclusión puramente inductiva de mis futuros movimientos, comencé a sentirme mejor y enseguida empecé a tener sueño. El suelo estaba tan cubierto de objetos que tuve que ponerme a apartarlos para hacerme un sitio. Apareció un pedazo de alfombra blanca con manchas. Luego busqué algo que pudiera usar como almohada. Había telas de sobra. Finalmente escogí una piel de oso con su hocico y sus garras. No apagué la luz, sino que volví a tapar la lámpara con las gasas hasta dejar solamente un débil resplandor. No quería exponerme a despertar y encontrarme a solas en la oscuridad de semejante habitación. Luego metí mis manos y mis pies en las garras del oso y dejé que el gran hocico feroz cayera sobre mi frente. Era un acogedor camisón para dormir. Antes de acurrucarme, me puse a pensar un poco más en Anna y en qué estaría metida. Podía creerme que ese teatro fuera de su creación; sin embargo, estaba claro que allí también actuaba otra mente, y algunas de las cosas que Anna me había dicho desde luego no eran suyas. También me pregunté de dónde habría venido el dinero. Por fin bostecé y me estiré. Un chal oriental me servía de almohada. Suaves objetos cayeron sobre mis pies. Luego llegó el silencio. El sueño nunca me desampara ni me hace esperar mucho tiempo después de llamarlo. Me quedé dormido casi enseguida.

CUATRO

Al día siguiente, sobre las diez de la mañana, ya bajaba por Welbeck Street. Me sentía de mal humor. A la luz del día todo el proyecto me parecía mucho menos atractivo. Ser rechazado por una estrella de cine me deprimiría durante meses. Pero consideraba el asunto como algo ya decidido y no tenía más opción que seguir adelante. Empleo ese método con frecuencia para tomar decisiones difíciles. Durante la primera etapa veo el asunto solo como una hipótesis, y durante la segunda considero que lo que he pensado antes es definitivo y que por tanto no se puede cambiar. Les recomiendo esta técnica a quienes tengan dificultad para tomar decisiones. Sentí una cierta tentación de volver al teatro para intentar encontrarme de nuevo con Anna, pero temía ofenderla. Así que no me quedaba más remedio que resignarme a ir a ver a Sadie.

El piso de Sadie estaba en la tercera planta y tenía la puerta abierta. Una ingenua sirvienta apareció y me dijo que la señorita Quentin no estaba en casa. Luego me informó de que la señorita Quentin estaba en la peluquería y nombró un establecimiento caro de Mayfair. Yo tomé la precaución de decir que era un primo de la señorita Quentin. Le di las gracias y volví a Oxford Street. He ido con frecuencia a ver a mujeres a las peluquerías y la idea no me asustó. La verdad es que creo que las mujeres suelen mostrarse más caritativas y receptivas si se las visita en ese espacio, quizá porque así pueden mostrarles un miembro cautivo del sexo masculino a las otras mujeres que no tienen la fortuna de tener a sus admiradores a la vista. Sin embargo, para desempeñar ese papel uno debe ir presentable, así que me fui

directamente a un barbero, para que me hiciera un buen afeitado. Luego me compré una corbata nueva en una tienda de Oxford Street y tiré la que llevaba puesta. Mientras subía por las escaleras cargadas de perfume de la peluquería de Sadie, me vi reflejado en un espejo y me pareció que tenía un buen aspecto varonil.

Las peluquerías femeninas obedecen a una oscura ley de la naturaleza que, al contrario de lo que sucede en las otras esferas, dicta que, cuanto más cara sea la firma, de menos privacidad dispondrán las clientas. A las tenderas de Putney a lo mejor les arreglan el pelo en la intimidad de un cubículo cerrado por cortinas, pero las ricas de Mayfair tienen que sentarse expuestas, en filas, y mirarse mutuamente mientras las metamorfosean. Me encontré en una sala grande donde elegantes cabezas pasaban por diversas etapas de montaje. Ante mí tenía una fila de espaldas bien vestidas y, mientras miraba de un lado a otro buscando a Sadie, me sentí observado en una docena de espejos rosados. No la vi por ninguna parte. Comencé a deslizarme por una de las filas mirando cada espejo, viendo en uno un rostro joven, en otro uno más viejo que me observaba bajo unos rizos encrespados y pegados. Cada pareja de ojos se encontraba con los míos con una mirada interrogativa y comencé a sentirme como un príncipe en un cuento de hadas. Me alegré por haber invertido en una corbata nueva. Al final de la fila, había varias figuras con las cabezas tapadas por ronroneantes secadores eléctricos. Por fin encontré en un espejo unos ojos que inequívocamente eran de Sadie.

Me detuve y puse las manos en el respaldo de su asiento. Permanecí allí un momento y miré con seriedad aquellos ojos mientras su dueña me devolvía la mirada, primero con indiferencia, luego con hostilidad y finalmente reconociéndome poco a poco.

Sadie dio un gritito:

—¡Jake!

Me di cuenta de que nos miraban. Empecé a sentirme contento de haber ido.

—¡Hola, Sadie! —dije, y no tuve que fingir mi sonrisa de alegría.

—¡Mi *querida* criatura! —dijo Sadie—. ¡Hacía siglos que no te veía! ¡Qué maravilla! ¿Me buscabas?

Le dije que sí, cogí una silla y me senté detrás de ella. Nos sonreímos a través del espejo. Pensé que formábamos una pareja muy atractiva. Incluso con el pelo metido en una red, Sadie estaba muy guapa, y más joven que nunca. A pesar del cristal rosado, su tez era exquisita y sus ojos castaños resplandecían de vitalidad. Involuntariamente puse mi mano sobre su brazo.

—¡Eres un encanto! —dijo Sadie—. ¿A qué te dedicas? ¡Cuéntame!

La afectación que había en su voz y en sus maneras me pareció nueva. Hablaba también en un tono curiosamente alto y sonoro que hacía que lo que decía resonara por todo el salón. La explicación se me ocurrió enseguida; estaba parcialmente ensordecida por el zumbido del secador y no se daba cuenta de lo alto que estaba hablando.

Le contesté, también elevando la voz.

—Oh, me dedico a lo de siempre, a escribir. Libros y más libros, ya sabes. Por el momento tengo tres terminados. Y los editores nunca dejan de acosarme.

—Siempre has sido un chico listo, Jake —gritó Sadie admirativamente.

Reinaba un completo silencio en el resto del establecimiento, con la excepción del susurro que emitían unas ayudantes, y sentí cómo todo el mundo aguzaba el oído en mi dirección. Me parecía imposible que hubiera alguien en el salón que no supiera quién era Sadie. Me dediqué a disfrutar de la conversación.

—¿Cómo te va la vida? —le pregunté.

—Ah, todo es muy aburrido —dijo Sadie—. Sencillamente estoy agotada de trabajar. Estoy en los estudios de la mañana hasta la noche. He podido escaparme para que me arreglen el pelo aquí en paz. Reñí con el peluquero del estudio. Estoy tan cansada que estos días me peleo con todo el mundo.

Me lanzó una sonrisa seductora.

—¿Cuándo vas a cenar conmigo, Sadie? —le pregunté.

—Ah, querido —contestó—. Voy a estar ocupada durante un montón de tiempo. Hoy incluso me vienen a buscar aquí. Tienes que venir a mi piso a tomar una copa.

Hice un rápido cálculo. Probablemente Sadie tenía sus días hipotecados y esta podía ser mi única oportunidad de hablar con ella durante un tiempo. Si

debía hablar del espinoso tema, tenía que hacerlo ya.

—Escucha, Sadie —le dije bajando la voz.

—¿Qué pasa, querido? —me gritó desde debajo del secador.

—¡Escucha! —le grité—. He oído que quieres alquilar tu piso mientras estás fuera.

No era capaz, delante de un público semejante, de plantear el asunto con menos delicadeza. Confiaba en que Sadie utilizaría el mismo tacto.

La respuesta de Sadie fue todavía más amable de lo que yo había esperado.

—Querido —dijo—, ni hablar de alquilar. Quiero una persona que lo cuide, pero en realidad lo que quiero es un guardaespaldas y tú puedes encargarte de eso a partir de ahora mismo, si quieres.

—Por mí, encantado —dije—. El contrato de mi piso actual ha acabado y más bien estoy en la calle.

—Entonces, querido, tienes que venir enseguida —rugió Sadie—. Me serás enormemente útil si puedes quedarte un poco conmigo. ¿Sabes?, hay un tipo espantoso que se dedica a perseguirme.

Aquello sonaba interesante. Sentí cómo se afinaban los oídos alrededor de nosotros. Me reí varonilmente.

—Bueno, tengo fama de ser bastante duro —dije—. No me molesta quedarme ahí con tal de que pueda seguir trabajando.

Empezaba a imaginar algo aún mejor que Earls Court Road.

—Querido, es un piso enorme —dijo Sadie—. Puedes tener una *suite* de habitaciones. Me sentiré mucho más segura si puedes venir ya y te quedas hasta que yo me marche. Ese tipo está locamente enamorado de mí. Sigue viniendo e intentando entrar a todas horas, y, cuando no aparece, me llama, así que estoy hecha un manojo de nervios.

—No irás a tener miedo de mí, supongo —dije mirándola lascivamente a través del espejo.

Sadie se echó a reír con ganas.

—¡Jake, querido, de ninguna manera, eres demasiado inofensivo! —gritó.

No me gustó mucho el giro que tomaba la conversación. De reojo vi a varias mujeres elegantemente vestidas que estiraban el cuello para poder mirarme. Pensé que debíamos cambiar de tema.

—¿Quién es esa persona tan intolerable? —pregunté.

—Me temo que es el mismísimo gran jefe, es Belfounder —dijo Sadie—. Así que ya puedes imaginarte lo embarazoso que resulta. Estoy que no sé qué hacer.

Al oír ese nombre casi me caigo de la silla. La habitación comenzó a dar vueltas y me pareció que veía a Sadie a través de una nube. Esto lo cambiaba todo. Con un esfuerzo enorme conseguí mantener mi rostro inalterable, pero mi estómago daba vueltas por dentro como un gato salvaje. No quería más que largarme y reflexionar sobre aquella asombrosa noticia.

—¿Estás segura? —le dije a Sadie.

—Amorcito, conozco a mi jefe —dijo Sadie.

—Quiero decir, si estás segura de que te ama —le dije.

—Está absolutamente loco por mí —dijo Sadie—. A propósito —dijo—, ¿cómo sabías que buscaba a alguien para cuidarme el piso?

—Anna me lo ha dicho.

Ya me daba igual la prudencia.

Los ojos de Sadie resplandecieron en el espejo.

—Así que has vuelto a ver a Anna —dijo.

Detesto ese tipo de comentarios.

—Ya sabes que Anna y yo somos viejos amigos.

—Sí, pero hacía mucho tiempo que no os veíais, ¿no es cierto? —dijo Sadie, que seguía hablando a grito pelado.

La conversación me gustaba cada vez menos. Quería marcharme.

—He estado en Francia bastante tiempo —le dije.

No podía ni imaginar que Sadie supiera en lo que estaba metida Anna. Pude ver que su rostro adquiría una expresión de inteligencia venenosa. Parecía una hermosa serpiente; y tuve la curiosa fantasía de que, si miraba debajo del secador a su verdadero rostro, y no a su reflejo, vería una especie de terrible vieja bruja.

—Bueno, ven el martes que viene, temprano —dijo Sadie—, y te instalaré. Te hablaba en serio sobre lo del guardaespaldas.

—Sería espléndido, querida —dije automáticamente—. Te aseguro que iré. Me levanté.

—Tengo que ir a ver a mi editor —le expliqué.

Intercambiamos sonrisas y salí lentamente de aquel lugar seguido por la mirada fascinada de numerosos ojos femeninos.

Antes no he mencionado que conocía a Belfounder. Como mi trato con Hugo es el tema central de este libro, no me parecía que hubiera razón para anticiparme. Ya se enterarán de suficientes cosas sobre este sujeto en las páginas siguientes. Lo mejor será que empiece por explicar algo sobre el propio Hugo, y luego les contaré parte de las circunstancias en las que lo conocí y un poco sobre los primeros días de nuestra amistad. El apellido original de Hugo no es Belfounder. Sus padres eran alemanes y su padre adoptó el apellido Belfounder cuando se vino a vivir a Inglaterra. Creo que lo descubrió en el cementerio de la iglesia de Cotswold y pensó que sería adecuado para los negocios. Evidentemente lo era, porque con el tiempo Hugo heredó una floreciente fábrica de armamento y la firma Belfounder Baermann, Armas Cortas, Ltd. Desgraciadamente para la empresa, Hugo era por aquel entonces un ardiente pacifista, y, después de varias revueltas, en el curso de las cuales se retiró la facción Baermann, Hugo se quedó con un pequeño negocio que se pasó a llamar Belfounder, Bengalas y Cohetes, Ltd. Se había dedicado a convertir la fábrica de armamento en una fábrica de pirotecnia; y durante varios años se dedicó a la manufactura de cohetes, bengalas Very, dinamita comercial ligera y fuegos artificiales de toda clase.

Empezó, como he dicho, como un pequeño negocio. Pero, de una manera u otra, el dinero perseguía siempre a Hugo; sencillamente era incapaz de no ganarlo; y al poco tiempo se hizo muy rico y próspero, casi tan próspero como lo había sido su padre. (Nadie puede alcanzar la prosperidad de un fabricante de armas.) Sin embargo, siempre vivió con sencillez, y cuando yo lo conocí solía trabajar de vez en cuando como artesano y en su propia fábrica. Su especialidad eran los fuegos artificiales. Como quizá sepan, el montaje de fuegos artificiales requiere una gran destreza, que exige tanto pericia manual como talento creador. Los problemas concretos del montaje encantaban e inspiraban a Hugo: el engranaje del mecanismo de las partes,

la atracción contrastada de la explosión y el color, la mezcla de estilos pirotécnicos, los métodos para combinar luminosidad con duración, la perenne cuestión de la coda. Hugo trataba sus artificios como si fueran sinfonías; despreciaba la vulgaridad de las piezas figurativas. «Los fuegos artificiales son sui generis —me dijo una vez—. Si quieres compararlos con otro arte, compáralos con la música.»

Había algo en los fuegos artificiales que fascinaba absolutamente a Hugo. Creo que lo que más le gustaba era su fugacidad. Me acuerdo de una vez en que me predicó acerca de lo *honestos* que eran los fuegos artificiales. Resultaba obvio que no eran más que un efímero estallido de belleza que desaparecía en un momento. «Eso es lo que es realmente el arte —decía Hugo—, solo que no nos gusta admitirlo. Leonardo lo comprendió. Hizo deliberadamente perecedera *La última cena*.» El disfrute de los fuegos artificiales, según Hugo, debería formar parte de una educación para el disfrute general del esplendor del mundo. «Pagas tu dinero —decía Hugo—, y consigues un placer absolutamente momentáneo sin más problemas. No hay nada más que decir acerca de los fuegos artificiales.»

Desgraciadamente, estaba equivocado, y sus teorías fueron su perdición como artesano. Empezó a producirse una enorme demanda de los fuegos de Hugo. Ninguna fiesta privada elegante ni ningún festival público quedaba completo sin ellos. Incluso se exportaban a Norteamérica. Luego, los periódicos comenzaron a hablar y a referirse a ellos como a obras de arte y a clasificarlos por estilos. Eso disgustó sobremanera a Hugo, que paralizó su trabajo. Al cabo de un tiempo, comenzó a sentir un odio positivo por los fuegos de artificio y al final terminó abandonándolos por completo.

Conocí a Hugo gracias a un resfriado común. Fue durante un periodo en que me encontraba especialmente mal de dinero y las cosas me iban pésimamente, hasta que descubrí la posibilidad de un contrato de increíble generosidad mediante el cual recibiría comida y alojamiento gratis por actuar como conejillo de Indias en un experimento de cura del resfriado. El experimento se llevaba a cabo en una deliciosa casa de campo donde uno se podía quedar indefinidamente y ser inoculado con varias permutaciones de catarros y vacunas. No me gustan los resfriados y las vacunas nunca

parecían funcionar cuando las probaban conmigo; pero, por otro lado, era gratis, y uno se acostumbra a trabajar con un catarro, lo cual constituye una buena práctica para la vida cotidiana. Conseguí escribir mucho, al menos hasta que apareció Hugo.

Los controladores de ese caritativo programa solían proponer a las víctimas que se alojaran en parejas, ya que, como decían en el prospecto, hay poca gente que aguante la absoluta soledad. Como ya saben, a mí tampoco me gusta la soledad, pero después de varios intentos soporté menos aún la compañía de aquellos tontos garrulos, y cuando volví a ese admirable lugar para pasar una segunda temporada pedí que me dejaran vivir solo. El aislamiento y protección limitados que proporciona una institución así en realidad me sientan muy bien. Me lo permitieron; trabajé mucho, y estaba batallando con un catarro particularmente horrible cuando me anunciaron que el problema de alojamiento era tal que tenía que aceptar un compañero de habitación. No me quedaba más remedio que decir que sí y miré con muy mal talante a aquel enorme e hirsuto personaje que se acercó desganadamente, puso sus cosas sobre la cama y se sentó a la otra mesa. Gruñí una especie de desangelado saludo y luego volví a mi trabajo para dejar claro que no era una compañía adecuada para un parlanchín. Estaba aún más irritado por el hecho de que, mientras yo tenía únicamente el catarro, mi compañero había recibido el catarro y la vacuna, así que, mientras que yo tosía, estornudaba y utilizaba un montón de pañuelos de papel, él continuaba en completa posesión de su dignidad humana y parecía la mismísima representación de la salud. Nunca tuve muy claro cuál era el principio que regía la distribución de inoculaciones, aunque siempre me pareció que yo soportaba más catarros de lo justo.

Temía que mi compañero se pusiera a parlotear, pero pronto me di cuenta de que no había peligro. Pasaron dos días y todavía no habíamos intercambiado una sola palabra. Parecía ignorar absolutamente mi presencia. Ni leía ni escribía, sino que se pasaba la mayor parte del tiempo mirando por la ventana el bonito parque que rodeaba la casa. A veces mascullaba algo para sí y decía cosas imperceptibles. Se mordía una barbaridad las uñas, y una vez sacó un cortaplumas y distraídamente se

puso a hacer agujeros en los muebles, hasta que se lo quitó un ayudante. Al principio pensé que a lo mejor era un deficiente mental. El segundo día hasta me empecé a sentir inquieto con su presencia. Era muy grande, alto y robusto, de hombros muy anchos y enormes manos. Solía llevar su gran cabeza hundida entre los hombros, mientras que su mirada abstraída seguía una línea a través de la habitación o de campo que no parecía sugerida por ninguno de los objetos ordinarios que había dentro de su campo de visión. Tenía cabellos oscuros y más bien desgredados, una boca grande y sin forma que se abría de vez en cuando, emitiendo ocasionalmente un sonido semiarticulado. Una o dos veces comenzó a canturrear para sí, pero se interrumpió abruptamente y eso fue lo más cerca que estuvo de reconocer mi presencia.

Al día siguiente por la tarde, me sentía completamente incapaz de seguir con mi trabajo. Devorado por una mezcla de curiosidad y nerviosismo, me senté a mirar por mi ventana soplándome la nariz y preguntándome cómo establecer un contacto humano que se había convertido en una absoluta necesidad. Terminé con mis dudas preguntándole su nombre con una nada diplomática brusquedad. Me lo habían dicho al llegar, pero no había prestado atención. Volvió hacia mí un par de amables ojos oscuros y me dijo su nombre: Hugo Belfounder. Añadió: «Creía que usted no quería hablar». Le dije que no era contrario a hablar, sino que había estado totalmente inmerso en una cosa cuando él llegó, y le pedí perdón por si me había mostrado grosero. Me pareció, por la manera en que me habló, que no solo no era un deficiente mental, sino una persona extremadamente inteligente; y comencé, casi automáticamente, a empaquetar mis papeles. Sabía que a partir de ese momento no iba a trabajar más. Estaba encerrado con una persona de lo más fascinante.

A partir de entonces, Hugo y yo iniciamos una conversación como nunca había conocido. Rápidamente nos contamos la historia completa de nuestras vidas, en lo que yo al menos conseguí una franqueza sin precedentes. Luego nos pusimos a intercambiar nuestras opiniones sobre arte, política, literatura, religión, historia, ciencia, sociedad y sexo. Hablábamos sin interrupción todo el día, incluso hasta muy entrada la noche. A veces nos

reíamos y gritábamos tanto que las autoridades terminaron por llamarnos la atención, y una vez nos amenazaron con separarnos. En algún momento, en medio de todo eso, la sesión experimental terminó, pero enseguida volvimos a enrolarnos en otra. Luego entablamos una discusión cuya naturaleza es, hasta cierto punto, el germen de este relato.

A Hugo suelen llamarlo idealista. Yo preferiría definirlo como teórico, aunque un teórico de un tipo peculiar. Carece tanto de los intereses prácticos como de la tímida seriedad moral con que investimos a los idealistas. Era la persona más objetiva y desapegada que había conocido, solo que en él el desapego era menos una virtud que un don de la naturaleza en estado puro, algo de lo cual era completamente inconsciente. Algo que se manifestaba hasta en su voz y en sus maneras. Puedo verlo ahora, como lo vi a menudo durante aquellas conversaciones, inclinándose hacia delante en su asiento y mordiéndose los nudillos mientras escuchaba algún precipitado comentario mío. En las discusiones era muy lento. Abría poco a poco la boca, la volvía a cerrar, la abría de nuevo y al final aventuraba un comentario. «Quieres decir...», comenzaba, y luego repetía lo que yo había dicho de una forma completamente sencilla y concreta, a veces iluminándolo enormemente y otras convirtiéndolo en un completo disparate. No es que quiera decir que siempre tenía razón. A veces no me entendía en absoluto. No tardé mucho tiempo en descubrir que yo tenía unos conocimientos generales más amplios que él sobre los temas de los que hablábamos. Pero se daba cuenta muy rápido cuando llegábamos a lo que, desde su punto de vista, era un callejón sin salida, y decía «Bueno, no puedo decir nada sobre eso» o «Me temo que en eso no te entiendo en absoluto», con el fin de acabar con el tema. De principio a fin, era Hugo, no yo, quien dirigía la conversación.

Le interesaba todo y se interesaba por la teoría de todo, pero de una manera peculiar. Todo tenía una teoría, y sin embargo no había una teoría principal. Nunca he conocido a un hombre más carente que Hugo de cualquier cosa que se pudiera llamar metafísica o *Weltanschauung* general. Se trataba, más bien, de que quería conocer la *naturaleza* de cada cosa con la que se topaba, y en cada caso parecía abordar la cuestión con absoluta

frescura de espíritu. Con frecuencia, los resultados eran asombrosos. Me acuerdo de una conversación que tuvimos una vez sobre la traducción. Hugo no sabía nada acerca de la traducción, pero cuando se enteró de que yo era traductor quiso saber cómo era aquello. Recuerdo que una vez estuvo preguntándome cosas como: ¿Qué quieres decir con lo de que tú piensas el significado en francés? ¿Cómo sabes si estás pensándolo en francés? Si ves un dibujo en tu mente, ¿cómo sabes que es francés? ¿O es que dices la palabra francesa para ti? ¿Qué es lo que ves cuando ves que la traducción es exacta? ¿Imaginas lo que otro pensaría viéndolo por primera vez? ¿O es una especie de sentimiento? ¿Qué clase de sentimiento? ¿Lo puedes describir con más detalle?, una y otra vez, con una fantástica paciencia. A veces resultaba exasperante. Lo que a mí me parecía una afirmación de lo más sencilla se convirtió de pronto, bajo la repetida presión del «Quieres decir» de Hugo, en palabras oscuras y confusas, de las cuales ya no sabía ni el significado. La actividad de traducir, que me había parecido la cosa más clara del mundo, se volvió un acto tan complejo y extraordinario que resultaba increíble entender cómo un ser humano podía realizarlo. Sin embargo, al mismo tiempo, las interrogaciones de Hugo arrojaban casi siempre una extraordinaria cantidad de luz sobre lo que tratábamos. Para Hugo, todas las cosas eran asombrosas, deliciosas, complicadas y misteriosas. Gracias a estas conversaciones comencé a ver el mundo bajo una nueva perspectiva.

Durante mis primeras discusiones con Hugo, había intentado «situarlo». En una o dos ocasiones le pregunté directamente si sostenía esta o aquella teoría general —lo cual siempre negaba con el aire de quien ha sido ultrajado por una falta de gusto—. Posteriormente me pareció que preguntarle esas cosas reflejaba una peculiar insensibilidad frente a su singular calidad intelectual y moral. Al cabo de algún tiempo, me di cuenta de que Hugo no sostenía ninguna teoría de carácter general. Todas sus teorías, si así se las podía llamar, eran particulares. Pero seguía teniendo la sensación de que, si lo intentaba con obstinación, de una forma u otra llegaría al centro de su pensamiento; y al cabo de algún tiempo mi pasión me llevó a discutir con Hugo no tanto sobre la política, el arte o el sexo, sino

sobre lo que había de peculiar en el enfoque que él tenía sobre la política, el arte o el sexo. Por fin tuvimos una conversación en la que me pareció tocar algo central en el pensamiento de Hugo, si es que se podía decir que su pensamiento tuviera algo tan definido como un centro. Él probablemente lo habría negado; o, más bien, no estoy seguro de que hubiera sabido lo que significaba que los pensamientos tuvieran una orientación. Llegamos a ese punto a través de una discusión acerca de Proust. De Proust pasamos a discutir lo que significaba describir un sentimiento o un estado de ánimo. Hugo encontraba aquello muy confuso, como, por otra parte, encontraba todo lo demás.

—Hay algo de falso en describir los sentimientos de las personas —dijo—. Todas esas descripciones son muy dramáticas.

—¿Qué hay de malo en eso? —pregunté.

—Pues —dijo Hugo— que las cosas están falsificadas desde el comienzo. Si yo digo ahora que sentí esto o aquello, por ejemplo, que me sentía «aprensivo», bueno, pues no es cierto.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—No sentía eso —dijo Hugo—. No sentía nada por el estilo en ese momento. Es solo algo que dije después.

—Pero supongamos que me esfuerzo por ser preciso —dije.

—Es imposible —dijo Hugo—. La única esperanza reside en evitar decirlo. Tan pronto como empiezo a describir, estoy perdido. Intenta describir cualquier cosa, nuestra conversación, por ejemplo, y verás cómo de modo absolutamente instintivo tú...

—¿Lo retocas? —insinué.

—Es más profundo que eso —dijo Hugo—. El lenguaje no te permitirá presentarlo tal como realmente fue.

—Supongamos entonces —dije— que uno vaya haciendo la descripción al mismo tiempo.

—Es que no entiendes —dijo Hugo— que al describir enmascaras la cosa. No se puede hacer una descripción sin ver al mismo tiempo que no es fidedigna. Lo único que se podría decir en ese momento sería algo así como que el corazón latía. Pero si uno dice que siente aprensión es solo para

impresionar, para conseguir un *efecto*, y es una mentira.

Me sentía confuso. Sabía que había algo equivocado en lo que decía Hugo; sin embargo, no lo veía claro. Seguimos hablando un poco más del asunto y luego le dije:

—Pero, entonces, todo lo que uno dice, salvo cosas como «Pásame la mermelada» o «Hay un gato en el tejado», es una especie de mentira.

Hugo reflexionó sobre ello.

—Me parece que así es —dijo con seriedad.

—En ese caso, no se debería hablar —dije.

—Creo que tal vez no —dijo Hugo, y lo decía absolutamente en serio. Luego nos miramos y nos echamos a reír con ganas, pensando que no habíamos hecho otra cosa durante días.

—¡Es colosal! —dijo Hugo—. Por supuesto que uno habla. Sin embargo —y de nuevo se puso serio—, se hacen demasiadas concesiones a la necesidad de comunicarse.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando te hablo, incluso en este momento, no te estoy diciendo *exactamente* lo que pienso, sino lo que sé que te va a impresionar y que te moverá a replicar. Si es así incluso entre nosotros, tanto más cuando hay motivos poderosos para el engaño. En realidad, uno está tan acostumbrado a ello que apenas se da cuenta. Todo el idioma es una máquina de fabricar falsedades.

—¿Qué pasaría si se dijera solamente la verdad? —pregunté—. ¿Sería posible?

—Yo sé —dijo Hugo— que cuando digo realmente la verdad las palabras salen muertas de mi boca y veo un completo vacío en el rostro de los demás.

—¿Así que nunca nos comunicamos de verdad?

—Bueno —dijo—, supongo que las acciones no mienten.

Nos costó una media docena de sesiones de catarro y cura llegar hasta ese punto. Nos las habíamos arreglado para coger los catarros alternativamente, para que si había alguna merma intelectual la compartiéramos de forma equitativa. Hugo insistió en ello; aunque yo estaba dispuesto a padecer todos los catarros, en parte debido al sentimiento de protección que había

comenzado a desarrollar hacia Hugo, y en parte porque este hacía un ruido infernal cuando tenía un catarro. No sé cómo no nos dimos cuenta antes de que no teníamos por qué quedarnos en el establecimiento de cura de catarros para seguir con nuestras charlas. Quizá teníamos miedo de romper la continuidad. No sé cuándo se nos habría ocurrido dejarlo por nuestra propia voluntad; pero por fin las autoridades nos echaron, porque tenían miedo de que si seguíamos cogiendo catarros durante más tiempo pudiéramos dañar de modo permanente nuestra salud.

Yo estaba entonces bajo el hechizo de Hugo. Él no parecía notar hasta qué punto me impresionaba. En las conversaciones no tenía el menor deseo de ganar y, aunque a menudo me hacía callar, no parecía darse cuenta de ello. No se trataba de que siempre estuviera de acuerdo con él. Su incapacidad de captar cierto tipo de ideas me molestaba. Pero era como si su modo de ser revelara lo mucho que las generalidades distorsionaban mi visión del mundo. Me sentía como un hombre que, después de creer vagamente que todas las flores son iguales, diera un paseo con un botánico. Solo que ese símil tampoco se ajustaba a Hugo, porque un botánico no solo se fija en los detalles, sino que clasifica. Hugo únicamente se fijaba en los detalles. Nunca clasificaba. Era como si su visión fuera tan penetrante que hasta la clasificación resultara imposible, porque veía cada cosa como algo único. Tenía la sensación de que me encontraba por primera vez ante un hombre completamente fidedigno; y la experiencia resultaba, como era de esperar, turbadora. Me sentía inclinado a atribuir un valor espiritual a Hugo, tanto más cuanto que sabía que a él nunca se le había ocurrido considerarse así.

Cuando nos echaron del establecimiento de cura de catarros, no tenía donde vivir. Hugo me propuso que me mudara con él, pero mi instinto de independencia me lo prohibió. Pensé que la personalidad de Hugo podría fácilmente comerse la mía y, aunque lo admiraba mucho, no quería que me ocurriera una cosa semejante. De modo que rechacé su oferta. En cualquier caso, por entonces yo tenía que ir a Francia para ver a Jean-Pierre, que protestaba por una traducción, de modo que nuestra conversación se vio interrumpida durante un tiempo. En ese intervalo, Hugo volvió a trabajar en la fábrica de cohetes, y comenzó a desarrollar su gran talento con los fuegos

artificiales, y retomó su modo de vida londinense. Sus intentos de romper con aquel modo de vida siempre adquirirían una forma excéntrica; su incapacidad para disfrutar de unas vacaciones caras, normales y cómodas fue lo más cercano a un rasgo neurótico que descubrí en él. Cuando volví de París, alquilé una habitación barata en Battersea y Hugo y yo reanudamos nuestras charlas. Nos encontrábamos en el puente de Chelsea después del trabajo de Hugo y paseábamos por el muelle o íbamos por los pubs de King's Road hablando hasta el agotamiento.

Sin embargo, poco antes yo había dado un paso que resultó ser fatal. La conversación de la cual les he ofrecido aquí un pequeño extracto me interesó tanto que tomé unos cuantos apuntes, simplemente para recordarla. Cuando volví a mirar esas notas después de algún tiempo, me parecieron muy escuetas e inadecuadas, así que las completé un poco, para poder recordarlas mejor. Luego, más tarde, cuando las leí otra vez, me pareció que la discusión, tal como estaba en el papel, no tenía sentido. Así que añadí más cosas para que resultara inteligible, sirviéndome todavía de mi memoria. Entonces, cuando lo leí todo, se me ocurrió que quedaba bastante bien. Nunca había visto nada parecido. Lo volví a repasar y lo puse un poco más elegante. Después de todo, soy por naturaleza un escritor; y, ya que la cosa estaba en papel, mejor que pareciera decente. Así que lo pulí mucho y comencé a rellenar también la conversación preliminar. Descubrí que no tenía tan clara esa conversación en mi memoria y al reconstruirla utilicé recuerdos de varias ocasiones diferentes.

Por supuesto, no se lo conté a Hugo. Mi intención era llevar un registro privado y personal, para mí mismo, así que no era cuestión de decírselo. En realidad, en mi interior sabía que la creación de ese documento era una especie de traición a todo lo que suponía haber aprendido de Hugo. Pero eso no me detuvo. Aquello comenzó a tener para mí la fascinación de un pecado secreto. Trabajaba en ello constantemente. Lo amplié para abarcar gran número de nuestras conversaciones, que presenté no necesariamente como recordaba que se habían producido, sino de manera que encajaran en el plan general. Empezó a tomar forma un libro bastante largo. Mantuve la estructura de diálogo entre dos personajes llamados Tamarus y Annandine.

Lo curioso es que veía con mucha claridad que esa obra, de principio a fin, constituía una justificación objetiva de la actitud de Hugo. Es decir, que *era* una imitación y falsificación de nuestras conversaciones. Comparada con estas, era una falsedad pretenciosa. Aunque la había hecho únicamente para mí mismo, estaba escrita para producir efecto, para impresionar. Algunos de los momentos más iluminadores de nuestras conversaciones habrían sido, si los hubiera recogido tal cual, de lo más insípido. Pero nunca habría sido capaz de reunirlos con la desnudez que en la realidad habían tenido. Continuamente estaba dándoles un poco de forma, ese toque de relato que faltaba en el original. Pero, aunque veía con toda claridad que aquello era una imitación, no por eso me gustaba menos.

Un día, no pude resistir la tentación de enseñárselo a Dave Gellman. Me pareció que podía impresionarlo. Así fue. Inmediatamente quiso discutirlo conmigo. Sin embargo, nada surgió de aquello, porque me di cuenta de que era totalmente incapaz de hablar de las ideas de Hugo con Dave. Por mucho que me conmovieran, era incapaz de reproducirlas cuando hablaba con otra persona. Cuando intentaba explicar alguna idea o noción de Hugo, sonaba a algo insulso, pueril o bastante loco, y pronto renuncié al intento. Después de eso, Dave fue perdiendo interés en el libro; para él nada es importante o verdadero si no se puede sostener en una discusión oral. Sin embargo, durante ese tiempo, y desobedeciendo mis instrucciones, había enseñado el libro, que se había llevado a casa para terminarlo, a una o dos personas más, que quedaron muy impresionadas por él.

Como sabía que todo el proyecto lo desagradaría, me sentí obligado a ocultar la identidad de Hugo. Le había presentado aquello a Dave como un ejercicio dramático, basado remotamente en conversaciones que había tenido con diversas personas. Pero de pronto me encontré con que era considerado dentro de ciertos círculos como una especie de sabio, y muchos de mis amigos me instaron a que les enseñara el manuscrito. Por fin se lo enseñé a unas cuantas personas y comencé a acostumbrarme a la idea de que debería difundirse un poco. Durante todo ese tiempo seguí trabajando en ello y extrayendo material adicional de las conversaciones que tenía entonces con Hugo. Seguía manteniendo en secreto ante mis amigos mi

amistad con él. Al principio lo hice por un celoso deseo de guardar para mí mi extraordinario hallazgo, y más tarde también porque temía que Hugo pudiera descubrir mi traición.

La gente me decía constantemente que debía publicar aquello, ante lo cual yo me limitaba a reír. Pero la idea me atraía. Al principio, de esa manera en que lo hacen las cosas que uno sabe que nunca hará. Como su publicación era absolutamente imposible, pensé que no hacía ningún daño al darle vueltas en mi imaginación. Pensé en lo notable que sería tal libro, lo original, asombroso e iluminador. Me divertía inventándole títulos. Me sentaba con el manuscrito en las manos y luego lo imaginaba reproducido mil veces. Continuamente sufría el temor de perder el manuscrito, y, aunque había mecanografiado dos o tres copias, seguía pensando que de una u otra forma podían destruirse o perderse para siempre. Pensaba que eso sería una lástima. Luego, un día, un editor se dirigió a mí directamente para proponerme la publicación.

Aquello me tomó por sorpresa. Hasta entonces nunca se me había aproximado un editor espontáneamente, y esa consideración casi me hizo perder la cabeza. Se me ocurrió que, si el libro resultaba ser un éxito, lo que para mí era indudable, me permitiría abrirme paso de modo notable en el mundo literario. Es más fácil vender basura cuando eres conocido que obras geniales cuando eres desconocido. Si podía saltar a la fama de esa manera, mi carrera como escritor estaba hecha. Pero desterré esa idea diciéndome que el proyecto era imposible. No podía presentar como mías las ideas de Hugo. Por encima de todo, no podía utilizar el material extraído de mi intimidad con Hugo para exhibir ante el público una obra que a él lo llenaría de repulsión y disgusto. Pero los vagos sueños de publicación que había acariciado antes se revelaban ahora como un deseo real. Me obsesioné con la idea de publicarlo. Me llevó hacia ello una especie de fatalidad. Me parecía que todos mis actos del pasado conducían inevitablemente hacia este fin. Me acuerdo de una tarde de borrachera durante la cual fantaseé acerca de todas las etapas del proceso que llevaría el diálogo a la imprenta. Por entonces, la idea ya tenía demasiado cuerpo en mi imaginación como para que pasara mucho tiempo hasta convertirse en un hecho. Llamé a casa

del editor.

Conocía mi mala disposición hacia el asunto, y llegó a la mañana siguiente muy temprano con el contrato, que firmé con aire de abandono y un tremendo dolor de cabeza. Después de que el editor se marchara, saqué el manuscrito y lo miré como quien mira a una mujer por la cual ha perdido el honor. Lo titulé *El silenciador* y le añadí un prefacio de autor que daba a entender que debía muchas de las ideas expuestas en la obra a un amigo cuyo nombre no iba a mencionar, pero que tenía razones para creer que estaría de acuerdo con la forma en que las había presentado. Luego envié aquello y lo abandoné a su destino.

Mientras se desarrollaba esa crisis, Hugo había comenzado a invertir dinero en el cine. Al principio lo hizo de manera vagamente filantrópica, para fomentar la industria cinematográfica británica. Pero luego comenzó a interesarle y, cuando fundó Bounty Belfounder, ya entendía muy bien el mundo del cine. Realmente era un empresario notable. Inspiraba confianza a todo el mundo y tenía nervios de acero. Bounty Belfounder tuvo un enorme éxito. Pasó por una etapa experimental, si ustedes recuerdan, en gran parte, creo, inspirada por el propio Hugo, en la que produjo una gran cantidad de películas mudas de esas que se suelen llamar «expresionistas»; pero pronto se decidió a hacer películas normales, junto con algunas otras de tipo experimental. Hugo no me hablaba apenas de sus negocios cinematográficos, aunque nos veíamos mucho por entonces. Creo que le daba cierta vergüenza tener tanto éxito. Yo, por el contrario, me sentía orgulloso de que fuera tan versátil y sentía un placer especial cuando iba al cine para, antes de los títulos de crédito, ver la toma familiar de las City Spires y oír el *in crescendo* de sus campanas, mientras las palabras «Presentada por HUGO BELFOUNDER» crecían solemnemente en la pantalla.

Al principio, mi actividad secreta no pareció afectar en absoluto a mi amistad con Hugo. Nuestras charlas continuaban con toda su antigua frescura y espontaneidad y la cantidad de asuntos que tratábamos era inagotable. Sin embargo, a medida que el libro crecía y tomaba cuerpo, parecía drenar una parte de la sangre de mi otra intimidad. Comenzó a

constituirse en su rival. Lo que al principio había parecido una inocente *suppressio veri* se convirtió en una *suggestio falsi* de lo más venenosa. La conciencia de que estaba engañando a Hugo disminuía la franqueza de mis respuestas hasta en terrenos que no estaban relacionados con aquel engaño en particular. Sin embargo, Hugo no parecía darse cuenta de nada y yo continuaba disfrutando de su compañía. Pero, cuando por fin firmé el contrato y le entregué el libro al editor, sentí que casi no podía mirar a Hugo a la cara. Después de uno o dos días me acostumbré a verlo, incluso en esa situación, pero una terrible melancolía comenzó a envolver nuestra relación. Sabía que nuestra amistad estaba condenada. Me pregunté si me atrevería, ya en esta etapa, a decirle a Hugo la verdad. Un par de veces me sentí al borde de la confesión. Pero me eché atrás. Era incapaz de enfrentarme con su desprecio y su cólera. Pero lo que más me disuadió fue la sensación de que, después de todo, aquello no era totalmente irrevocable. Todavía podía ir donde el editor y decirle que rescindía el contrato. Ofreciéndole alguna compensación pecuniaria podría tal vez librarme de todo inmediatamente. Pero solo de pensarlo se me helaba el corazón. Mi único consuelo residía en un terrible fatalismo —y ser consciente de que seguía siendo libre y podía evitar el crimen me resultaba demasiado doloroso como para soportarlo—. La simple idea de que Hugo pudiera exigirme que retirara el libro me provocaba tanta angustia que ni siquiera podía imaginarme a mí mismo contándole lo que había hecho; y no se debía a que siguiera deseando ver el libro impreso. La dulzura de esa perspectiva había sido asesinada hacía tiempo por mi desolación ante la idea de perder a Hugo. Se debía a que únicamente podía consolarme con la espantosa certeza, a la que me abrazaba cada vez más estrechamente, de que la suerte estaba echada.

Durante ese periodo caí en una melancolía tal que, aunque veía a Hugo con la misma frecuencia de siempre, me resultaba difícil hablar con él. A veces me sentaba durante horas en su presencia, en silencio, con excepción de algunas breves respuestas necesarias para que él siguiera hablando. Hugo pronto se dio cuenta de mi depresión y me preguntó qué me pasaba. Simulé una enfermedad; y cuanto más solícito y preocupado se mostraba Hugo por

mi estado, más me atormentaba. Comenzó a enviarme presentes de fruta y libros, latas de glucosa y tónicos de hierro, y me imploraba que fuera a ver a un médico; lo cierto es que para entonces ya me había puesto verdaderamente enfermo.

El día en que se publicó el libro me sentía fuera de mí. Como siempre, estaba citado para encontrarme con Hugo aquella tarde en el puente. Pero a mediodía pensé que la prueba de mi traición estaría expuesta en todas las librerías de Londres. Creí que era muy probable que Hugo no hubiera visto aún el libro. Pero sería solo cuestión de tiempo que lo viera, porque solía frecuentar las librerías. Estábamos citados a las cinco y media. Me pasé la tarde bebiendo coñac, y alrededor de las cinco salí a Battersea Park. Me había invadido una especie de calma, ya que sabía que no volvería a encontrarme con Hugo, ni ese día ni ningún otro. Una trágica fascinación me llevó junto al río, desde donde podía ver el puente. Hugo apareció puntualmente y me esperó. Me senté y fumé dos cigarrillos. Hugo se paseaba arriba y abajo. Al cabo de un rato, lo vi cruzar el puente hacia la orilla sur y supe que iba hacia mi pensión. Encendí otro cigarrillo. Media hora después lo vi cruzar lentamente el puente y desaparecer.

Luego volví a mi habitación para avisar de que me iba, recogí mis cosas y me marché inmediatamente en taxi. Alrededor de una semana después me remitieron una carta de Hugo en la que me preguntaba qué me había pasado y me pedía que me pusiera en contacto con él. No contesté a aquella carta. Hugo no era muy aficionado a escribir cartas y encontraba muy difícil expresarse por escrito. No recibí más cartas. Entretanto, *El silenciador* había recibido unas cuantas críticas tibias. Los pocos reseñistas que dijeron algo lo habían encontrado, evidentemente, ininteligible. Uno de ellos lo calificó de «pretencioso y oscurantista». Pero en general nadie lo tomó muy en cuenta. Fue un silencioso fracaso. En vez de abrir para mí una carrera de fama literaria, dañó notoriamente mi reputación y llegué a ser considerado un intelectual pedante desprovisto de toda amenidad; y eso entre la gente a la que yo me había esforzado por dar otra impresión.

Sin embargo, me preocupó muy poco. Deseaba olvidar todo el asunto y eliminar mi relación con Hugo totalmente de mi sistema. *El silenciador* solo

tuvo una edición que, después de pasar de forma bastante llamativa a los saldos de Charing Cross Road, desapareció misericordiosamente del mercado. Ni siquiera me quedé con un ejemplar, y deseé con todas mis fuerzas que mi vida pudiera volver a ser como antes de la publicación de aquel maldito libro. Dejé de ir al cine y evitaba hojear los diarios más sensacionalistas, que solían dar cuenta de las actividades de Hugo. Fue durante esa época cuando apareció Finn y se unió a mí; y gradualmente mi vida tomó un nuevo rumbo y la poderosa imagen de Hugo comenzó a desvanecerse. Nada había interrumpido ese proceso de desaparición hasta que Sadie, de modo tan inesperado, mencionó el nombre de Hugo en la peluquería.

CINCO

Fui calle abajo, aturdido. Compré un paquete de cigarrillos y entré en una cafetería para poder pensar. La simple mención del nombre de Hugo bastaba para trastornarme, y durante un momento me sentí tan confundido que no pude considerar las cosas con claridad. Lo cierto es que, en cuanto a mi situación presente, el que Hugo estuviera involucrado en aquel asunto me instaba a desechar la posibilidad de aceptar la oferta de Sadie o incluso de volverla a ver. Mi impulso inmediato fue el de escapar. Sin embargo, después de un rato comencé a sentirme lo bastante tranquilo como para encontrar la situación interesante; y luego, cuanto más reflexionaba, más evidente me parecía que Sadie no podía estar diciendo la verdad. Sabía desde siempre que Sadie era una notoria embustera y contaría cualquier mentira para conseguir aunque fuera una ventaja temporal. Además, cuando lo pensé, la pura improbabilidad de que Hugo estuviera enamorado de Sadie me resultó abrumadora. Hugo nunca había tenido mucha iniciativa con las mujeres, y las que solían gustarle eran las tranquilas y hogareñas. Sencillamente no lo veía comportándose de la manera en que lo había descrito Sadie. Que Hugo estuviera implicado en una estratagema era muy posible; pero parecía una explicación más probable que Sadie estuviera metida en alguna trapisonda profesional que Hugo intentaba solventar. No sabía nada del mundo del cine, pero lo imaginaba como un continuo fermento de intrigas personales. Desde luego, hasta era posible que fuera Sadie la que estuviera enamorada de Hugo y que intentara enredarlo de alguna forma. Esto último, cuando se me ocurrió, me pareció una hipótesis

de lo más plausible. Sabía, por la manera en que se había comportado conmigo, lo impresionable que era Sadie ante hombres que creía intelectuales; y, aunque Hugo no fuera en absoluto el tipo de hombre que pudiera enamorarse de Sadie, Sadie era justamente el tipo de mujer que podía enamorarse de él.

Cuando llegué a esa conclusión, me sentí mejor. De una u otra manera, la idea de que Hugo estuviera loco por Sadie me resultaba muy desagradable. Sin embargo, nada de eso me indicaba lo que debía hacer. Si aceptaba la oferta de Sadie, me parecía que me enrolaba en el bando enemigo en una especie de oscura batalla contra Hugo; y, si la aceptaba con la intención de ayudar a Hugo, si era posible, y burlarme de Sadie, tenía la sensación de estar jugando a dos bandas. Seguía sintiendo una fuerte inclinación a no meterme en nada, ya que ni siquiera me imaginaba cómo podría enfrentarme a Hugo, si es que se producía esa temida necesidad. Por otra parte, sentía que yo también estaba de alguna manera comprometido y no podía menos que sentirme fascinado por la manera en que se habían desarrollado las cosas, y me preguntaba qué ocurriría. Cierta destino que no tenía ganas de rechazar me llevaba de nuevo hacia Hugo.

Seguí dándole vueltas y vueltas continuamente al asunto, y pasó la mañana sin que hubiera tomado una decisión. Empecé a sentirme agotado por tanta tensión, así que decidí que, como trabajar me resultaba imposible a la vista de mi condición nerviosa y excitable, lo mejor sería que pasara la tarde de manera útil y rutinaria yendo a recoger la radiogramola a Earls Court Road. En estas estaba cuando se me ocurrió que posiblemente en Welbeck Street Hugo me rompería la cabeza, o que en Earls Court Road el Sagrado Sammy haría lo mismo. Me dirigí a un teléfono.

Nadie contestó en casa de Madge, de manera que imaginé que no había moros en la costa y fui allí. Todavía tenía mi llave del piso y abrí la puerta, preguntándome si sería mejor dejar la radiogramola en casa de Dave o en la tienda de la señora Tinckham. Entré rápidamente en la sala de estar, y ya estaba dentro cuando vi a un hombre de pie en el otro extremo, con una botella en la mano. Me bastó un momento para comprender que era el Sagrado Sammy. Llevaba un traje de *tweed* y tenía el aspecto de un

aficionado al aire libre que vivía bajo un exceso de luz eléctrica. Tenía un rostro tosco y enrojecido y la nariz muy ancha. Y solo unas pocas canas. Emanaba seguridad en sí mismo y llevaba la botella cogida por el cuello. Me miró con una mirada tranquila, afable y peligrosa. Era evidente que sabía quién era yo. Vacilé. Ahora el nombre de Sammy se veía en luces de neón, pero antes había sido un auténtico corredor de apuestas de caballos y no hay duda de que era un tipo duro. Calculé la distancia entre nosotros y di un paso atrás. Luego me quité el cinturón. Era un pesado cinturón de cuero con una fuerte hebilla de bronce. No era más que un ardid. He visto a algunos guardias hacer eso antes de una pelea y es un gesto para impresionar. No tenía la menor intención de emplearlo como arma, pero es mejor la prevención que un *fracas*, y Sammy, que tal vez no supiera que yo era experto en judo, podía intentar algo. Si se me acercaba, ya había pensado en hacerle una vieja llave de brazo.

Mientras llevaba a cabo estas maniobras, vi que el rostro de Sammy se suavizaba hasta adquirir una expresión de afectada incompreensión.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó.

No me lo esperaba y me sentí desconcertado.

—¿No quieres pelear? —le repliqué con irritación.

Sammy me miró y luego rompió a reír a carcajadas.

—¡Vaya, vaya! —dijo—. ¿De dónde has sacado semejante idea? Eres Donaghue, ¿no? Toma, echa un trago.

Y, tan rápido como un rayo, me puso en la mano libre un vaso de whisky. Se pueden imaginar lo ridículo que me sentí, con el whisky en una mano y mi cinturón en la otra.

Cuando me hube repuesto, le dije, esperando no parecer pusilánime:

—Supongo que eres Starfield, ¿no?

Me sentí totalmente fuera de lugar. Sospechaba que debía ser yo quien decidiera pelear o no. Desde luego, yo no quería pelear, pero había dejado a Sammy tomar la iniciativa y eso me irritaba sobremanera.

—Ese soy yo —dijo Sammy—, y tú eres el joven Donaghue. Bueno, ¡vaya valentón! —Y volvió a estallar en carcajadas.

Tomé un trago de whisky y me puse el cinturón, intentando mantener la

expresión de alguien que, aunque las apariencias indiquen lo contrario, es dueño de la situación. El cine enseña útiles convenciones de esa clase. Examiné a Sammy lentamente de pies a cabeza. Era una criatura bastante apuesta, al estilo que ya he indicado. Había en él cierta fuerza elemental, e intenté ver al Sammy que veía Madge. No era difícil. Tenía unos burlones ojos azules y triangulares, que percibieron divertidos mi inspección y me replicaron con irónica seriedad.

—¡Vaya, jovencito! —dijo Sammy—. ¿Sabes?, nunca he podido sacarle a Madge mucho sobre ti. —Volvió a llenar mi vaso—. Supongo que no te sentó muy bien que te largara —añadió con un tono que no tenía nada de provocativo.

—Mira, Starfield —dije—, hay ciertas cosas que los caballeros no pueden discutir sin enfadarse. Si quieres pelea, vale. Si no, cierra el pico. He venido aquí a recoger unas cuantas cosas mías y no a charlar contigo.

Me sentía contento por no tenerle miedo y esperaba que él se diera cuenta de ello, pero sabía que mi discurso habría sonado mejor si no me estuviera bebiendo su whisky. Se me ocurrió también, en aquel momento, que Sammy podía discutirme la posesión de mi radiogramola.

—Eres un chico de lo más susceptible —dijo Sammy—. No tengas tanta prisa. Quiero mirarte. No conozco todos los días a tipos que escriben y hablan por la radio.

Suponía que me estaba tomando el pelo, pero la simple idea de que Sammy pudiera pensar que yo era una figura romántica me hacía tanta gracia que me eché a reír, y Sammy se rio también, contagiado. Parecía querer caerme bien. Estaba tomando mi segunda copa de whisky y empezaba a pensar que a lo mejor, después de todo, Sammy era un tío espléndido.

—¿Dónde conociste a Madge? —le pregunté. No quería que me tomara siempre la delantera.

—¿Dónde te contó que la conocí? —respondió él.

—En el autobús 11.

Sammy lanzó una carcajada.

—¡Vaya! —dijo—. ¡Yo en un autobús! No; nos conocimos en una fiesta de gente del cine.

Levanté las cejas.

—Sí, muchacho, fue cuando empezaba a andar por ahí. —Movié el dedo dirigiéndolo a mí—. ¡No se las debe perder de vista, es la única manera!

Esa mezcla de triunfo y amabilidad me provocó náuseas.

—Magdalen es una persona libre —dije fríamente.

—¡Ya no lo es! —contestó.

Le miré con una repentina repugnancia.

—Oye —le dije—, no irás a casarte con Madge, ¿no?

Sammy lo tomó como una expresión de amistosa incredulidad de alguien lleno de buenos deseos.

—¿Por qué no? —dijo—. ¿No es una chica guapa? No es ni coja ni manca, ¿no? Está de muy buen ver.

Me hundié el dedo en las costillas tan violentamente que el whisky se derramó por la alfombra.

—No quiero decir eso —dije—. Lo que quiero preguntarte es si tu intención es el matrimonio.

—Oh, me preguntas por mis *intenciones*. ¡Vaya golpe bajo! ¿Por qué no has traído la escopeta? —rugió, riendo de nuevo—. Toma —dijo—, vamos a terminar la botella.

Por entonces tenía suficiente whisky dentro como para que aquello me importara un comino.

—Es asunto tuyo —dije.

—Lo es, te lo aseguro —afirmó él, y dejamos el tema.

Sammy comenzó a buscar en sus bolsillos.

—Hay algo que quiero darte, muchacho.

Le miré con recelo. Sacó su libro de cheques con un movimiento ostentoso y desenroscó su pluma estilográfica.

—Bueno —dijo—, ¿te parecen bien cien libras, o mejor doscientas?

Me quedé con la boca abierta.

—¿Por qué?

—Bueno, digamos que para los gastos del traslado —contestó con un guiño.

Por un momento me quedé completamente desconcertado. Luego me di cuenta de que me estaba sobornando. ¿Cómo se le había ocurrido semejante

idea? Pero enseguida supe que era cosa de Magdalen. Esa nueva prueba de la tortuosidad de la mente de Madge me dejó sin aliento. Debía de ser su extraña manera de hacer que me pasara algo bueno. Me sentía al mismo tiempo extremadamente ofendido y conmovido. Le sonreí a Sammy con una especie de mansedumbre.

—No —dije—; de ninguna manera puedo aceptar tu dinero.

—¿Por qué no? —preguntó Sammy.

—Porque, en primer lugar, no tengo ningún compromiso con Madge. —Pensaba que podría entender ese punto mejor, así que lo dije primero—. Y, en segundo lugar, porque no pertenezco a una clase social que acepte dinero en una situación semejante.

Sammy me miró como quien mira a un astuto contendiente.

—Primero dices que no hay ningún compromiso —di-jo— y luego dices que no es una situación en la que se acepte dinero. Seamos adultos. Conozco las convenciones tan bien como tú. ¿Qué les importa a tipos como tú lo de su clase social? Los tipos como tú nunca tienen dinero suficiente. Si no aceptas el dinero, mañana lo lamentarás.

Y comenzó a escribir un talón.

La conciencia de que su suposición era acertada me hizo gritar con más pasión todavía:

—¡No! ¡No quiero dinero! ¡No lo aceptaré!

Sammy me miró con una interesada mirada *ad hominem*.

—Pero te he agraviado —dijo con un tono explicativo—. Mi conciencia no estaría tranquila si no aceptaras algo.

Parecía realmente preocupado por mí y comencé a preguntarme qué clase de cuadro le habría presentado Madge.

—¿Por qué estás tan seguro de que me has agraviado? —le pregunté.

—Bueno, estabas decidido a casarte con Madge —contestó él.

Respiré hondo. Eso me desarmó. Me parecía desleal hacia Madge decirle que nunca se me había pasado por la cabeza la idea de casarme con ella, especialmente ahora, porque se me ocurrió que Madge tal vez hubiera utilizado mis supuestas aspiraciones como palanca para que Sammy se decidiera. En cualquier caso, veía que Sammy no estaba dispuesto a creerme.

—Bueno, quizá me hayas agraviado —dije desganadamente.

—¡Eres un buen tipo! —dijo Sammy, encantado—. ¡Ahí van doscientos pavos!

Me pregunté qué hacer. El curioso código ético de Sammy parecía exigir una reparación. Yo necesitaba el dinero. ¿Qué obstáculos había que impidieran aquel trato mutuamente gratificante? Mis principios. Tenía que haber alguna salida. En aprietos semejantes siempre se me ocurre alguna.

—No me interrumpas, Starfield —le dije—, estoy pensando.

Luego se me ocurrió una idea.

La edición de mediodía del *Evening Standard* estaba en el suelo a nuestros pies. Cogí las últimas páginas y miré mi reloj. Eran las 14:35. Las carreras de ese día se celebraban en Salisbury y Nottingham.

—Se me ocurre —le dije— que puedes decirme quién va a ganar en la carrera de las tres y hacer la apuesta en mi nombre por teléfono en tu empresa o donde hagas tus apuestas. Si sale aumentaremos la apuesta para la de las tres y media, y seguiremos así a lo largo de toda la tarde. Nuestra meta serán las cincuenta libras y pagarás tú las pérdidas, si es que las hay.

Sammy estaba exultante.

—¡Hecho! —dijo—. ¡Eres todo un hombre! Pero ganaremos un poco más de cincuenta libras. Conozco la lista de hoy como si fuera mi hija. Es un poema.

Extendimos el periódico sobre la alfombra.

—Little Grange ganará la carrera de las tres en Salisbury —dijo Sammy—. Ganará, seguro. Lo completaremos con Queen's Rook a las tres y media.

Adopté una actitud precavida; tenía la sensación de que Sammy estaba jugando con mi dinero.

—¡Pero suponte que no gana Queen's Rook! —sugerí—. No quiero divertirme, sino dinero. Vamos a apostar simplemente por Little Grange.

—Tonterías —contestó—. ¿Para qué vas a andar con ojo cuando conoces bien el asunto? Agárrate el sombrero, muchacho, mientras llamo a la oficina por teléfono. ¡Hola, hola! ¿Andy? Soy Sam.

—No apuestes mucho, no apuestes mucho —le dije.

—Mi cuenta privada —decía él—. ¡Claro que rechazo el juego! —dijo contestando a alguna gracia de Andy—. Es para un amigo que me ha hecho

un favor.

Me guiñó un ojo triangular y en un momento apostó cuarenta libras en una gemela, Little Grange y Queen's Rook. Mientras aquello marchaba, volvimos nuestra atención a la lista de Nottingham. El ganador de la carrera de las tres en Nottingham iba a ser vendido en subasta.

—No interesa —dijo Sammy—. Es una carrera para pencos, vamos a dejarlo. Pero el resto del día es una bicoca. Eso sí que vale la pena, vamos a hacer una triple. Saint Cross en la de las tres y media, Hal Adair en la de las cuatro y Peter of Alex en la de las cuatro y media. No me gusta la de las cuatro en Salisbury. Nos queda la de las cuatro y media en Salisbury, que la ganará o Dagenham o Elaine's Choice.

—Pues apuesta por los dos, por el amor de Dios.

Me serví otro vaso bien lleno. No valgo para jugador.

Sammy hablaba por teléfono apostando veinte libras en Nottingham. Luego preguntó por el ganador de la carrera de las tres en Salisbury. Me senté en el suelo. En ese momento, Sammy estaba en una situación en la que podía perder más dinero del que yo tenía en el banco. Mis nervios vibraban como las cuerdas de un arpa. Deseaba que nunca se me hubiera ocurrido semejante idea.

—No estés tan pálido —dijo Sammy—. ¡No es más que dinero! Y adivina quién acaba de ganar la carrera de las tres. ¡Little Grange con dos a uno!

Aquello empeoraba.

—Pero si es una gemela. Las gemelas nunca funcionan. Es únicamente una manera de perder más de lo que uno ha apostado.

—Cállate y deja que el que se preocupe sea yo. Si no lo aguantas, vete y siéntate en la escalera.

Calculó en un trozo de papel lo que íbamos a ganar.

—Queen's Rook no va a perder —dijo— y de todas maneras estamos cubiertos en la carrera de las cuatro y media. Veinticinco libras por cada uno solo por complacerte. ¡Eso es seguridad! ¡Siembras y recoges!

Yo calculaba cuánto íbamos a perder. Era más fácil y se podía hacer mentalmente. Calculé ciento sesenta libras. Tuve la tentación de marcharme y dejar solo a Sammy, pero la dignidad me prohibió abandonarlo en lo que

después de todo era cosa mía. Además, aquello se había convertido en un asunto puramente teórico, porque el exceso de whisky en el estómago vacío me tenía totalmente inmovilizado. Sentía mis piernas como si estuvieran rellenas de algodón. Gruñí. Sammy llamaba para la otra carrera. Queen's Rook había sido vencido por una cabeza, pero Saint Cross había ganado en Nottingham.

Era un desastre.

—Maldita sea, ¿por qué no has hecho lo que te he dicho con Little Grange? Hemos perdido cuarenta libras y ni siquiera hemos ganado nada con Saint Cross.

—Eso le da más interés —respondió Sammy—. Créeme, hoy es tu día de suerte. ¿Qué es hoy? ¿Miércoles? Bueno, pues el miércoles es tu día de suerte. Hacía años que no jugaba de verdad. ¡Casi había olvidado la sensación!

Se frotaba las manos con un horrible placer.

—¿Sabes, chico? —dijo—, me hace bien conocer a gente como tú de vez en cuando. ¡Me hace darme cuenta del valor del dinero!

Cuando Hal Adair ganó la carrera de las cuatro en Nottingham, corrían ríos de sudor helado por mi espalda. No me sentía como si fuera mi día de suerte, y hasta Sammy comenzaba a mostrarse preocupado. Bebió lo que quedaba del whisky y me dijo que mi problema era que no sabía tomarme las cosas con humor.

—Ganar dinero es como domar a un león. No hay que dar muestras de que te preocupa.

Mi cabeza, después de describir suavemente unas cuantas vueltas, se desplomó sobre la alfombra arrastrando al resto del cuerpo tras ella. Oculté mi cara bajo el sofá. «¡El vil metal! ¡El vil metal!», oí que decía Sammy, con la voz de un hombre que maldice a la mujer que lo ha arruinado. Cuando eran casi las 16:30, el ambiente se llenó de electricidad. Sammy había cogido el teléfono cuando la carrera aún no había empezado, pero yo apenas escuchaba, estaba demasiado preocupado pensando cómo iba a conseguir el dinero para devolvérselo. Pensé que si le daba la radiogramola quedaríamos más o menos en paz.

Oí cómo Sammy decía:

—Vamos, Andy, rápido. Tengo a un amigo aquí que está mordiendo la alfombra.

Luego oí cómo maldecía.

—¿Qué pasa? —pregunté lánguidamente.

—Elaine's Choice no ha corrido —dijo Sammy— y Dagenham ha llegado cuarto.

—¿Y en Nottingham? —dije sin interés.

—Espera —dijo Sammy, que se pegó de nuevo al teléfono. Empecé a dar vueltas suavemente bajo el sofá.

Luego lo oí gritar:

—¡Dios, lo hemos conseguido! ¡Ya te he dicho que tenías cara de afortunado!

Salí dando vueltas y mi cuerpo recuperó la verticalidad.

—¡Peter of Alex nueve a dos! —gritó Sammy—. ¡Rápido, abre otra botella!

Los dos luchamos con la botella, rompimos un vaso y nos sentamos en el suelo riendo como locos y brindando. La habitación comenzó a oscilar suavemente a mi alrededor y no estaba muy seguro de saber lo que estaba ocurriendo. Sammy gritó: «¿Sé apostar o no sé apostar?», y se puso a repasar las sumas.

—Mira —dijo—. Saint Cross ha sido siete a dos, eso hace noventa libras sobre Hal Adair a dos a uno, lo que suma ciento treinta y cinco libras por Peter of Alex a nueve a dos, que significa setecientas veintidós libras con diez peniques. Teniendo en cuenta las carreras, no está mal. ¿Qué te he dicho? Es mejor que andar haciendo garabatos, ¿no?

Sammy blandió la botella.

—Espera un momento —dije—. Están las cuarenta libras que hemos apostado por Queen's Rook, y lo de Salisbury.

—¡Oh, olvídalo! —dijo Sammy—. Recuerda que el corredor de apuestas gana todos los días. Por eso lo he pasado tan bien.

—¡No, maldita sea, tienes que cumplir con nuestro acuerdo! —grité. Estaba en juego lo que quedaba de mi honor.

Después de dar unos cuantos gritos más, Sammy accedió a hacer la

deducción.

—Está bien, Donaghue —dijo—. Se queda en seiscientos treinta y tres libras con diez. Firmaré ahora mismo un cheque. El dinero irá a mi cuenta.

Sacó de nuevo su libro de cheques.

Eso me espabiló. Tenía la curiosa sensación de haber vuelto al principio, solo que ahora Sammy me ofrecía tres veces lo de antes, cuando la excitación ya había pasado. No me creía que Sammy hubiera podido realmente ganar tanto dinero con solo hablar por teléfono.

Se lo dije y se rio de mí.

—Tu problema es que estás demasiado acostumbrado a sudar sangre por el dinero. Pero esa no es la manera de conseguirlo. Lo único que tienes que hacer es silbar y esperar.

Luego llegamos al acuerdo de que Sammy no me enviaría el cheque hasta que recibiera el extracto donde figurasen sus ganancias. Eso me convencería de que la transacción era auténtica. Repitió una y otra vez lo decente que era por fiarme de él, le di las señas de Dave y me levanté tambaleándome para irme. Sammy llamó a un taxi. En lugar de discutirme mi reclamación de la radiogramola, creo que me habría dejado llevarme el piso entero y ayudado a bajarlo por las escaleras. Metimos la radiogramola junto al taxista y nos despedimos con grandes manifestaciones de aprecio.

—¡Lo hemos pasado estupendamente! —dijo Sammy—. ¡Hay que repetirlo otro día!

El taxi me llevó a Goldhawk Road y el taxista nos subió a mí y a la radiogramola escaleras arriba. Me presenté ante Dave y Finn riéndome como un lunático. Cuando me preguntaron qué resultaba tan divertido, les dije que iba a empezar a trabajar como guardaespaldas de Sadie, y al explicarlo me pareció bastante gracioso. No dije nada ni de Hugo ni de Sammy. Finn y Dave acogieron mi proyecto, el último con sarcasmo, el otro con un interés expectante. Creo que soy una fuente constante de diversión para Finn. Después me fui a la cama y me eché a dormir la mona.

Eran alrededor de las 9:15 de la mañana convenida cuando llegué a Welbeck Street, tras haber ido a recoger mis manuscritos a la tienda de la señora Tinckham. Encontré la puerta abierta y a Sadie disgustada e impaciente en el pasillo.

—Mi querido muchacho —dijo—, gracias a Dios que has llegado. Cuando digo de la mañana a la noche quiero decir de la mañana a la noche. Me vas a hacer llegar horriblemente tarde. No importa, no pongas esa cara, pasa. Veo que has traído papel suficiente para escribir durante un año. Mejor así. Escucha, quiero que solo por hoy y mañana te quedes aquí todo el día, sin salir. No te molesta, ¿verdad? Estaré más tranquila si sé que hay alguien aquí todo el tiempo. Hay ríos de bebida y la nevera está llena de salmón, frambuesas y cosas por el estilo. No invites a tus amigos, sé bueno. Si Belfounder o alguien llama, pon una severa voz varonil y di que no sabes cuándo voy a volver. Eres un encanto. Ahora tengo que marcharme corriendo.

—¿Cuándo volverás? —pregunté, un poco abrumado por aquellas instrucciones.

—Ah, de noche, muy tarde —dijo Sadie—. No me esperes. Coge para ti cualquiera de las habitaciones de invitados. Todas las camas están hechas.

A continuación me besó con considerable entusiasmo y se marchó.

Cuando se cerró la puerta y se hizo el silencio en el gran piso iluminado por el sol, solo roto por los ruidos distantes de la calle, estiré los brazos indolentemente y fui a echar un vistazo por mis dominios. Alfombras de

Kazajistán, Afganistán y el Cáucaso se deslizaban suavemente bajo los pies sobre suelos de parqué. El palisandro, la caoba y otras maderas nobles se curvaban, se arqueaban y se ahusaban en superficies que resplandecían por el cuidado y la calidad. Pequeños objetos de jade se amontonaban en los estantes de blancas repisas. Las cortinas de damasco se mecían suavemente bajo la brisa estival. Sadie había llegado muy lejos desde los tiempos de las hermanas Quentin. Aquí y allá, bajo animales de porcelana o pisapapeles franceses, se veían ordenadas pilas de cartas, recortes de prensa o billetes de mil francos. Anduve husmeando plácidamente, silbando para mis adentros. Había varias licoreras de cristal tallado georgiano, con etiquetas de esmalte en los cuellos, sobre una mesa baja; y en un armario me encontré un gran número de botellas medio vacías de jerez, oporto, vermut, pernod, ginebra, whisky y coñac. En la cocina había bastante vino del Rin y clarete en uno de los armarios, y la despensa estaba llena de diversos patés, salchichas pequeñas, cangrejo y gelatina de pollo en conserva. Encontré unas doce clases de galletas, pero nada de pan. En la nevera había salmón, frambuesas y cantidades considerables de mantequilla, leche y queso.

Volví a la sala de estar y me serví un vaso grande de vermut italiano con soda, al que añadí hielo de la nevera. Cogí un cigarrillo de un cofrecillo de Sèvres con patas doradas. Luego me hundí suavemente en un profundo sillón y dejé que mi sentido del tiempo se fuera amortiguando hasta convertirse en una larga ondulación regular que parecía atravesar mi cuerpo como un suspiro. Hacía mucho calor. Las ventanas se abrían sobre el distante e intermitente murmullo de Londres. Mi cabeza estaba vacía y mis miembros, adormecidos de satisfacción. Al cabo de un largo rato, tomé algunos de mis manuscritos y me puse a ordenarlos. Mientras los miraba, se fueron alejando de mí Sadie y los follones recientes. Se convirtieron en un puntito y luego desaparecieron. Estiré las piernas, arrugué con mis pies una exquisita alfombra kazaja a rayas amarillo dorado y azul oscuro. Si me hubiera quedado dormido, habría sido como una apacible cascada de frescura y de paz. Pero estaba despierto y pronto dejé de pasar las páginas mecanografiadas y escritas a mano. Las dejé caer al suelo.

Pasó un rato y mis ojos comenzaron a recorrer una larga estantería blanca

en el otro extremo de la habitación. Aquí y allá se veían figuras de Worcester y Dresde. Las miré y después mi mirada cayó de nuevo distraídamente sobre la última fila de libros. De repente, me puse rígido y di un salto como si me hubieran apuñalado, tirando folios y papeles mecanografiados por todas partes. Di unas zancadas hacia la estantería. Allí, justo en el centro, había un ejemplar de *El silenciador*. Hacía años que no veía uno. Hasta tenía una sobrecubierta de papel. Lo miré con repugnancia y fascinación. Luego lo saqué, diciéndome que era un tonto por sentirme tan conmovido al encontrarme de nuevo con esa obra tan despreciable; y, mientras lo sostenía en la mano, mi sentimiento de repulsión comenzó a ceder ante otro de afecto, curiosidad y protección hacia el libro. Me senté junto a la estantería, con las piernas cruzadas en el suelo, y lo abrí.

Siempre resulta una extraña experiencia releer los escritos propios después de un tiempo. Suele impresionar. Mientras pasaba las páginas de ese curioso diario, sentía que los años que me separaban del momento de su creación le habían proporcionado una extraña independencia. Era como volver a ver, siendo ya adulto, a alguien que conociste hace mucho tiempo, cuando eras niño. No es que me gustara más, sino que de una manera u otra estaba allí, dotado de vida propia; se me ocurrió la idea de que ahora tal vez pudiera hacer las paces con él. Comencé a leerlo al azar.

TAMARUS.— Pero las ideas son como el dinero. Tiene que haber una moneda aceptada que circule. Los conceptos que se utilizan para la comunicación se justifican por su éxito.

ANNANDINE.— Eso se parece mucho a sostener que una historia es cierta si hay suficiente gente que la crea.

TAMARUS.— Por supuesto que no quiero decir eso. Cuando utilizo una analogía o invento un concepto, una parte de lo que hay que comprobar, cuando se compruebe su éxito, es si a través de ese medio puedo llamar la atención sobre las cosas reales que hay en el mundo. Se puede emplear mal cualquier concepto. Cualquier frase puede manifestar una falsedad. Pero las palabras en sí no mienten. Un concepto puede tener limitaciones, pero estas no engañarán si las pongo de manifiesto al

utilizarlo.

ANNANDINE.— Sí, ese es el estilo elevado de la falsedad. Expón tu mejor verdad a medias y di que es mentira, pero déjala así. Sobrevivirá cuando se haya olvidado la calificación que le diste, hasta para ti mismo.

TAMARUS.— Pero es necesario vivir la vida, y para vivirla hay que comprenderla. A ese proceso se le llama civilización. Lo que dices va contra nuestra propia naturaleza. Somos animales racionales en el sentido de que somos animales que forman teorías.

ANNANDINE.— Cuando te has visto más comprometido con la vida, cuando te has sentido más a ti mismo como hombre, ¿te ha ayudado la teoría? ¿No es entonces cuando te topas con las cosas mismas al desnudo? ¿Te ha ayudado alguna teoría cuando dudabas de lo que tenías que hacer? ¿No es en esos momentos tan naturales cuando se tambalean las teorías? ¿Y no te das cuenta plenamente de ello en esos momentos?

TAMARUS.— Mi respuesta es doble. En primer lugar, quizá no reflexione sobre las teorías, pero de todos modos, a lo mejor, las expreso. En segundo lugar, existen teorías en el mundo, por ejemplo, las políticas, y por tanto tenemos que bregar con ellas en nuestros pensamientos y también en momentos decisivos.

ANNANDINE.— Si con expresar una teoría quieres decir que alguien puede montar una teoría sobre tus acciones, por supuesto que es cierto, y carece de interés. De lo que yo hablo es de la decisión real tal como la experimentamos; y aquí el movimiento que se aleja de la teoría y de la generalidad es el movimiento hacia la verdad. Toda teorización es una huida. Debe dirigirnos la situación en sí, y eso es inexpresablemente concreto. Desde luego, es algo a lo que nunca podemos acercarnos lo bastante, por mucho que intentemos, por así decirlo, meternos bajo la red.

TAMARUS.— Quizá. Pero ¿y mi otra objeción?

ANNANDINE.— Es verdad que las teorías forman parte de una situación con la que hay que enfrentarse. Pero también toda clase de fantasías y mentiras obvias pueden formar parte de una situación semejante; yo diría que hay que señalar y rechazar las mentiras, y no que uno debe ser

un buen mentiroso.

TAMARUS.— Así que suprimirías por completo el discurso de la vida humana, salvo en lo que respecta a lo más sencillo. Hacer eso nos arrebataría nuestros únicos medios para comprendernos y hacer la vida soportable.

ANNANDINE.— ¿Por qué hay que hacer soportable la vida? Sé que nada consuela y justifica salvo una historia, pero eso no significa que todas las historias no sean mentira. Solo los grandes hombres pueden hablar y seguir siendo veraces. Los artistas lo saben oscuramente; saben que la teoría es la muerte y que toda expresión está lastrada por ella. Únicamente el más fuerte es capaz de alzarse contra ese lastre. Para la mayoría de nosotros, para casi todos nosotros, se puede llegar a la verdad, si acaso, solo mediante el silencio. Es en el silencio donde el espíritu humano toca lo divino. Eso es algo que los antiguos comprendían. Le dijeron a Psique que, si hablaba de su embarazo, su hijo sería mortal; si lo mantenía en silencio, sería un dios.

Lo leí cuidadosamente. No recordaba haber conseguido defenderme tan bien contra Hugo. Encontré sus argumentos mucho menos impresionantes y en el momento se me ocurrieron diversas formas mediante las que se podía dotar de una mayor solidez a la posición de Tamarus. Cuando escribí el diálogo, estaba absorbido por Hugo. Allí mismo decidí que iba a confiscar el libro para mi propio uso, para leerlo con detenimiento y revisar mis opiniones. Se me ocurrió la posibilidad de una continuación. Pero me dije que no, una vez más. Era evidente que Annandine seguía siendo una mala caricatura de Hugo. Hugo nunca habría utilizado palabras como «teoría» o «generalidad». No había conseguido más que una confusa expresión de los puntos de vista de Hugo.

Mientras pensaba en todo eso, una pequeña corriente comenzó a fluir por mi mente, una pequeña corriente de reminiscencias. ¿De qué se trataba? Había algo que quería ser recordado. Cogí el libro delicadamente en mis manos y seguí sin acelerar el curso de mi arrobamiento, esperando que la memoria se declarara por sí misma. Me pregunté distraídamente por qué

Sadie tendría un ejemplar del libro. No me parecía que fuera el tipo de cosa que pudiera interesarle. Volví al comienzo y miré al otro lado de la tapa. El nombre escrito no era el de Sadie, sino el de Anna. Lo miré un momento, todavía manteniendo delicadamente el libro en mis manos, y el recuerdo que buscaba se apoderó de mi conciencia con la fuerza de un huracán.

Lo que el fragmento del diálogo había intentado recordarme eran las palabras que Anna había dicho en el teatro de mimo; palabras que sentí que no eran suyas. Eran de Hugo. Eran un eco, una imitación burlesca de él. Cuando se las oí decir a Anna, no se me ocurrió relacionar lo que decía con el verdadero Hugo; y cuando pensé en Hugo no recordé a Anna. Fue mi propia mezquina imitación del pensamiento de Hugo la que aclaró repentinamente la fuente de la que Anna debía de haber extraído los principios de los que hablaba y en los que se basaba su teatro. No se me ocurrió imaginar que Anna podía haber sacado las ideas de mi libro. El libro no era un instrumento lo suficientemente fuerte y puro como para impresionar a una mente tan sencilla y poco especulativa como la suya. No había ninguna duda acerca de eso. Las ideas de Anna eran simplemente una expresión en un medio desvalorizado, al igual que mis ideas eran una expresión en otro medio; y las dos expresiones, de forma curiosa, se parecían mucho entre sí, pero no al original.

Mi cabeza daba vueltas. Volví a colocar el libro en su sitio y me apoyé contra los estantes. Tenía la sensación de que todo se iba poniendo en su lugar para formar un conjunto que todavía no tenía tiempo de examinar. Así que Hugo conocía a Anna. No existía ninguna razón por la cual no pudiera conocerla, ya que sí conocía a Sadie. Pero la idea de que Hugo conociera a Anna era nueva para mí, y profundamente inquietante. Siempre me había preocupado por aislar con sumo cuidado la parte de mi vida que concernía a Hugo. Yo había conocido a Anna antes de dejar de ver a Hugo, pero fue después de esto cuando empecé a conocerla bien. Le había hablado de Belfounder de forma más bien lejana, como de alguien a quien había conocido un poco antes de que se hiciera tan famoso. Probablemente le di la impresión de que era Hugo quien había dejado de tratarme. En cuanto al libro, nunca le enseñé un ejemplar, ni siquiera se lo mencioné, salvo como

un trabajo juvenil y carente de interés. Siempre me refería a él como algo publicado hacía muchos años y ya enterrado y olvidado.

Una nube de preguntas zumbaba a mi alrededor. ¿Cuándo se hizo con el libro? ¿Sabía algo de mi traición hacia Hugo? ¿Cuál era el significado del teatro de mimo? ¿Qué tipo de relación existía entre Hugo y Anna? ¿Qué habían dicho sobre mí? Me cubrí la boca con la mano pensando en la enormidad de posibilidades que empezaban a desarrollarse. De repente, el comportamiento de Sadie comenzó también a tener sentido y, en un instante, vi claro que Hugo no estaba enamorado de Sadie, sino de Anna. Hugo se había convertido en uno más de aquellos a los que Anna otorgaba la pequeña porción de atención tolerante y un tanto afectuosa necesaria para mantenerlos en estado de frenesí permanente. Por supuesto que Anna se correspondía mucho más con la clase de chica de la que Hugo podía estar enamorado. Esa era la situación que tenía a Sadie loca de celos y que quizá inspiraba la hostilidad que Hugo intentaba contener; y a mí quería utilizarme de forma oscura. O, tal vez, Hugo estuviera interesado en Welbeck Street simplemente porque creía que Anna estaba allí. Había un centenar de posibilidades.

Eso también explicaba el teatro de mimo. Sin duda, era alguna fantasía de Hugo para cuya realización había contado con Anna, quizá contra su voluntad. Que durante ese proceso ella se hubiera hecho con una versión en crudo de esas ideas no era sorprendente. Anna era sensible, y Hugo, impresionante. Quizá el teatro hubiera sido montado para atraer el interés y la atención de Anna, y en última instancia sería la jaula dorada donde la apresaría. Recordé el silencioso expresionismo de las primeras películas de Hugo. La pureza sin palabras del mimo tal vez se hubiera convertido en una auténtica obsesión para él. Pero el hermoso teatro era una casa para Anna, una casa que Hugo había construido y en la cual ella sería la reina. Una reina inquieta; recordé su desasosiego, su nerviosismo cuando la vi en el teatro. Era evidente que no se sentía a gusto con el papel que Hugo había creado para ella. Luego tuve otra revelación. Se me vino encima con inmensa viveza la fornida figura enmascarada que había visto en el escenario del teatrillo, la figura que de inmediato me resultó extrañamente

familiar; y se me aclaró, sin ninguna duda, que aquella figura era la del propio Hugo. En ese mismo momento, sonó el teléfono. Mi corazón dio un vuelco y cayó como un pájaro que choca contra el cristal de una ventana. Me puse en pie de un salto. No tenía la menor duda de que quien llamaba era Hugo. Miré el teléfono como si fuera una serpiente de cascabel. Cogí el auricular y dije con voz fingida, ronca y temblorosa: «¡Hola!».

Al otro extremo del hilo, Hugo dijo con voz titubeante:

—Disculpe. Me gustaría saber si puedo hablar con la señorita Quentin, si está en casa.

Me quedé paralizado, sin saber qué contestar. Luego le dije:

—Escucha, Hugo, soy Jake Donaghue. Quiero verte cuanto antes por una cosa muy importante.

Hubo un silencio total. Luego dije:

—¿Puedes venir aquí, a casa de Sadie? Estoy solo. ¿O prefieres que vaya adonde tú estás?

En medio de la frase, Hugo colgó el aparato.

Me puse frenético. Grité por el auricular y colgué con fuerza. Me tiré de los pelos y maldije con todas mis fuerzas. Comencé a caminar por la habitación removiendo las alfombras. Tardé más de diez minutos en tranquilizarme y luego empecé a preguntarme por qué exactamente me había trastornado tanto. Tenía la sensación de que debía ver a Hugo inmediatamente, a cualquier precio, antes de una hora si era posible. Hasta que no hubiera visto a Hugo el mundo permanecería inmóvil. No tenía muy claro por qué quería verlo. Era esencial, eso era todo, y estaría angustiado hasta que lo viera. Cogí la guía telefónica. Sabía que Hugo había dejado su antigua casa y yo me había esforzado por no saber nada de dónde vivía ahora. Pasé las páginas con dedos temblorosos. Sí, allí estaba su nombre: una dirección en Holborn y un número de la City. Con el corazón palpitante marqué el número. No contestó nadie.

Luego me senté muy quieto, preguntándome qué debía hacer. Decidí que lo primero sería probar con la dirección que aparecía en la guía telefónica y, en caso de que no estuviera allí, iría a buscarlo, si era necesario, a los estudios Bounty Belfounder. Si Hugo estaba buscando a Sadie, era casi

imposible que se hallara en el estudio, ya que ella se encontraba allí. Por otra parte, la señorita Quentin por quien preguntaba podía ser Anna. Así que no había forma de saber si estaría o no en el estudio. En cualquier caso, lo primero era ir a Holborn para ver si estaba allí escondido y no contestaba al teléfono. Por supuesto, tendría razón en pensar, si telefoneaba desde su casa, que yo lo volvería a llamar allí inmediatamente. Empecé a imaginar los sentimientos de disgusto y desagrado que había debido de experimentar al colgar el teléfono cuando le hube revelado mi identidad. Ni siquiera había sido capaz de hablarme un momento. Rechacé esos pensamientos, ya que resultaban demasiado dolorosos, y me puse a ordenar las alfombras y mis cosas. Entonces me acordé de que Sadie me había pedido que me quedara durante todo el día en el piso. A esto objeté, sin embargo, que después de todo salía a la caza de Hugo, y que actuaba contra una incursión de este, por lo que se suponía que defendía el lugar. De modo que lo que estaba haciendo podía considerarse una táctica agresiva, en lugar de defensiva, con el mismo fin, esto es, evitar que Hugo fuera a Welbeck Street. Si podía encontrar a Hugo y entretenerlo, sería una manera de cumplir de otra forma los deseos de Sadie. Así que fui con paso decidido hacia la puerta. Lancé una mirada de despedida al piso y luego moví el picaporte.

No pasó nada. Volví a girar el picaporte. La puerta estaba bloqueada. La cerradura Yale giraba bien, pero había una cerradura de otro tipo, que no tenía llave, en la parte inferior de la puerta, y evidentemente estaba cerrada. Examiné los cerrojos, pero estaban todos echados. Sacudí la puerta y tiré de ella con todas mis fuerzas. Sin duda se había cerrado con una llave que no aparecería. Estaba encerrado. Cuando ya no tuve la menor duda, me dirigí a la cocina para probar la puerta que daba a la escalera de incendios. También estaba cerrada.

Luego examiné las ventanas. La única que me ofrecía alguna esperanza era la de la cocina, que estaba separada por menos de un metro de la puerta. Un tipo valiente podría saltar desde allí a la escalera de incendios. Calculé la distancia, miré hacia abajo y decidí que yo no era ese tipo. Mi cabeza no aguanta las alturas. Esa misma idea se me ocurrió al mirar la cañería de la fachada. Comencé a buscar por el piso, mirando en los cajones y cajas a ver

si podía encontrar una llave; pero lo hice sin grandes esperanzas. Estaba completamente seguro de que Sadie lo había hecho a propósito. Por sus propias razones, ella quería que yo defendiera la fortaleza todo el día y su método para conseguirlo era mantenerme preso. El hecho de que hubiera previsto que fuera a abandonar mi puesto no disminuyó mi ira contra ella. También quedaba claro con este incidente que mis tratos con Sadie debían terminar.

Cuando dejé de buscar la llave, mi último intento consistió en forzar la cerradura de la puerta de la cocina. Era una cerradura sencilla. En general no se me da mal lo de forzar las cerraduras, una habilidad que me enseñó Finn, que lo hace muy bien. Pero con esta no pude hacer nada, sobre todo porque no conseguí encontrar una herramienta adecuada. Lo mejor para forzar una cerradura es un trozo fuerte de alambre o una horquilla dura. No encontré ninguna de las dos cosas en el piso, de modo que tuve que renunciar. Ahora que no había la menor duda de que estaba preso y de que no había nada que hacer hasta que volviera Sadie, me sentí completamente tranquilo y sosegado, aunque quizá hubiera sido mejor decir malhumorado. Empaqueté todas mis pertenencias esperando poder marcharme enseguida. Estaba decidido a terminar con Sadie de una vez por todas. También seguía resuelto a ir a buscar a Hugo en el momento de mi liberación. Le volví a llamar, pero no contestó nadie. Pensé en llamar a otra persona para que me ayudara, pero reflexionando concluí que no había nadie con quien tuviera ganas de hablar con franqueza de mis apuros. Me serví medio vaso de ginebra y me senté y me eché a reír con ganas.

Después comencé a sentir hambre. Eran más de las dos. Entré en la cocina y me preparé una comida grande y succulenta, consistente en paté de *foie-gras*, salmón, pollo en gelatina, espárragos de lata, frambuesas, roquefort y zumo de naranja. Decidí que, a pesar de la enormidad del crimen de Sadie, no me bebería su vino. Encontré un poco de coñac en uno de los armarios y me quedé un largo rato sentado con una copa, lamentando que Sadie no fumara puros. Cuando los pensamientos sobre Hugo y Anna comenzaron a molestarme excesivamente, lavé los platos. Después empecé a sentirme taciturno y me asomé a una de las ventanas que daba a Welbeck Street para

contemplar el tráfico y los paseantes.

Llevaba un rato asomado y estaba cantando una canción francesa para mis adentros, preguntándome sombríamente qué le diría a Sadie en cuanto volviera, cuando vi a dos figuras familiares que bajaban por el otro lado de la calle. Eran Finn y Dave. Al verme, comenzaron a hacerme señas con aire conspirador.

—No hay problema —les grité—. Estoy solo.

Cruzaron, y Dave dijo:

—¡Bueno! ¡Temíamos que estuviera ahí la reina de Saba!

Los dos me miraban sonrientes. Estaba encantado de verlos.

—¡Vaya! —dijo Dave muy contento—, ¿qué tal te lo pasas como guardaespaldas? ¿Has hecho bien la guardia?

Finn me sonreía con su habitual amabilidad, pero me di cuenta de que en esta ocasión sus simpatías estaban con Dave. Los dos parecían encontrar la situación enormemente divertida. Me pregunté qué pensarían dentro de un momento.

—He pasado un día tranquilo —dije con dignidad—. He trabajado un poco.

—¿Por qué no le preguntamos en qué ha consistido su trabajo? —le dijo Dave a Finn.

Me di cuenta de que venían a tomarme el pelo.

—Pues si has hecho tu trabajo del día —dijo Dave—, ¿por qué no sales y tomamos una copa? Es casi la hora de abrir. A menos que prefieras invitarnos a pasar dentro. ¿O no te permiten tener visitas?

—No puedo salir —dije tranquilamente— y no puedo dejaros entrar.

—¿Por qué no? —preguntó Dave.

—Porque estoy encerrado —dije.

Finn y Dave se miraron y luego se echaron a reír a carcajadas. Dave se sentó en la acera, atragantándose de risa, y Finn se apoyó contra una farola. Se estaban desternillando. Esperé fríamente a que acabara el paroxismo, canturreando suavemente. Dave, por fin, levantó la cabeza y, después de varios intentos, consiguió decirle a Finn: «¡Pues no hay nada que hacer!», y los dos volvieron a echarse a reír.

—Mirad —dije con impaciencia—, dejad de reiros y sacadme de aquí.

—¡Quiere que lo saquemos! —gritó Dave—. Pero ¿no lo has intentado ya? ¿Por qué no pruebas con la cañería? Parece muy fácil, ¿no, Finn? —Y se desternillaron de risa otra vez.

—Lo he intentado todo —dije—. Ahora callaos y haced lo que os digo. Propongo que Finn fuerce la cerradura de la puerta de la cocina. Podéis subir utilizando la escalera de incendios de la parte de atrás. Lo habría hecho yo mismo, pero Sadie no usa horquillas.

—Nosotros tampoco usamos horquillas —dijo Dave—, pero si quieres podemos presentar una petición a Sadie.

—Finn —dije—, ¿quieres ayudarme a salir de aquí?

—Claro que sí —dijo Finn—, pero no llevo nada encima.

—¡Pues vete y busca algo! —le grité.

Para entonces, nuestra extraña conversación ya había llamado notablemente la atención en la calle y no tenía ganas de prolongarla. Por fin quedamos en que Finn se daría una vuelta por las calles del barrio hasta encontrar una horquilla y luego volvería para abrir la puerta. Ni siquiera en estos tiempos hay que andar mucho por las calles de Londres para encontrar una horquilla, si te dedicas a buscarla. Mi único temor era que Finn se olvidara de lo que tenía que hacer y entrara en un pub. Sé de sobra que no hay nada más hipnótico que pasear con los ojos fijos en el pavimento.

Una vez puesto el plan en marcha, cerré con firmeza la ventana. Me pareció que no era oportuno continuar la conversación con Dave en ese momento. Sin embargo, al cabo de pocos minutos lo oí dando golpes en la puerta de la cocina y tuve que ir a hablar con él por la ventana para que se callara. Luego siguió durante un cuarto de hora un interminable e irritante *badinage*, más o menos lleno de fantásticas sugerencias según las cuales, si hubiera tenido una pizca de valor, quizá habría podido escaparme gateando por los salientes, subiendo al tejado, atando unas sábanas y cosas por el estilo, a lo que contesté con cierta frialdad. Por fin oí que Finn subía por la escalera de incendios. Había encontrado una hermosa horquilla y no tardó más de medio minuto en abrir la cerradura. Dave y yo le miramos con admiración. Cuando se abrió la puerta, Dave y Finn quisieron entrar y echar un vistazo, pero los hice bajar enseguida por las escaleras. No lamentaba

ahorrarme la conversación con Sadie y no tenía ganas de que ella llegara en ese momento. Antes de marcharme, me llené los bolsillos de galletas. Me pregunté si pertenecía a una clase social capaz de robar dos latas de paté de *foie-gras* a una mujer culpable de detención ilegal y decidí que sí. Lancé una última y triste mirada a afganos y kazajos, cogí mis pertenencias y me marché.

Cuando estuvimos en la calle paré enseguida un taxi. Tanto Finn como Dave se sentían de lo más alegres y no tenían la menor intención de soltarme. Me parece que pensaban que si se quedaban conmigo iban a pasar una tarde muy entretenida y nadie se la iba a chafar. Yo, por mi parte, no estaba muy seguro de lo que iba a hacer y sentía mi acostumbrada necesidad de apoyo moral, así que les dejé entrar detrás de mí en el taxi. Primero fuimos a la tienda de la señora Tinckham, donde dejé mi maleta y los manuscritos.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Dave, con su redondo rostro resplandeciendo de alegría, como un niño pequeño que va a merendar al campo.

—Vamos a buscar a Belfounder —dije.

—¿Dices ese tipo del cine? —preguntó Finn—. ¿Ese tipo que conociste hace mucho tiempo?

—El mismo —dije, y me negué a añadir nada más, así que Dave tuvo que entretener a Finn durante el resto del viaje con un montón de conjeturas más o menos insultantes.

No les hice caso. Empezaba a sentirme muy nervioso, ya que la perspectiva de un encuentro con Hugo me amenazaba como un iceberg. Realmente tenía muy poca idea de lo que quería decirle. No era exactamente que necesitara verlo para averiguar sus sentimientos hacia Anna. Tenía tanta confianza en que había diagnosticado correctamente esos sentimientos como la tenía en que el simplón del teatro de mimo era Hugo y que había sido él también quien se había llevado después a Anna en el gran Alvis negro. Lo que deseaba descubrir ante todo era qué sentimientos abrigaba Hugo hacia mí. No es que tampoco tuviera grandes dudas sobre ello; estaba seguro de que Hugo me miraría con un desagrado y un desprecio

comprensibles. Pero tal vez podía alterar esa situación con esfuerzo. Aunque ni siquiera era por eso por lo que quería ver a Hugo. Durante la tarde se me había pasado por la cabeza que Hugo tal vez tuviera mucho más que enseñarme; tanto más cuanto que mi perspectiva había cambiado desde los días de nuestras anteriores charlas. Me di cuenta de ello enseguida, al volver a leer, después de tanto tiempo, aquel fragmento de diálogo. Mi apetito de conversación con Hugo no estaba saciado. Podía haber todavía más entre nosotros. ¿Qué era entonces lo que me hacía buscarlo con una urgencia tan febril? Me parecía que, después de todo, solo quería verlo porque quería verlo. El torero en la plaza no puede explicar por qué quiere tocar al toro. Hugo era mi destino.

SIETE

El taxi se detuvo y salimos. Pagó Dave. Al parecer, Hugo vivía justo sobre el viaducto de Holborn, en un piso de la parte alta de un edificio de oficinas. Una puerta daba a una escalera de piedra y había un tablero pintado donde se veía, junto con los nombres de firmas comerciales y legales, su nombre: Belfounder. El taxi se fue y nos dejó allí solos, en el viaducto. Si han visitado alguna vez por la tarde la City de Londres habrán percibido la misteriosa soledad que se apodera de las calles que durante el día están tan llenas de vida y de bullicio. El viaducto ofrece una vista espectacular. Pero, aunque se podía mirar hasta muy lejos, no solo hacia Holborn y Newgate Street, sino también por Farringdon Street, que cruzaba allá abajo como un río seco, no vimos ningún ser vivo. Ni un gato, ni un policía. Era una tarde tibia, sin nubes y de un azul resplandeciente, y el lugar estaba mudo en torno a nosotros, amurallado por un distante murmullo que podía ser tanto el sonido del tráfico como el susurro estival del sol declinante. Nos quedamos quietos. Hasta Finn y Dave estaban impresionados.

—Esperad aquí —les dije—, y si no salgo en unos minutos podéis marcharos.

Pero no les hizo mucha gracia.

—Te acompañaremos hasta arriba —dijo Dave—. Puedes contar con que nos esfumaremos cuando quieras.

Creo que querían ver cómo era Hugo.

No estaba nada seguro de poder fiarme de ellos, pero no era cuestión de discutir, y subimos en fila india por los escalones de piedra. No sentía nada

más que una decisión vacía. Caminamos pesadamente subiendo la escalera, pasando por oficinas cerradas de sastres y abogados. Cuando llegamos a la cuarta planta empezamos a oír un extraño sonido. Nos detuvimos y nos miramos.

—¿Qué es eso? —preguntó Finn.

Ninguno lo sabíamos. Seguimos subiendo un poco más, de puntillas. El sonido procedía de la parte superior del edificio; empezó a parecerse a una charla continua, en tono agudo.

—¡Está dando una fiesta! —dije con una repentina inspiración.

—¡Mujeres! —dijo Dave—. Estrellas de cine, supongo. ¡Vamos!

Seguimos subiendo con precaución; solo otro tramo de escaleras nos separaba de la puerta de Hugo. Eché a los dos atrás y subí solo. La puerta estaba entreabierta. El ruido era ensordecedor. Saqué pecho y entré.

Me encontré a solas en una habitación completamente vacía. Había otra puerta frente a mí. Crucé rápidamente y la abrí. La habitación vecina también estaba vacía. Cuando di un paso atrás choqué con Finn y Dave.

—Son pájaros —dijo Finn.

Lo eran. El piso de Hugo ocupaba un ala entera y estaba rodeado por fuera por un alto parapeto. Un tejado inclinado sobresalía de la ventana, casi tocando el parapeto; y en un ángulo profundo, bajo el tejado, había centenares de estorninos. Los veíamos revoloteando en las ventanas y dando saltitos entre el cristal y el parapeto como si estuvieran en una jaula. Desde la calle no debía de oírse el ruido que hacían, o tal vez se confundía con el murmullo general de Londres. Aquí era abrumador. Sentí una enorme confusión y un enorme alivio. No había ni rastro de Hugo.

Dave estaba en la ventana haciendo inútiles esfuerzos por echar a los pájaros.

—Déjalos en paz —dije—. Viven aquí.

Miré a mi alrededor con curiosidad. La segunda habitación era el dormitorio de Hugo y estaba amueblado con la sencillez que caracterizaba al Hugo que yo había conocido. No había más que una cama de hierro, sillas con asiento de junco, una cómoda y un baúl de estaño con un vaso de agua encima. La primera habitación, sin embargo, que era la mayor, revelaba a un

nuevo Hugo. Una alfombra cubría todo el suelo y espejos, sofás y cojines listados formaban un escenario cómodo y elegante. Había varios cuadros originales colgados en las paredes. Identifiqué dos pequeños Renoir, un Milton y un Miró. Silbé admirativamente. No recordaba que Hugo hubiera demostrado nunca un interés especial por la pintura. Había muy pocos libros. Me pareció encantador y típico de Hugo que dejara la puerta entreabierta con todos esos tesoros en casa.

Finn estaba mirando los pájaros. Si olvidabas su ensordecedor parloteo, resultaban muy bonitos al mezclarse revoloteando y dándose empujones, extendiendo sus alas estriadas, enmarcados en las ventanas como si formaran parte de la decoración de la estancia. Al mirarlos me pregunté si no debía quedarme allí y esperar a que llegara Hugo.

Pero, en aquel momento, Dave, que había andado merodeando por su cuenta, gritó: «¡Mira esto!». Señalaba una nota clavada a la puerta que no habíamos visto al entrar. Decía simplemente: «He ido al pub».

Dave había salido al rellano.

—¿A qué esperamos? —preguntó.

Parecía que quería tomar una copa. Una vez que se le metió la idea en la cabeza, Finn adoptó el mismo aspecto.

Dudé.

—No sabemos en qué pub —dije.

—Será uno de los que esté más cerca —dijo Dave—. Podemos dar una vuelta.

Él y Finn comenzaron a bajar las escaleras. Eché un rápido vistazo desde el rellano. Otra puerta se abría a un cuarto de baño y a una pequeña cocina. La ventana de la cocina daba a un tejado plano, a través del cual se podían ver las ventanas y los tragaluces de los otros edificios de oficinas. Ese era el dominio de Hugo. Lancé una mirada de despedida a los estorninos, dejé la puerta de la sala de estar tal como la había encontrado y seguí a Finn y Dave escaleras abajo.

Nos detuvimos junto a los leones de hierro del viaducto. La intensa luz de la tarde caía sobre las agujas y las torres de St. Bride, al sur; St. James, al norte; St. Andrew, al oeste, y St. Sepulchre y St. Leonard Foster y St. Mary-

le-Bow, al este. La luz de la tarde aquietaba las casas y las abandonadas y blancas agujas. Farringdon Street seguía allí, amplia y vacía.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Dave.

Conozco muy bien la City. Podíamos ir hacia el oeste, a King Lud y los pubs de Fleet Street, o hacia el este, a los pubs empequeñecidos por las iglesias, en la zona menos frecuentada de los tortuosos callejones. Me imaginé adónde habría ido Hugo.

—Al este —dije.

—¿Hacia dónde queda el este? —preguntó Finn.

—¡Vamos! —dije.

Pasamos por delante de St. Sepulchre y nos dirigimos al Viaduct Tavern, de la casa Meux. Un vistazo por las barras me convenció de que Hugo no estaba por allí, y estaba a punto de marcharme cuando Finn y Dave comenzaron a protestar.

—Recuerdo —dijo Dave— que me dijiste una vez que era de mal gusto beber en un pub cuyo nombre no se conoce o entrar y no beber.

Finn dijo:

—Trae mala suerte.

—Sea lo que sea —dijo Dave—, quiero un trago. ¿Qué vas a tomar, Finn?

Si hubiera sido un día normal, yo también habría querido una copa y, como era una tarde calurosa, tomé una pinta de cerveza con ellos, manteniéndome aparte, pensando en Hugo. Bebimos rápido la cerveza y les ordené que nos fuéramos. Tratando de no mirar el Old Bailey, los conduje al otro lado de la calle.

Había un elegante pub de la cadena Charrington llamado Magpie and Stump. Eché una carrera y lancé un vistazo al panorama, saliendo antes de que los otros dos llegaran a la puerta.

—¡Nada! —grité—. Vamos a ver otro.

Me daba cuenta de que el alcohol nos iba a envolver en un *rallentando* y quería llegar lo más lejos posible mientras pudiéramos.

Finn y Dave me rebasaron a toda prisa y entraron disparados en el George. El George es un agradable pub de la casa Watney, de paredes desconchadas y un mostrador antiguo con una de esas superestructuras de

cristal tallado y caoba a través de la cual el tabernero te mira como un eclesiástico encerrado. No estaba Hugo.

—No tiene sentido —le dije a Dave, mientras levantábamos nuestras jarras de cerveza—. Puede estar en cualquier sitio.

—No te rindas —dijo Dave—. Siempre puedes volver al piso.

Era verdad; y en cualquier caso me devoraba un intolerable nerviosismo. Si tenía que pasar la noche esperando hasta que volviera Hugo, mejor hacerlo buscándolo que de otra forma. Con mi mente traté de abarcar los alrededores de la catedral. Acordé con Finn y Dave que únicamente entraríamos en un pub de cada dos. Luego me dediqué a hacer que se movieran. Al salir me fui a Ludgate Hill y subí la cuesta hacia San Pablo. Hay un pub de la cadena Younger en la cuesta, pero allí tampoco estaba Hugo. Nuestra parada siguiente fue el Short's, en el atrio de San Pablo. Tomamos una copa y pensé si no sería mejor volver a Fleet Street; pero, como había apostado por el este, no quería tirar la toalla. Además, no quería exponerme a encontrar a Hugo en el ambiente de Fleet Street. Nuestro drama personal podían echarlo a perder unos cuantos periodistas borrachos. Llevé a mi compañía por Cheapside.

Ya era tarde. La oscuridad pendía del aire, pero se desplegaba en un polvo suspendido que hacía más vívidos los colores desvaídos. El cenit era de un azul oscuro; el horizonte, de un amatista radiante. Desde la sombra y la oscuridad del atrio de San Pablo pasamos a Cheapside como si entráramos en una brillante arena, y vimos, enmarcados en el hueco de unas ruinas, los rectángulos pálidos y nítidos de St. Nicholas Cole Abbey, a lo lejos, al sur, al otro lado de Cannon Street. En medio se ondulaban las adelfillas sobre lo que quedaba de las calles. En aquella desolación, los caparazones coloreados de las casas se alzaban combinando cuadrados vacíos y llenos de muros y ventanas. El sol declinante brillaba sobre los ladrillos resplandecientes y los tejados destelleantes y calentaba la piedra de los pilares caídos. Al pasar St. Vedast, la cima del cielo se iba haciendo de un azul más oscuro y al llegar a lo que antes era Freeman's Court entramos en un pub de la casa Henekey.

Allí se rompió nuestro acuerdo, en gran medida debido al *rallentando* al que antes me refería. Comencé a pensar que era casi imposible que nos

encontráramos con Hugo, pero debíamos terminar el recorrido. Volvimos a través de Cheapside y bajamos por Bow Lane, donde estaban encendiendo el alumbrado. La luz amarilla que salía de las oscilantes farolas de los callejones caía sobre los blancos muros revelando antiguos nombres y oscurecía el aire que subía hacia la noche. Nos fijamos en unas cuantas estrellas que parecían llevar allí mucho tiempo. Entramos en el viejo Tavern en Watling Street. Era el tipo de pub que le gustaba a Hugo, pero no estaba allí. Mientras tomábamos una copa, les dije a los otros que debíamos visitar el Skinner's Arms y luego volver a Ludgate Circus.

No pusieron reparos.

—Con tal —dijo Finn— de que no tengamos que malgastar mucho tiempo andando.

Los saqué de allí y nos fuimos hasta el Skinner's Arms. Este pub se encuentra situado en el cruce entre Cannon Street y Queen Victoria Street, bajo la sombra de St. Mary Aldermary. Entramos tambaleándonos. Ya dentro, y después de que viera que Hugo no estaba, Dave me cogió del brazo y me dijo:

—Hay alguien que quiero presentarte.

Al final de un largo mostrador, apoyado en la barra, había un individuo pálido y delgado con una pajarita roja. Saludó a Dave y al acercarnos a él me impresionaron sus enormes ojos, que nos miraron tristes, redondos y luminosos como los de un uómbat o un Cristo de Rouault.

—Te presento a Lefty Todd —dijo Dave, y le comunicó mi nombre.

Nos dimos la mano. Por supuesto que había oído hablar mucho del excéntrico dirigente de los Nuevos Socialistas Independientes, pero no lo conocía y me dediqué a estudiarlo con considerable interés.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Dave.

Su aspecto cansado y anémico contrastaba con la aspereza y el vigor de sus palabras y, mientras hablaba, saludó con la mano vagamente a Finn, como si lo conociera de antes. Finn es alguien a quien no se presenta nunca.

—Pregunta a Donaghue —contestó Dave.

—¿Qué está haciendo aquí? —me preguntó Lefty.

No me gusta que me hagan preguntas directas y, cuando me las hacen,

normalmente miento.

—Hemos venido a ver a un amigo en la redacción del *Star* —dije.

—¿A quién? —preguntó Lefty—. Conozco a todo el mundo en el *Star*.

—A un hombre que se llama Higgins —dije—. Es nuevo.

Lefty me miró fijamente.

—Está bien —dijo, y se volvió hacia Dave—. No sueles venir mucho por aquí.

—Supongo que estarás cerrando el *Independent Socialist* —dijo Dave.

—Todavía no hemos cerrado —dijo Lefty—. Los otros siguen trabajando.

Se volvió hacia mí.

—He oído hablar de usted.

Seguía sintiéndome molesto. No cometí el *gauche* error de contestar a este comentario con un «Yo también de usted», como se hace con las personas famosas. En lugar de ello respondí:

—¿Qué le han dicho de mí?

Eso suele desconcertar.

Lefty no se desconcertó. Reflexionó un momento y luego dijo:

—Es usted un hombre con talento, demasiado perezoso para trabajar, y tiene opiniones de izquierdas, pero no participa en la política.

Eso era hablar claro.

—No está mal informado —le dije.

—En cuanto a lo primero —dijo Lefty—, me importa un bledo, pero me gustaría hacerle unas preguntas con respecto a lo segundo. ¿Tiene tiempo?

Me mostró el reloj.

Estaba un poco confuso con aquello de lo primero y lo segundo, y también por la brusquedad de su estilo y la cantidad de cerveza que había ingerido.

—¿Quiere decir que quiere hablar conmigo sobre política?

—Sobre *su* política.

Dave y Finn se habían ido alejando y estaban sentados en un rincón.

—¿Por qué no?

OCHO

—Bueno, vamos a dejar claro dónde estamos, ¿quiere? —dijo Lefty—. ¿Cuál es su experiencia política en el pasado?

—Hace años estuve en la YCL[1] —contesté— y ahora estoy en el Partido Laborista.

—Bueno, ya sabemos lo que eso significa, ¿no? —dijo Lefty—. De experiencia práctica, nada. Pero ¿al menos se mantiene al día en los asuntos de la teoría? ¿Estudia la actualidad política?

Hablaba con la alegre energía de un médico.

—Poco —respondí.

—¿Me podría decir con claridad por qué ha renunciado?

Extendí las manos.

—Es imposible...

—Ah —dijo Lefty—, eso es algo que no debe decir. Es un pecado contra el Espíritu Santo. Nada es imposible. ¿No es verdad, Dave? —le dijo a Dave, que en ese momento estaba en la barra pidiendo otra copa.

—Nada salvo que te calles —dijo Dave.

—¿Qué diría, que lo dejó porque no le importaba lo que estaba ocurriendo o porque no sabía qué hacer? —me preguntó Lefty.

—Las dos cosas están relacionadas —dije. Y habría seguido, pero Lefty me interrumpió.

—Tiene toda la razón —prosiguió—. Estaba a punto de decirlo yo. ¿Así que reconoce que le preocupa?

—Por supuesto —dije—, pero...

—Bueno, ya tenemos algo con lo que empezar. Si puede preocuparse un poco, puede llegar a preocuparse del todo. ¿Qué más problemas morales hay en esta época?

—Ser fiel a los amigos de uno y comportarse correctamente con las mujeres —respondí enseguida.

—Está equivocado —dijo Lefty—. Es la estructura entera lo que está en juego. ¿Para qué va a impedir que un hombre se caiga cuando está en un barco que se hunde?

—Porque si se rompe el tobillo no podrá nadar —objeté.

—¿Y por qué impedir solo que se rompa el tobillo cuando puede salvarle la vida?

—Porque sé hacer una cosa, la otra no —le dije un poco quisquilloso.

—Bueno, eso vamos a verlo, ¿no? —dijo Lefty, cuyo celo no había disminuido. Abrió su portafolios y sacó un montón de panfletos, que repasó rápidamente—. Tome este para usted —dijo, y lo sostuvo delante de mí como si fuera un espejo. En grandes letras, en la portada, se leía la pregunta: «¿Por qué HAS DEJADO LA POLÍTICA?», y debajo: «LA POLÍTICA DE IZQUIERDAS *te* necesita».[2] Abajo ponía: «Precio: 6 peniques». Empecé a buscar en los bolsillos.

—No, lléveselo. Es un regalo —dijo Lefty—; en realidad, nunca los vendemos. Pero si ponemos un precio la gente cree que ha conseguido una ganga y lo lee. Léaselo cuando tenga un rato tranquilo mañana.

Y lo metió en mi chaqueta.

—¿Es usted socialista?

—Sí —dije.

—¿Seguro?

—Sí.

—Muy bien. Todavía no sabemos lo que significa, pero hasta ahora toda va bien. ¿Qué características de la situación actual le hacen pensar que es imposible luchar por el socialismo?

—No es exactamente que crea que es imposible... —comencé.

—Vamos, vamos —dijo Lefty—, ya hemos confesado nuestra enfermedad, ¿no? Vamos a seguir con su cura.

—Vale —dije—, este es el problema: el socialismo inglés es muy digno, pero no es socialismo. Es el capitalismo del bienestar. No toca el verdadero mal del capitalismo, que es que el trabajo es aniquilador.

—¡Vaya, vaya! —dijo Lefty—. Vamos a proceder con calma. ¿Sabe cuál fue la cosa más profunda que dijo Marx?

Empezaba a sentirme irritado por ese método de preguntas y respuestas. HACIA cada pregunta como si existiera una única respuesta concreta para ella. Era como el catecismo.

—¿Por qué hay una sola cosa que es la más profunda?—pregunté.

—Tiene razón, Marx dijo muchas cosas profundas —dijo Lefty, que no se dignó tener en cuenta mi irritación—. Por ejemplo, dijo que la conciencia no es el fundamento del ser, sino que el ser social es el fundamento de la conciencia.

—Pero fíjese, aún no sabemos lo que significa eso —dije.

—¡Oh, sí que lo sabemos! —dijo Lefty—. Y no significa lo que algunos mecanicistas supuestamente marxistas piensan que significa. No significa que la sociedad se desarrolla mecánicamente y que luego se producen las ideologías. ¿Qué es lo crucial en una época revolucionaria? Pues la conciencia. ¿Y cuál es su principal característica? Pues, precisamente, no solo reflejar las condiciones sociales, sino reflexionar sobre ellas dentro de unos límites, cuidado, dentro de unos límites. Por eso es por lo que son tan importantes ustedes, los intelectuales. ¿Cuál cree que puede ser el futuro de un organismo como el Nuevo Partido Socialista Independiente?

—Conseguir más votos que los otros y que lo hagan a usted primer ministro.

—¡Ni hablar! —dijo triunfalmente Lefty.

—¿Pues entonces cuál es su futuro? —pregunté.

—No lo sé —contestó.

Me pareció injusto por su parte colar una pregunta cuya respuesta no sabía ni él.

—¡Esa es nuestra esencia! —prosiguió—. La gente nos acusa de irresponsabilidad. Pero esa gente no comprende nuestro papel. Nuestro papel es explorar la conciencia socialista de Inglaterra. Aumentar su sentido

de la responsabilidad. Pronto nos obligarán a aceptar nuevas formas sociales. Pero ¿por qué vamos a quedarnos sentados sin más compañía que unas ideas sociales extraídas de las antiguas?

—Espere un momento —dije—. ¿Qué ocurre mientras tanto con la gente? Con las masas. Las *ideas* se les ocurren a los *individuos*. Ese ha sido siempre el problema de la raza humana.

—Ha puesto el dedo en la llaga —dijo Lefty—. ¿Qué pasa, me va a decir, con la famosa unidad de la teoría y la práctica?

—Desde luego —dije—. No puedo desear un bien mayor para Inglaterra que el que el socialismo inglés tenga más inspiración y se rejuvenezca. Pero ¿de qué vale un renacimiento intelectual que no mueve al pueblo? La teoría y la práctica solo se unen en circunstancias muy especiales.

—¿Por ejemplo? —dijo.

—Bueno —dije—, por ejemplo, cuando el partido bolchevique luchó para conseguir el poder en Rusia.

—Ah —dijo Lefty—, ha escogido un mal ejemplo para su argumentación. ¿Por qué nos impresiona tanto el alto grado de conciencia que esa gente parecía tener con respecto a lo que estaba haciendo? Porque tuvieron éxito. Si no hubieran triunfado, parecerían una pandilla de chiflados. Es retrospectivamente como vemos el conjunto como una máquina cuyo funcionamiento ellos conocían. No puedes juzgar la unidad de la teoría y de la práctica sobre la marcha. El principio de desunión es también importante. El problema es que usted realmente no cree en la Posibilidad Socialista. Es un mecanicista. ¿Y por qué es un mecanicista? Voy a decírselo. Se considera usted un socialista, pero ha mamado lo de Britannia gobierna las olas[3] como los demás. Quiere formar parte de un gran espectáculo. Por eso lamenta no poder ser comunista. Pero no es capaz, ni tampoco tiene imaginación suficiente para salir de lo otro. Por eso se siente impotente. ¡Lo que necesita es flexibilidad, flexibilidad! —Lefty me apuntó con un dedo inmensamente largo y flexible—. Quizá hayamos perdido una oportunidad de ser los dirigentes de Europa —dijo—. Pero el asunto consiste en merecerlo. Luego tal vez tengamos otra.

—¿Y entretanto —pregunté—, qué pasa con la dialéctica?

—Ya empezamos —respondió Lefty—. Es como el mal de ojo. Uno no cree en ello, pero sin embargo lo paraliza. Hasta los defensores de la dialéctica son conscientes de que nadie sabe qué pasará en el futuro. Lo único que se puede hacer es primero reflexionar y luego actuar. Esa es una tarea humana. Ni siquiera Europa durará para siempre. Nada durará para siempre.

Dave había ido de nuevo a la barra.

—Salvo los judíos —dijo.

—Tiene razón —asintió Lefty—, salvo los judíos.

Los dos le miramos.

—¿Qué? —dijo Dave.

—Por favor, es la hora —dijo la tabernera.

—De modo que reconoce ciertos misterios —le sugerí a Lefty.

—Sí, soy un empírico —respondió.

Le dimos nuestras copas a la tabernera.

Para entonces había ingerido suficiente alcohol como para sentirme desesperado ante la perspectiva de tener que dejar de beber. Al mismo tiempo empezaba a caerme bien Lefty.

—¿Podemos comprar una botella de coñac aquí? —pregunté.

—Creo que sí —dijo.

—Bueno, ¿por qué no compramos una y proseguimos este debate en otro lugar? —pregunté.

Lefty vaciló.

—Muy bien —dijo—, pero vamos a necesitar más de una botella. Cuatro botellines de Hennessy, por favor, señorita —le dijo a la tabernera.

Salimos a Queen Victoria Street. Era una noche muy calmada y calurosa, resplandeciente de estrellas e inundada por la luna. Unos cuantos borrachos desaparecieron haciendo eses y nos dejaron solos en la escena. Nos quedamos mirando a San Pablo, cada uno con una botella de coñac en el bolsillo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Dave.

—Déjame despejarme un poco —dijo Lefty—. Tengo que ir a Correos y enviar unas cartas.

Es típico del centro de Londres que la única cosa que puedas comprar a

cualquier hora del día o de la noche sea un sello. Ni siquiera puedes conseguir una mujer después de las tres y media de la madrugada, a menos que estés *bien renseigné*. Nos dirigimos hacia la Oficina General de Correos y, mientras entrábamos en King Edward Street, le di un trago a mi botella. Al hacerlo me di cuenta de que estaba muy borracho.

La Oficina General de Correos es espaciosa, cavernosa, burocrática, austera y sombría. Entramos alegremente perturbando las meditaciones de los escasos empleados y de la gente que siempre hay allí por la noche, escribiendo anónimos o notas de suicidio. Mientras Lefty compraba sellos y enviaba telegramas, yo organicé el canto de *Great Tom is Cast*, y lo seguimos, porque nunca tengo ánimo de pararlo una vez iniciado, hasta que un funcionario nos echó. Fuera nos dedicamos a estudiar los fantásticos buzones con sus grandes bocas abiertas, en las que se puede ver una carta cayendo por un largo y profundo pozo hasta llegar a una bandeja en una sala iluminada allá abajo. Esto nos fascinó tanto a Finn y a mí que decidimos escribir una carta en el acto, así que volvimos dentro y compramos dos tarjetas con sobre. Dave dijo que recibía más cartas de las que quería y que no tenía ningún sentido incitar a más gente a escribirle. Finn dijo que iba a mandarle una carta a alguien de Irlanda. Yo comencé a escribir a Anna, poniendo la tarjeta verticalmente contra la pared de Correos; pero no se me ocurrió decirle otra cosa salvo «Te quiero», escrito varias veces, malamente. Luego añadí «Eres hermosa», y cerré el sobre. La metí bien en la boca del buzón, la solté y comenzó a caer, dando vueltas como una hoja de otoño.

—¡Vamos! —dijo Lefty.

—¿Adónde?

—Aquí —dijo, y nos llevó de repente calle abajo, junto a la acera de Correos. Veía a Lefty elevándose vagamente del suelo. Estaba encima de un muro, llamándome. Tal y como me sentía en aquel momento, podía haber subido por el costado del *Queen Mary*. Lo seguí y los otros me siguieron a mí. Un momento después nos encontramos en lo que parecía un pequeño jardín cerrado, muy descuidado. Nos sentamos. Luego me di cuenta de que estábamos en lo que había sido la nave de St. Leonard Foster. Me tumbé entre las altas hierbas y mis ojos se llenaron de estrellas.

Al cabo de un rato Lefty me dijo:

—Lo que tú necesitas es comprometerte. Tan pronto como hagas algo y choques con la gente, comenzarás a odiar a unos cuantos. No hay nada que destruya tanto la abstracción como el odio.

—Es cierto —dije perezosamente—. En este momento no odio a nadie.

Hablábamos en voz baja. Cerca, Finn y Dave estaban tumbados, hablando en susurros.

—Debería darte vergüenza —dijo Lefty.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté.

—Hay que estudiarlo —dijo—. Tratamos a nuestros miembros científicamente. Les preguntamos a cada uno: ¿dónde está el punto de intersección de tus necesidades y las nuestras? ¿Qué es lo que más te gusta hacer y que nos beneficia a nosotros también? Por supuesto, pedimos además cierta cantidad de trabajo de simple rutina.

—Por supuesto —dije. Miraba a Orión, que se levantaba entre un bosque de hierba.

—En tu caso —continuó Lefty—, afortunadamente está muy claro lo que puedes hacer.

—¿Qué?

—Escribir obras teatrales.

—No puedo —dije—. ¿Por qué no novelas?

—No. ¿Quién lee novelas hoy? ¿Has intentado escribir alguna vez una obra de teatro?

—No.

—Pues cuanto antes mejor. Pensando en el West End, por supuesto.

—No es tan fácil que te interpreten una obra en el West End —le dije.

—¡No creas! —dijo Lefty—. Se trata tan solo de hacer ciertas concesiones rutinarias al gusto popular. Antes de comenzar, puedes hacer un análisis científico de unos cuantos de los últimos éxitos. Tu problema es que no te gusta trabajar mucho. Ponle el marco adecuado y lo rellenas con el mensaje que quieras. Lo mejor será que vengas a verme y lo hablemos cualquier día de la semana que viene. ¿Cuándo vas a poder venir?

Lefty sacó una agenda y comenzó a pasar páginas llenas de anotaciones.

Intenté pensar alguna justificación para decirle que me era imposible, pero no se me ocurrió ninguna. Orión estaba metiendo su pie en mi ojo.

—Martes, miércoles, jueves... —le dije—. Pero no prometo nada.

—Estoy bastante ocupado —dijo Lefty—. ¿Qué te parece el viernes a las tres y cuarto? Estoy libre hasta las cuatro y, con un poco de suerte, algo más de tiempo. Ven a la oficina del *Independent Socialist*.

—Muy bien, muy bien —le dije. Veía la palidez del rostro de Lefty, que me miraba.

—Te olvidarás. —Sacó una tarjeta, apuntó la hora y el lugar y me la metió en el bolsillo.

—Y ahora —me dijo—, ¿me contarás qué hacías por aquí?

Esa pregunta me conmovió, en parte porque era la primera señal directa que tenía de que Lefty era humano y en parte porque me recordaba a Hugo, que había estado inexplicablemente alejado de mi mente en las últimas horas. Me incorporé con dificultad. Sentía mi cabeza como si estuviera conectada a un muelle y alguien intentara tirar de él. La apreté violentamente con las dos manos.

—Buscaba a Belfounder —le dije.

—¿Hugo Belfounder? —inquirió Lefty, y percibí una nota de interés en su voz.

—Sí, ¿lo conoces? —le pregunté.

—Sé quién es.

Le miré, pero sus enormes ojos eran solo parches oscuros en la palidez de su rostro.

—¿Lo has visto esta tarde? —le pregunté.

—No ha venido al Skinner's —dijo Lefty.

Quería seguir interrogándolo; me preguntaba qué pensaría de Hugo. ¿Que era un capitalista? Pero en ese momento mi cabeza exigía toda mi atención.

Fue un poco más tarde, debían de ser algo más de las dos, cuando Finn expresó su deseo de ir a nadar. Lefty había estado hablando con Dave, y yo me estaba recuperando. La noche era agradablemente tibia y silenciosa. Tan pronto como Finn expresó su idea, a todos nos pareció, salvo a Dave, irresistible. Discutimos adónde ir. El Serpentine estaba demasiado lejos y

también lo estaba Regent's Park, y la zona de St. James's Park estaba siempre llena de policías. Lo mejor era ir a nadar al Támesis.

—Os va a arrastrar la marea —dijo Dave.

—No si nadamos cuando esté cambiando —dijo Finn. Era una idea brillante. ¿Pero cuándo cambiaba?

—Nos lo dirá mi agenda —dijo Lefty. Nos agrupamos a su alrededor mientras encendía una cerilla. La marea alta en el Puente de Londres era a las 2:58. Perfecto. Un momento después saltábamos el muro.

—Cuidado con la policía —dijo Lefty—. Pensarán que vamos a robar un almacén. Si veis a alguno, fingid que estáis borrachos.

Era un consejo un tanto superfluo.

A través de un espacio abierto barrido por la luna, seguimos lo que antes había sido Fyefoot Lane, donde había una serie de melancólicos carteles que indicaban, en las ruinas de la City, dónde habían estado las iglesias y los lugares públicos. Junto a la solitaria torre de St. Nicholas entramos en Upper Thames Street. No se oía nada; ni una campana, ni un paso. Pisábamos con suavidad. Salimos de la luz de la luna y entramos en un oscuro laberinto de callejones y almacenes destruidos donde se apilaban objetos indistinguibles. Trozos de periódicos manchaban las calles, quietos en la noche inmóvil. Las escasas farolas revelaban muros de ladrillos cariaados y mostraban la sombra de un gato ocasional. Una calle tan profunda y oscura como un pozo desembocó por fin en un malecón de piedra, y, al otro lado, al pie de unos cuantos escalones, volvió a aparecer la luna, dispersa por el río. Bajamos por los escalones y permanecemos en silencio un rato, mientras el agua lamía nuestros pies.

A ambos lados, las paredes de los almacenes sobresalían, cortando nuestra visión, y cubrían la cala donde el río llegaba hasta nosotros, atestado de desechos y de trozos de madera flotantes, lleno a rebosar en el seno de Londres. Olía a verdura podrida. Finn se estaba quitando los zapatos. Ningún hombre que se haya enfrentado al Liffey se asusta por la porquería de otro río.

—Cuidado —dijo Lefty—. Agáchate bien al bajar las escaleras, así no nos verá nadie desde la calle. No hables en voz alta y no te zambullas. Puede

haber policías del río por aquí. —Se quitó la camisa.

Miré a Dave.

—¿No vas a meterte? —le pregunté.

—¡Por supuesto que no! —dijo—. Creo que estáis todos locos. —Y se sentó de espaldas al malecón.

Mi corazón latía con violencia. Empecé también a desvestirme. Finn ya estaba de pie, pálido y desnudo, con los pies metidos en el agua. Estaba echando a un lado los desperdicios con el pie y bajaba lentamente por los escalones. El agua le llegó a las rodillas, al culo, y luego, con un suave chapoteo, se metió dentro y los maderos golpearon la piedra cuando llegaron las ondas.

—¡Qué ruido más infernal! —dijo Lefty.

Yo tenía frío en el estomago y tiritaba. Me quité la última prenda. Lefty ya estaba desvestido.

—No hagas ruido —dijo—. No quiero que me detengan por esto...

Nos miramos y nos sonreímos en la oscuridad. Se volvió hacia el río y comenzó a bajar torpemente, su cuerpo iba desapareciendo dentro del agua negra. El aire nocturno rozó mi cuerpo con un toque que no era ni frío ni caliente, solo muy suave e inesperado. La sangre zumbaba bajo mi piel con un latido nervioso. Luego, sin ruido, Lefty siguió a Finn. El agua se apoderó de mis tobillos con un frío apretón. Mientras bajaba veía de reojo a Dave, agachado sobre mí como un monumento. Luego el agua rodeó mi cuello y salí disparado hacia el río abierto.

El cielo se extendía sobre mí como un estandarte desplegado, vertiendo estrellas en cascadas y blanqueado por la luna. Los negros cascos de las barcas oscurécían el agua detrás de mí, y torres y pináculos sombríos se alzaban indistintamente en la otra orilla. Me alejé nadando por el río. Parecía enormemente ancho; y veía, a un lado, los oscuros estanques bajo el puente de Blackfriars, y, al otro, los pilares del puente de Southwark resplandeciendo bajo la luna. Toda la extensión del agua estaba llena de luz. Era como nadar en mercurio. Busqué a Finn y a Lefty y pronto vi sus cabezas subiendo y bajando en el agua. Se me acercaron y durante un rato nadamos juntos. Habíamos cogido el cambio de marea espléndidamente y

no había ni el menor indicio de corrientes.

Yo era, con mucho, el mejor nadador de los tres. Finn nadaba con fuerza, pero torpemente, desperdiciando su poder con movimientos innecesarios y girando demasiado de un lado a otro. Lefty nadaba con destreza, pero sin vigor. Imaginé que se cansaría pronto. Yo nado estupendamente, entregándome al agua, y hago sin esfuerzo un crol que puedo seguir indefinidamente. La natación tiene afinidades naturales con el judo. Las dos artes dependen de la voluntad de uno para abandonar el rígido y nervioso apego a la posición vertical. Las dos hacen mover todos los músculos del cuerpo. Las dos exigen la eliminación de movimientos superfluos en una zona excepcionalmente amplia de la actividad corporal. Las dos se parecen al dinamismo del agua que corre por diversos canales buscando su nivel. Sin embargo, en realidad, una vez que se ha aprendido a controlar el cuerpo y a superar el temor primitivo a caer, tan profundamente arraigado en la conciencia humana, hay pocas artes y habilidades físicas que no se puedan llevar a cabo, o al menos que no se tornen más fáciles de realizar. Por ejemplo, yo soy un buen bailarín y juego muy aceptablemente al tenis. Si algo pudiera consolarme por mi baja estatura, serían esas cosas.

Los otros dos ya habían vuelto a los escalones. Nadé hasta una de las barcazas y me agarré al cable unos momentos, echando la cabeza hacia atrás para mirar el panorama del cielo azul ennegrecido y del agua azul plateado, hasta que el silencio entró en mi cuerpo. Luego subí por el cable hasta que salí del agua y me agarré a él como una lombriz blanca. Entonces me solté los pies y bajé agarrándome con las manos hasta que entré de nuevo en el río sin hacer ruido. Cuando mis piernas rompieron la superficie sentí un tirón suave y continuo. La marea llegaba otra vez. Nadé hasta los escalones.

Finn y Lefty se estaban vistiendo mientras reían sofocadamente. Me uní a ellos. Se había liberado una tensión, se había cumplido un rito. Deseábamos gritar y pelear. Pero la necesidad de silencio transformó nuestra energía en risa. Cuando me vestí, sentí calor, ya estaba casi sobrio y con un hambre canina. Busqué en los bolsillos de mi impermeable y encontré las galletas y el *foie-gras* que había cogido en casa de Sadie. Fueron recibidos con silenciosa aprobación. Nos sentamos en los escalones que se prolongaban a

medida que bajaba la marea, la cual depositaba a nuestros pies cajas rotas, latas y diversos restos de verdura. Abrí las latas de paté con mi cortaplumas y repartí las galletas. Todavía quedaba algo de coñac en alguna de las botellas, aunque no en la mía; pero Dave dijo que ya había bebido bastante y me cedió sus derechos. Lefty anunció que tenía que marcharse pronto, ya que el partido se trasladaba a una nueva sede esa misma mañana. Le ofreció el resto de su botella a Finn, que no la rechazó. Comimos alegremente, pasándonos las latas. El coñac pasaba por mi garganta como fuego divino y hacía que mi sangre corriera a la velocidad de la luz.

De lo que después ocurrió no estoy muy seguro. El resto de la noche lo recuerdo en fragmentos entre la niebla que cuelga sobre mi memoria. Lefty se marchó después de jurarnos amistad eterna y yo me comprometí con la causa del socialismo. Tuve una charla sentimental con Dave acerca de algo, quizá de Europa. Finn, que estaba más borracho que yo, se perdió. Lo dejamos en algún sitio, con los pies metidos en el agua. Dave dijo después que pensaba que a lo mejor era la cabeza lo que tenía en el agua, por lo que volvimos a buscarlo, pero no lo encontramos. Mientras caminábamos por las calles vacías bajo el pálido cielo, empezó a zumbar en mis oídos un extraño sonido, que tal vez fueran las cada vez más distantes campanas de St. Mary, St. Leonard, St. Vedast, St. Anne, St. Nicholas y St. John Zachary. El día que empezaba había metido su largo brazo en la noche. La luz del día llegó asombrosamente pronto, como una bruma difusa, y, mientras pasábamos frente a St. Andrew-by-the-Wardrobe y yo terminaba el coñac, el horizonte apareció listado de un verde claro.

[1]. Young Communist League: Liga de la Juventud Comunista. (*Todas las notas son de los traductores.*)

[2]. En el original: «Why have *you* LEFT POLITICS? (...) LEFT POLITICS needs *you!*». Aquí se produce un juego de palabras entre el primer *left*, que significa «dejado», y el segundo *left*, que significa «izquierda».

[3]. Verso de la famosa canción *Rule, Britannia!*, auténtico segundo himno nacional británico.

NUEVE

Lo siguiente que recuerdo es que tomamos café en el mercado de Covent Garden. Hay un puestecillo de café a primera hora de la mañana para los cargadores, pero me parece que éramos los únicos clientes. Ya era de día, creo, desde hacía rato. Estábamos en la parte del mercado dedicada a las flores. Mirando a mi alrededor y viendo tantas rosas, recordé a Anna. Decidí que le llevaría flores esa misma mañana y se lo dije a Dave. Paseamos por una avenida de flores metidas en cajas. Había tantas flores y tan poca gente que nos pareció casi natural coger unas cuantas. Pasé entre paredes de rosas de largos tallos, todavía húmedas del rocío de la noche, y cogí unas blancas, otras rosadas y otras de color azafrán. Al dar la vuelta a una esquina me encontré con Dave cargado de peonías blancas, con sus capullos que se abrían teñidos de rojo. Formamos un ramo de flores. No parecía haber ninguna razón para pararnos, así que desvalijamos las cajas de violetas y anémonas, llenando nuestros bolsillos de trinitarias hasta que nos mojamos las mangas de las camisas y el polen casi nos sofocó. Luego, cogiendo nuestros ramos, salimos del mercado y nos sentamos en un portal de Long Acre.

La cabeza me dolía horriblemente y estaba aún ebrio. Como en un sueño, oí que Dave me decía:

—Dios mío, me había olvidado. Tengo una carta para ti que llegó hace dos días. La llevo en el bolsillo desde hace tiempo.

Me la acercó y yo la cogí sin ganas. Luego vi que la letra era de Anna. Rasgué el sobre, con los dedos temblando de temor y torpeza. Las letras

bailaban ante mis ojos. Cuando por fin se aquietaron, leí el siguiente breve mensaje: «Quiero verte urgentemente. Ven, por favor, al teatro». Me eché las manos a la cabeza. Me puse a rezongar.

—¿Qué pasa? —preguntó Dave.

—Llama a un taxi —le gruñí.

—Me siento tan mal como tú —dijo Dave—. Llama tú a tu maldito taxi.

Me levanté y me fui, llevándome las flores y dejando a Dave en el portal, apoyado contra la puerta con los ojos cerrados.

Encontré un taxi en el Strand y le dije al taxista que me llevara a Hammersmith. Mi corazón latía repitiendo *demasiado tarde*. Me senté inclinado hacia delante todo el viaje y los tallos de las flores se me rompieron en la mano. Casi habíamos llegado cuando me di cuenta de cómo me habían pinchado las rosas. Me limpié la sangre con la manga de la camisa, que estaba manchada por el lodo de anoche. Salí del taxi frente al ayuntamiento de Hammersmith y bajé andando hacia el río. Iba chocando contra las paredes y tenía un dolor tal en el corazón que casi no podía respirar. Allí estaba el teatro. Pero pasaba algo. La puerta estaba abierta. Apresuré el paso. Fuera había dos o tres camiones. Me lancé dentro del vestíbulo y mis pies chocaron con un suelo sin alfombras. Subí las escaleras volando, sin tocar apenas el pasamanos, e irrumpí en la habitación de Anna.

La habitación estaba completamente vacía. De hecho, me costó un momento darme cuenta de que efectivamente era la misma habitación. Había desaparecido todo el caos multicolor y no quedaba ni una lentejuela ni un hilo de seda. Habían desnudado y barrido la estancia. Las ventanas estaban abiertas de par en par sobre el río. Solo en un rincón quedaban un par de caballetes con una pila de papeles sobre ellos. Me quedé mareado de estupefacción. Luego, volví al rellano. Estaba claro que la transformación afectaba a toda la casa. Parecía llena de actividad, de crujidos y de ecos. Oí voces en varias de las habitaciones, y pesadas botas que chocaban contra la madera desnuda. Sonaban portazos. A través de las ventanas entraba el ajetreado murmullo de una mañana de verano. Sobre la casa habían caído manos violentas; la habían violado. Con un impulso repentino, me acerqué a la puerta del auditorio. La sacudí, pero estaba cerrada. Fuera cual fuera el

secreto que el corazón de ese extraño edificio escondía, al menos podía, durante unos momentos, cavilar sobre él.

Una alegre muchacha con pantalones vaqueros subió silbando las escaleras. Cuando me vio me preguntó:

—Oh, ¿ha venido usted por lo de la venta al por menor?

La miré como si fuera un maniático y, al cabo de un momento, dijo:

—Lo siento, creía que era usted el hombre del grupo Paddington.

—Buscaba a una persona del teatro —dije.

—Ah, me temo que todos se han ido —dijo la muchacha. Entró en la habitación de Anna.

Me quedé allí, cogido con una mano a la barandilla y sosteniendo con la otra el ramo de flores, cuando dos hombres en pantalones de pana pasaron a mi lado llevando un tablero grande de madera. Sobre él estaban pintadas las letras NPSI.

Me encontré de nuevo en la calle. Había dos camiones más adelante. Eché a andar por la carretera que corría paralela al río. Cuando me encontré a la altura del último camión, que ya estaba allí cuando llegué, algo llamó mi atención. Me detuve y me acerqué. Sentí una extraña emoción. Lo que había en el vehículo eran las cosas de la habitación de Anna. Dentro de aquella enorme caja, sujeta únicamente por la compuerta de cola, estaban amontonados de cualquier forma todos los tesoros que recordaba. Eché un vistazo alrededor. No había nadie mirando. Y en un momento salté sobre la compuerta y puse las flores, entre una lluvia de pétalos que se caían, en una masa suelta de juguetes y ropa. Allí estaban todos mis viejos amigos: el caballito de madera, la serpiente disecada, la plancha de truenos, las máscaras. Lo miré todo y me llené de tristeza. Bajo la dura luz solar, parecían tan solo un caos manchado y roto. El orden misterioso que había reinado sobre su confusión en la habitación del teatro y que había florecido de modo tan gentil y natural en presencia de Anna había desaparecido. Ahora todo aquello yacía de cualquier manera, longitudinal y diagonalmente, y ya sin magia.

Mientras los miraba, se produjo una brusca sacudida y el camión arrancó. Fui lanzado hacia delante, y me rocé la mejilla contra algo duro; casi me

sepulta una miscelánea de objetos en la barriga del vehículo. Durante unos momentos permanecí donde estaba y la cara pegada a una de las máscaras socarronas y la boca de una corneta clavada en la espalda. Luego me fui liberando poco a poco. El camión iba por King Street. Me pregunté si existiría la posibilidad de llegar hasta Anna si me quedaba dentro. Pero al pensarlo me di cuenta de que no. Aquellas cosas tenían cierto aire de abandono y lo más probable es que se encaminaran al almacén de algún subastador. Comencé lenta y tristemente a recogerlas, reconociendo y saludando a cada una; y mientras lo hacía rompía las flores, esparciendo los pétalos de las rosas y las peonías sobre el montón de baratijas, como si estuviera cubriendo la tumba de algún raro proyecto.

Estaba inclinado, tratando de desenredar mi pie de un collar de cristal, cuando algo me llamó la atención en el cuello del caballito de madera, que yacía de costado, medio sepultado en el montón. Había un sobre sujeto a la rienda. Con sobresaltada ansiedad lo miré más de cerca. En el sobre se leía la letra J. Lo arranqué y leí apresuradamente la hoja de papel que había dentro. Decía: «Lo siento, pero no podía esperar más. He recibido una oferta que, aunque no me gusta, creo que tengo que aceptar. Anna». La leí, aturdido, y sentí que una carga de dolor se me removía dentro del corazón. ¿Qué significaba aquello? ¡Oh, cómo no había llegado antes! ¿Qué era esa oferta? Tal vez Hugo... Zafé mi pie, provocando una estridente lluvia de bolitas de cristal que corrieron por todas partes y por fin se metieron en los bolsillos y agujeros de la vacilante montaña. Me puse de rodillas rasgando unas sedas y me dirigí hacia la compuerta. Pasábamos frente al Albert Hall. Lancé una última y morosa mirada a las cosas de Anna. Medio escondida por un chal listado, vi la diadema con la que la había coronado como reina de su dominio silencioso y colorido. Pasé mi brazo por el hueco de la corona y me preparé para saltar. El camión había aminorado la marcha en los semáforos en Knightsbridge. Mientras me ponía en pie, tambaleante, vi que la plancha de truenos se balanceaba torpemente; una de sus esquinas estaba atrapada en el montón. Extendí el brazo y la sacudí con todas mis fuerzas. Luego salté. Mientras el camión ganaba velocidad y entraba en Brompton Road, el espectral sonido resonó en los cruces, haciendo que todo el mundo

se parara para escuchar. Con su rugido en mis oídos, anduve hasta Hyde Park, me dejé caer en la hierba y casi inmediatamente me quedé dormido.

DIEZ

Me desperté sintiéndome como si hubieran pasado varios días, y luego vi que en realidad solo eran las once y media. Me costó un rato recordar por qué me sentía tan mal y estuve mirando durante unos minutos la corona dorada que había sujetado en la mano mientras dormía, sin poder recordar qué era aquello y por qué la tenía conmigo. Cuando recordé los tristes acontecimientos recientes, me pregunté qué debía hacer. Lo primero sería, pensé, ir a la farmacia y tomar algo para el dolor de cabeza. Lo hice. Luego apagué mi rabiosa sed en una fuente pública. Apagar la sed constituye un placer tan exquisito que es un escándalo que no se haya inventado una manera de prolongarlo. Después me senté en un banco de Hyde Park Corner, rascándome la cabeza e intentando elaborar un plan.

Tenía muy claro que mi antiguo modo de vida se había acabado para siempre. Entendí lo que me decía el destino. No tenía ni idea de cuál sería mi nuevo modo de vida. Entretanto, existían ciertos problemas que no me iban a dejar descansar hasta que al menos hubiera hecho algún intento de resolverlos. Quería volver inmediatamente al viaducto de Holborn. Pero, al pensarlo de nuevo, se me ocurrió que sería mejor que me tranquilizara un poco antes de intentar ver a Hugo. Todavía me sentía un poco raro. En cualquier caso, era poco probable que Hugo estuviera en casa durante el día. Aquel argumento me sirvió también para no intentar ir a buscarlo a los estudios. Lo mejor sería, tal vez, pasar las horas tranquilamente, dormir por la tarde y luego ponerme a buscar a Hugo. Habría preferido ir en busca de Anna. Pero no tenía ni la menor idea de por dónde empezar. Quería

deshacerme también de la terrible sospecha de que donde encontrara a Hugo encontraría a Anna. No fui capaz de soportar esa idea y dejé de pensar en ello.

Luego me puse a reflexionar con más detenimiento sobre el drama de los últimos días, y al hacerlo recordé, molesto, que con las prisas por dejar el piso de Sadie no había recogido el ejemplar de *El silenciador* que había decidido confiscar para mi uso personal. Cuanto más lo pensaba, más molesto me sentía. Estaba por ver si sería capaz de entablar de nuevo una conversación con Hugo; pero, en cualquier caso, me parecía que había llegado el momento de reconsiderar el diálogo y ver si contenía algo digno de salvación. Pensé que no se puede ser tan pródigo con el propio pasado. El hombre que había escrito aquella curiosa obra seguía vivo dentro de mí y aún podía escribir otras cosas. Estaba claro que *El silenciador* era un fragmento de un trabajo inacabado.

¿Dónde conseguiría un ejemplar? No valía la pena intentarlo ni en bibliotecas ni en librerías. Lo más sensato sería volver a casa de Sadie y coger el ejemplar que ella tenía. No quería ver de nuevo a Sadie. Pero sería raro que estuviera en casa. En cuanto a cómo entrar, podía hacerlo por donde había entrado Finn. Al pensarlo me pareció un plan excelente. Haría algo que era a la vez importante y absorbente, y que me haría olvidar a Anna y a Hugo. Cuando lo hube decidido, tomé el autobús 73 hasta Oxford Street, dejé la corona de Anna en la consigna de Oxford Circus, tomé varios cafés solos y compré un paquete de horquillas en Woolworths.

Pertenezco a esa clase de hombres que prefieren caminar durante veinte minutos a esperar cinco en una parada de autobús y cogerlo para un viaje de otros cinco. Cuando me siento preocupado por algo, la inactividad y la espera se convierten en un tormento. Pero, tan pronto como se me ocurre un plan práctico, por desesperado que sea, me pongo contento y cierro los ojos ante todo lo demás. Así que mientras caminaba por Welbeck Street pensé que hacía algo útil y, aunque me dolía tanto el corazón como la cabeza, mis nervios se habían calmado. Salí de la calle y marchando pesadamente por el callejón trasero identifiqué fácilmente la escalera de incendios de Sadie. Subí sin hacer ruido, buscando mi horquilla. Esperaba

que fuera fácil.

Cuando me acerqué a la puerta de Sadie, oí voces que inequívocamente procedían de la cocina. Me sentí decepcionado. No sabía qué hacer. Pensé que los que hablaban podían ser la mujer de la limpieza y su amiga, y que podría convencerlas de que me dejaran entrar. Subí un par de escalones más y creí percibir el tono de la voz de Sadie. Ya estaba a punto de marcharme cuando oí que alguien mencionaba el nombre de Hugo. Algún espíritu me dijo que aquello me concernía. Pensé que no había nada de malo en seguir escuchando un poco más. Así que subí hasta que mi cabeza quedó bajo el nivel del cristal esmerilado de la puerta, a unos pocos pasos del rellano de Sadie. Se oían risas masculinas y femeninas. Luego oí que la voz de Sadie decía: «¡Los que no mantienen correspondencia son como cera en manos de los que sí la mantienen!». Hubo más risas y oí el sonido del hielo en los vasos. Después contestó una voz masculina. No entendí lo que decía porque reconocerla me llenó de excitación. Era la voz de Sammy.

Me senté en los escalones y fruncí el ceño. De modo que Sammy era amigo de Sadie, ¿no? Instintivamente me di cuenta de que aquellos dos juntos no podían tramar nada bueno, y sentí un pinchazo de preocupación por Madge. Sin embargo, no valía la pena que intentara comprenderlo todo allí mismo, sobre todo tal y como seguía teniendo la cabeza. Lo único que podía hacer era recoger unas cuantas impresiones. Ya tendría tiempo para pensar más tarde. Descubrí que, si me sentaba, no podía oír nada; y ponerme de pie me cansaba, sobre todo si permanecía allí mucho rato. Así que subí a gatas los dos o tres últimos escalones hasta el rellano de Sadie, y me senté con las piernas cruzadas apoyado en la puerta. Así estaba a menos de un metro de los que hablaban, pero no me podían ver a menos que abrieran la puerta; lo que, naturalmente, esperaba que no hicieran.

Sadie decía:

—Tenemos que pillarlo en cuanto llegue a Londres. Es de la clase de personas a las que les gusta que les presenten los hechos ya consumados. Es solo cuestión de tomar la iniciativa.

Sammy contestó:

—¿Crees que lo hará?

Sadie dijo:

—¡Lo hará o no lo hará! Si no lo hace, no pasará nada, y si lo hace...

—Si lo hace —dijo Sammy—, ¡nos hinchamos!

Volvieron a reírse. Quizá estuvieran un poco borrachos. Desde luego era un íntimo *tête-à-tête*.

—¿Estás segura de que Belfounder no nos va a dar problemas? —preguntó Sammy.

—Te he dicho que es un acuerdo entre caballeros —dijo Sadie.

—¡Y tú no eres un caballero! —dijo Sammy. Y se desternilló de risa.

Pensé que había hecho bien en quedarme escuchando. Si había dos personas maquinando algo, eran Sammy y Sadie. Pero ¿de qué se trataba? ¿A quién tenían que coger en Londres? Lo evidente era que Sadie estaba jugando a dos bandas con Hugo, sin duda porque tenía celos de su preferencia por Anna. «Tengo que escuchar más», pensé, y me senté con los ojos saliéndoseme de las órbitas. Pero mientras lo hacía me fijé en algo bastante engorroso. La parte trasera de la casa de Sadie estaba cerca de la parte trasera de la siguiente casa de la calle. En realidad, casi se podía decir que se veía lo que ocurría en las dos casas. La casa vecina tenía una escalera de incendios igual que la de Sadie y entre las dos construcciones había casi cuatro metros. Mi posición de escucha requería que mirara fijamente a una de las habitaciones de esa casa. Es decir que mi cabeza tenía que estar vuelta más o menos en esa dirección, y, aunque estaba demasiado atento como para darme cuenta de otra cosa, vi que dos mujeres me miraban desde la habitación de enfrente. Una llevaba un delantal rojo, y la otra, de aspecto fornido, un sombrero.

Bajé la vista y volví bruscamente a la conversación que había detrás de mí al oír que mencionaban mi nombre.

No había oído la frase. La siguiente fue de Sammy, que dijo:

—Como guion, desde luego lo tiene todo.

—¡Hurra por Madge! —dijo Sadie—. Ha apostado por el ganador.

—¡Lástima que no lo hiciese también por él! —dijo Sammy. Hubo más risas.

—¿Estás segura de que él no puede querellarse? —pregunto Sammy.

—No sería un caso claro —dijo Sadie— y eso es suficiente. Probablemente no tiene nada por escrito, y, si lo tuvo alguna vez, lo habrá perdido.

—Puede negarnos el permiso para utilizarlo, sin embargo —dijo Sammy.

—Pero ¿no ves —dijo Sadie— que eso no importa? Solo lo necesitamos para que H. K. ponga su firma.

Todo resultaba de lo más interesante, aunque juro por mi vida que no entendía nada en absoluto.

En ese momento sufrí otra distracción. Las dos mujeres de enfrente habían abierto la ventana y me miraban con un considerable aire de sospecha. Es difícil esquivar eficazmente la mirada de alguien que está a menos de cuatro metros y que intenta atraer tu atención, sobre todo cuando no hay otra cosa a la que puedas hacer creer que estás mirando. Les sonreí cortésmente.

Se consultaron entre sí. Luego la que llevaba el sombrero se dirigió a mí:

—¿Está usted bien?

Me desconcertó. Tuve que hacer gala de una disciplina de hierro para no levantarme y escapar. Recé para que Sammy y Sadie no oyeran nada. Entretanto, dije vigorosamente que sí con la cabeza y dirigí a las dos señoras una alegre sonrisa.

—¿Está usted seguro? —me preguntó otra vez.

Casi desesperado, dije que sí de nuevo con la cabeza y añadí a mi sonrisa todos los gestos indicativos de un total bienestar que se pueden realizar cuando estás sentado de espaldas a una puerta. Me estreché las manos a mí mismo, puse el pulgar y el índice en forma de O y sonreí aún más enfáticamente.

—Si me lo preguntas, te diría que es un loco que se ha escapado —dijo la segunda mujer. Se apartaron un poco de la ventana.

—Voy a decírselo a mi marido —oí que decía una de ellas.

Sadie y Sammy seguían hablando. Para entonces mis orejas estaban a punto de abandonar mi cabeza para pegarse a la puerta que había detrás de mí.

—¿Por qué estás tan nervioso? —dijo Sadie.

No había ninguna duda de quién utilizaba a quién en esa confabulación de dudosos personajes.

—Preséntale una estrella, el guion y tus contratos, y ya tendremos un buen comienzo. Legalmente, Belfounder no nos puede hacer nada; y si empieza a quejarse yo también puedo contraatacar con la manera en que me trataron. En cuanto al joven Donaghue, podemos comprarlo cuando queramos.

Eso me molestó tanto que casi me levanté y llamé a la puerta.

Pero Sammy contestó enseguida.

—No lo sé. Esos tipos tienen unos escrúpulos extraños.

«¡Bravo por Sammy!», pensé; se apoderó de mí un convulsivo deseo de reír, y tuve que taparme violentamente la boca con la mano.

Luego la mujer del delantal reapareció en la ventana y al mismo tiempo asomó por una ventana superior la mujer del sombrero, que evidentemente vivía arriba, acompañada de un hombre.

—¡Allí está! —dijo señalándome con el dedo. Luego salieron a la escalera de incendios.

—A lo mejor es un sordomudo —dijo la mujer del delantal.

—¿No puede usted decir nada? —me preguntó el hombre de la escalera de incendios.

La cosa comenzaba a resultar embarazosa. Le miré y señalé mi boca sacudiendo vigorosamente la cabeza. No era muy seguro que hacer gestos afirmativos con la cabeza comunicara lo que quería decirles con mayor claridad, pero las posibilidades de un malentendido eran, en cualquier caso, tan enormes que no parecía importar mucho ni por un lado ni por otro.

—Tiene hambre —dijo la mujer del delantal.

—¿Por qué no haces algo? —le dijo la mujer del sombrero a su marido de esa manera irritante tan propia de las mujeres. El tipo me dio pena.

Se rascó la cabeza.

—¿Por qué no lo dejamos en paz? —dijo—. No hace ningún daño.

Fue un comentario tan sensato que tuve que saludarle con la mano para expresarle mi agradecimiento y mis sentimientos de solidaridad. El efecto debió de ser espantoso. El otro reculó.

—No lo puedes dejar ahí —dijo la mujer del delantal. También había salido a la escalera de incendios—. Está mirando nuestras habitaciones. ¿Y si los niños lo ven?

—¡Te digo que se ha escapado de algún sitio! —dijo la mujer de arriba.

Una mujer que evidentemente era la de la limpieza apareció en la puerta de la cocina del piso de abajo y tuvieron que explicarle todo el asunto. Mientras ocurría todo eso, yo me cubrí de un sudor frío, temiendo que el alboroto pudiera llamar la atención de Sadie y Sammy; pero estaban o tan borrachos o tan absorbidos por sus maquinaciones que todavía no se habían dado cuenta de nada.

—Me gustaría echarle un vistazo de nuevo antes de ver a H.K. —dijo Sadie—. Por cierto, ¿dónde está?

—En mi piso —dijo Sammy.

—¿No podríamos llamar y que nos lo trajeran enseguida? —preguntó Sadie.

—No hay nadie allí —dijo Sammy—. A no ser que haya llegado nuestra nueva estrella. Pero es improbable. —Se echó a reír.

—¿Sabes?, creo que tu idea era terriblemente mala —dijo Sadie—. Esas cosas están pasadas de moda.

—¡Tienes celos! —dijo Sammy—. Mira, llamaré allí esta tarde y te lo traeré; ¿te vale con eso?

—Sí —dijo Sadie.

—¡Tarde! —dijo Sammy.

—¡Que me vale! —dijo Sadie.

Hubo más risas y jaleo. Les deseé que se lo pasaran bien. Pero lo que yo quería, más que nada, era saber en qué estaban metidos.

—Dejaré que te encargues de Donaghue —dijo Sammy.

—No nos llevamos muy bien —dijo Sadie—. ¿No te he dicho que he intentado que se quedara cuidando del piso, pero que él se largó?

—Con Belfounder hecho una fiera necesitarás una guardia armada —respondió Sammy—. Pero ¿por qué contratar a un burro como Donaghue? No tienes nada de sentido común.

—Me cae bien —dijo Sadie con sencillez. Esa declaración me conmovió.

—Entonces, tú te encargas de él, ¿eh? —dijo Sammy.

—Oh, deja de preocuparte, ¿quieres? —dijo Sadie—. Una traducción es igual que otra. Si no nos deja utilizar la suya, podemos comprar otra en

cualquier momento. Todo lo que necesitamos es que H. K. lo vea en inglés. En cuanto al francés, vendería a su abuela por unos cuantos dólares.

Eso me dejó atónito, y estaba tratando de buscar una explicación cuando me la proporcionó Sammy.

—Es un título bonito, ¿no te parece? —dijo—. *El rruiseñor de madera*.

Me quedé ahí sentado con la boca abierta. Pero no tuve tiempo para reflexionar. La escena de enfrente volvió a reclamar mi atención. Las cosas se animaban rápidamente.

—Para mí que lo mejor sería llamar a la policía —dijo la mujer de la limpieza—. La policía sabe cómo tratar con esos tipos, es lo que me digo yo siempre.

La casa de enfrente estaba situada junto a un ancho pasadizo adoquinado que desembocaba en Queen Anne Street. Vi que en la esquina del pasadizo se formaba un pequeño grupo atraído por el drama de la escalera de incendios.

—¡Miren cómo mira para abajo! —dijo la mujer de la limpieza—. ¡Como si no supiera lo que pasa!

—Vete y llama al 999[4] —le dijo la mujer del sombrero a su marido.

Luego la mujer de la limpieza, que se había retirado un momento, reapareció armada con una escoba extremadamente larga.

—¿Le doy con el cepillo a ver qué hace? —preguntó; e inmediatamente subió a la escalera de incendios y blandiendo la escoba me dio un fuerte puntazo en el tobillo.

Aquello era demasiado. En cualquier caso, ya había oído bastante. Tenía todo el material que necesitaba para solucionar el problema y me aterrorizaba pensar que en cualquier momento pudieran salir Sadie y Sammy.

Con descuidada gracia estiré las piernas, bajo la fascinada mirada de numerosos ojos, y bajé los primeros dos o tres escalones arrastrándome sobre el vientre. Después me incorporé, me froté los brazos y las piernas, que tenía entumecidos, y bajé sin prisas la escalera de incendios.

—¡Ya os he dicho que es un loco! —dijo la mujer del delantal.

—¡Se escapa! ¡Haz algo! —dijo la mujer del sombrero.

—Deja que se marche, pobre diablo —dijo el marido.

—¡Rápido! —dijo la mujer de la limpieza. Y todos bajaron corriendo por la otra escalera de incendios para juntarse con el grupito de la calle.

Cuando llegué abajo, eché un vistazo hacia atrás para ver si alguien salía del piso de Sadie. No había nadie. Mis atormentadores estaban todos juntos en el pasadizo. Nos miramos en silencio.

—Hay que ir a por él poco a poco —dijo la mujer de la limpieza.

—Cuidado, puede ser peligroso —dijo alguien.

Estaban allí, vacilantes. Miré a mis espaldas, no había nadie en el callejón que desembocaba en Welbeck Street. Lanzando un penetrante alarido, me precipité súbitamente hacia ellos; y se dispersaron aterrorizados, unos metiéndose por la escalera de incendios, otros por el pasadizo. Luego volví hacia Welbeck Street y eché a correr.

[4]. Número de la policía en Inglaterra.

ONCE

Me fui al sitio más tranquilo que conocía, la Colección Wallace, para sentarme e ir encajando los fragmentos de mi teoría. Sentado frente a la cínica sonrisa del *Caballero* de Frans Hals, me concentré en ello. Mi mente seguía trabajando con lentitud. Había sido Sammy quien había robado mi traducción de *Le Rossignol de Bois*, aquella que había dejado donde Madge. No, no era cierto. Madge se la había dado a Sammy. ¿Para qué? Para hacer una película. ¿Quién? Un tipo llamado H. K. que no sabía francés. Un norteamericano, probablemente. ¿Qué provecho sacaría Sadie? Sammy le vende la idea a ese yanqui y al mismo tiempo le vende a Sadie. ¿Qué pasa con la Bounty Belfounder? Sadie la abandona. ¿Pueden hacer algo para impedirlo? Según parece, no; no la pueden retener. ¿Qué pasa conmigo? Aunque yo no quiera, les importa un bledo, una vez que ese H. K. haya comprado la idea. ¿Me defenderá Jean-Pierre? Por supuesto que no. Tratará directamente con los de los dólares. De todas formas, ¿tengo algún derecho? Ninguno. ¿Entonces de qué me quejo? Me han robado mi transcripción mecanográfica. ¿Robado? Madge se la enseñó a Sammy, quien se la enseñará a H. K. ¿Robado? ¿Qué pretende Madge? Madge está siendo objeto de un juego sucio por parte de Sammy, quien la va a dejar plantada por Sadie. Sammy utiliza a Madge y Sadie utiliza a Sammy para vengarse de Hugo y al mismo tiempo para hacer una fortuna en dólares. Empecé a ver el cuadro completo. Lo que resultaba más irritante era que con *El ruiseñor de madera* se podía hacer una maravillosa película. Realmente lo tenía todo. Madge, en los días en que creía que de una manera u otra podía

convencerme para ganar dinero, hablaba constantemente de ello. ¡Pobre Madge! Había apostado por el ganador, pero les tocaría el premio a Sadie y a Sammy.

—¡No si puedo evitarlo! —exclamé, y me dirigí a la salida.

—Una historia muy entretenida —dijo el *Caballero*—. Aplaudo tu decisión.

¿Cuál era mi decisión? No había ninguna duda. Tenía que recuperar enseguida mi texto mecanografiado. Hacerlo supondría defender mis propios intereses y defender los de Hugo y, lo que era más importante, fastidiar a Sadie y a Sammy. Supondría también romper una lanza por Madge. ¿Dónde estaba la traducción? En el piso de Sammy. ¿Dónde estaba el piso de Sammy? La proveedora universal de información, a la cual había acudido antes, me dijo que Sammy vivía en Chelsea. Era evidente que tenía que actuar con rapidez. Tenía que hacerme con mi traducción antes de que pudiera verla H. K. Por la manera en que Sadie había hablado de mi traducción, daba la impresión de que todavía no la habían copiado. Sammy había dado a entender que no iba a ir a su piso hasta la noche. Había dicho que probablemente estaría vacío. Llamé al número de Sammy y no recibí contestación. Luego pensé que necesitaba a Finn.

Llamé al número de Dave y al cabo de un rato respondió Finn con voz aturdida. Le dije que me alegraba de que no se hubiera ahogado y que viniera a verme tan pronto como pudiera. Cuando se enteró de que era yo, me maldijo durante largo rato en gaélico y me dijo que estaba durmiendo. Le di mi enhorabuena y le pregunté cuánto tardaría en venir. Por fin, después de mucho gruñir, me dijo que nos encontraríamos en King's Road, y allí nos vimos, como tenía que ser, tres cuartos de hora más tarde. Eran alrededor de las tres menos veinte.

Tomé la precaución de decirle a Finn que trajera consigo una herramienta que llamábamos la Llave Maestra, un sencillo instrumento para forzar cerraduras que habíamos diseñado conjuntamente siguiendo principios científicos. Quizá les resulte sorprendente que dos ciudadanos respetuosos de la ley como Finn y yo nos hubiéramos molestado en hacernos con semejante objeto, pero por experiencia sabíamos que existe un sorprendente número de ocasiones en una sociedad como la nuestra en la que

simplemente para defender los derechos de uno, como en este caso, se necesita franquear una puerta sin tener llave. Después de todo, uno puede hasta encontrarse en la situación de no poder entrar en su casa y no siempre se puede llamar a los bomberos.

Telefoneamos de nuevo para asegurarnos de que no había nadie en el piso; y luego, mientras íbamos de camino, le expliqué la historia a Finn. La encontró tan interesante que se olvidó de su mal humor. Pero se veía que sufría una espantosa resaca. Tenía los ojos semicerrados propios de sus resacas y sacudía la cabeza mientras caminaba. A menudo le he preguntado a Finn por qué sacude la cabeza cuando tiene resaca y me dice que es para que se borren las manchas que ve ante sus ojos. Me sorprende que Finn, con todo su entrenamiento irlandés, resista peor una juerga que yo; aunque en esta ocasión era posible que yo, al igual que la Morsa, hubiera tomado todo lo que podía, y Finn, como el Carpintero, hubiera conseguido más.[5] Tenía una capacidad casi psicótica para encontrar bebidas alcohólicas a cualquier hora. Fuera cual fuera la razón, se encontraba mal, mientras que yo me encontraba muy bien, aunque con el estómago un poco revuelto.

No estaba nada seguro de que resultara fácil entrar en el piso de Sammy. Sammy era la clase de persona que podía instalar una cerradura especial o, lo que aún sería peor, una alarma antirrobo. Además, vivía en uno de esos enormes bloques de apartamentos con todos los servicios, donde era posible que el portero u otro entrometido se inmiscuyera en nuestros asuntos. Cuando llegamos al bloque, mandé a Finn al otro lado del edificio para ver si podía encontrar la entrada de servicio, por si alguien nos molestaba, mientras yo entraba por la puerta principal, atento a si me encontraba con el portero. Nos reunimos en la puerta de Sammy, que estaba en la cuarta planta. Finn dijo que había una tranquila y decente entrada de servicio. Le dije que yo había visto solo a un portero sentado dentro de una jaula de cristal cerca de la puerta principal y que no parecía que fuera a moverse de allí. Finn sacó la Llave Maestra mientras yo vigilaba el final del pasillo. Al cabo de un par de minutos, la puerta de Sammy se abrió silenciosamente y entramos.

Nos encontramos en un espacioso vestíbulo. Sammy tenía uno de los apartamentos grandes de la esquina del edificio. Abrimos una puerta, que

resultó ser la de la cocina.

—Nos dedicaremos a buscar en la sala de estar y en su dormitorio —dije.

—Aquí está su dormitorio —dijo Finn, y comenzó a abrir cajones. Finn levanta y vuelve a colocar objetos con la velocidad y la destreza de un obrero en una cadena de montaje, y, como él dice, nadie se da cuenta de que los han tocado, es como si los hubiera rozado una brisa primaveral.

Por supuesto, los dos llevábamos guantes. Le miré durante unos momentos y luego me dirigí a lo que pensé que sería la sala de estar. La puerta se abría a una gran sala de esquina, con ventanas por ambos lados. Pero lo que vi al abrir la puerta me dejó clavado en el sitio.

Lo miré un rato y luego llamé a Finn:

—¡Ven y echa un vistazo a esto!

Vino.

—¡Madre de Dios! —dijo.

En medio de la habitación había una resplandeciente jaula de aluminio, de un metro y medio de altura y casi dos metros cuadrados de superficie. Dentro de la jaula, gruñendo suavemente y mirándonos con ojos nerviosos y brillantes, había un pastor alemán negro y marrón, de gran tamaño.

—¿Podrá salir? —preguntó Finn.

Me acerqué a la jaula y mientras lo hacía el animal gruñó con más fuerza, meneando vigorosamente el rabo al mismo tiempo, de la ambigua manera en que lo hacen todos los perros.

—¡Cuidado con esa bestia! —dijo Finn, a quien no le gustan los perros—. Se va a lanzar sobre ti.

Estudí la jaula.

—No puede salir —dije.

—Bueno, gracias a Dios —dijo Finn, que una vez aclarado esto pareció desinteresarse del fenómeno—. No lo molestes —añadió— o va a empezar a aullar y tendremos a la poli encima.

Miré con curiosidad al animal; tenía una expresión bondadosa e inteligente y, a pesar de sus gruñidos, parecía sonreír.

—Hola —le dije, e introduje mi mano a través de los barrotes, con lo cual se quedó silencioso y comenzó a lamerme abundantemente. Le acaricié su

largo hocico.

—Y tampoco te pongas a hacerle carantoñas —dijo Finn—, no podemos estar aquí todo el día.

Lo sabía de sobra. Finn volvió al dormitorio de Sammy y yo comencé a buscar en la sala de estar. Me sentía ansioso por encontrar la traducción. De vez en cuando me paraba para imaginar con deleite la furia de Sammy cuando descubriera que había desaparecido. Exploré a fondo el escritorio y la cómoda de Sammy. Luego busqué en un armario. Busqué en maletas y portafolios, debajo de los cojines y detrás de los libros, y hasta registré los bolsillos de los abrigos, pero la traducción no aparecía. Encontré varios objetos interesantes, pero ningún texto mecanografiado. No se veía por ningún lado. Finn tampoco consiguió nada. Buscamos en las otras habitaciones, pero sin muchas esperanzas, ya que parecían usarse muy poco.

—¿Dónde demonios podemos mirar? —dijo Finn.

—Estoy seguro de que tendrá una caja fuerte oculta —dije.

Se me ocurrió porque el escritorio no estaba cerrado con llave. El Sammy que yo conocía tenía muchas cosas que ocultar.

—Bueno, si la tiene para qué vamos a buscarla —dijo Finn— si no podemos abrirla.

Temía que tuviera razón. Rebuscamos por toda la casa otra vez, dando golpecitos en los suelos y mirando detrás de los cuadros, asegurándonos de que no habíamos olvidado ningún cajón o armario.

—Vamos —dijo Finn—, tenemos que largarnos. —Llevábamos allí casi tres cuartos de hora.

Me quedé en la sala de estar, lanzando maldiciones.

—Ese condenado texto tiene que estar en algún sitio, maldita sea —dije.

—Tienes razón —dijo Finn— y me parece que se va a quedar donde está.

Señaló la esfera de su reloj.

El perro nos había estado mirando durante todo ese tiempo, con su rabo peludo azotando los barrotes.

—¡Vaya perro guardián que estás hecho! —le dijo Finn.

El techo de la jaula, que, igual que su suelo, estaba hecho de aluminio sólido, era lo suficientemente alto como para que el animal pudiera ponerse

de pie, pero no como para que al hacerlo pudiera levantar las orejas.

—¡Pobrecito! ¿Sabes? —le dije a Finn—, es extraño que esté aquí este perro. No he visto nunca a nadie meter a un perro en una jaula así.

—Supongo que es algún perro especial —dijo Finn.

Luego lancé un silbido. De repente recordé lo que Sammy había dicho acerca de una nueva estrella; y enseguida reconocí al animal.

—¿No has visto *La venganza de Godfrey el Rojo*? —le pregunté a Finn—. ¿O *Cinco en una inundación*?

—¿Estás chiflado o qué? —dijo Finn.

—¿O *La granja del astrólogo*, o *Jugando con el rocío*?

—¿Qué quieres decir con todo esto? —preguntó.

—¡Es Mister Mars! —exclamé apuntando al animal—. Es el Maravilloso Mister Mars, la estrella canina. ¿No lo reconoces? ¡Sammy lo ha debido de comprar para la nueva firma!

Me quedé tan fascinado por el descubrimiento que me olvidé por completo de la traducción. No hay nada que me emocione tanto como conocer en la vida real a una estrella de cine, y yo era un forfofo de Mister Mars desde hacía años.

—Estás como una regadera —dijo Finn—. Todos los pastores alemanes se parecen. Vámonos antes de que vuelvan.

—¡Pero si es Mars! —grité—. ¿Eres Mister Mars, verdad?

El perro se puso a dar saltitos y a mover con más rapidez aún la cola.

—¡Mira! —le dije a Finn.

—¡Pues sí que eso significa algo! —dijo Finn—. ¿Eres Rin Tin Tin, no? —le dijo al perro, que meneó el rabo aún más rápido.

—Bueno, ¿y esto qué? —dije.

Discretamente escritas en la parte superior de la jaula se leían las palabras: «Maravilloso Mister Mars», y, en el otro lado: «Propiedad de Phantasifilms, Ltd.»

—Está un poco desfasado —dije.

—En tal caso, tienes razón —dijo Finn—. Me voy —añadió, y se dirigió hacia la puerta.

—¡Oh, espera! —dije con un tono tan angustiado que se detuvo.

Se me empezó a ocurrir una maravillosa idea. Mientras la pensaba apreté mis sienes con las manos y miré fijamente a Mister Mars, que lanzó uno o dos suaves y alentadores ladridos, como si supiera lo que me estaba rondando la cabeza.

—Finn —dije, hablando con lentitud—, tengo una idea absolutamente maravillosa.

—¿Cuál? —dijo Finn con recelo.

—Vamos a secuestrar al perro —dije.

Finn se me quedó mirando.

—¿Para qué? —me preguntó.

—¿No lo entiendes? —grité, y, mientras se me iban revelando con más claridad la gloriosa audacia y la sencillez del plan, brincaba por la habitación—. ¡Lo retendremos como rehén para intercambiarlo por la traducción!

La mirada de desconcierto de Finn se fue convirtiendo en una mirada de paciencia. Se apoyó contra el umbral de la puerta.

—No van a picar —dijo hablando con lentitud, como si hablara con un niño o un lunático—. ¿Y por qué iban a hacerlo? Nos vamos a meter en un buen lío. Y, de todas maneras, no hay tiempo.

—¡No voy a marcharme de aquí con las manos vacías! —le dije.

El elemento tiempo era una cuestión realmente seria. Pero sentí un fervoroso deseo de convertirme en actor de aquel drama. Valía la pena arriesgarse por Mars. La posición de Sammy con respecto a la traducción era lo bastante sospechosa como para que no se pusiera duro. Si podía ponerlo en apuros llevándome a Mars o incluso convenciéndolo de que se jugaba la seguridad del perro, negociaría acerca de la traducción. En realidad no tenía un plan claro. Soy un tipo de pensador rápido e intuitivo. Lo único que sabía era que tenía algo valioso en las manos para regatear, y que sería un idiota si no me aprovechaba de ello. Aunque toda esa maniobra no hiciera más que fastidiar y estorbar a Sammy, valdría la pena. Se lo expliqué todo a Finn mientras examinaba la jaula para ver cómo se abría. Finn, que se dio cuenta de que había tomado una decisión, se encogió de hombros y se puso también a examinar la jaula mientras Mars nos seguía desde dentro, mirando nuestros movimientos con clara aprobación.

La cosa era un misterio. No había puerta, ni cerraduras, ni pasador ni tornillos, al menos que pudiéramos ver. Los barrotes estaban firmemente ajustados al techo y al suelo.

—Quizá haya que quitar uno de los costados —dije. Pero no había ningún cierre. Era completamente lisa.

—La habrán soldado —dijo Finn.

—No puede ser —dije—. Seguro que no subieron esto así.

—A lo mejor tiene un cierre moderno secreto —dijo Finn. Eso no servía de nada—. Si tuviéramos un buen martillo y supiéramos dónde dar... —dijo. Pero no lo teníamos. Le di golpecitos con el zapato durante un rato, pero no cedió nada.

—¿No podríamos romper los barrotes? —sugerí.

—Son duros como la cabeza del diablo —dijo Finn.

Fui a la cocina a buscar alguna herramienta, pero no pude encontrar ni un destornillador, y mucho menos una palanca. Lo intentamos con un atizador, pero se dobló sin que los barrotes cedieran ni un milímetro. Yo estaba frenético. Habría podido enviar a Finn a buscar una lima, pero se hacía tarde. Él miraba su reloj. Eran las cuatro y diez. Sabía que tenía una ganas locas de marcharse, aunque sabía también que una vez metidos en la aventura se quedaría conmigo el tiempo que yo quisiera. Estaba en cuclillas junto a la jaula, y él y Mars me miraban; Finn, con esa amable mirada que reserva para los momentos difíciles.

—Cada vez que oigo un ruido en la escalera se me para el corazón —dijo Finn.

A mí me pasaba lo mismo. Pero no iba a marcharme sin Mars. Me quité los guantes; sentí que las cosas entraban en una nueva fase.

—Entonces nos llevaremos también la jaula —dije.

—No cabe por la puerta —señaló Finn—, y de todas maneras alguien intentará pararnos al salir.

—Ya veremos —dije—. Si no cabe por la puerta, te prometo que renuncio a la idea.

—Lo tendrás que hacer —dijo.

Estaba seguro de que cabría por la puerta. Pero para que pasara habría que

ponerla de costado. Había un plato de agua en el suelo de aluminio de la jaula.

—Eso lo demuestra —dijo Finn—; seguramente la montaron aquí arriba. No podremos sacarla.

Cogí un florero y eché el agua del plato dentro, sosteniéndolo junto a los barrotes. Luego comenzamos a inclinar suavemente la jaula. Mars, que nos había estado mirando con gran intensidad, comenzó a excitarse.

—Ten cuidado —dijo Finn—, te va a comer una mano.

Inclinamos la caja hasta que estuvo totalmente de costado, y mientras lo hacíamos Mars fue resbalando hasta que se quedó de pie sobre los barrotes, que ahora estaban en el suelo. Comenzó a ladrar nerviosamente.

—Cállate —le dije—. ¡No te olvides del lío en que estabas metido en *Cinco en una inundación*, y todo salió bien!

—Cuando alcemos la jaula —dijo Finn—, sus patas se meterán entre los barrotes, y puede que se rompa una al moverse.

Era una idea sensata. Nos pusimos a pensar en el problema. Ya habíamos dejado de pensar en la hora. Estábamos dispuestos a seguir, aunque nos costara otras dos horas.

—Debemos extender algo sobre los barrotes —dije.

Cogí un mantel y lo metí en la jaula intentando extenderlo bajo las patas de Mars. Pero él inmediatamente comenzó a cogerlo con las patas y con la boca.

—Tendrás que sujetarlo de alguna forma —dijo Finn— o lo levantará con las patas.

—Con una cuerda —dije.

—Eso se desata —dijo Finn—. Lo que necesitas es algo que sea lo suficientemente largo para doblarlo y atar por debajo los dos extremos.

Desapareció y volvió al cabo de un momento con una sábana. Medimos la sábana con el canto de la jaula.

—No es lo bastante larga como para juntar los extremos por debajo —dijo Finn.

Empecé a atar las esquinas de la sábana a los barrotes, pero tenía mucho almidón y los nudos se deshacían con gran rapidez. Miramos a nuestro

alrededor, bastante desesperados.

—¿Servirán esas cortinas? —sugerí.

—Necesitaríamos una escalera de mano para bajarlas —dijo Finn.

—No hay tiempo —dije.

Les di un fuerte tirón y los herrajes se desprendieron de la pared, y la cortina se nos vino encima con un gran estruendo de las anillas. Sacamos una. Era muy larga. La estiramos a lo largo de la jaula, haciendo que Mars levantara las patas y se pusiera encima. Sobresalía lo suficiente por ambos extremos como para doblarla y atarla por debajo de los barrotes. Pero no podíamos llegar abajo.

—Necesitamos un gato —apuntó Finn.

Cogí dos sillas y las puse a cada extremo de la jaula.

—La pondremos encima de estas sillas —dije.

Comenzamos a levantarla, pero al hacerlo las patas de Mars se metieron entre los barrotes tan pronto como la jaula perdió contacto con el suelo, y las cortinas formaron un burujo. Al mismo tiempo, Mars comenzó a ladrar con fuerza. Volvimos a bajar la jaula.

Miré a Finn. Sudaba. Me miró.

—Acabo de pensar en otra cosa —dijo tranquilamente.

—¿Qué cosa? —le pregunté.

—Aunque pudiéramos atar los dos extremos de la cortina por debajo —dijo Finn—, el nudo la convertiría en una cuerda, de modo que no se extendería bajo sus patas. ¿Entiendes lo que digo?

Lo entendía. Nos inclinamos pensativamente uno a cada lado de la jaula.

—Quizá sería mejor probar con una cuerda, después de todo —dijo Finn—. Si metiéramos dos trozos por las anillas de la cortina en cada extremo, y luego hiciéramos dos agujeros...

—¡Al diablo! —grité—. No vamos a hacer más pruebas. —Y comencé a sacar la cortina de debajo de las patas de Mars. Este cogió inmediatamente un extremo con la boca y no lo soltó.

—¡Quítaselo! —le dije a Finn.

—Hazlo tú —dijo él— mientras yo tiro.

Con dificultad abrí por la fuerza la boca de Mars y rescatamos lo que

quedaba de la cortina. Después me senté en el suelo y, apoyando la cabeza en los barrotes, comencé a reír histéricamente.

—He pensado en otra cosa —le dije a Finn.

—¿Qué?

—¡A lo mejor después de todo no cabe por la puerta!

Me reía tanto que casi no podía hablar. Luego Finn se echó a reír también, y los dos nos tumbamos en el suelo riendo como locos hasta que terminamos en una especie de gemido.

Después nos pusimos a buscar dónde guardaba Sammy su whisky, y cuando lo encontramos nos servimos dos vasos bien llenos. Finn mostró su deseo de seguir bebiendo, pero lo llevé de nuevo hasta la jaula.

—¡Vamos! —le dije enérgicamente— ¡Que haga lo que quiera con sus patas!

Levantamos la jaula del suelo, de costado, sujetándola por los barrotes. Al principio, Mister Mars se caía y resbalaba; pero pronto quedó claro que nuestra preocupación por su seguridad no había tenido en cuenta su inteligencia. Tan pronto como se dio cuenta de que no tenía más que los barrotes para mantenerse erguido, encogió las patas y se estiró a lo largo del costado de la jaula, con aspecto de estar un poco incómodo, pero perfectamente tranquilo. Cuando vimos eso nos echamos a reír de nuevo, tanto que tuvimos que posar la jaula.

—¡Por todos los santos! —dije por último, y fuimos hacia la puerta.

La jaula era muy ligera y casi todo el peso era el de Mars. No era difícil de llevar. Contuve la respiración. Chocó contra el quicio.

—¡Cuidado! —le dije a Finn, que iba delante. Él me miraba a mí y caminaba para atrás, y vi que sus ojos se estaban poniendo como platos. Forcejamos y la fuimos pasando poco a poco. Finn entró caminando de espaldas en el vestíbulo y la jaula se deslizó por la puerta como un pistón por un cilindro. No sobraba ni medio milímetro.

—¡Ya está! —gritó Finn.

—Espera —dije—. Hay otra puerta.

Abrimos la puerta que daba al pasillo. La jaula se deslizó por ella como si estuviera embadurnada de vaselina. La bajamos y nos estrechamos la mano. Volví al piso de Sammy y eché un último vistazo a la sala de estar; parecía

un campo de batalla, pero no podía hacer nada.

Estaba a punto de cerrar la puerta de Sammy cuando Finn dijo:

—Mira, aunque podamos salir del edificio, ¿cómo vamos a sacar esta cosa? La policía nos preguntará qué estamos haciendo.

—Cogeremos un taxi —dije.

—Esto no cabe en un taxi normal —dijo Finn—; tenemos que encontrar uno que tenga techo corredizo.

—Entonces alquilaremos un camión. No importa —le dije.

—Entretanto, ¿qué hacemos con esto? —dijo Finn.

Respiré hondo.

—Mira —dije—. Por supuesto que tienes razón. Sal y busca un maldito taxi con su maldito techo corredizo, un camión o lo que quieras si puedes hacerlo en diez minutos. Si no, vuelve y lo llevaremos a pulso, y a la porra. Te esperaré aquí.

—¿No sería mejor que esperaras dentro? —dijo Finn.

Nos quedamos mirándonos fijamente. Luego levantamos la jaula y la llevamos otra vez al piso de Sammy.

—Esperaré en el pasillo —dije—, y si aparece Sammy me largo. Si no estoy cuando vuelvas, ya sabes que no hay nada que hacer.

Nos volvimos a estrechar las manos y Finn se marchó. Me quedé en el corredor mordiéndome los nudillos y atento a cada ruido. La idea de que en esos últimos momentos Mars se me pudiera escapar de las manos me ponía frenético. Volví, le miré y hablé con él a través de los barrotes.

Luego fui a la cocina de Sammy y encontré dos chuletas de cerdo, y se las di. Después, volví a mi puesto en el pasillo.

Al cabo de cinco minutos oí pasos en la escalera y me preparé para salir corriendo, pero era Finn. Parecía asombrosamente tranquilo.

—Tengo un taxi de techo corredizo —dijo.

Volvimos a levantar la jaula y una vez más la deslizamos hacia el corredor. Cerré la puerta de Sam. Luego nos dirigimos hacia la escalera.

—Salgamos por la puerta de servicio —dije— y así evitaremos al portero.

—El taxi nos espera delante de la puerta principal —dijo Finn.

—¡Bueno, entonces daremos la vuelta al edificio con esta maldita jaula!

Luego Mars dejó caer una de sus chuletas, la pisé y por poco nos caemos por el primer tramo de las escaleras. Pero todo me daba igual. Al llegar a la planta baja, giramos bruscamente hacia la entrada de servicio, con Finn abriendo la marcha.

Cuando llegamos a la puerta de servicio, nos encontramos con que estaba cerrada. Acabábamos de descubrirlo cuando oímos una voz detrás que decía «¡Oigan!», y dimos un bote, como si nos hubieran disparado. Era el portero. Un hombre de aspecto lento y fornido, con expresión obstinada.

—¿No saben que no pueden salir por ahí? —dijo.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque la cierran a las cuatro y media.

—Pues entonces saldremos por la otra puerta —le dije. Le habría roto la cabeza para sacar a Mars del edificio—. ¡Levántala! —le dije a Finn. La levantamos.

—¡Oigan! ¡No tan rápido! —dijo el portero, y nos cerró el paso. Mascaba chicle.

—Tenemos prisa —le dije—. ¡Adelante, marchen! —le ordené a Finn, y comenzamos a dirigirnos hacia la entrada principal, ignorando al portero. Vi a través de las puertas de cristal al taxi y al taxista que nos esperaban, y fue como una visión de la tierra prometida.

El portero se nos adelantó y puso la mano delante de la puerta.

—Les he dicho que no tan rápido.

—Le he dicho que tenemos prisa —contesté.

—Saben ustedes que tengo que enterarme de qué están haciendo —dijo el portero— y si tienen autorización.

—Estamos sacando a este animal de este edificio y tenemos autorización del señor Starfield. ¿Tiene usted alguna objeción que hacer?

El portero caviló. Luego dijo finalmente:

—¿Objeción? ¡Desde luego que no! Una y otra vez le he dicho al señor Starfield que incumple las reglas, le he dicho que no puede tener animales domésticos en estos pisos. No es un animal doméstico, me dice, es un perro artista. ¡Un perro artista! Será mejor que no actúe aquí porque si no los administradores se le van a echar encima, le dije. Ya le he dicho que

incumple las reglas. Si quiero puedo hacer que lo echen, le dije. Y no vale la pena que me ofrezca dinero. No quiero perder mi trabajo, ¿entiende? Tengo que hacer mi trabajo, ¿no? A mí personalmente me da igual, le dije. Qué me importa a mí si trae un perro. Me da igual si trae un perro o una mujer, le dije. Pero las reglas son las reglas...

Mientras hablaba sacamos a Mars hasta la calle. El taxista, que había corrido el techo, nos ayudó a subir la jaula. Ocupaba toda la parte trasera del taxi, inclinada, con un extremo que llegaba casi al suelo y otro que sobresalía por detrás. El pobre Mars había vuelto a su suelo de aluminio, pero, al ir inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados, estaba arrinconado contra los barrotes junto con su plato de agua, que hacía un ruido horrible mientras ajustábamos la jaula. Sujetaba implacablemente su última chuleta de cerdo y por suerte eso evitaba que ladrara.

—¡Pobrecito! —dijo el taxista, que se lo estaba tomando todo muy filosóficamente—. No está muy cómodo. Vamos a volver a probar. —Y quiso coger la jaula otra vez.

—¡Déjelo! —grité—, ¡está muy bien!

—Pero no hay sitio para ustedes —dijo el taxista.

—Hay sitio de sobra —contesté.

Le di media corona al portero. Finn se puso delante, junto al conductor, y yo me subí sobre la jaula y me acurruqué en un ángulo entre ella y el respaldo del asiento del conductor.

—Eso no está muy bien —dijo el conductor—. Ahora, si usted se colocara...

—¿Quiere usted arrancar?! —le grité.

Solo quedaba que el taxi no arrancara. Pero arrancó. El portero nos dijo adiós con la mano y nos dirigimos hacia King's Road.

Finn se dio la vuelta, me miró y nos reímos silenciosamente, con una larga risa de triunfo y satisfacción.

—No me han dicho adónde tengo que ir —dijo el conductor, parando el taxi al llegar a King's Road.

—Vaya hacia Fulham —le indiqué—. ¡Y ya le diré más dentro de un momento!

No quería arriesgarme a encontrarme con Sammy volviendo en su

automóvil desde la casa de Sadie. Debíamos de llamar mucho la atención. La gente nos miraba.

—Mira —le dije a Finn—, lo primero es comprar una lima para sacar a este animal.

—Las tiendas están cerradas.

—Bueno, tendremos que llamar para que nos abran. Pare en la primera ferretería que vea —le dije al conductor, que hasta entonces no había mostrado ninguna sorpresa. No hay nada que pueda asombrar a un taxista de Londres. Se detuvo delante de una ferretería en Fulham Palace Road y, después de llamar un rato y de una pequeña discusión, compramos una lima.

—Ahora —le dije al conductor— llévenos a algún sitio cercano y tranquilo donde podamos trabajar sin que nos molesten.

El conductor, que conocía su Londres, nos llevó a una serrería abandonada cerca del puente de Hammersmith y nos ayudó a descargar la jaula. Me habría gustado despedirlo allí mismo, pero sospechaba que no tendríamos dinero suficiente para pagarle. Finn tenía solo unos treinta y ocho peniques, como de costumbre. Lo que pensaría que estábamos haciendo solo Dios lo sabe. Pensara lo que pensara, no hizo comentarios. Tal vez creyera que, cuanto más dudosos fueran nuestros actos, mayor sería la propina.

Nos pusimos manos a la obra con la lima, por turnos; pero, incluso trabajando todo lo que pudimos, nos costó más de media hora liberar a Mister Mars. Los barrotes eran tan fuertes que había que cortarlos por los dos lados, pero uno no cedía. Mars nos lamía las manos mientras trabajábamos, gimoteando ansiosamente. Sabía muy bien lo que pretendíamos. Por fin quitamos tres barrotes y, cuando la lima serraba el último trozo de metal y caía el último barrote, Mars hizo un esfuerzo y salió por el agujero. Recibí al enorme, cálido y reluciente animal en mis brazos y al cabo de un momento estábamos todos corriendo por el patio, el perro ladrando y los hombres gritando, celebrando su libertad.

—Cuidado que no se escape —dijo Finn.

No creía que Mars fuera tan ingrato como para querer dejarnos después del trabajo que nos habíamos tomado por él, pero de todos modos me sentí

aliviado cuando respondió obediente a mi «¡Venga aquí, señor!».

Después discutimos sobre el problema de qué hacer con la jaula. Finn proponía que la tiráramos al río, pero yo me opuse. No hay nada que odie más la policía de Londres que ver a la gente tirar cosas al río. Por fin decidimos dejarla donde estaba. No es que nos preocupara disimular nuestras huellas, aunque pudiéramos.

Mientras hablábamos, el taxista miraba pensativamente la jaula.

—No son muy de fiar —dijo— esas cerraduras modernas. Siempre se atrancan, ¿no?

Metió la mano entre los barrotes y apretó un muelle que había en la parte de abajo del techo. Uno de los costados de la jaula se abrió inmediatamente con toda suavidad. Eso puso fin a la discusión. Finn y yo escrutamos el rostro del taxista. Nos miró con candidez. No valía la pena hacer comentarios.

—Te voy a decir una cosa —dijo Finn—. Estoy cansado. ¿No podemos ir a algún sitio a descansar?

Yo no tenía intención de descansar; pero pensé que sería mejor que Finn se fuera. También tuve un repentino deseo de estar a solas con Mars. Le di cinco chelines a Finn, que era todo lo que podía darle, y le dije que fuera con el taxi a Goldhawk Road para que Dave le prestara el resto. No tenía ganas de dejarme y me costó bastante tiempo convencerlo de que quería que se fuera. Por fin se marchó el taxi, y Mister Mars y yo nos pusimos a caminar hacia Hammersmith Broadway.

Paseando con Mars a mi lado me sentía como un rey. Nos mirábamos de vez en cuando y me di cuenta de que él estaba tan contento conmigo como yo con él. Me conmovía su obediencia. Siempre me asombra que otra criatura haga lo que le digo. Me pareció en aquel momento que haber robado a Mars era uno de los actos más inspirados de mi vida. No es que pensara que podía hacer algo en especial con él. En aquel instante no había nada más lejos de mi mente que Sadie y Sammy. Simplemente me sentía contento de tener a Mars después de haberme esforzado tanto para

conseguirlo. Con la cabeza muy alta, entramos juntos en el Devonshire Arms, en Hammersmith Broadway.

Mars llamaba mucho la atención. «¡Vaya perro más bonito que tiene!», me dijo alguien. Mientras pedía algo, cogí uno de los periódicos de la tarde, que estaba sobre el mostrador. Se me ocurrió que era el momento de averiguar algo sobre la identidad de H. K. Eso podría darme también una idea de los horarios a los que tenían que ajustarse Sadie y Sammy. Comencé a repasar el periódico. No tuve que leer mucho. Un titular decía: MAGNATE CINEMATOGRAFICO VIAJA EN EL QUEEN ELIZABETH. Y debajo: «El hacedor de reyes de Hollywood busca ideas en Gran Bretaña».

En uno de los camarotes más lujosos del *Queen Elizabeth*, que atracará aquí en breve, está sentado un hombrecito tranquilo que bebe Coca-Cola. Su nombre, poco conocido por el público, es muy importante en Hollywood. Los que conocen de verdad el mundo del cine saben que Homer K. Pringsheim es el poder que hay detrás de muchos tronos, y el que hace y deshace muchas carreras cinematográficas. Pringsheim, que vive sencillamente y evita la publicidad, dijo en una rueda de prensa en Nueva York que venía a Europa «principalmente como turista». Sin embargo, se sabe muy bien que H. K., como llaman a esta poderosa figura afectuosamente en Los Ángeles, está buscando nuevas estrellas y nuevas ideas. Al ser preguntado sobre si era favorable a una cooperación más estrecha entre las industrias cinematográficas británica y norteamericana, el señor Pringsheim dijo: «Bueno, quizá».

Por lo menos algo estaba aclarado. Me pregunté cuál sería el medio de Sadie para acceder a H. K. y cuánto tiempo tardaría en conseguir su firma. No tenía la menor duda de que Sadie sabía exactamente lo que hacía. Probablemente había hechizado a aquel tranquilo hombrecillo en alguna visita anterior. Tendría que trabajar con rapidez. Me quedaba por averiguar cuándo iba a llegar el *Queen Elizabeth*.

Estaba hojeando el resto del periódico para ver si eso aparecía por algún sitio cuando me fijé en una pequeña noticia en la parte inferior de una de las

páginas, que decía:

¿ANNA QUENTIN A HOLLYWOOD?

Los expertos de la canción conocen bien el nombre de Anna Quentin, distinguida cantante de *blues* y versátil vocalista. Los admiradores de la señorita Quentin, que lamentaban su reciente retirada de los escenarios, recibirán con encontrados sentimientos la noticia de que se marcha a Hollywood. La señorita Quentin, que va a pasar una breve temporada en París, se ha negado a confirmar o negar el rumor de que ha firmado un contrato de larga duración para trabajar en los Estados Unidos y de que embarcará en breve en el *Liberté*. La señorita Quentin es hermana de la conocida actriz de la pantalla Sadie Quentin.

Estudí la noticia durante diez minutos intentando leer entre líneas. Como los demás admiradores de la señorita Quentin, yo tenía también sentimientos encontrados. En líneas generales sentía un profundo alivio. Ese contrato en Hollywood era, sin duda, la oferta que Anna había aceptado de mala gana. Posiblemente había decidido que la única manera de librarse de las importunidades de Hugo era la huida. Por otra parte, sabía que Anna iba a lamentar dejar Europa. En cuanto a mí, mi pensamiento más inmediato fue que prefería perderla por Hollywood que por Hugo. De Hollywood podría volver; y de todas formas estaba la posibilidad de que al final decidiera no marcharse. Mi conocimiento del carácter de Anna me decía que, si por fin se decidía a hacer algo sobre lo cual tenía serias dudas, querría que todo el mundo lo supiera enseguida.

Esas fueron mis primeras reacciones. Sin embargo, cinco minutos después de quitarme de encima el peso de mi mayor temor, comencé, como el hombre curado de una fiebre que descubre que le duele una muela, a sentir angustia ante aquel giro de los acontecimientos. Es cierto que no había sentido ningún irresistible deseo de volver al teatro e importunar a Anna con mis atenciones. Pero sabía que Anna estaba allí y yo estaba seguro de que me llamaría pronto. Como desde luego hizo, recordé con pena. Pero Anna en los Estados Unidos era una materia de reflexión muy diferente. Se

me ocurrió entonces que si me iba enseguida podría reunirme con ella en París y disuadirla de que se fuera.

Durante un rato, la idea me pareció atractiva. Mars me interrumpió la reflexión poniendo una enorme pata seca sobre mis rodillas.

—Sí —le dije—, me había olvidado de ti.

Por supuesto, siempre podía devolver a Mars a Sammy. Si no quería ver la cara que pondría Sammy, podía llevar a Mars a Chelsea y dejarlo atado a la puerta. O, si no quedaba más remedio, podía llevarlo a la comisaría. ¿Qué me importaba realmente a mí *El ruiseñor de madera*? Que se queden con esa maldita cosa. Entonces se me ocurrió que robar a Mars era una de las cosas más estúpidas que había hecho en mi vida. Si no hubiera llevado a cabo ese disparate podría haber adoptado una actitud de dignidad moral hacia Sadie y Sammy con respecto a la traducción —Sammy al menos tenía cierta mala conciencia sobre ello— y haberles sacado mucha pasta. Y ahora tenía que cargar con el animal. Si no fuera por él, podría olvidar todo aquel aburrido asunto y dedicarme a perseguir a Anna.

Sin embargo, pensé de nuevo que sería mala cosa que me fuera inmediatamente. Desde luego tenía que advertir a Hugo acerca del plan de Sadie. Probablemente Hugo no pudiera hacer gran cosa; pero no me sentiría bien hasta que él lo supiera. En cuanto a que mis instintos me llamaran a la pelea con Sadie y Sammy, había sido eso, demasiado instintivo. Al menos a esa pareja de reptiles les había ocurrido algo inesperado; y cuando pensé en la manera en que Sammy había tratado a Madge sentí ganas de hacerle aún más daño. Todavía no estaba claro qué valor tendría Mars desde el punto de vista del chantaje. Me comí una empanada de carne y Mars otra, y miré el reloj. Eran las ocho menos diez. Cuanto antes encontrara a Hugo, mejor; y, de hecho, cuando su imagen corpulenta, como de oso, apareció ante mí, sentí un gran deseo de verlo, tanto más cuanto que me daba cuenta de que había una perversa fatalidad que intentaba mantenernos distanciados. Encontrar a Hugo se convirtió en una necesidad espiritual para mí.

Unos minutos después llamaba a Lloyd's. El *Queen Elizabeth* llegaría pasado mañana. No estaba mal del todo. Entonces llamé al número de Hugo en Hoborn, pero no me contestaron. Inmediatamente después llamé a los

estudios Bounty Belfounder. Pensé que era posible que Hugo estuviera aún allí. Me contestaron diciéndome que todo el mundo se encontraba todavía en el plató. No estaban seguros de que el señor Belfounder aún siguiera allí. Había estado antes, pero quizá se hubiera ido ya. Era suficiente. Decidí ir a los estudios.

[5]. Alusión a un episodio de *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, secuela de *Alicia en el País de las Maravillas*, de Lewis Carroll.

Los estudios Bounty Belfounder están situados en un suburbio del sur de Londres donde la contingencia llega al punto de la náusea. Fui en taxi tan lejos como me permitió mi dinero, y el resto, en autobús. Eso me dejó sin un penique, pero no pensaba en lo que vendría después. Si han visto alguna vez un estudio cinematográfico, sabrán lo curiosamente que se unen en su decoración lo brillante y lo decrepito. Bounty Belfounder más bien tendía hacia lo último. Cubría un área considerable entre una vía ferroviaria y una carretera general, y se cerraba por este último lado mediante una cerca muy alta de hierro ondulado. La puerta principal, que estaba en el centro de una franja de edificios provisionales de una planta, parecía la entrada de un zoo; y, encima, el nombre BOUNTY BELFOUNDER resplandecía perpetuo en luces de neón, provocando suspiros en los pechos de las muchachas que pasaban diariamente a su lado para ir a su trabajo en o cerca de Old Kent Road.

Mars y yo bajamos del autobús. Si han intentado alguna vez entrar en unos estudios cinematográficos, sabrán que las posibilidades de convertirse en una Persona No Autorizada son muy elevadas. Yo mismo soy una especie de Persona No Autorizada profesional; estoy seguro de que me han echado de más sitios que a cualquier otro miembro de la *intelligentsia* inglesa. Mientras miraba los estudios, se me ocurrió que quizá tuviera dificultades para pasar dentro. La entrada principal consistía en un par de puertas de hierro que no estaban cerradas, pero sí guardadas por nada menos que tres hombres sentados en una pequeña oficina que daba a la carretera, y cuya tarea y principal alegría consistía en escoltar servilmente a los ilustres y

echar a patadas a los humildes. Sabía que era inútil acercarme a ellos y preguntarles por Hugo. Así que pensé que sería mejor dar una vuelta por el exterior y comprobar si había una manera más agradable de entrar. Ya había llamado la atención de los cancerberos y sus miradas me condenaban por merodeo. También se me ocurrió que, sobre todo en ese ambiente, alguien podría reconocer a Mars. Yo también opinaba, como Finn, que todos los pastores alemanes son iguales; pero hay gente capaz de distinguir el sexo de los polluelos de un día o a un chino de otro. Nos alejamos con aire distraído.

Seguimos la cerca de hierro hasta la vía férrea. Estaba cubierta con avances publicitarios de la película que al parecer rodaban dentro en aquel momento. Recordé haber leído algo sobre ello en los periódicos. Era una película sobre la conspiración de Catilina, que iba a distinguirse por el esmerado cuidado con que se presentaría ese episodio tan polémico y sin duda mal interpretado. «¡Por fin —anunciaban los carteles a los asombrados londinenses—, la verdad sobre Catilina!» Nada menos que tres eminentes historiadores de la Antigüedad aparecían en la nómina. Sadie tenía el papel de Orestila, la esposa de Catilina, de la que Salustio dijo que lo único elogiado que había en ella era su belleza y de la que Cicerón afirmó que no solo era la mujer de Catilina, sino su hija. De esta última insinuación la película no decía nada, pero la otra, ya fuera debido a la investigación o a las necesidades del guion, la negaba, convirtiéndola en una mujer de corazón de oro y de principios reformistas.

El lugar parecía impenetrable. Tal vez hubiera una manera de entrar desde la vía del ferrocarril. Pero dejé eso como último recurso; porque, aunque no me asustan los coches, sí me asustan los trenes. Ya sé que es ilógico porque, salvo en momentos de crisis, los trenes andan por raíles y no te pueden perseguir por las calles y las tiendas como los coches. En esta ocasión, sin embargo, mis temores naturales se vieron aumentados por la presencia de Mars. Vi con toda claridad una imagen de él atropellado por el tren, que para mi febril imaginación me parecía la inevitable consecuencia de aventurarnos por los raíles. De modo que volví a la puerta principal.

Allí me di cuenta de que los tres hombres que me habían tomado por un felón merodeador se habían ido y de que quedaba solo otro hombre, cuya

silueta se recortaba en la ventana. Miré por la puerta y al hacerlo vi, estacionado en el patio de los estudios, el gran Alvis negro que había visto deslizándose fuera del Teatro de Riverside. Estaba seguro de que se trataba del mismo automóvil. Eso me decidió. En alguna parte al otro lado de esas puertas estaba Hugo. Sin que se me ocurriera nada, me aproximé a la ventana. El hombre me miró con aire interrogativo. Me incliné hacia él.

—Soy amigo de George —siseé, y le miré fijamente a los ojos. Farfullé el nombre de tal manera que lo mismo podía querer decir John, James o Jack. Uno u otro de esos disparos daría en el blanco. El hombre asintió despectivamente con la cabeza y tocó una palanca. Las puertas se abrieron.

—Siga por el patio y luego a la izquierda —dijo. Entré.

No quería llamar la atención sobre Mars gritando para que viniera; esperaba que tuviera el suficiente sentido común como para seguirme. Mientras oía cómo las puertas comenzaban a cerrarse detrás de mí no pude menos que volverme ligeramente para ver qué pasaba con él. Pero todo iba bien. No solo me seguía discretamente pisándome los talones, sino que había bajado el rabo mientras pasaba junto a la ventana de la oficina. Sin mirar hacia atrás, atravesé a toda prisa el patio, pasando junto al coche de Hugo, y entré en un laberinto de edificios al otro lado. A mi izquierda, una puerta grande decía EXTRAS. Sin duda ese era el destino del amigo de Joe y durante un momento me pregunté si no sería mejor seguir en ese papel. Pero decidí que realmente no existía ninguna razón para que tuviera que vestirme de romano antiguo para encontrar a Hugo, especialmente si eso significaba entregar mis pantalones a otra persona, cosa que me provoca un terror primitivo. Así que seguí adelante y mientras caminaba me quité la corbata y até un extremo al collar de Mars. Me sentía dispuesto a todo.

A lo lejos, oí una voz arengando de manera retórica y apasionada. Su sonido me llegaba claramente a través del aire delicado de la tarde. Me dirigí hacia ella, porque no dudaba de que si encontraba el centro de operaciones hallaría a Hugo. No había nadie por allí y no se oía ningún sonido. Evidentemente, los oficinistas se habían marchado a casa. Con Mars caminando silenciosamente a mi lado, bajé aprisa por un camino flanqueado por edificios de hormigón y luego por otro. En algún punto, más adelante,

había mucha luz. Luego di la vuelta a una esquina y ante mí se presentó una asombrosa escena.

Al fondo, emergiendo de una explosión de color y formas, estaba parte de la antigua Roma. Sobre muros de ladrillo, arcos, columnas y pilares de mármol se proyectaba una luz blanca y brillante procedente de las lámparas de arco voltaico, haciendo resaltar los edificios de un modo más violento que el natural y oscureciendo, por contraste, el aire que los rodeaba, convirtiéndolo en bruma de atardecer. Cerca de mí había un bosque de andamiajes de madera festoneados de cables, de los cuales colgaban las enormes lámparas; y entre ellos, montadas sobre soportes de acero y posadas sobre grúas, se veían innumerables cámaras, todas ojos. Lo más extraño de todo era que en la arena abierta, frente a la ciudad, había una multitud de casi mil hombres en un perfecto silencio inmóvil. Estaban de espaldas y parecían escuchar fascinados la voz vibrante de una figura de pie sobre un carro, que braceaba y gesticulaba bajo los focos de luz resplandeciente.

Sin duda era Catilina, arengando a la plebe romana. La blancura innatural de la luz hizo que los colores me cegaran y tuve que volver la cabeza. En otro momento me habría fascinado ver lo que estaba pasando. Sin embargo, solo tenía un pensamiento en mi mente y era que, casi con total certeza, solo una pequeña distancia me separaba de Hugo. Comencé a caminar al otro lado de los andamios, pasando por detrás de los haces de luz, como por detrás de una cascada. No quería que Hugo me viera primero. Y mientras andaba la ciudad parecía desplegarse, revelándome mediante algún truco escénico vista tras vista de calles, templos y plazas de mercados con columnas. Avanzaba como estupefacto, justo por fuera del círculo de color, con la cascada de fulgor por un lado y el crepúsculo por el otro. Hasta se diría que Mars estaba hechizado, un perro deslizante cuyas articuladas patas parecían oscilar hacia delante y hacia atrás sin tocar la tierra. La apasionada voz seguía sonando, vertiendo un inacabable flujo de protesta y llamamiento exaltado. Algunas de las palabras que decía me llegaron a los oídos:

—Y esa, camaradas, es la manera de deshacernos del sistema capitalista.

No sé si es el único camino, pero es el mejor camino.

Me detuve. Por lo que yo sabía el marxismo podía estar transformando rápidamente el estudio de la historia antigua; de todo modos, sonaba un tanto extraño. Luego, repentinamente, me di cuenta de que el que hablaba no era Catilina, sino Lefty.

La voz cesó y la multitud comenzó a perder su inmovilidad. En un murmullo que se convirtió en un rugido y que retumbó en las fachadas de la ciudad artificial, aplaudían y gritaban, mascullando, gesticulando y volviéndose unos hacia otros. Aquí y allá, entre ellos, había romanos con toga, pero la mayor parte de aquellos hombres eran evidentemente mecánicos y técnicos vestidos con monos azules y en mangas de camisa. Al otro extremo había —ya que, cuando los que la portaban se movieron un poco, se vio por completo— una larga pancarta extendida entre dos palos, que decía con enormes letras POSIBILIDAD SOCIALISTA. Y en ese momento vi a Hugo.

Estaba de pie, un poco apartado de la multitud, pero bajo el fulgor resplandeciente de la luz. Se encontraba en los escalones de un templo, al final de la ciudad, mirando a Lefty por encima de las cabezas de la gente. Bajo la radiante luz que llegaba desde muchos ángulos, no proyectaba sombra, y con la blancura del fulgor parecía extrañamente pálido, como si su carne estuviera cubierta de tiza. Unía y desunía las manos con un gesto pensativo, como si se le hubiera ocurrido tardíamente que tenía que aplaudir. Su actitud era típica de él, la recordaba bien: los hombros encorvados, la cabeza echada ligeramente hacia delante, los ojos moviéndose con impaciencia, un tanto inclinado y con un ligero movimiento en los labios. Luego comenzó a morderse las uñas. Me quedé inmobilizado. Lefty empezó a hablar de nuevo y un profundo silencio rodeó enseguida su voz.

Hugo sintió mi mirada y se volvió ligeramente. Solo nos separaban unos diez metros. Fui desde la sombra hasta la luz. Entonces me vio. Nos miramos durante un momento. No tenía ninguna gana de sonreír, ni siquiera de moverme. Me parecía que estaba mirando a Hugo desde otro mundo. La solemnidad y la tristeza cayeron entre nosotros como un velo y durante un

momento creí que no me podía ver porque yo le miraba con una intensidad absoluta. Luego Hugo sonrió, levantó la mano y Mars comenzó a arrastrarme hacia él. Una profunda angustia se apoderó de mí. Después de la dignidad del silencio y la ausencia, la vulgaridad de la palabra. Sonreí automáticamente y estudié el rostro de Hugo: ¿qué expresaba? ¿Amistad, desprecio, indiferencia, irritación? Era inescrutable. Subí los escalones y me puse a su lado.

Hugo completó su sonrisa y su saludo, ni lenta ni rápidamente, y luego se volvió hacia el mitin. Al girarse me hizo un gesto señalando a Lefty que parecía querer decir: «¡Escucha eso!».

—¡Hugo! —siseé.

—¡Chiss! —dijo Hugo.

—Hugo, escucha —dije—. Tengo que hablar contigo inmediatamente. ¿Podemos ir a algún sitio tranquilo?

—¡Chiss! —dijo Hugo—. Más tarde. Quiero oír esto. Es colosal.

Me lanzó una irritada mirada de reojo y agitó las manos de forma desaprobadora. Lefty completó un periodo y un suave murmullo aprobatorio recorrió a la multitud.

—Hugo —insistí en voz alta y con mucho énfasis—. Tengo que advertirte...

De nuevo se hizo el silencio. Hugo meneó la cabeza, puso un dedo en los labios y prestó toda su atención a Lefty.

Seguí en voz más baja, intentado meter por la fuerza las palabras en sus oídos.

—Sadie está jugando a dos bandas, ella...

—Siempre lo está haciendo —dijo él—. Cállate, ¿quieres, Jake? Ya hablaremos después.

Me sentí abrumado por la desesperación. Me senté en los escalones a los pies de Hugo. Mister Mars se sentó a mi lado. El brillo de los arcos voltaicos me deslumbraba el ojo izquierdo y la voz de Lefty perforaba mi cabeza como un espetón.

—Preguntaos lo que realmente vale la pena —decía—. Ya sabéis lo que se dice acerca de que donde está tu tesoro está tu corazón.

De repente sentí que todo lo que había hecho en los últimos tiempos era

inútil: Anna se iba a Norteamérica, Sadie y Sammy hacían lo que les daba la gana y nadie los iba a parar, Madge había sido engañada, yo había encontrado a Hugo y no me hablaba. Lo que me faltaba era que me detuvieran y me metieran en la cárcel por haber robado a Mars. Lo abracé pasándole el brazo por el cuello y me lamió con gran simpatía detrás de la oreja.

Lefty tenía para otra hora. Verdaderamente era un notable orador. Hablaba con sencillez, pero sin vacilaciones. Su discurso era abundante, pero a la vez bien ordenado. Hacía florituras, pero tenía fuerza. Aunque después todo lo que pude recordar fueron unas cuantas frases llamativas, en el momento tuve la impresión de que presentaba de manera sólida su argumentación. De una u otra forma combinaba el tono íntimo de un predicador popular con el estilo dramático e inflamatorio del demagogo. Realzado por la sinceridad y la pasión, su discurso caía desde arriba como una flecha, limpio y penetrante. Los mil hombres estaban bajo su hechizo. Contenían la respiración y le miraban fijamente. Durante un momento los estuve observando. Luego se produjo un ligero estremecimiento en una parte de la multitud. Enfrente de nosotros y detrás del orador había varias pancartas con consignas. Las pancartas comenzaron a oscilar suavemente de un lado a otro, como corchos en un estanque repentinamente agitado. Me fijé en que habían empezado algunos forcejeos en el lado más cercano a la entrada principal. Pero casi nadie se volvió. Lefty los tenía absortos.

Miré a Hugo. Era como un hombre en trance. Me di la vuelta, dando la espalda al mitin, y miré detrás de mí, a las calles de la original ciudad cuyo exceso de luz las hacía resplandecer con un exceso de color. Detrás todo parecía oscuro. Suspiré. Luego miré de nuevo a Hugo. Mi desesperación comenzó a dar paso a la exasperación y sentí que se apoderaba de mí ese impulso nervioso de actuar a cualquier precio que de pronto me domina en periodos de frustración. Solté a Mars. Detrás de nosotros había un par de puertas dobles que se abrían a un templo. Me aseguré de que eran puertas de verdad y de que el templo tenía un interior auténtico. Luego comencé a estudiar la postura de Hugo. Esos rápidos exámenes preliminares pueden ser muy importantes en el judo. Fijarse dónde reside el peso del oponente y en

qué punto se romperá con más facilidad su equilibrio. Estudié mentalmente varios movimientos y decidí que el más apropiado sería alguna versión de la llave o-soto-gari, como la llamamos nosotros. Luego me puse en pie como si nada.

Me situé en el escalón superior, a su lado. «¡Hugo!», dije con voz fuerte. Se volvió a medias hacia mí. Al hacerlo lo cogí por el brazo derecho entre la muñeca y el codo y lo giré con fuerza hacia mi izquierda, para que tuviera que ponerse frente a mí. Al mismo tiempo enganché con mi pierna derecha la parte de atrás de su rodilla derecha. Como una firme unidad, mi cuerpo giró suavemente sobre la juntura de mi cadera izquierda mientras mi mano derecha cogía el cinturón de Hugo y lo hice entrar en el círculo de mi movimiento, empujándolo y levantándolo al mismo tiempo. Cuando empezaba a caer di dos o tres pasos hacia atrás y caímos juntos a través de las puertas dobles, y entramos rodando en el interior del templo. Las puertas se cerraron detrás de nosotros, pero no antes de que Mister Mars consiguiera colarse y se sentara delante de ellas como si estuviera de guardia.

Hugo y yo nos levantamos. Hugo se frotó las partes de su anatomía que habían sufrido en el tránsito. El interior del templo estaba oscuro, iluminado únicamente por la luz que se filtraba a través de una estrecha reja bajo un ángulo del tejado. Estaba vacío, salvo por una caja de madera sobre la cual se sentó Hugo al cabo de unos momentos. Me puse al lado de Mars junto a la puerta y me senté con las piernas cruzadas. Miramos a Hugo. Estaba claro que Mars no sabía qué clase de actitud adoptar hacia él, y seguía mirándome para que se lo indicara. Gruñía suavemente de vez en cuando, como si intentara mantener la situación bajo control sin ofender seriamente. Saqué mi paquete de cigarrillos, tomé uno y lo encendí. Esperé a que Hugo dijera algo.

—¿Por qué has hecho eso, Jake? —dijo.

—Ya te he dicho que quería hablar contigo —le respondí.

—Pues no tenías por qué mostrarte tan brutal —dijo Hugo—. Casi me rompes la cabeza.

—Tonterías —dije—. Sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—¿Qué querías decirme? —Parecía resignado a que lo tuvieran preso.

—Muchas cosas —contesté—, pero en primer lugar esto... —Y le conté rápidamente lo que yo sabía de los planes de Sadie.

—Gracias por decírmelo —dijo Hugo.

No parecía muy sorprendido, ni siquiera interesado. Entonces añadió:

—Veo que tienes a Mister Mars contigo.

Tampoco eso parecía sorprenderlo. Estaba a punto de contestarle cuando un enorme alboroto comenzó a formarse detrás de nosotros.

El sonido de pies que corrían se mezclaba con gritos y aullidos confusos. El suelo se estremeció y el edificio comenzó a temblar sobre nosotros.

—¿Qué es eso? —pregunté. Mars comenzó a ladrar.

—Los Nacionalistas Unidos dijeron que iban a reventar el mitin —dijo Hugo—. Probablemente sean ellos, que están llegando. Pronto vendrá la policía.

Mientras hablaba oíamos un estridente silbido a lo lejos.

—Vayamos a ver —sugirió.

Salimos juntos. Nos encontramos con una escena salvaje. La multitud que unos minutos antes se mostraba tan ordenada se había escindido en diversos grupos que luchaban. Había peleas por doquier. La masa se movía de un lado a otro como en un vasto partido de rugby, en medio del cual, de tanto en tanto, un hombre saltaba desde un andamio o desde una de las grúas de cámara dispersando al mismo tiempo a amigos y enemigos. De esa masa ondulante de puñetazos, patadas y lucha libre humana salía un ruido continuo en el que se fundían inextricablemente los gritos de dolor y de ira. Los arcos voltaicos iluminaban la escena con una ferocidad constante, costándole a la Bounty Belfounder Company una considerable cantidad de dinero por hora, y mostrándonos con asombrosa claridad a los enfurecidos combatientes. A lo lejos se podía ver a Lefty, todavía montado en su carro, que seguía gesticulando, abriendo y cerrando la boca, mientras a su alrededor, como alrededor del cuerpo de Héctor, se libraba una batalla con particular ferocidad. Cerca, la larga pancarta en la que ponía POSIBILIDAD SOCIALISTA subía y bajaba con la marejada. Uno de los extremos de la pancarta descendió cuando uno de los portadores se cayó ante la embestida,

y después cayó el otro extremo, aunque manos entusiastas la levantaron de nuevo rápidamente para que su reflexivo mensaje ondeara sobre la escena.

Los silbatos de la policía sonaban ya en la entrada del estudio. No había tiempo que perder. Ni siquiera cuando no sé de qué lado ponerme no hay nada que deteste más que mirar una pelea sin meterme en ella; pero en esta ocasión no tenía dudas sobre mis simpatías ni se me ocurrió preguntar por las de Hugo.

—¿Cómo los distinguimos? —le pregunté a Hugo.

—Me temo que no hay manera de distinguirlos —dijo.

Como aquello era evidente, lo más sensato sería ir a defender a la única persona de cuya identidad estábamos seguros, y ese era Lefty. Se lo dije a Hugo y me alejé, sujetando bien a Mars, que empezaba a tener pinta de querer morder a alguien. Hugo me siguió. Nos abrimos paso con dificultad a través de la batalla en dirección al carro. El ruido era espantoso; y detrás de nosotros se extendía, recortándose sobre la noche que avanzaba, la brillante silueta del horizonte iluminado de la Ciudad Eterna, oscilando con suavidad de un lado a otro mientras el suelo temblaba bajo millares de pies.

Nos costó tiempo llegar hasta Lefty. Fue necesario en más de una ocasión, en defensa de nuestro derecho a seguir, tratar violentamente a alguna o algunas personas que nos lo disputaban. Así que la emprendimos a golpes esperando que en general fueran a caer sobre los injustos. Yo salí más o menos indemne, pero Hugo recibió un puñetazo en el ojo, lo que pareció enfurecerlo considerablemente. Mientras nos aproximábamos al carro, Lefty, que había resistido los intentos del enemigo de sacarlo de allí a rastras, se lanzó de pronto con un grito de furia sobre uno de sus adversarios y los dos rodaron por el suelo. Al mismo tiempo, dos matones, evidentemente amigos del antagonista de Lefty, los rodearon y Lefty lo habría pasado muy mal si Hugo y yo no nos hubiéramos lanzado sobre el grupo con el abandono de unos nadadores que entran en un mar de verano. Mars, al que había soltado hacía un rato, daba vueltas alrededor de la escaramuza mordisqueando las piernas de unos y otros un tanto indiscriminadamente. La lucha, en el curso de la cual pude hacer un buen trabajo de base y utilizar una o dos llaves de piernas particularmente raras y

exquisitas, duró solo unos minutos. Lefty peleaba como un gato salvaje, mientras que Hugo, que se parecía más que nunca a un oso, se mantenía erguido, con los pies muy separados y los brazos girando como un molino. Por mi parte, yo prefería luchar con mi oponente en el suelo. El enemigo huyó. Recogimos a Lefty, cuyo aspecto estaba un poco deteriorado.

—¡Gracias! —dijo Lefty—. Hola, Donaghue, encantado de verte. No sabía que estabas aquí.

—No sabía que conocías a Lefty —dijo Hugo.

—No sabía que *tú* conocías a Lefty —dije.

Pero no teníamos tiempo para discutir estos interesantes descubrimientos.

—¡Mirad! —dijo Lefty. Nos volvimos hacia la entrada de los estudios; allí, avanzando hacia la batalla que se seguía librando con una furia que no disminuía, había un gran despliegue de policías, unos a pie, otros a caballo—. ¡Maldita sea! —exclamó—. Van a detener a todos los que puedan, sobre todo a mí, lo que sería bastante inoportuno ahora. ¿Hay una salida trasera?

Nos retiramos a las calles de Roma, que ya estaban invadidas por un pequeño número de combatientes, más preocupados, sin embargo, por la pelea que por la posibilidad de escapar. Pasamos bajo un arco de ladrillo.

—Creo que no hay ninguna salida por aquí —comentó Hugo—. Todo termina en la pared.

La ciudad era en realidad mucho más pequeña de lo que me había parecido a primera vista. En unos momentos llegamos a la muralla de la ciudad, una elevada estructura de falso ladrillo rojo, sobre la cual se alzaban a intervalos torres de vigilancia y que daba la impresión de tener un tremendo grosor. Pasaba por detrás de los edificios en un semicírculo continuo. Lefty le dio un puñetazo.

—¡No vale la pena! —dijo Hugo. Era completamente lisa y demasiado elevada para trepar por ella.

—¡Estamos atrapados! —dijo Lefty.

El estruendo en la arena había adquirido una nueva nota y oímos que la policía gritaba instrucciones a través de megáfonos. Miramos a nuestro alrededor frenéticamente.

—¿Qué hacemos? —le dije a Hugo.

Permanecía en pie con los ojos vidriosos. Volvió hacia mí lentamente su gran cabeza. El ruido se acercaba cada vez más y ya se veía a uno o dos policías corriendo bajo el arco.

—¡Déjame a mí! —dijo Hugo. Buscó en su bolsillo y sacó un objeto diminuto—. Detonador Doméstico Belfounder —dijo—. De incalculable valor para arrancar raíces y limpiar madrigueras de conejos.

El objeto terminaba en una punta que Hugo hundió en la base de la muralla. Luego sacó una caja de cerillas. Al cabo de un momento se oyó un feroz siseo.

—¡Atrás! —gritó Hugo.

Se produjo una fuerte explosión y como por arte de magia apareció en la muralla un agujero de unos dos metros de diámetro, a través del cual, en la temprana oscuridad, vimos un campo irregular por donde había esparcidos trozos de hierro corrugado, y cerrado por una cerca baja y un anuncio de Bovril. Más allá estaba el ferrocarril. Mientras lo miraba, Lefty avanzó a nuestro lado y, como un perro de circo pasando por un aro, atravesó garbosamente el agujero, y pudimos verlo un momento después saltando la cerca y desvaneciéndose a través de las líneas ferroviarias bajo las parpadeantes luces rojas y verdes.

—¡Rápido! —me dijo Hugo.

Pero había ocurrido algo más. La sacudida generada por la explosión debía de haber dislocado algo en la estructura de la ciudad. Porque ahora de pronto toda ella comenzaba a oscilar y tambalearse de forma alarmante. Miré hacia arriba y vi como en un sueño que la silueta de ladrillo y mármol se bamboleaba como un borracho mientras se producía un lento *in crescendo* de crujidos, resquebrajaduras y rasgaduras.

—¡Maldita sea, la ha destrozado! —dijo Hugo—. No pasa nada —añadió—. Está hecha de plástico y de cartón.

Parecíamos estar rodeados de policías gritando. A lo lejos vi columnas que se caían lentamente de costado, arcos triunfales desmoronándose y finalmente algo como el inicio de un terremoto. Durante un momento miré petrificado; luego me volví hacia el agujero de la muralla. Pero era demasiado tarde. Directamente sobre nosotros la muralla comenzó a

combarse. Contemplar lo que parecían ser veinticinco metros de sólidos ladrillos descendiendo sobre uno es una visión aterradora, aunque te hayan dicho que es solo de plástico y de cartón. Con un rugido desagradable, aquello comenzó a venirse abajo. Tiré a Mars al suelo y luego me tiré yo también, agarrando con un brazo al perro y con el otro protegiendo mi nuca. Al cabo de un momento, con un ruido apocalíptico, todo se nos vino encima.

El mundo se oscureció y algo me golpeó violentamente en el hombro. Me aplasté tanto contra el suelo que casi perforo la tierra. En algún lugar seguían los gritos y los crujidos. Intenté levantarme, pero algo me sujetaba. Me entró el pánico y forcejeé como un loco y al final me encontré sentado con restos de la muralla, en piezas de varios tamaños, dispersos a mi alrededor. Busqué ávidamente a Mars y pronto lo vi saliendo como podía de debajo de un montón de escombros. Se sacudió y se me acercó imperturbable. Sin duda su carrera cinematográfica lo había familiarizado con incidentes de esa clase. Contemplamos la escena.

Todo había cambiado. Roma entera se encontraba ahora en posición horizontal y de sus ruinas ascendía una inmensa nube de polvo, espesa como la niebla, en el fulgor de los proyectores. En la arena, como un cuadro formal de la batalla de Waterloo, había una masa de figuras negras, algunas montadas a caballo, otras de pie sobre coches y otras que se juntaban en pequeños grupos. Una voz decía algo borroso a través de un megáfono. La parte más próxima parecía el momento de después de la batalla. El suelo estaba cubierto de torsos sin piernas, mitades de hombres y otros de los que asomaban solo los hombros; todos, sin embargo, se dedicaban vigorosamente a recuperar su integridad sacando las partes ocultas de su anatomía de debajo de los fragmentos del escenario, que yacía como una enorme baraja, con algunos trozos mostrando ladrillo y mármol, mientras que otros revelaban, sobre sus postradas espaldas, los nombres de las firmas comerciales y las instrucciones de los tramoyistas. Al sacudirme lo que tenía encima, vi a Hugo levantándose como una ballena que sale a la superficie y atravesando con sus hombros los restos como si fueran de cartón. Se puso en pie, sacudiéndose los fragmentos a izquierda y derecha. Durante unos

instantes su silueta se recortó contra el cielo y luego se fue como una flecha hacia el ferrocarril; se lo vio a la luz mortecina saltando sobre las vías como un búfalo en una estampida y desapareció a lo lejos.

Me levanté haciendo un esfuerzo y estaba a punto de ir detrás de él cuando Mars provocó un desafortunado incidente. A nuestro alrededor, por todas partes, como un enjambre de cochinillas alarmadas, los policías salían de debajo de los trozos de tablas. No sé si eso removió algo en la sencillamente de Mars; pero era evidente que puso en marcha algún fuerte reflejo. Sin duda estaba acostumbrado a rescatar a gente que se encontraba en situaciones de esta índole y la simultánea visión de tantas personas rescatables fue demasiado para él. Corrió hasta el policía más cercano y lo cogió por el hombro, comenzando a arrastrarlo vigorosamente a descubierto. Ese gesto, que tal vez al principio yo no entendí, desde luego fue malinterpretado por el policía, que pareció imaginar que Mars le atacaba y se defendió ferozmente. Les miré durante un momento hasta que empecé a pensar que Mars podía hacerse daño. Luego me interpuse y cogí a Mars, explicándole al policía que, en mi opinión, las intenciones del perro eran amables y no, como él pensaba, agresivas. El policía respondió descortésmente y en lugar de prolongar la discusión me di la vuelta, cogiendo con firmeza mi corbata, que seguía colgando del collar de Mars, y me preparé para seguir los pasos de Hugo, a pesar de los trenes.

Imagínense mi asombro cuando vi que entre la vía férrea y yo, a lo largo del solar baldío, había un cordón policial, estrecho pero regular. Enfrentarme a la carrera de baquetas tanto de policías como de trenes era más de lo que podía soportar. Sin embargo, mi necesidad inmediata consistía en alejarme del policía atacado, así que comencé a correr con Mars, bordeando los estudios con la esperanza de encontrar una brecha donde terminara la muralla y no hubiera policías. Pero no había ninguna brecha; y me encontré volviendo hacia la fachada de los estudios, donde los combatientes de antaño formaban ahora grupos dóciles, una masa de uniformes cerraba la salida y una voz sobrehumana decía «NADIE PUEDE MARCHARSE». Se me ocurrió que la policía no se iba a llevar a todo el mundo y como yo no tenía conciencia de culpa sería mejor esperar pacíficamente

hasta que me dijeran que me fuera, en vez de andar corriendo por todas partes y llamar la atención. Luego, cuando miré a Mars, me di cuenta de que no era el momento ideal para caer en las garras de la ley.

Dejé de correr y comencé a pensar. Mientras pensaba iba caminando hacia la entrada principal, donde una espesa masa de policías estaba reunida junto al laberinto de edificios de oficinas.

Me dirigí a Mars:

—Tú me has metido en este lío —dije— y tú me vas a sacar de él.

Llevé a Mars junto a uno de los edificios y miré a un lado y a otro. Desde aquel punto podía ver a través de una de las callejuelas laterales las puertas de la entrada principal. Estaban abiertas y una tropa de policía montada acababa de entrar en el patio. Al otro lado de la puerta podían verse una muchedumbre que miraba hacia dentro y los disparos de las cámaras fotográficas de los periodistas. En medio, junto a la puerta, había un pequeño grupo de policías que no habían podido ver el campo de batalla porque se lo impedían los edificios, así que supuse que no habían sido testigos de mis recientes travesuras. Me volví hacia Mars. Había llegado el momento crucial.

Lo acaricié y lo miré a los ojos, intentando atraer su atención hacia algo muy serio. Me devolvió la mirada con aire expectante.

—¡Hazte el muerto! —le dije—. ¡El muerto! ¡Perro muerto!

Esperaba que esa palabra estuviera en su vocabulario. Lo estaba. Al cabo de un momento las patas de Mars se aflojaron, su cuerpo se quedó flácido y se cayó resbalando al suelo, con los ojos en blanco y la mandíbula colgando. Era de lo más convincente. Me sentí muy trastornado. Luego me tranquilicé y lancé una rápida mirada hacia la puerta. Nadie nos había visto. Me puse de rodillas y levanté a Mars del suelo, poniéndolo sobre el hombro. Pesaba una tonelada. La inercia de su cuerpo parecía pegarlo al suelo. Apoyando la mano contra la pared, me puse lentamente en pie. La cabeza de Mars, con la lengua fuera, yacía bamboleándose contra mi pecho y sus cuartos traseros chocaban contra mi región lumbar. Me puse a andar.

Al acercarme a la puerta principal me convertí en el foco de atención, no solo de la policía que guardaba la puerta, sino de la muchedumbre de fuera.

Tan pronto como nos pudieron ver bien surgió de la multitud un murmullo de compasión.

—¡Oh, pobre perro! —oí que decían varias mujeres.

Y desde luego Mars era una visión patética. La policía me cerró el paso. Tenían órdenes de no dejar salir a nadie.

—¡Oiga! —dijo uno de ellos.

Seguí caminando resueltamente y cuando estuve cerca les grité con tono de urgencia:

—¡El perro está herido! ¡Tengo que encontrar un veterinario! Hay una carretera abajo.

Tenía un terror mortal a que Mars se cansara de aquel juego. Debía de estar de lo más incómodo colgando con los huesos de mi hombro presionando su barriga. Pero aguantó. El policía vaciló.

—¡Tienen que atenderlo enseguida! —repetí.

Un murmullo de irritación comenzó a surgir de la muchedumbre.

—¡Dejen que el pobre hombre vaya a curar a su perro! —dijo alguien, que parecía expresar el sentimiento general.

—¡Oh, está bien, salga! —dijo el policía.

Crucé las puertas. La muchedumbre me dejó paso con comentarios respetuosos y comprensivos. Tan pronto como salí y vi ante mí todo New Cross Road, espacioso y sin policías, no resistí más.

—¡Despiértate! ¡Perro vivo! —le dije a Mars; y cuando me arrodillé saltó desde mi hombro y juntos bajamos la calle corriendo todo lo rápido que pudimos. Detrás de nosotros, disminuyendo con la distancia, se oyó un inmenso rugido de carcajadas.

TRECE

Habían pasado varias horas, o eso les parecía a mis pies, y seguíamos caminando por Old Kent Road. Hacía ya mucho tiempo que mi sensación de triunfo por haber escapado tan hábilmente se había convertido en abatimiento al descubrir que no tenía dinero y no podía más que seguir andando en dirección al norte. Hubo un momento en que pensé en parar un taxi y que lo pagara Dave al final del trayecto, y ni siquiera el que ya me hubiera pagado otro esa misma tarde y que a lo mejor estuviera sin un céntimo me habría impedido hacerlo si lo hubiera encontrado; pero en aquellos descampados del sur nunca hay taxis y desde hacía rato me había despedido de esa visión como de algo imposible. Podría haber llamado por teléfono pidiendo ayuda, pero tontamente había gastado mis últimos peniques en un ejemplar del *Independent Socialist*, en su edición del día siguiente que ya estaban vendiendo a la gente que salía de un cine. En el periódico había un artículo sobre el mitin en Bounty Belfounder y algunas fotos de la pelea. Una dramática fotografía mía y de Mars saliendo por la puerta principal llevaba este pie: «Víctima canina de la brutalidad policial». Los pubs llevaban mucho tiempo cerrados y la calle estaba desierta. La gente que salía del cine había sido la última señal de vida. Hasta Mars parecía abatido; llevaba la cabeza y el rabo caídos y seguía junto a mis talones, guiándose solo por el olor, sin levantar los ojos. Tal vez tuviera hambre. Yo la tenía, desde luego. Pensé con tristeza en la chuleta de cerdo que habíamos dejado en las escaleras de la casa de Sammy. Una máxima: nunca pises la comida que puedes meterte en el bolsillo.

Era bastante después de la medianoche cuando atravesamos cansadamente el puente de Waterloo. Tuve la impresión de que había tenido un día extremadamente largo; y cuando llegamos al lado norte del puente se me hizo evidente que no podía más. Era otra noche sin nubes, el aire parecía leche caliente y permanecemos un rato mirando el río, no para admirar su belleza, sino porque necesitábamos estar quietos. Tenía los pies como si hubieran sufrido siglos de agotamiento y mi cuerpo se había convertido en un conjunto de dolores que volvían casi invisible el mundo exterior. Luego Mars y yo bajamos las escaleras a sacudidas.

Si alguna vez han intentado dormir en el Victoria Embankment sabrán que la principal dificultad estriba en que los bancos tienen una división en medio. El reposabrazos de acero que hay en el centro impide que uno pueda estirarse. No estoy seguro de si eso es un fenómeno accidental o si forma parte de la campaña del Ayuntamiento de Londres contra el vagabundeo. De todas maneras es muy incómodo. Son posibles varios sistemas. Se puede intentar usar el reposabrazos como almohada, o se puede tumbar uno con las rodillas encima y los pies al otro lado. O te puedes resignar a formar un ovillo en la mitad del banco. Resulta muy angosto hasta para una persona tan baja como yo; pero si uno duerme muy inquieto, como es mi caso, probablemente es el mejor método y fue el que elegí. Antes de tumbarme envolví mis piernas cuidadosamente con las páginas del *Independent Socialist* y luego las sujeté con mi corbata y mi pañuelo. El periódico es un buen aislante, como saben todos los vagabundos. Me habría gustado haber comprado dos ejemplares. Luego me eché. Mars se puso en la otra mitad del banco. Nos quedamos dormidos.

Me desperté y era todavía de noche. Las estrellas parecían haber hecho un largo camino. Me sentía rígido por el frío. Luego el Big Ben dio las tres. ¡Solo las tres! Gruñí. Durante un momento me quedé tumbado sintiendo la agonía de la rigidez. Intenté frotarme las piernas y los brazos, pero el esfuerzo para hacerlo era tan doloroso que los resultados no lo justificaban. Me incorporé y me sentí muy mal. Luego pensé en Mars. Allí estaba, profundamente dormido, roncando suavemente. Tiritando y solitario, me senté, mirándolo mientras a ambos lados las desiertas aceras se extendían

alejándose, bajo las soberbias farolas que daban un color verde pálido a las hojas inmóviles de los plátanos y mostraban debajo de ellas las filas de bancos vacíos, tan incómodos como el nuestro. Tan desnudo como un puente de un cuadro, por el cual nadie caminará, el puente de Waterloo se cernía sobre el río. Me levanté y la sangre comenzó a correr, espesa y dolorosa, por mis pies.

Mars era la mismísima imagen del Sueño. Al principio me sentía molesto al verlo dormir tan pacíficamente mientras yo estaba despierto y tenía frío. Luego comencé a recordar historias de personas en botes salvavidas que se salvaban porque sus fieles perros les daban calor. No estaba muy seguro de no haber sacado esa idea de alguna de las películas de Mars. Desperté a Mars con cierta dificultad y lo desplazé lo suficiente como para que durmiera contra mí. Era cierto. Su cuerpo irradiaba calor desde el hocico hasta el rabo. Durante un rato nos movimos tratando de encontrar una posición cómoda para los dos. Por fin la encontramos, con mi rostro metido entre el pelo de la garganta de Mars y sus patas posteriores encogidas sobre mi estómago. Me lamió la nariz. Debió de ser como lamer un bloque de hielo. Estiré fortuitamente una mano y la puse sobre su cabeza. De sus orejas no hubiera sido difícil hacer bolsitas de seda. Y mientras me dormía recordé mi niñez, cuánto había deseado un perro y cómo mis padres me habían hecho pensar que era un deseo extravagante e impropio hasta que se desvaneció tristemente para convertirse en un sueño secreto, y fue sustituido cuando tenía unos nueve años por un anhelo, igualmente profundo, de ser propietario de un Aston Martin.

La policía nos hizo cambiar de sitio a las seis de la mañana. Esa es la hora en que, por alguna razón, uno empieza a convertirse en una amenaza para la ley y el orden. Lo había aprendido en los tiempos en que tenía incluso menos éxito que ahora. Después de descansar en Trafalgar Square, que es otro lugar donde a la policía no le gusta que uno se tumbé, Mars y yo nos presentamos en la tienda de la señora Tinckham cuando la estaba abriendo. Allí, bajo la escandalizada mirada de media docena de arqueados y erizados gatos, el héroe de *Cinco en una inundación* consumió un gran plato de leche y yo pedí prestada una libra. Finn me abrió la puerta en Goldhawk Road y

me llevó directamente a la cama que él acababa de dejar. Dormí otra vez durante mucho tiempo.

* * *

Me desperté y era por la tarde. Me desperté con la conciencia embotada y oprimida, como cuando se terminan las vacaciones y te espera un montón de trabajo que hay que terminar. Me obligué a salir de la cama. Llovía. Durante un rato miré fijamente ese fenómeno. Los cambios del clima siempre me cogen por sorpresa; además, cuando el tiempo es de una forma determinada me siento incapaz de imaginar cómo sería de otra. Me había olvidado por completo de la lluvia. Abrí la ventana. Luego, durante unos cuatro minutos, hice ejercicios respiratorios con el diafragma. Para hacerlo se abren los pulmones lo máximo posible, colocando las manos sobre la parte baja de los costados y ensanchando lentamente el diafragma; se contiene el aliento para contar a una velocidad moderada hasta ocho y luego se va soltando el aire tranquilamente por la boca con un leve siseo. Es una insensatez hacer eso durante demasiado tiempo porque puede provocar inconsciencia. La respiración diafragmática me la enseñó un japonés, que sostenía que le había transformado la vida, y, aunque no pueda decir que ha transformado la mía, la puedo recomendar como inocua y posiblemente beneficiosa, sobre todo para gente tan sugestionable como yo.

Me vestí y asomé la cabeza prudentemente por la puerta, en busca de Finn. No tenía ninguna prisa por encontrarme con Dave, que, me temía, podía hacer algún comentario desagradable acerca del episodio de Mars. Finn, que me había oído levantarme, vino enseguida. Le pedí que fuera a comprar carne de caballo para Mars, pero resulta que ya lo había hecho. A Finn no le gustan los perros, pero es un hombre considerado. Luego me entregó un montón de cartas; la única que podía tener interés desde el punto de vista de esta historia era una que contenía un cheque de seiscientos treinta y tres libras con diez. Durante unos momentos miré el cheque perplejo, preguntándome quién podría haber cometido un error tan extraño. Luego saqué del sobre una hoja escrita a máquina donde aparecía una lista de

nombres: Little Grange, Peter of Alex, Hal Adair, Dagenham, Saint Cross, Queen's Rook. Eran como nombres históricos. Al pie de esta declaración, Sammy había escrito: «¡Siembras y recoges! Te propongo que la próxima vez apuestes por Lyrebird». Me ruboricé. Cuando Finn me vio ruborizarme salió de la habitación. Pensó que tal vez había recibido una carta de Anna. Pero no había ninguna carta de ella.

El honroso comportamiento de Sammy me puso sobre ascuas para resolver el asunto de Mars. Irrumpí en la sala de estar, donde Dave estaba sentado ante una máquina de escribir y Finn pensativamente apoyado en la puerta. Dave estaba escribiendo un artículo para *Mind* sobre la incongruencia de los duplicados. Llevaba trabajando algún tiempo en ese artículo que escribía sentado ante un espejo, mirando alternativamente su propio reflejo y examinando sus dos manos. Varias veces había intentado explicarme su solución, pero hasta entonces yo no había podido entender el problema. Dejó de teclear cuando entré y me miró ceñudo. Finn se sentó discretamente, como alguien que toma asiento en uno de los últimos bancos en la sala de audiencias. Mars, que había estado tumbado en la alfombra, me recibió extáticamente. Cuando eso acabó, arranqué rápidamente:

—Tal vez *fuera* una mala idea —dije—, pero ahora la cuestión es qué hacer. Quiero que tú y Finn me ayudéis a escribir una carta.

Dave estiró las piernas. Me di cuenta de que no iba a pasar por alto absolutamente nada.

—¡Eres un aficionado, Jake! —dijo.

Pensé que era un poco injusto.

—Seamos prácticos —dije—. Lo primero, supongo, es notificar a Starfield en qué manos está Mars y por qué ha sido secuestrado. No tiene ningún sentido ocultar nuestra identidad. Sammy, de todas formas, lo adivinará enseguida tan pronto como le comuniquemos nuestras condiciones.

—Para contestarte quiero hacer dos observaciones —dijo Dave—. Primero, no me gusta el empleo que haces del *nosotros*. Yo no he robado ese perro. Segundo, que, naturalmente, Finn y yo ya hemos informado a Starfield por teléfono acerca de la identidad del secuestrador.

—¿Por qué? —le pregunté asombrado.

—Porque —dijo Dave—, como debería estar bien claro hasta para un chantajista tan mediocre, era aconsejable evitar, en la medida de lo posible, que Starfield alertara a la policía. Todavía estás en la calle, así que queda patente que acertamos al darle esa información. Ya he visto que te has esforzado en que tu fotografía aparezca en todos los periódicos.

Me senté. Cuando me di cuenta de lo feliz que se encontraba Dave por mis apuros, me olvidé de la mala conciencia que había comenzado a tener por los problemas causados por mis payasadas.

—Te agradezco tu preocupación —le dije fríamente—. Has olvidado que esa prematura información hace inútil que presente a Sammy la propuesta de intercambiar a Mars por mi traducción. Sammy puede haber fotocopiado el texto centenares de veces.

—Eres un ingenuo —dijo Dave—. ¿Crees que no lo habrá hecho ya? Starfield tiene mil mecanógrafas trabajando para él día y noche. No tardaría ni un minuto en hacer copias de cualquier documento importante.

—Por la forma en que habló estoy seguro de que solo tenía una copia, al menos ayer por la tarde —dije.

—No puedes saberlo —dijo Dave— y en cualquier caso lo que es cierto es que la policía pudo echarte el guante con los ojos cerrados. ¿Cuándo vas a aprender a no viajar en taxi?

Yo creía que no habría sido tan fácil atraparme, pero lo pasé por alto.

—Bueno, entonces —dije—, como resultado de tu bienintencionada acción tendremos que modificar nuestra propuesta. Ahora la propuesta será que intercambiamos a Mars no por la traducción, sino por un documento que me garantice una adecuada compensación por su uso.

—Estás chiflado —dijo Dave—, y es evidente que no has pensado en este asunto en absoluto.

Dejó la máquina de escribir a un lado y liberó un espacio delante de él en la mesa.

—Primero debemos analizar la situación —dijo—. Vamos a considerarla bajo dos apartados: uno, cuáles son tus poderes, y dos, cómo vas a usarlos. Es inútil hablar del número dos hasta que hayas pensado en el número uno, ¿no? Debes ser lógico, Jake, ¿vale?

—Vale —dije. Me sentí como debían de sentirse las víctimas de Sócrates. Era imposible meter prisa a aquel hombre.

—En el apartado uno —dijo Dave— veo dos preguntas. A, con qué urgencia necesita Starfield ese perro, y B, hasta qué punto Starfield ha cometido una equivocación legal con respecto a tu traducción. Ahora quizá puedas decirnos qué sabes de la A, ¿no?

Dave se me quedó mirando simulando esperar que yo tuviera alguna información especial.

—No tengo ni idea —dije.

—¡No tiene ni idea! —dijo Dave simulando sorpresa—. Así que la realidad es que, hasta donde tú sabes, Starfield puede no necesitar al perro durante semanas o meses, ¿no es eso? O a lo mejor es que ni siquiera va a utilizar al perro, ¿no es cierto?

—Leí en una encuesta Gallup —dijo Finn— que el público está harto de películas con animales.

—En cualquier caso —dijo Dave—, no está claro que Starfield tenga prisa. Y entretanto puede permitirse el lujo de dejarte mantener al perro. ¡Piensa en el dinero que le estás ahorrando! ¿Cuántas libras de carne al día dices que necesita, Finn?

—Una libra y media al día —dijo Finn.

—Diez libras y media de carne a la semana —dijo Dave— sin contar los extras.

Todos nos volvimos para mirar a aquel enorme carnívoro. Dormía a pierna suelta.

—Hoy ha comido dos libras —dijo Finn.

—Pero al menos —dije— se sentirá preocupado por el bienestar del animal. Querrá que se lo devuelvan intacto.

Dave me miró con lástima.

—¿Qué vas a hacer para asustarlo? —preguntó—. ¿Cortarle el rabo? Aunque tú no fueras una de esas personas que tienen el carácter escrito en su rostro, tu Sadie te conoce lo suficientemente bien como para saber que no harías daño a un gusano, y mucho menos a un perro grande.

Eso era cierto. Empezaba a pensar que mi primer intento de chantaje me

estaba saliendo mal.

—Por supuesto, es posible —dijo Dave— que necesiten urgentemente al animal, pero no es seguro. Dejemos la A. Ahora tal vez puedas hacer una declaración con respecto a la B. ¿Tienes personalmente los derechos de traducción de las obras de Breteuil?

—Por supuesto que no —dije—. He hecho un acuerdo por separado con el editor por cada libro.

—¡Ah! —dijo Dave—. Por tanto, las posibles amenazas de daños aquí serían al editor, no a ti. Pero vamos a ver qué clase de amenazas. ¿Cuáles son?

Me pasé los dedos por el pelo. Pensé que lo que iba a decir sonaría como una simpleza.

—Mira, Dave, lo que ha ocurrido es que han robado mi traducción y se la van a enseñar al señor Pringsheim para que haga una película sobre el libro.

—Exactamente —contestó—, pero hasta ahora no han hecho ningún otro uso de la traducción. Si estuviera publicada la obra, podrían comprar un ejemplar en cualquier librería.

—Pero no está publicada y han robado mi traducción.

—Ese delito —dijo Dave— es otra cuestión. Por lo menos hasta ahora no parece haber habido ninguna infracción del copyright. Ese norteamericano, que no sabe francés, echa un vistazo a tu traducción; eso es todo. Si deciden hacer una película, negociarán los detalles con quien sea que tenga los derechos cinematográficos, presumiblemente el autor.

—Bueno, al menos —dije desesperadamente— hubo un robo.

—Eso no está claro —discrepó Dave—; moralmente sí, ¿pero se puede demostrar? Tu amiga Madge le entrega eso a Starfield. Starfield dirá que no tenía ni idea de que eso te perjudicara. Tu Madge en el banquillo de testigos dirá lo mismo, junto con todos los detalles acerca de lo bien que te conocía que le pueda sacar el abogado defensor.

Me lo estaba imaginando.

—¡Muy bien! —dije—. Sí, sí, sí, todo está bien.

—¿Hago un resumen? —dijo Dave.

—¡Adelante! —le dije con amargura.

—Es improbable que necesiten al perro al menos en los próximos días.

Después de estos días, después de que el norteamericano haya visto el libro, cortésmente te devolverán la traducción y te pedirán al perro. Si te niegas a entregarlo te llevarán a la policía. ¿De qué puedes acusarlos tú? El norteamericano ni sabrá ni le importará de quién era la traducción. Si sigues adelante con el asunto, te vas a perder en un laberinto. Lo único que está claro es que robaste al perro.

—Pero —dije—, si no tienen miedo de que les pregunten acerca de lo que han hecho, ¿por qué no han ido ya a la policía? Suponiendo que tengas razón al pensar que, si hubieran ido a la policía, nosotros lo sabríamos ya.

—¿Todavía eres incapaz de entenderlo? —dijo Dave con desprecio—. Están siendo amables contigo. Tal vez Starfield habría enviado a la policía a por ti. Pero tu amiga Sadie se reirá y dirá que eres un perfecto encanto y que te deje en paz.

Esa conjetura me enfureció todavía más porque enseguida me di cuenta de que seguramente era correcta.

—Has conseguido demostrar que soy tonto —dije—. Vamos a dejarlo así. Me voy a dar un paseo.

—No, Jake —dijo Dave—. Todavía no hemos hablado del segundo apartado.

—Me imagino —dije— que, como no tengo ningún poder para negociar, no se debe plantear siquiera la cuestión.

—No es cierto del todo que no tengas poder para negociar, aunque es muy probable que no tengas ninguno. Pero tienes al perro. ¿Y qué te propones hacer con él? ¿Devolvérselo a Starfield?

—¡Jamás! —grité—, mientras exista otra alternativa.

—Bueno, entonces —dijo Dave— vamos a hablar del número dos.

Se sentó allí, tranquilo y reflexivo, como si estuviera dando un seminario, salvo por el hecho de que había un brillo de placer en sus ojos.

—Puedes todavía intentar negociar. —Estaba pasando de presentar el asunto bajo la peor luz posible a todo lo contrario—. Es posible que necesiten al perro enseguida, o pueden estar preocupados por su bienestar y hacerte una oferta para que lo devuelvas inmediatamente. Y esta puede ser su mejor opción si están preocupados por algún delito. Si están intranquilos, puede depender de un factor desconocido, que es el comportamiento y

estado de ánimo de tu Madge.

Me parece que me sentía más pesimista en ese momento que Dave.

—¡No tiene remedio! —dije—. Todo lo que quería era evitar que utilizaran la traducción. Como eso es imposible, lo mejor es que empiece a pensar en lo que debo decir ante el tribunal.

—¡Tonterías! —dijo Dave—. Intenta negociar, aunque solo sea para salvar la cara. Puedes apelar al espíritu deportivo de ese Starfield.

Eso me sobresaltó. No tenía más deseos de tener que mostrarme agradecido a la deportividad de Sammy.

—Prefiero tratar con Sadie —dije.

—Bueno, escríbele, de acuerdo —asintió Dave—; podemos redactar la carta juntos. Pero primero tenemos que decidir qué papel vas a encarnar, si el de un ofendido o simplemente el de un chantajista. Y no te olvides —añadió— de con quién estamos tratando. En mi opinión, en el momento en que esa gente quiera recuperar a su animal no van a perder el tiempo con negociaciones o con policías, descubrirán dónde está y enviarán a cuatro matones en un coche a buscarlo.

En ese momento nos interrumpió una ruidosa llamada en la puerta principal.

—¡La policía! —dijo Finn.

Pensé que más bien serían los matones de Sammy. Nos miramos unos a otros. Mars gruñó y su pelo se erizó. Volvieron a llamar.

—Podemos hacer como que no estamos en casa —dijo Finn en un susurro.

Mars soltó un par de ladridos ensordecedores.

—¡Ya no hay manera! —dijo Dave.

—Vamos a ir y miraremos por la mirilla de la puerta —dije— a ver cuántos son.

Yo estaba preparado para luchar por Mars, a no ser, por supuesto, que fuera la policía. Salimos sin hacer ruido al vestíbulo. El vidrio de colores de la puerta de Dave nos dio una imagen dentada de lo que había más allá. Parecía solo una persona.

—Los otros esperan en la escalera —dijo Finn.

—¡Oh, al diablo! —dije y abrí la puerta.

—Dos telegramas para Donaghue —dijo el cartero de telégrafos.

Los cogí y el cartero desapareció por las escaleras. Finn y Dave se reían, pero yo temblaba de aprensión al abrir el primer telegrama. En aquellos momentos todo era alarmante. Lo leí varias veces. Luego volví a la sala de estar. Decía lo siguiente: «Ven París Hôtel Prince de Clèves enseguida en avión para importante entrevista. Stop. Todos los gastos pagados. Stop. Te mando treinta libras por giro separado. Madge».

—¿Qué es? —preguntó Finn siguiéndome. Se lo di para que lo leyera. El otro telegrama era un giro por valor de treinta libras.

Nos sentamos los tres.

—¿Para qué será eso? —preguntó Dave.

—No tengo ni la más remota idea —respondí.

¿En qué estaba metida Madge ahora? Todo resultaba curiosamente irreal. Excepto las treinta libras. Eso era real; como el objeto que a la mañana siguiente demuestra que no todo era un sueño. ¿Qué hacía Madge en París? Una fiebre de curiosidad me recorrió la sangre. En un instante pensé en una docena de posibilidades, sin encontrar ninguna plausible.

—Por supuesto que iré —les dije pensativamente a los otros dos.

Desde todos los puntos de vista, el telegrama de Madge era un acontecimiento agradable. No es que estuviera exactamente aburrido con mi plan de chantaje, pero había resultado bastante desalentador y probablemente sus últimas etapas serían frustrantes y mecánicas. Quizá lo mejor de todo sería abandonarlo por completo. Nunca necesitaba que me insistieran mucho para ir a París; mucho menos ahora que Anna estaba allí. O, más bien, que Anna podría estar allí. Pero no, *tenía* que estar allí, pensé, tan llena de su presencia estaba la imagen de la ciudad que ahora surgía ante mí; y ya me imaginaba paseando con Anna por los Campos Elíseos mientras la tibia brisa de la eterna primavera de París insuflaba en nuestros rostros las promesas de una felicidad verdadera, como flores a la deriva.

—¿Y tú mientras tanto nos vas a dejar a nosotros con todo el paquete? — Dave estaba tan indignado que hablaba incoherentemente—. Te dedicas al robo y al chantaje y cuando todo está hecho un lío te marchas a París y dejas aquí lo que has robado para que lo encuentre la policía, ¿no?

—Con los gastos pagados —añadió Finn.

—Mira —dije—. No voy a estar mucho tiempo, solo medio día, si no hace falta más. Voy a ver únicamente qué quiere Madge. Si hay algún problema aquí, mándame un telegrama y volveré en unas horas.

Dave se tranquilizó un poco.

—¿No puedes esperar? —dijo.

—Parece muy urgente —contesté— y debe de haber dinero en esto.

Lo de los gastos pagados parecía confirmar esa idea.

Eso hizo que Dave se lo pensara mejor.

—Está bien —dijo después de discutir un poco más—, será mejor que saques lo que puedas para tu fianza. Primero, debemos decidir qué clase de carta escribir y, segundo, tienes que dejarnos mucho dinero para alimentar a este animal en caso de que se produzca una crisis.

—En cuanto al dinero no hay ninguna dificultad —le dije, con un sentimiento de seguridad que procedía del cheque de Sammy.

Luego un espantoso pensamiento me entró como un tiro por la espalda. Por supuesto, en cuanto Sammy supiera quién había secuestrado a Mars anularía el cheque. Me levanté de un salto.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Dave—. Me pones nervioso.

¿Hasta dónde llegaría el espíritu deportivo de Sammy? No tan lejos, estaba seguro. ¿O dependería de lo enfadado que estuviera? Un cuadro mental de su sala de estar tal como la vi la última vez surgió ante mí y gruñí. La única posibilidad que quedaba era que se hubiera olvidado del cheque.

—¿Has hablado personalmente con Sammy por teléfono? —le pregunté a Dave.

—Sí —dijo—; desde uno público, por supuesto.

—¿Y estaba enfadado?

—Estaba que mordía —dijo Dave.

—¿Ha dicho algo en especial? —pregunté.

—Ahora que lo dices —respondió—, pues sí. Pensaba decírtelo antes. Ha dicho: «Dile a Donaghue que puede quedarse con la chica y yo me quedo con la pasta».

Habría llorado. Luego, por supuesto, tuve que contarles todo. Fui y cogí el

cheque y lo miramos todos juntos. Era como mirar el cadáver de un ser querido. Finn dijo que nunca había visto un cheque por tanto dinero. Hasta Dave estaba conmovido.

—¡Ahora *tengo* que ir a París! —dijo. Ya que el mundo me debía tanto dinero tenía que hacer algo radical enseguida.

Finn estaba estudiando la nota de Sammy.

—Nos queda Lyrebird —dijo—. Eso no nos lo puede quitar.

—¡No ha ganado todavía! —dijo Dave.

—Vosotros poneos a leer los periódicos —dijo—. Tengo unas sesenta libras en el banco. ¿Cuánto puedes poner tú, Finn?

—Diez libras —dijo.

—¿Y tú, Dave?

—No seas tonto —dijo Dave.

Por fin nos pusimos de acuerdo en apostar cincuenta libras entre los tres a ese caballo. Estábamos todavía un poco desquiciados por la pérdida de seiscientos treinta y tres libras con diez.

Después hablamos de la cuestión de la carta. Impuse mi opinión de que deberíamos tratar con Sadie. Me sentía herido todavía por la conjetura de Dave y recordé con cierto embarazo que Sadie había dicho que yo le gustaba. Si hubiera habido más tiempo habría especulado sobre si eso influía en mi decisión. Sin embargo, no era momento de dedicarse a analizar los motivos. Si uno tiene buenas razones para una acción, no debe ser disuadido porque tenga también malas razones. Decidí que en este caso los escrúpulos estaban fuera de lugar. Sadie era más inteligente que Sammy y en lo que a esa aventura se refiere era ella la que mandaba. Tampoco nadie le había arrancado las cortinas de la pared ni puesto patas arriba su sala de estar. Que Sadie tuviera cierta inclinación hacia mí no importaba. De todas maneras, eso no me gustaba y estaba impaciente por irme.

Por fin quedamos en que Dave escribiría una sencilla carta que yo firmaría previamente, dirigida a Sadie, proponiéndole intercambiar a Mars por un reconocimiento formal de la situación referente a la traducción y una compensación adecuada a cambio del uso que habían hecho de ella. Discutimos durante un rato acerca de cuánta compensación debíamos

exigir.

—¿Qué es lo que buscas? —planteó Dave—. ¿Reparación, daños o venganza?

Finn sostenía que debíamos plantear sencilla y llanamente un chantaje y pedir todo lo que creíamos que podíamos conseguir por retener a Mars, junto con veladas alusiones a un posible deterioro de su salud, y propuso quinientas libras. Dave pensó que deberíamos pedir lo que el autor de la traducción habría pedido por dejar que la enseñaran. Dijo que no tenía ni idea de cuánto podría suponer y que en un sentido estricto eso se le debía al editor y no a mí, pero que en esas circunstancias, y para conservar mi dignidad, podía pedir cincuenta libras. Yo creí que no solo debía cobrar unos honorarios por dejar ver la traducción, sino también una compensación por el robo, y propuse modestamente la cantidad de doscientas libras.

Por fin dejamos la cantidad en cien libras. Pensé que era muy poco; pero como estaba obsesionado con la idea de París estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa. Puse mi nombre al pie de varias hojas de papel, sobre una de las cuales Dave escribiría a máquina la carta después de redactarla siguiendo lo acordado. Dave quiso que yo insinuara ciertos toques de cariño o personales que se podían añadir a la carta para darle más autenticidad; pero insistí en que tenía que ser completamente impersonal y práctica. De muy mala gana le di a Dave un cheque en blanco. Luego me marché a Victoria a coger el ferry nocturno para ahorrar dinero, y porque los aviones me ponen nervioso.

CATORCE

Pienso que los viajes marítimos son propicios para la reflexión. No es que se pueda decir en sentido estricto que el ferry nocturno sea como un viaje marítimo ordinario. Un elemento necesario en la experiencia de los viajes en barco es el olor; mientras que uno de los rasgos especiales del ferry nocturno es que uno se encuentra con las sensaciones cinéticas propias de un barco combinadas con las sensaciones olfativas de un tren. En medio de semejante *déréglement de tous les sens*, yacía tumbado pensando en Hugo.

No se podía decir que mi encuentro con Hugo hubiera sido un éxito; pero, por otra parte, tampoco había sido un fracaso. Yo le había explicado a Hugo algo que necesitaba saber y habíamos intercambiado unas cuantas palabras amistosas. Hasta habíamos vivido juntos una aventura de la cual había salido bastante bien parado. En un sentido se podría decir que se había roto el hielo entre nosotros. Pero es posible romper el hielo sin enterrar el hacha. Como había estado bastante ocupado desde mi encuentro con Hugo, todavía no había tenido tiempo para rumiar mis impresiones. Entonces las recogí y les fui dando vueltas una por una. Recordé con viveza la primera vez que había vuelto a ver a Hugo, de pie en lo alto de la escalinata, como el zar de todas las Rusias. Me parecía, echado sobre mi ondulante almohada, una imagen de misterio y poder. Estaba más seguro que nunca de que la cosa no había terminado entre nosotros. Fuera cual fuera la razón por la que los hilos de mi destino estaban entrelazados con los suyos, el enredo no se había deshecho aún. Lo sentía con tal fuerza que comencé a lamentar tener que ir a París y abandonar, aunque fuera solo por un día, la posibilidad de

volverlo a ver.

Lo que no había quedado nada claro en nuestro encuentro, y desde este punto de vista se podía decir que había sido un fracaso, era en qué consistían los sentimientos de Hugo hacia mí. Ciertamente no había demostrado una abierta hostilidad. Su comportamiento había sido, si tuviera que calificarlo, bastante indiferente. Pero ¿eso era una buena o una mala señal? Recordé detalladamente la expresión de Hugo, su tono de voz, hasta sus gestos, y los comparé con recuerdos anteriores, pero sin llegar a ninguna conclusión. Todavía quedaba por ver lo harto que Hugo estaba de mí. Entonces pensé en *El silenciador* y no se me ocurrió otra cosa que lamentar que Sadie y Sammy hubieran escogido la cocina de la casa de ella para su conversación conspiratoria. A la vista de lo sucedido habría preferido coger el libro y no saber nada, ahorrándome de este modo una gran cantidad de problemas, pasados y futuros, ya que no creía seriamente que mi advertencia a Hugo tuviera trascendencia alguna, salvo como gesto de buena voluntad. En cuanto al libro en sí, tal como yo lo veía, no solo era un *casus belli* entre Hugo y yo, sino una constelación de ideas que formaban parte del resto de mi universo, y ya no podía seguir siendo tan desleal como para fingir que no era así. Debía reconsiderar lo que en él dije. Pero ¿dónde podía encontrar un ejemplar? Se me ocurrió que tal vez podría pedirle a Jean-Pierre, si es que seguía conservándolo, el ejemplar que le había enviado al publicarse y que estaba seguro de que nunca había abierto. Al pensar en Jean-Pierre, pensé en París, una ciudad hermosa, cruel, tierna, inquietante y encantadora, y me dormí pensando en ella y soñando con Anna.

Llegar a París siempre me provoca dolor, aunque haya estado fuera poco tiempo. Es una ciudad en la que siempre entro lleno de esperanza y salgo lleno de desilusión. Hay una pregunta que solo yo puedo hacer y París contestar; pero esa pregunta es algo que nunca he sido capaz de formular. Desde luego aquí he aprendido ciertas cosas; por ejemplo, que mi felicidad tiene un lado triste, tan triste que durante años lo tomé por mi infelicidad y lo alejé de mí. Pero París sigue siendo para mí una armonía sin resolver. Es la única ciudad que puedo personificar. Conozco Londres demasiado bien y a las otras ciudades no las amo lo suficiente. Me encuentro con París como

se encuentra uno con el ser amado, en el límite y mudo, y apenas puedo pronunciar una palabra: *Alors, Paris, qu'est-ce que tu dis, toi? Paris, dis-moi ce que j'aime*. Pero no hay respuesta, solo el triste eco de las murallas desmoronándose, *París*.

Cuando llegué no tenía mucha prisa por ver a Madge. Quería que me envolviera el hechizo habitual; la vida tiene muy pocos momentos que se puedan llamar sagrados. Habría tiempo suficiente después para empezar a pensar las cosas, fueran las que fueran, que mi entrevista con Madge me obligaría a pensar; y mientras caminaba hacia el Sena estaba seguro de que, estuviera donde estuviera la línea divisoria entre apariencia y realidad, lo que yo experimentaba era lo real. La perspectiva de Madge fue palideciendo. Era esa hora de la mañana en que ríos misteriosos fluyen dando vueltas y vueltas por las alcantarillas de París. La luz sin nubes bañaba de colores las grises fachadas de los *quais* y les daba un aspecto suave y profundo como el del azúcar glas. Hay detalles de los que incluso la memoria más amorosa se olvida. Las casas suavizadas por las persianas con sus frentes altas. Me apoyé durante un largo rato, mirando el espejo del Pont Neuf, cuyos redondos arcos forman una O perfecta, en la cual nadie sabe qué es lo que se refleja, tan inmóvil está el Sena en una quietud vidriosa que el Támesis, con sus mareas, nunca consigue. Allí apoyado pensé en Anna, que había hecho que esa ciudad existiera para mí con nuevos detalles, cuando, después de conocerla desde hacía muchos años, la llevé allí por primera vez.

Al final me entraron ganas de desayunar. Fui caminando en dirección al hotel de Madge y me senté *en route* en un café no lejos de la Ópera. Allí comencé a fijarme en los detalles más mundanos de la ajetreada ciudad; y después de estar sentado durante un rato, cierto movimiento en la acera, junto al café, me llamó la atención. Varios hombres en mangas de camisa estaban allí como si esperaran algo. Les miré con un vago interés y pronto adiviné que procedían de una librería que estaba en la puerta de al lado del café. Durante un rato me pregunté qué estarían esperando. Estaban allí, mirando por la calle, volvían a entrar en la librería, salían otra vez y esperaban ansiosamente. Luego me dediqué a observar la librería y vi algo que explicaba la escena. El escaparate principal estaba completamente vacío

y con enormes letras se leía PRIX GONCOURT. Cuando se conceden los grandes premios, los editores de los libros que creen tener candidatos con posibilidades permanecen a la espera, dispuestos a convertir la noticia del momento en una nueva y enorme edición del libro vendedor. Esa obra, reimpressa en decenas de millares, se lleva a toda velocidad a las librerías para que, antes de que la noticia pierda su sabor, el público devore hasta el hartazgo esa maravilla de la literatura. Preparándose para ese acontecimiento, todas las librerías con pretensiones intelectuales vacían sus mejores escaparates y se disponen a recibir al ganador cuando llegue a la vertiginosa velocidad de la edición especial de un periódico.

Estaba sentado tomando mi café y contemplando esa escena y reflexionando sobre las diferencias entre las *mœurs* literarias francesas e inglesas cuando oí el ruido de unos frenos chirriantes y un camión se detuvo bruscamente junto a la acera. Los hombres en mangas de camisa se precipitaron hacia él y al cabo de un momento habían formado una cadena a lo largo de la cual se pasaban de mano en mano paquetes de libros. Dentro de la tienda pude ver que otros colocaban febrilmente anuncios de cartón en los escaparates vacíos que, en pocos minutos, se llenaron de un extremo a otro con la repetición monótona y triunfante del nombre del ganador. Todo el episodio tuvo la rápida precisión de una redada policial. Miré divertido cómo se vaciaba el camión; mientras, detrás de mí, el escaparate se blanqueaba de libros. Me volví para mirarlo; y vi algo que puso fin abruptamente a mi sonrisa. A través de todo el escaparate, con el énfasis emocional de un grito que se repite, vi el nombre de Jean-Pierre Breteuil; y debajo, en repetición paralela, NOUS LES VAINQUEURS. NOUS LES VAINQUEURS. NOUS LES VAINQUEURS. Me levanté de mi asiento. Volví a mirar el anuncio que decía PRIX GONCOURT. No había ninguna duda. Pagué la cuenta y permanecí delante del escaparate, mientras bajo mis ojos el mensaje se repetía diez, cien, quinientas veces. *Jean-Pierre Breteuil* NOUS LES VAINQUEURS. El montón de libros fue creciendo lentamente delante de mí; no había ninguna voz disidente. Se convirtió en una pirámide. Pusieron el último libro en la cumbre y luego los dependientes de la librería salieron para comprobar cómo quedaba desde enfrente. El nombre y el título se me hicieron borrosos

y me di la vuelta.

Fue entonces cuando me quedé desconcertado al darme cuenta de que mi emoción predominante era la angustia. Una angustia tan profunda que al principio no podía comprenderla. Anduve sin rumbo intentando entender. Por supuesto, estaba muy sorprendido de encontrar a Jean-Pierre en el papel de vencedor del Goncourt. El jurado del Goncourt, esa constelación de nombres gloriosos, podía equivocarse a veces, pero nunca había cometido un error craso o increíble. Que la coronación de Jean-Pierre representara un momento de pura locura era una teoría que debía rechazar. No había leído el libro. La alternativa permanecía abierta y, cuanto más pensaba en ello, más se me aparecía como la única posible, y era que por fin Jean-Pierre hubiera escrito una buena novela.

Me quedé inmóvil en medio de la acera. ¿Por qué me resultaba tan insoportable esa idea? ¿Por qué me importaba tanto que Jean-Pierre hubiera podido alcanzar el éxito? Entré en un café y pedí un coñac. Decir que sentía celos era simplificar demasiado. Sentía un horror indignado, como si se hubiera producido una monstruosa inversión en el orden de la naturaleza: como un hombre que de pronto se hubiera encontrado con que un chimpancé había rebatido su opinión favorita. Había clasificado a Jean-Pierre de una vez por todas. Que hubiera estado cambiando su piel en secreto, mejorando su estilo, ennobleciendo su pensamiento, purificando sus emociones: todo eso era realmente una lástima. En mi imaginación estaba concediendo al libro todas las virtudes posibles y, cuanto más lo hacía, más sentía una mezcla de rabia y de angustia, que apartó cualquier otra idea de mi mente. Pedí otro coñac. Jean-Pierre no tenía ningún derecho a convertirse subrepticamente en un buen escritor. Me sentí como la víctima de una impostura, una estafa. Durante años había trabajado para ese hombre, utilizando mis conocimientos y sensibilidad para verter su basura a la dulce lengua inglesa; y ahora, sin advertencia previa, abría tienda como buen escritor. Pensé en Jean-Pierre con sus manos regordetas y su corto pelo canoso. ¿Cómo podía introducir en ese cuadro que había conocido durante tanto tiempo la noción de buen novelista? Me sacaba de quicio como el cambio de una categoría fundamental. Un hombre que había

tomado como socio en un negocio se convertía en un rival en el amor. Una cosa estaba clara. Ahora que ya no podía tratar cínicamente a Jean-Pierre, era imposible tratarlo en absoluto. ¿Por qué tenía que perder el tiempo transcribiendo sus escritos en lugar de producir los míos? Nunca traduciría *Nous les vainqueurs*. Nunca, nunca, nunca.

Dieron las diez antes de que me acordara de Madge. Cogí un taxi para ir hasta su hotel y mi rabia se fue cuajando dentro de mí y convirtiéndose en una especie de audaz vigor, que endurecía mis fibras y erguía mi cabeza. No me escurrí dentro del Hôtel Prince de Clèves como habría hecho normalmente. Entré pisando fuerte, haciendo que recepcionistas y porteros se encogieran de miedo. No tenían por qué simular que no veían mis parches de cuero en los codos, tal es el poder del ojo humano cuando echa fuego. Exigí que me llevaran ante Madge; y al cabo de un momento estaba en su habitación. La puerta se abrió y vi a Madge tumbada en una *chaise longue*, en una actitud que había tomado, se veía claramente, hacía rato, esperando mi llegada. La puerta se cerró suavemente detrás de mí, como detrás de un príncipe. Miré a Madge y me di cuenta que me sentía más contento de verla que nunca. Bajo mi mirada su dignidad se disolvió y vi dibujado en su rostro lo profundamente conmovida, aliviada y encantada que estaba de verme. Con un alarido me lancé sobre ella.

Posteriormente tuvimos que ponernos a hablar. Madge me llamó mucho la atención al llegar, pero la primera impresión quedó enseguida sumergida por otra transformación. Mientras se empolvaba la nariz, me senté y pensé en ello. Sus ropas se habían vuelto más discretas, elegantes y bien cortadas, y su peinado era distinto. La ondulante permanente inglesa había desaparecido, y sus cabellos parecían un gorro festoneado. Parecía más esbelta y más provocativa; hasta sus movimientos eran más graciosos. Estaba claro que alguien se había ocupado de ella, alguien más experto que Sammy. Me miró de reojo mientras dibujaba la boca tiernamente orgullosa de una mujer cuando se sabe deseada; y cuando fui hacia ella para besarla volvió la cabeza y con un movimiento regio me ofreció la lozanía perfumada

y artificial de su mejilla. Es desconcertante ver a alguien transformarse con tanta rapidez: es como ver a las estrellas moverse o al mundo dar vueltas.

—Madge, estás muy guapa —le dije. Nos sentamos.

—Jakie —dijo Madge—. No puedes imaginarte lo feliz que me siento de verte. No tienes ni idea. Eres el primer rostro humano que veo en siglos.

Empezaba a preguntarme qué clase de rostros vería Madge últimamente; pero ya habría tiempo para sacárselo. Teníamos mucho que decirnos.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté.

—Oh, querido —dijo Madge rodeándome con sus brazos impetuosamente. Nos entretuvimos un rato.

—Mira —dije por fin—, vamos a empezar estableciendo lo que los dos sabemos: por ejemplo, que Sammy es un sinvergüenza.

—¡Oh, querido! —dijo Madge—. ¡Me sentía tan mal con lo de Sammy!

—¿Qué pasó? —pregunté.

Era evidente que Madge no me lo iba a decir. Me di cuenta de que buscaba una escapatoria.

—No comprendes a Sammy —dijo Madge—, es una persona desdichada y atolondrada. —Ese es el tipo de comentario que suelen hacer las mujeres sobre el hombre que las ha plantado.

—¿Por eso le regalaste mi traducción? —pregunté.

—¡Oh, eso! —dijo Madge—. Lo hice por ti, Jakie. —Me mantuvo a raya con sus grandes ojos—. Creí que, si de eso salía algo bueno, Sammy podría ayudarte. Pero ¿cómo supiste que él la tenía?

Le conté una versión altamente selectiva de mis recientes aventuras. Noté que Madge odiaba las partes referentes a Sammy y Sadie.

—¡Vaya par de ladrones! —dijo.

—¿Vas a decirme que no sabías nada acerca del plan de Sammy? —le pregunté.

—No sabía nada hasta hace dos días —dijo Madge.

Evidentemente eso era falso, ya que tenía que haber sabido más o menos las intenciones de Sammy cuando le dio la traducción; pero, en aquellos momentos, sin duda Madge tenía la impresión de que iba a ser ella, y no Sadie, la mujer del asunto. Desde luego, quizá Sammy había pensado lo

mismo al principio. En nuestra tarde deportiva había manifestado lo que parecía ser un genuino interés por Madge. Después de todo, era posible que Sammy fuera un atolondrado. Que no fuera feliz, ni lo sabía ni me importaba.

—Bueno, supongo que querrás contarme unas cuantas cosas, ¿no? —le dije—. ¿Qué es eso tan importante que querías decirme?

—Es una larga historia, Jakie —dijo Madge.

Me sirvió una copa y luego se quedó mirándome reflexivamente. Tenía el aspecto reservado y felino de una mujer que es consciente de su poder y se ve a sí misma como una Cleopatra.

—¿Quieres ganar trescientas libras inmediatamente y ciento cincuenta al mes durante un tiempo indefinido?

Mientras lo pensaba contemplé a Madge metida en su nuevo papel.

—Considerando tal y como están las cosas —le dije—, la respuesta es que sí. ¿Quién es el pagador?

Madge se paseó lentamente por la habitación. Su sentido del drama era suficiente como para electrizar toda la atmósfera. Volvió tranquilamente su rostro hacia mí, con una tranquilidad calculada.

—Ah, vamos, Madge, déjalo ya y habla claro —dije—. Esto no es una audición para el cine.

—Una persona —dijo Madge, escogiendo con cuidado sus palabras— que ha hecho mucho dinero en transporte marítimo o algo por el estilo en Indochina y se propone invertir ese dinero en la creación de una compañía cinematográfica anglo-francesa. Será una gran empresa. Los que la van a dirigir están buscando personas con talento. Naturalmente —añadió—, todo lo que te estoy diciendo es confidencial.

Miré fijamente a Madge. Había aprendido mucho desde la última vez que la había visto. ¿De dónde habría sacado palabras como *empresa* y *confidencial*?

—Todo eso es muy interesante —dije— y espero que el ojo del cazatalentos se haya detenido favorablemente sobre ti, pero ¿qué pinto yo?

—Tú pintas —dijo Madge— como escritor de guiones.

Se sirvió una copa. Su sentido de la oportunidad era perfecto.

—Mira, Madge —dije—, te lo agradezco. Agradezco *todos* los esfuerzos que has hecho por mí. Pero uno no entra en un trabajo como ese así como así. Escribir guiones es un trabajo muy técnico. Tendría que aprenderlo antes de que alguien que no esté loco me pague la cantidad que tú has mencionado. De todas formas —dije—, no sé si es la clase de trabajo que me gusta. *Ce n'est pas mon genre*.

—Deja de actuar, Jake —dijo Madge. Era obvio que le había picado mi comentario anterior—. Te encantaría ese dinero. Déjame contarte lo que tienes que hacer para conseguirlo.

Ciertamente me había impresionado.

—Dame otra copa —dije— y cuéntame cómo te propones meterme en el ajo.

—Nadie tiene que meterte en el ajo —dijo Madge—. Estás en esto naturalmente gracias a Jean-Pierre.

—¡Dios! —dije—, ¿qué tiene que ver aquí Jean-Pierre?

Aquella mañana no oía hablar más que de Jean-Pierre.

—Forma parte del consejo de dirección —dijo Madge— o lo formará cuando todo esté firmado. Y adivina cuál va a ser nuestra primera producción —dijo, con el aire de quien esgrime un argumento definitivo—. ¡Una película en inglés basada en su último libro!

Me sentí enfermo.

—¿Te refieres a *Nous les vainqueurs*? —dije.

—Eso es —dijo Madge—, ese que ha recibido no sé qué premio.

—Ya lo sé —dije—, el Prix Goncourt, lo he visto en una librería al venir para aquí.

—Puede ser una película maravillosa, ¿no? —dijo Madge.

—No lo sé —dije—; no lo he leído.

Me quedé sentado mirando la alfombra. Hacía mucho tiempo que no tenía tantas ganas de llorar.

Madge me miró mientras estaba allí con la cabeza baja.

—¿Qué te pasa, Jake? —exclamó—. ¿No te sientes bien?

—Estoy muy bien —contesté—. Sigue contándome cosas.

—Jake —dijo Madge—, todo está saliendo de maravilla. Simplemente aún

no te has dado cuenta. Esto es mejor que cualquier cosa que hayas planeado en Earls Court Road. ¡Y que sea Jean-Pierre! Todo va encajando estupendamente.

Yo también podía ver cómo encajaban las cosas.

—Madge —dije—. No soy guionista. No sé nada de cine.

—Querido —dijo Madge—, no se trata de eso, y no importa.

—Yo creía que se trataba de eso —dije.

—No lo has comprendido —replicó Madge—. Está todo arreglado. El trabajo es tuyo.

—¿Ese trabajo te lo han regalado? —pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si se lo puedes dar a quien quieras.

Nos miramos.

—Entiendo —dije y me acomodé en mi asiento—. ¿Quieres llenarme la copa?

—Jake, no seas difícil —dijo Madge.

—Quiero dejar claras las cosas —dije—. Me estás ofreciendo una sinecura.

—No estoy segura de qué es eso —dijo Madge—, pero supongo que es así.

—Una sinecura es conseguir dinero sin hacer nada —dije.

—¿No es eso exactamente lo que siempre has querido?—dijo Madge.

Miré las profundidades ambarinas de mi copa.

—Tal vez —dije—, pero ahora ya no lo quiero.

No estaba seguro de que eso fuera verdad. Tenía que comprobarlo.

—De todas maneras —dijo Madge—, no es por no hacer nada. Tendrás que hacer toda clase de cosas. Hay que traducir el libro, que es lo que tú haces.

—Sabes perfectamente bien que eso es otro asunto —dije.

—Deberías estar feliz —dijo Madge— de que por fin haya escrito un libro decente. Todos dicen que es maravilloso. Sobre todo desde que ha recibido ese premio no sé qué.

—No voy a traducir más libros de Jean-Pierre —dije.

Madge me miró como si estuviera loco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. En Earls Court Road siempre te quejabas de tener que perder el tiempo traduciendo porquerías.

—Es cierto —le dije—, pero la lógica de la situación es, en este caso, extraña. De eso no se deduce que no sea otra pérdida de tiempo traducir cosas de mejor calidad.

Me levanté y fui a mirar por la ventana. Oí cómo Madge me seguía sobre la espesa alfombra.

—Jake —dijo cerca de mi oreja—, déjalo. Es la oportunidad de tu vida. Quizá, al principio, no tengas mucho que hacer, pero después será diferente. Y déjate de tonterías en cuanto a Jean-Pierre.

—No lo comprenderías —dije, y nos dimos la vuelta para mirarnos.

—Tu novia se ha marchado para Hollywood —dijo Madge al cabo de un momento de silencio.

Cogí la mano flácida e indiferente de Madge.

—No es eso —dije—. Por cierto, preferiría que no llamas a Anna mi novia. No nos hemos visto en años, salvo una vez la semana pasada.

Madge dijo «¡Ah!» con bastante escepticismo.

—De todas formas —añadí—, no se ha ido a Hollywood. —Fue en aquel momento cuando me sentí absolutamente seguro de ello—. ¿O acaso tú *sabes* que se ha ido? —le pregunté a Madge.

—Bueno, no exactamente —dijo Madge—, pero me han dicho que sí. Todo el mundo se va a Hollywood en cuanto puede.

Hice un gesto expresivo de desprecio al mundo donde eso ocurría. Pero ya había mostrado demasiado mis emociones y quería cambiar de tema.

—¿Qué tiene que ver tu compañía con la Bounty Belfounder? —pregunté.

—¿Que qué tiene que ver? —dijo Madge—. La va a borrar de la faz de la tierra.

Hablaba con cruel satisfacción. Me encogí de hombros.

—Y no finjas —dijo Madge— que eso te importa. En realidad le prestarás un gran servicio a tu amigo Belfounder. No hay nada que desee más que perder todo su dinero.

Eso me asombró. Evidentemente, Madge se movía en círculos donde se criticaba el carácter de Hugo.

—Puede hacerlo sin mí —dije, apartándome.

Sentía una especie de confusa laxitud. Me estaban ofreciendo una gran

cantidad de dinero; y no tenía nada claro por qué lo estaba rechazando, si es que era eso lo que hacía. Y lo que era aún más importante: me estaban ofreciendo la llave de un mundo en el que el dinero fluía con facilidad y donde la misma cantidad de esfuerzo podía producir resultados inmensamente más ricos: como cuando uno quita un peso de un elemento y lo pone en otro. En cuanto a mi conciencia, en pocos meses podría tranquilizarla. Con el tiempo podría ganarme la vida en ese mundo igual que cualquiera. No tenía más que cerrar los ojos y entrar. ¿Por qué me parecía tan dura la entrada? Estaba angustiado. Me parecía estar rechazando lo sustancioso en favor de una sombra. Lo que prefería era un vacío que no podía explicar de una manera inteligible.

Madge me miró con creciente inquietud.

—Madge —dije, solo por decir algo—, ¿qué va a pasar con *El ruiseñor*?

—Oh, no va a pasar nada —dijo Madge—. Alguien enviado por Sadie le habló a Jean-Pierre sobre ello, pero él se lo quitó de encima. Y ahora nuestra compañía tiene los derechos cinematográficos de todos sus libros.

Eso estaba bien. Le sonreí a Madge y vi que sonreía también, con alivio.

—Así que, entonces, esto se ha acabado para Sadie y Sammy —dije.

—Sí, se ha acabado para ellos —dijo Madge.

Comencé a recordar lo mucho que me había preocupado por Madge y luego se me ocurrió que probablemente Madge ya hubiera empezado a engañar a Sammy antes incluso de enterarse de que él la estaba engañando a ella. Al Hôtel Prince de Clèves no se llega así como así. Me pareció tan gracioso que me eché a reír, y, cuanto más lo pensaba, más me reía, hasta que tuve que sentarme en el suelo. Al principio, Madge se reía conmigo, pero luego se detuvo y dijo secamente: «¡Jake!». Me recompuse.

—Así que, después de todo, Sammy tendrá que hacer películas de animales —dije.

—En cuanto a eso —dijo Madge—, le han dado gato por liebre. O más bien perro viejo por cachorro...

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Phantasifilms estafó a Sammy —dijo Madge—. ¿Sabes cuántos años tiene Mister Mars?

Un dedo triste tocó mi corazón.

—No lo sé —dije—. ¿Cuántos?

—Catorce —dijo Madge—. Está en las últimas. Casi no pudo terminar su última película. Phantasifilms de todas maneras lo iba a jubilar. Luego Sammy se interesó por él y se lo han vendido sin decirle la edad. Sammy debería haberle mirado el diente.

—No se puede saber la edad de un perro mirándole el diente —dije.

—Así que Sammy también ha fallado en eso —dijo Madge.

No me importaba. Pensaba en Mars. Mars era viejo. No trabajaría más. Ya no nadaría por más ríos desbordados, ni saltaría altas cercas ni lucharía con osos en lugares solitarios. Sus fuerzas se desvanecían y su inteligencia no le valdría de nada. Moriría pronto. Ese descubrimiento completó el círculo de mi tristeza; y con ello cristalizó mi resolución.

—No lo puedo hacer, Madge —dije.

—Estás loco —dijo Madge—. ¿Por qué, Jake ?, ¿por qué?

—No lo sé muy claramente —dije—. Solo sé que me mataría.

Madge se me acercó. Sus ojos eran tan duros como el ágata.

—Así es la vida real, Jake. Será mejor que despiertes.

Y me dio una bofetada en la boca. Reculé ligeramente debido al repentino dolor del golpe. Nos quedamos así durante un momento, y sostuvo mi mirada mientras las lágrimas acudían lentamente a sus ojos. Después la acogí entre mis brazos.

—Jake —me dijo apoyada en mi hombro—, no me dejes.

La llevé casi en volandas hasta el sofá. Me sentía tranquilo y resuelto. Me arrodillé junto a ella y cogí su cabeza, echando sus cabellos hacia atrás con la mano. Su rostro se volvió hacia mí como una flor que se levanta.

—Jake —dijo Madge—. Tengo que tenerte conmigo. Lo he hecho por eso. ¿No lo entiendes?

Dije que sí con la cabeza. Pasé mi mano por sus lisos cabellos y la coloqué al calor de su cuello.

—Jake, di algo —dijo Madge.

—No puede ser —dije.

Madge estaba *lancée*; yo no podía saber después de describir qué parábola

volvería finalmente a la tierra. No podía hacer nada por ella.

—No puedo hacer nada por ti —dije.

—Podrías quedarte aquí —dijo—. Eso es todo lo que quiero.

Negué con la cabeza.

—Mira, Madge —dije—, seré claro. Podría decirte que te quiero demasiado como para estar dispuesto a aguantar mientras tú te acuestas con el hombre que puede ayudarte a convertirte en una estrella. Pero eso no sería verdad. Si te quisiera un poco más, tal vez sería eso exactamente lo que haría. El caso es que debo vivir mi propia vida. Y simplemente no va en esa dirección.

Madge me miró a través de lágrimas de verdad. Jugó su última carta.

—Si es por Anna —dijo—, sabes que no me molestaría. Quiero decir que tal vez me molestaría, pero eso no importa. Solo quiero que estés cerca de mí.

—No hay nada que hacer, Madge —dije, y me puse en pie. En aquel momento la amaba profundamente. Unos minutos más tarde bajaba las escaleras.

QUINCE

Crucé la calle y caminé automáticamente hacia el río. Choqué con varias personas en las aceras y casi me atropellaron varias veces. Cuando llegué al Sena me senté en un banco. Me quité la americana y me di cuenta de que tenía la camisa empapada de sudor. La desabroché y me pasé la mano por el pecho y bajo los brazos. No estaba muy seguro de lo que acababa de hacer, pero sabía que era algo muy importante. En aquel momento me parecía que había sido como cometer un asesinato estando borracho. Miré a mi alrededor, París se recomponía como un reflejo que deja de estremecerse cuando el agua se aquieta. Por fin se había quedado inmóvil como el cristal. ¿Qué había hecho?

Rechazar una cifra neta que, en el caso de que hubiera aguantado al menos seis meses antes de que me echaran, se podía calcular en mil doscientas libras. Rechazar una fácil salida del mundo de la penuria continua para entrar en el mundo del dinero perpetuo. ¿Y por qué? Por nada. En aquel momento, mi acción me parecía completamente sin sentido. Cuando estaba en la habitación de Madge me había parecido que tenía alguna razón. Ahora no era de ningún modo capaz de pensar cuál era. Me levanté y atravesé el puente de hierro. El reloj del Institut señalaba las doce y diez. Y mientras caminaba percibí una gran verdad. Nada importaba en el mundo más que el dinero. ¿Por qué no había comprendido eso antes? Madge tenía razón cuando me había dicho que eso era la vida real. Era lo único necesario; y lo había rechazado. Me sentí como si fuera Judas.

Me detuve a mirar París. Sus colores suaves se despertaron para mí, claros

pero no violentos, bajo el sol de julio. Los pescadores pescaban y los *flâneurs* flaneaban sin rumbo, los perros ladraban en los escalones mientras algunas personas intentaban que nadaran en el Sena. ¡De qué forma tan extraña se emociona la gente cuando ve nadar a sus perros! Más allá de los verdes árboles, las torres de Notre Dame se alzaban tiernamente como amantes que se levantan de la hierba. «París», dije en voz alta. Una vez más, algo se me había escapado entre los dedos. Pero esta vez sabía de sobra lo que era. Dinero. El corazón de la realidad. El rechazo de la realidad es el único crimen. Era un soñador, un criminal. Me retorcí las manos.

A medida que me acercaba a la orilla izquierda, me entraron unas ganas locas de tomar una copa; y al mismo tiempo reparé en que no tenía apenas dinero. Al salir de casa me había metido en el bolsillo los últimos billetes que me sobraban de mi último viaje. Tenía intención de pedirle prestado algo a Madge. Pero nadie dotado de sensibilidad estética intentaría pedir prestados cinco mil francos a alguien de quien acaba de rechazar mil doscientas libras. Y no lo pensé. Maldije. Caminé hasta el Boulevard Saint-Germain pensando en qué debía hacer. Luego empecé a sentir una segunda necesidad, igualmente cara: la necesidad de comunicar mi tristeza a otra persona. Comparé las dos necesidades con mis posibilidades y luego la una con la otra. La necesidad de comunicarme era más profunda. Me dirigí a la oficina de correos en la Rue du Four y envié un telegrama a los señores Gellman y O'Finney, que decía lo siguiente: «Acabo de rechazar definitivamente cantidad mínima de mil doscientas libras. Jake». Luego me dirigí a la Reine Blanche y pedí un pernod, que, aunque no es el más barato de los aperitivos, es de los que tiene un contenido más elevado de alcohol. Me sentí ligeramente mejor.

Me quedé sentado durante largo rato. Al principio pensé en el dinero. Reflexioné sobre cada uno de sus aspectos. Lo convertí en francos. Lo convertí en dólares. Lo convertí en casi todas las monedas europeas. Lo invertí avariciosamente con altos tipos de interés. Lo gasté en juergas con vino y mujeres *château*. Compré el último modelo de Aston Martin. Alquilé un piso que daba a Hyde Park y lo llené de obras de maestros holandeses menores. Me eché sobre un sofá a rayas junto a un teléfono de color verde

pálido mientras los príncipes del mundo del cine vertían halagos, súplicas y elogios por el aparato. La estrella exquisita, el ídolo de tres continentes, que yacía como una pantera a mis pies, me servía otra copa de champán. «Es H. K. —murmuré mientras tapaba con la mano el teléfono—; ¡vaya pelma!» Le tiré una orquídea que había sobre la mesa; y apretando mi cuerpo con sus sinuosas manos comenzó a levantarse para echarse a mi lado, mientras yo le decía a H. K. que estaba en una reunión y que si llamaba a mi secretaria dentro de un par de días sin duda podríamos concertar una cita.

Cuando me harté me puse a pensar en Madge, y a preguntarme quién sería aquel que la había instalado en el Hôtel Prince de Clèves y cuya invisible presencia se cernía en el trasfondo durante nuestra entrevista. ¿Se trataba del propietario de barcos o algo por el estilo de Indochina? Lo imaginé de cabellos blancos y grueso, curtido por los vientos y por el sol oriental, el poder y la inteligencia saliendo entre las arrugas de su rostro de viejo francés que había visto en sus tiempos muchas cosas. Me cayó bien. Tan rico que ya no quería más dinero. Hacía muchos años que no perseguía el dinero con pasión. Estaba harto del dinero; lo había querido, había luchado por él sufriendo y haciendo que otros sufrieran; se había cubierto de oro de los pies a la cabeza; y al final se había cansado, quitándose de encima fortuna tras fortuna. Pero el dinero nunca deja a quien ha aguantado mucho por él. Estaba cansado. Vivía con el dinero como si fuera una esposa envejecida. Había vuelto a Francia, harto y desapegado, con el desapego de quien ha colmado todos sus deseos y ha descubierto que son efímeros. Consideraría con suave indiferencia el lanzamiento de su compañía cinematográfica, en un escenario donde todos los actores menos él se volvían locos por el olor del dinero.

O tal vez el protector de Madge era un astuto inglés: me lo imaginé como un hombre de mediana edad, con mucha experiencia en el negocio del cine. Quizá fuera un director fracasado que había orientado su talento artístico hacia el negocio de la industria, consolándose, al hacer dinero, por la pérdida de una visión de la belleza que, sin embargo, iba a perseguirlo toda la vida, y lo pondría de mal humor cuando se acercara a los estudios y viera a otros hombres luchando con los mismos problemas que le habían

extasiado a los veinticinco años, producido insomnio a los treinta y finalmente llevado a la desesperación. ¿Dónde lo habría conocido Madge? Posiblemente en una de las fiestas de «gente del cine» que Sammy me había dicho que frecuentaba Madge cuando quiso advertirme de que había que mantenerlas sujetas y no perderlas de vista.

¿O no sería —y ese pensamiento devastador me conmocionó— el propio Jean-Pierre el amigo de Madge? La idea me resultaba absolutamente odiosa. Pero no era imposible. Nunca le había presentado a Madge a Jean-Pierre, aunque ella me lo había pedido con frecuencia. Algún instinto de precaución evitó que promoviera ese particular encuentro. Hay mujeres inglesas para las que los franceses son, digamos, *ex officio*, románticos, y creo que sospeché que Madge era de esas. No obstante, ella era perfectamente capaz de haberse presentado por sí misma a Jean-Pierre sin decírmelo. Recordé la manera tan familiar con que se había referido a él, llamándolo por su nombre de pila, en nuestra última conversación; y, aunque era posible que lo hubiera copiado de mí, o de su nuevo ambiente, también era posible que hubiera colocado a Jean-Pierre en el papel de su proveedor de fortuna. No se ajusta a la idea que yo tengo de un hombre fascinante, pero las mujeres son muy raras.

Lo pensé durante un rato y luego decidí que no era muy probable. De mis tres hipótesis, la segunda era la más factible, sin duda. Al cabo de un rato pensé que no me importaba. Para llegar a esa conclusión, me ayudó una copa de pernod; la segunda me ayudó aún más. El sol comenzó a salir sobre mi paisaje intelectual y vi, por fin, en un estallido de claridad, la forma verdadera de lo que antes tan oscuramente me había obligado a tomar lo que me había parecido una decisión sin sentido. No era solo que no quisiera entrar en el mundo de Madge y jugar su juego. Mi vida ya estaba llena de compromisos y medias verdades. Podía haber aceptado unos cuantos más. Los retorcidos pasadizos de la falsedad siguen horrorizándome, pero entro continuamente en ellos; posiblemente porque los considero pequeños corredores que llevan de nuevo al sol: aunque quizá esa sea la única mentira *fatal*. No me gustaba el papel de *valet de sentiment* que Madge me había preparado, pero lo podría haber soportado porque realmente ella me

gustaba mucho y por el dinero, si no hubiera habido otras cosas en juego. Le había dicho a Madge que no tenía que ver con Anna y creo que eso era verdad. Lo que mis relaciones con Anna me obligaran a hacer o no en el futuro estaba por ver. Me sentía casi fatalista con respecto a ello. Si Anna era lo suficientemente fuerte como para atraerme a pesar de todos los obstáculos, no había nada que hacer, y los obstáculos desaparecerían en su momento. Hasta entonces, Madge no tenía por qué quejarse. No era eso.

Cuando me pregunté qué había sido, se me presentó claramente el escaparate de la librería que había visto por la mañana temprano, coronado por las palabras «Prix Goncourt». En cuanto al Prix Goncourt en sí, *je m'en fichais*, no era más que una etiqueta. Lo importante era lo que había hecho Jean-Pierre. Es más, eso tampoco importaba. Incluso que *Nous les vainqueurs* resultara tan malo como los otros libros de Jean-Pierre tampoco tenía importancia. Lo que importaba era una visión que había tenido de mi propio destino y que se me imponía como una orden. ¿Qué tenía yo que ver con escribir guiones? Cuando le había dicho a Madge que eso no era mi *genre* no pensaba lo que decía; pero, de todas formas, era cierto. Mis intereses en la vida estaban en otra parte. Había un camino esperándome y si no lo seguía quedaría intacto para siempre. ¿Cuánto tiempo más tardaría en hacerlo? Esa era la sustancia, y lo demás, sombras dispuestas para distraer y para engañar. ¿Qué me importaba el dinero? Para mí no significaba nada. A la luz de esa visión se arrugaba como las hojas de otoño, tornando su oro en marrón y deshaciéndose en polvo. Después de pensar todo esto, me llené de una profunda satisfacción y decidí en ese mismo momento ir a buscar a Anna.

Había, sin embargo, una dificultad inmediata, y era que no tenía dinero suficiente para pagar la cuenta. Parece que de una forma u otra había bebido cuatro copas de pernod, por un valor de varios cientos de francos. Sin contar la propina, me faltaban unos cincuenta francos. Estaba pensando si no podría decirle al patrón que se lo cargara a Jean-Pierre, que era muy conocido en la Reine Blanche, cuando se cernió en el horizonte un sablista de reputación internacional, un viejo conocido. Se me echó encima con los ojos resplandecientes; y unos minutos más tarde tuve la satisfacción de

aligerarlo de un billete de mil francos, que la vergüenza y el recuerdo de los centenares de copas que le había pagado en al menos tres capitales le impidió negarme. Lo dejé más pobre, pero más honrado.

Mi convicción de que Anna seguía en París era, después de todo, irracional. Sin embargo, también muy fuerte; cuando di la vuelta a la esquina me dirigí hacia un teléfono. Llamé primero al Club des Fous, una *boîte* alegre pero ilustrada donde Anna había hecho su debut en París hacía algunos años. Pero nadie tenía noticias de ella. Sabían que había estado en París, pero si seguía allí o dónde podía estar, nadie podía decírmelo. Luego llamé a varios individuos que podían haberse encontrado con ella, pero todos decían lo mismo, salvo uno que me dijo que creía que se había embarcado el día anterior; o quizá hubiera sido Edith Piaf, no lo recordaba. Luego comencé a llamar a los hoteles, primero a aquellos en los que yo había estado con Anna, por si el sentimentalismo la había llevado a volver, y luego a los hoteles más lujosos que sabía que conocía, en el caso de que el *confort* hubiera prevalecido sobre los sentimientos o que estos hubieran funcionado al revés. Todo fue en vano. Nadie la había visto, nadie sabía dónde estaba. Renuncié y eché a caminar desconsoladamente. Hacía mucho calor.

Si Anna estaba en París, ¿qué andaría haciendo? A lo mejor estaba con alguien. Si estaba con alguien, yo no tenía nada que hacer. Debía trabajar sobre el supuesto de que estaba sola. Si no estaba con nadie de la canción o del teatro, ¿qué iba a estar haciendo allí, sola? La respuesta, conociendo el carácter de Anna, era clara. Estaría sentada en algún lugar que creyera hermoso y propicio para la meditación. O pasearía lentamente por alguna calle en el quinto o sexto *arrondissement*. Por supuesto, podría haber ido a Montmartre; pero no le gustaban nada las escalinatas. O al Père-Lachaise; pero no quería pensar en la muerte. Si diera una vuelta por nuestros santuarios de la orilla izquierda, quizá tuviera una pequeña posibilidad de encontrarla. La alternativa era emborracharme. Compré una *tartine* y me dirigí a los jardines de Luxemburgo.

Fui directamente a la Fontaine Médicis. No había nadie; pero el espíritu del lugar me retuvo enseguida y no pude marcharme. Cuando estuve en París

con Anna, hacía mucho, íbamos allí todos los días; y ahora, después de un momento de silencio, no podía sino creer que, si la esperaba, vendría. Hay algo de cautivador en el sonido de una fuente en un lugar desierto. Murmura sobre lo que las cosas hacen cuando nadie las observa. Es como escuchar un sonido inaudible. Una suave refutación de Berkeley. Plátanos moteados rodeaban el lugar. Me aproximé poco a poco. Apenas caía un chorrito por los escalones verdes y la alta gruta oscilaba solo ligeramente en el agua, sobre la cual flotaban unas cuantas hojas grandes como lotos. Las palomas colipavas pisaban los escalones para ir a beber. Por encima de ellos, los amantes yacen inmóviles, ella en una postura de tímido abandono, mostrando un cuerpo exquisito, mientras él toma su cabeza entre las manos en un gesto que resulta demasiado preocupado para ser sensual. Así yacen, petrificados en la inmovilidad por la mirada de un ojo del enorme Polifemo, desgastado por la lluvia, maculado por el tiempo, salpicado por las palomas, verdoso, que se inclina sobre la roca y los ve. Permanecí allí largo rato, apoyado sobre una urna de mármol y meditando sobre la curva del muslo de ella. Sobre cómo su pierna derecha se encoge bajo su cuerpo y su desnuda pierna izquierda se estira en una pura ondulación que despierta a la vez la contemplación y el deseo casi hasta el más alto grado de conciencia: la curva del muslo de una mujer reclinada. Yace tensa y a la vez distendida, soberbiamente desnuda y sonriendo ligeramente con los ojos cerrados. Esperé durante mucho tiempo, pero Anna no apareció.

Luego recordé todas las cosas y los lugares que más le habían gustado en París. Le habían gustado los camaleones del Jardin des Plantes. Fui a ver a los camaleones. Lentos, muy lentos, trepaban por su jaula, enrollando y desenrollando sus colas con muda deliberación, mientras con un movimiento casi imperceptible estiraban sus largas patas para coger otra rama. Sus ojos semicerrados miraban tranquilamente, con fijeza, durante un rato, hasta que uno de ellos giraba suavemente en otro ángulo. Me gustaban mucho. Este es el tiempo verdadero del mundo, me decían, mientras con una lentitud casi inaguantable movían otro miembro, y luego se distendían en una rígida inmovilidad. Al mirarlos, mi sentido de la duración se ralentizó y casi se detuvo; y me quedé allí, también demasiado rato, en un lugar donde

cada segundo se convertía en un minuto y donde el movimiento y el descanso se reconciliaban casi por completo. Anna no apareció.

Dejé a toda prisa el Jardin y corrí por los *quais*. Entré apresuradamente en una iglesia tras otra, Saint-Julien, Saint-Séverin, Saint-Germain, Saint-Sulpice, por si acaso Anna se encontraba en alguna de ellas, con la cabeza hacia atrás, alimentando algún triste deseo. No había nadie. Fui al jardín trasero de Notre Dame, donde la iglesia recalca como un barco y solíamos dar de comer a los gorriones. Crucé a la orilla derecha y fui al jardín con la cascada, detrás del Grand Palais, que está abierto toda la noche. Nadie. Luego me dirigí a Saint-Eustache y paseé entre un bosque de pilares multiformes. Después me di por vencido. Ya era el final de la tarde. Fuera de Les Halles estaban limpiando las aceras con mangueras. Frutas y verduras corrían por el arroyo. Compré un pan y un camembert y, a través de multitud de mujeres gordas, que mordisqueaban el extremo de las largas barras de pan que llevaban a casa, mis pies comenzaron automáticamente a llevarme de vuelta a Saint-Germain. Mientras caminaba, y la imagen de Anna se borraba un poco ante mis ojos, comencé a darme cuenta de que la ciudad estaba más adornada que nunca de *tricolores* y por las callejuelas veía colgaduras de banderas que iban de una casa hasta la de enfrente. Estaban de *fête*. Luego recordé que era el Catorce de Julio.

Había llegado hasta la Brasserie Lipp cuando me entraron ganas de sentarme. Así lo hice y pedí un vermut. Los acontecimientos de la mañana me parecían ya muy lejanos, y también lejos parecía estar el momento de profunda comprensión que les siguió. Si sentía algo con respecto a todo aquello, era una especie de dolor torpe y estúpido que podía ser pena por el dinero o simplemente los efectos de un exceso de pernod a la hora de comer. Pero mi necesidad de Anna no había perdido viveza. ¿Dónde estaría en ese momento? Quizá estuviera a menos de media milla de distancia, sentada en la cama de alguna habitación de hotel, mirando una maleta a medio hacer. Me imaginé el triste ángulo de su cabeza y me resultó inaguantable. No; sin duda estaba en el mar apoyada en la barandilla, con los ojos ya llenos de Norteamérica. No podía saber cuál de esos pensamientos me resultaba más desagradable.

No llevaba en la Brasserie Lipp más que unos minutos cuando oí que me llamaba uno de los camareros: «Monsieur Dohnagoo, Monsieur Dohnagoo». Han dicho mi nombre en terrazas de cafés de toda Europa demasiadas veces como para que me sorprendiera la manera de pronunciarlo. Hice una seña con la mano. El camarero se me acercó con un telegrama. Mi primera idea irracional fue que tenía que ser de Anna desde Nueva York. Lo cogí. Venía de Inglaterra; era de Dave, que conocía mi afición a la Brasserie Lipp y evidentemente había enviado el telegrama por si me encontraba allí. Decía: «No importa. Lyrebird ha ganado hoy veinte a uno».

París comenzaba a temblar con la animación del *quatorze*. Paseé por el Boulevard Saint-Germain. Seguía en mangas de camisa y tenía mucho calor, aunque el día se había suavizado por la tarde. Caminé lentamente, pasando ante Diderot, sentado entre las acacias mirando con comprensible incertidumbre en dirección al Café de Flore. Había mucha gente paseando arriba y abajo, y sobre el tráfico se elevaba un confuso ruido de voces y de risas. Todo París estaba en la calle. Cuando llegué al Odeón, vi que los cafés ocupaban la mitad de la calle y en la Rue de l’Ancienne-Comédie la gente bailaba ya al son de un acordeón. Por encima había colgaduras de bombillas de colores, encendidas en plena luz del atardecer. Me senté a mirar un rato.

Si, como yo, son ustedes expertos en soledad, les recomiendo la experiencia de estar solos en París un Catorce de Julio. Ese día la ciudad se suelta su tumultuosa melena que el mes de julio unge con calor y perfume. En París todos los hombres tienen su chica; pero ese día cada hombre es un sultán. Luego la gente se agrupa y revolotea cotorreando por toda la ciudad, como bandadas de pájaros de brillantes colores. En medio del despliegue de gallardetes, el estallido de cohetes, la suelta de palomas y el descorchar de las botellas, la unidad de la alegría va creciendo a medida que avanza la noche. Nadie se queda fuera; toda la ciudad se convierte en una enorme fiesta. Estar solo en semejante carnaval es una extraña experiencia. Decidí no beber. Después de tomar unas cuantas copas sabía que una soledad sentimental echaría a perder mi desapego. Ser el frío y sosegado espectador de las escenas de enloquecida jarana, el hombre solitario que se hace a un lado dedicando una sonrisa pálida a las mujeres que lo acosan y las

serpentinatas de colores con que los enemigos de la soledad intentan apresarlos, era el placer que me había prometido para esa tarde y no tenía intención alguna de dejar que esos raros momentos de contemplación fueran arruinados por la miserable añoranza de una mujer que no podía encontrar.

Con esas buenas intenciones me abrí paso entre los bailarines y comencé a caminar por la Rue Dauphine. Quería estar cerca del río. A medida que me acercaba, la muchedumbre aumentaba, con sus voces revoloteando por encima como murciélagos en el espeso aire de la tarde. Se apoderó de mí un sentimiento de expectación. Mis pies se movían por sí solos. Salí al Pont Neuf. Todavía no había oscurecido, pero ya habían encendido los focos. La Tour de Saint Jacques brillaba dorada como la torre de un tapiz, y el esbelto dedo de la Sainte-Chapelle surgía misteriosamente del Palais de Justice, con cada escarpia y flor claramente marcadas. En lo alto, la Torre Eiffel lanzaba rayos de luz que giraban. Abajo, en el Vert-Galant, se oían gritos y risas y ruidos de cosas lanzadas al río. Me alejé de allí. Necesitaba ver Notre Dame. Atravesé la Place Dauphine y volví a tierra firme en el Pont Saint-Michel. Quería ver a mi amada desde el otro lado del río. Empujado por los juerguistas, me pegué al muro y miré sus torres nacaradas detrás de las cuales comenzaba a formarse la noche. A esa iglesia, curiosamente, la empequeñece su belleza, como a ciertas mujeres. Comencé a abrirme camino hacia ella, hasta que vi reflejada en un río inmaculado una diabólica Notre Dame, dibujada pero nunca totalmente inmóvil, como una calavera que aparece en un cristal como reflejo de una cabeza. Muy suavemente, la imagen iluminada se combó y fragmentó, absorbida en su propio ritmo silencioso, ignorando a las multitudes que atravesaban los puentes en ambas direcciones.

Estaba apoyado en el parapeto. Sin que disminuyera el calor, avanzaba la oscuridad, con una gradación de azules cada vez más profunda. Pasó un carro con una banda de acordeones y con una muchedumbre corriendo detrás. Un hombre que llevaba un gorro de papel se me acercó corriendo y me tiró confeti a la cara. Unos estudiantes cantaban en el Pont Saint-Michel. Un grupito desfilaba detrás de una bandera. Comencé a pensar que tal vez,

después de todo, fuera a tomar una copa. Así de precaria es la soledad. De repente, en lo alto, hubo una explosión siseante que se convirtió luego en un murmullo. Miré hacia arriba. Habían empezado los fuegos artificiales. Cuando la primera constelación bajó flotando lentamente y desapareció, un complacido «Aah» surgió de millares de gargantas y todo el mundo se quedó quieto. Siguieron varios cohetes. Podía sentir cómo la multitud iba tomando cuerpo gradualmente detrás de mí cuando la gente salió a los *quais* para mirar mejor. Estaba aplastado contra el parapeto.

Me dan miedo las multitudes y quería salir de allí, pero me era imposible moverme. Me tranquilicé y me puse a mirar los fuegos artificiales. Eran muy hermosos. Unas veces los cohetes subían de uno en uno y otras en grupos. Había algunos que estallaban con un ruido ensordecedor y se dispersaban como una lluvia de pequeñas estrellas doradas, y otros que se abrían con un suave susurro y que formaban casi inmóviles en el cielo un dibujo de grandes luces de colores que se hundían lentamente como si todas estuvieran unidas. Luego se disparaban seis o siete cohetes y, durante un instante, el cielo se llenaba de un extremo a otro de polvo dorado y flores cayendo, como un caos en el suelo de un invernadero. Me dolía el cuello. Lo froté suavemente, dejando que mi cabeza volviera a su ángulo habitual, y miré distraídamente a la multitud. Entonces vi a Anna.

Estaba al otro lado del río, de pie en una esquina del Petit-Pont, justo en lo alto de los escalones que descienden hasta el río. Tenía una farola encima y pude ver claramente su rostro. No había duda de que era ella. Cuando la miré, su rostro me pareció súbitamente radiante, como el de una santa en un cuadro, y los miles de rostros de alrededor quedaron oscurecidos. No podía imaginar por qué no la había visto enseguida. Durante un momento quedé paralizado; luego comencé a abrirme paso. Pero era absolutamente imposible. Estaba en la parte más abarrotada de la multitud y apretado con fuerza contra el muro. Ni siquiera podía girar mi cuerpo, y mucho menos intentar atravesar aquella densa masa de gente. No me quedaba más remedio que esperar el final de los fuegos artificiales. Puse mi mano sobre el corazón que latía con todas sus fuerzas, y clavé los ojos en Anna.

Me pregunté si estaría sola. Era difícil de saber. Decidí que lo estaba

después de mirarla unos minutos. Se encontraba perfectamente inmóvil, mirando hacia arriba, y, por profundo que fuera el murmullo de deleite que provocaba tal o cual espléndido cohete, no se volvía para compartir su placer con las personas que la rodeaban. Desde luego que estaba sola. Me sentí lleno de alegría. Pero también me sobrevino la angustia de pensar que cuando se desintegrara la muchedumbre la iba a perder. Quise llamarla, pero el murmullo de voces alrededor de nosotros era tan fuerte y difuso que me fue imposible hacerme oír. Seguí mirándola y la llamé con toda la fuerza de mi pensamiento.

Luego comenzó a moverse. En la otra orilla, la muchedumbre era menos densa. Dio un par de pasos y vaciló. Miré aterrorizado. Luego, para mi alivio, comenzó a bajar los escalones hacia el paseo junto al río, directamente enfrente de mí. Al hacerlo pude verla por entero. Llevaba una larga falda azul y una blusa blanca. No llevaba ni chaqueta ni bolso. Estaba casi frenético y la llamé. Pero era como disparar una flecha en medio de una tormenta. Miles y miles de voces cubrieron mi grito. Los escalones estaban ocupados por personas que sentadas y de pie miraban los fuegos artificiales, y a Anna le resultaba difícil bajar. Se detuvo a medio camino y, con un gesto típico y gracioso que recordaba muy bien, recogió su falda por detrás y siguió bajando.

Encontró un lugar vacío a orillas del río y se sentó, con los pies encogidos debajo de ella. Luego volvió a mirar los cohetes. El río estaba oscuro bajo el cielo nocturno y vidrioso, un espejo negro en el que cada farolillo formaba una lanza de luz, y la conflagración que se producía en el cielo dejaba caer de vez en cuando una moneda de oro. La fila de personas de la otra orilla se reflejaba claramente en él. La imagen de Anna yacía quieta frente a ella. Me pregunté si en el río, que en aquel punto de la orilla izquierda llegaba hasta el muro de la calle, se vería tan nítidamente mi reflejo. Agité mis manos esperando que mi imagen o yo mismo pudiera atraer su atención. Luego saqué una caja de cerillas y encendí una o dos junto a mi rostro. Pero en semejante galaxia de luces nadie se fijaría en mi lucecita. Anna miraba hacia arriba. Mientras seguía moviendo agitadamente la parte superior de mi cuerpo como un ridículo títere, ella permanecía sentada como una princesa

hechizada, con la cabeza echada hacia atrás y apretándose las rodillas; una corriente de estrellas cayó del cielo casi en su regazo. Un momento después algo se precipitó haciendo un ruido seco sobre el parapeto, junto a mi mano. Automáticamente lo recogí. Era el palo de uno de los cohetes. Cuando lo levanté, a la luz del siguiente estallido de estrellas, leí el nombre que llevaba escrito: BELFOUNDER.

Lo sostuve un momento con una especie de asombro. Luego, apuntando con cuidado, lo tiré al agua, de forma que cayó directamente en el reflejo de Anna, y al mismo tiempo moví el brazo y la llamé. La imagen se esparció y el cristal se agitó en una larga extensión entre los dos puentes. Anna bajó la cabeza; y, mientras yo me inclinaba hasta casi caer de cabeza al río, ella clavó sus ojos en el palo del cohete que se movía lentamente hacia el mar, dando de esa forma una perceptible prueba de que el agua que corre puede ofrecer un impecable reflejo. Luego alguien detrás de mí dijo: «C'est fini»; y sentí cómo la presión comenzaba a disminuir a mi espalda.

En suspenso, miré lo que iba a hacer Anna. La gente que estaba en la otra orilla comenzó a subir los escalones de los dos puentes. Anna se levantó lentamente y sacudió su falda. Se inclinó para frotarse un pie. Luego comenzó a volver hacia el Petit-Pont. Traté de abrirme paso en la misma dirección. La vi subiendo los escalones. Después la perdí de vista. Crucé el puente contra una marea de gente. Las voces y las risas soplaban como una galerna. Bajo las luces brillantes, los rostros se agolparon contra mí durante un momento, formando una sonrisa y escurriéndose rápidamente. Llegué al otro lado y comencé a dirigirme hacia el Pont Saint-Michel. Vi una corona dorada de pelo delante de mí y la seguí; cuando crucé el Boulevard du Palais vi que desde luego era Anna, que iba por delante de mí en la multitud. Sentí menos ansiedad. Habría podido alcanzarla si me hubiera esforzado, pero dejé que la muchedumbre nos llevara y esperé hasta que se despejó un poco. De esta forma recorrimos la isla.

Anna cruzó el Pont Neuf hasta la orilla derecha y llegamos a la acera junto al Louvre, donde había mucha menos gente; y cuando pasamos la multitud que había en el Pont des Arts estaba a unos setenta metros delante de mí y se la veía tan claramente como si fuera de día, bajo la luz de los reflectores

de la fachada. Vi que cojeaba un poco, quizá le hicieran daño los zapatos; pero, sin embargo, caminaba con fuerza y decisión, y por primera vez se me ocurrió que no iba sin rumbo. La habría podido alcanzar fácilmente. Pero algo me hizo detenerme. Sería mejor que viera adónde iba. Así que continué siguiéndola hasta el Pont Royal, donde se dirigió tierra adentro.

Me preguntaba qué vería Anna, qué llenaba en aquel momento su dorada cabeza. ¿Qué imagen de tristeza o de promesas nublaba para ella la escena en el centro de la cual se seguía moviendo como en sueños? ¿Quizá pensaba en mí? ¿Estaba París tan lleno de mí para ella como lo estaba de ella para mí? Fue, en parte, debido a la tonta esperanza de recibir alguna señal de que era así por lo que me frené y no me acerqué a ella. Una de las cosas que habíamos hecho a menudo Anna y yo era ir a los jardines de las Tullerías por la noche. Las Tullerías son infranqueables desde los *quais*, la plaza de la Concordia y la Rue de Rivoli, pero si te acercas desde la Rue Paul Deroulède están guardados únicamente por un foso cubierto de hierba y una barandilla baja. En las noches normales hay *gendarmes* cuya tarea consiste en patrullar por esa zona vulnerable: un riesgo que proporciona a las Tullerías de noche el hechizo peligroso de un jardín encantado. Esa noche, sin embargo, era probable que las ordenanzas habituales se suavizaran. Cuando vi que Anna se dirigía hacia los jardines mi corazón dio un vuelco, como debió de hacer el corazón de Eneas cuando vio a Dido dirigirse hacia la cueva. Apresuré el paso. La calle estaba resplandeciente de luz. Por un lado, el Arco del Carrusel parecía una arcada imaginada, al margen del entorno por sus perfectas proporciones; y, detrás, la enorme extensión del Louvre cerraba la escena orgullosamente iluminado y mostrando todos sus detalles. Al otro lado comenzaba el jardín, con su césped verde metálico bajo las farolas amarillas, y sus flores conscientes de su color y quietas como flores de un sueño que se abren y al mismo tiempo están inmóviles. Un poco más allá de las barandillas había árboles en el jardín, y al otro extremo de estos una explosión de luz anunciaba la plaza de la Concordia, y al otro lado, sobre una cuesta, se veía el iluminado Arco del Triunfo, que se recortaba contra un fondo oscuro, con una enorme *tricolore* que cubría toda la arcada ondeando en la parte central.

Anna iba ya caminando por el césped, cojeando aún un poco y pasando entre las blancas estatuas que pueblan esos senderos, con sus frentes ornadas de laurel y los traseros de mármol en diversas actitudes de elegante asimetría. Llegó a las barandillas, en una parte que muchas veces habíamos saltado, justo detrás de las panteras de bronce. Subió el bancal de hierba y levantó su larga falda, y yo me encontraba tan cerca de ella que antes de que traspasara la barandilla vislumbré su larga pierna hasta el muslo. Cuando pasé yo también, Anna estaba a unos treinta pasos de distancia, paseando entre los lechos de flores. Un poco más allá terminaba el césped y comenzaban los árboles. La vi recortándose contra el bosque como una niña solitaria en un cuento. Luego se detuvo. También yo me detuve. Quise prolongar esos momentos de encantamiento.

Anna se inclinó y se quitó uno de sus zapatos. Luego se quitó el otro. Me quedé a la sombra de un arbusto y sentí lástima por sus pobres pies. ¿Por qué la muy tonta siempre llevaba zapatos que le quedaban pequeños? Mientras yo estaba allí quieto, los perfumes de la noche subían desde la tierra y me rodeaban como una nube. Escarbó la fresca hierba con sus pies blancos. No llevaba medias. Luego comenzó a caminar muy lentamente por el sendero de hierba, llevando sus zapatos en la mano. Como alguien que se mueve arrastrado por una cuerda, la seguí. Un momento después entrábamos en el bosque. Se extendía ante nosotros, muy cerca, en filas y filas de castaños, con sus hojas iluminadas por una luz difusa, esas hojitas que parecen únicas de los castaños de París, dibujadas con claridad y cuyos bordes tomaban un color pardo dorado ya en el mes de julio. Anna entró en el bosque.

Allí terminaba el césped y surgía un suelo arenoso y suelto bajo los pies. Anna lo pisó sin vacilación. La seguí en la oscuridad. Había andado un poco por una de las avenidas cuando se detuvo. Miró a los árboles y metió sus zapatitos en una cavidad de las raíces. Después siguió caminando ya sin trabas. Eso me conmovió enormemente. Sonreí en la oscuridad. Estuve a punto de echarme a reír y dar palmas. Cuando llegué a la altura donde estaban los zapatos de Anna, no pude menos que detenerme y mirarlos, medio escondidos y acurrucados como una pareja de conejitos. Los miré un

momento y luego, obedeciendo a un impulso irresistible, los cogí.

No soy un fetichista y prefiero tener a una mujer en mis brazos que sus zapatos. Pero, cuando mi mano se cerró sobre ellos, temblaba. Luego me alejé andando, llevándolos en mis manos, y al pasar por la avenida arenosa mis pies no hacían ruido. En el momento en que me paré para recoger los zapatos, Anna había girado para entrar en otra avenida. Diagonalmente, a través de los árboles, veía su blusa blanca como una bandera pálida frente a mí. Estábamos en la parte más espesa del bosque. Comencé a darme prisa. Que ella estaba pensando ahora en mí, que estaba preparada para recibirme, era algo que ya no podía dudar después de esa persecución. Era una cita. Mi necesidad de ella me empujaba hacia delante como una fuerza física. Nuestro abrazo cerraría el círculo de los años y comenzaría la edad de oro. Como un acero atraído por el imán, seguí adelante.

La alcancé y abrí los brazos. «*Alors, chérie?*», dijo una voz suave. La mujer que volvió hacia mí su rostro no era Anna. Me tambaleé hacia atrás como un hombre herido. La blusa blanca me había confundido. Nos miramos un momento y luego yo me di la vuelta. Me apoyé contra un árbol. Eché a correr al azar por una de las avenidas, mirando a derecha e izquierda. Anna no podía estar lejos. Pero el bosque estaba muy oscuro. Un momento después me encontré junto a las escaleras del Jeu de Paume. Más allá de la verja de hierro se veían las luces resplandecientes de la plaza de la Concordia, donde en un tumulto de música y voces bailaban miles de personas. El ruido rompió sobre mí repentinamente, volví la cabeza como si alguien me hubiera arrojado pimienta en los ojos y me metí de nuevo entre los árboles.

Corría y llamaba a Anna. Pero de pronto el bosque pareció estar lleno de estatuas y amantes. Cada árbol había florecido con una pareja murmurante y cada perspectiva se burlaba de mí con una figura de piedra. Esbeltas formas revoloteaban por las avenidas y rostros pálidos y oblicuos atrapaban la escasa luz que penetraba en el bosque. El ruido de la plaza de la Concordia resonaba entre las copas de los árboles. Choqué con el tronco de un árbol y me hice daño en el hombro. Me fui corriendo por la columnata hacia una figura inmóvil que se enfrentó conmigo con ojos de mármol. Miré

a mi alrededor y volví a llamar. Pero mi voz quedó atrapada en el terciopelo de la noche como un cuchillo clavado en una capa. Era inútil. Atravesé la avenida principal, pensando que tal vez Anna se hubiera ido hacia la otra mitad del bosque. El rostro de un hombre me miró y tropecé con el pie de alguien. Corrí de un lado a otro como un perro perdido.

Cuando por fin me detuve agotado y desesperado, me di cuenta de que todavía tenía los zapatos de Anna. Me di la vuelta y con una renovada esperanza fui corriendo hacia el lugar por el que habíamos entrado por primera vez en las avenidas de árboles. Era difícil identificar el lugar exacto, porque todas las avenidas eran parecidas. Cuando creí haber encontrado el lugar, comencé a buscar el árbol que tenía una cavidad en sus raíces. Pero todos los árboles la tenían, y ninguno parecía exactamente el árbol donde Anna había dejado sus zapatos. Comencé a pensar que me había equivocado con respecto a nuestro punto de entrada. Volví al césped para probar de nuevo, pero sin gran seguridad. Al cabo de un rato decidí que todo lo que podía hacer era esperar a que Anna volviera. Me quedé apoyado en un árbol; mientras parejas susurrantes pasaban a mi lado en la oscuridad, llamaba a Anna de vez en cuando con un tono de tristeza cada vez mayor. Comencé a sentirme cansado y me senté al pie de un árbol, con los zapatos todavía en la mano. Pasó un tiempo indefinido; y, mientras tanto, una tristeza infinita descendió sobre mí como el rocío. Dejé de llamarla y esperé en silencio. La noche se enfriaba. Ya sabía que Anna no iba a venir.

Por fin me levanté y me froté los miembros entumecidos. Abandoné los jardines de las Tullerías. Las calles estaban cubiertas por los juguetes abandonados de la tarde. A través de un mar de papeles de colores, gente cansada volvía a sus casas. La fiesta había terminado. Me uní a la procesión; y, mientras caminaba junto a ellos en dirección al Sena, me preguntaba con qué pensamientos y por qué calles, tal vez no muy lejos de allí, Anna volvía a su casa descalza.

DIECISÉIS

Esperaba a que se pusiera el sol. Llevaba ya varios días de vuelta en Goldhawk Road. La luz del sol se movía muy lentamente por el muro blanco del hospital, lanzando una larga sombra desde una cornisa en la mitad del muro. La sombra se iba haciendo cada vez más larga y, a medida que se movía, mi cabeza se volvía sobre la almohada. El muro era de un blanco resplandeciente en el mediodía, pero hacia la tarde el resplandor se desvanecía y llegaba una luz más suave, como si surgiera desde dentro del hormigón, dejando expuestas las pequeñas irregularidades de la piedra. De vez en cuando un pájaro volaba entre las ventanas y el muro, pero siempre parecía más un pájaro de juguete, suspendido por una cuerda, que uno de verdad, que volaría hacia otro lado, pasado el hospital, y se posaría en un árbol. Nada crecía en el muro del hospital. A veces intentaba imaginar que había vegetación en el reborde: plantas húmedas con largas hojas como dedos, que caían desde hendiduras y se abrían en flores moteadas. Pero la realidad era que no había nada y hasta en mi imaginación el muro se me resistía y seguía siendo liso y blanco. Dentro de dos horas se pondría el sol.

Cuando el sol se hubiera puesto, quizá me dormiría. Nunca me permitía dormir durante el día. El sueño de día es un sopor maldito del cual uno despierta desesperado. El sol no lo tolera. Si puedes meterlo bajo tus párpados y los tratará de abrir; y, si pones cortinas negras en las ventanas, sitiara tu habitación hasta que haga un calor tan sofocante que por fin vayas tambaleándote hasta la ventana, con los ojos abiertos, para correr las cortinas y tener una visión espantosa, la luz del día fuera de la habitación

donde dormías. Hay pesadillas especiales para el durmiente diurno; pequeños sueños nerviosos que asoman en breves momentos inquietos de inconsciencia y que salen a través de la superficie de la mente para confundirse enseguida con el horror de una visión del despertar. Así son esos despertares, como despertar en una tumba, cuando abres los ojos, te estiras rígido y con las manos apretadas, esperando que se manifieste alguna desgracia; pero durante largo tiempo permanece sofocada en el pecho y no se articula en palabras.

Tenía miedo de dormirme. Cuando comenzaba a sentirme adormilado, me ponía en una posición menos cómoda; lo que no resultaba difícil, porque estaba tumbado en la cama plegable de Dave, que ofrecía innumerables posibilidades de incomodidad. Es una de esas camas dispuestas en un rectángulo de barras rígidas apoyadas en cuatro patas de acero en forma de doble uve. Donde las patas se unen con el rectángulo hay articulaciones salientes en las que se encajan también las barras que sostienen la lona. Cambiando la posición de mi cuerpo, era posible hacer que una de esas articulaciones se me metiera en las costillas o en la espalda. Así yacía un rato, contorsionado, hasta que se alejaba la bruma del sueño y la sustituía un estupor doloroso que la experiencia me había enseñado que podía durar indefinidamente sin oscurecer mi conciencia. Mi almohada estaba apoyada contra una mochila de Dave, que contenía una masa coagulada de botas y ropa vieja, que llevaba allí años; a veces la almohada se caía, dejándome apoyado contra la mochila y bañado en su aura de rancia transpiración. Necesitaba ver la ventana. El sol seguía moviéndose.

Mars estaba en algún rincón de la habitación. Yacía tan silencioso durante largos periodos que a veces pensaba que se había marchado y comenzaba a buscarlo con los ojos; y lo encontraba tumbado cerca de mí y mirándome. De vez en cuando intentaba ponerse a mi lado en la cama, pero yo me oponía. Su caliente pelaje tenía un aroma de sueño que me a-sustaba. A veces se estiraba cerca de mí en el suelo y durante un rato dejaba caer mi mano sobre su cuello. Otras, figaba por la habitación como si estuviera aburrido hasta que se echaba en una esquina apartada, gruñendo. De vez en cuando oía sus pezuñas golpeando el linóleo y venía y hundía su largo

hocico en mi rostro, lanzándome una mirada de angustia tan cercana a trascender su naturaleza que yo apartaba su cara y acariciaba el pelo de su lomo para asegurarme de que era solamente un perro.

Me preocupaba que no hiciera suficiente ejercicio. Era cierto que Dave lo llevaba todas las mañanas y tardes hasta Shepherd's Bush Green, y allí, según Dave, se ponía a correr como un loco hasta que era hora de volver a casa. Pero eso no podía ser suficiente para un perro grande; Dave, que iba a comenzar a dar clases de verano dentro de un par de días, tendría todavía menos tiempo para ocuparse de él. Me pregunté si Mars se sentiría desdichado; y luego me pregunté si, suponiendo que él no se supiera desdichado, se podría decir que era realmente desdichado. Decidí preguntárselo a Dave en algún momento.

Durante el día, Dave aparecía con frecuencia y oía el sonido distante de su máquina de escribir. Luego se producía un silencio. Me traía una comida al mediodía y otra por la tarde. No hablábamos. A veces por la tarde abría la puerta y me miraba durante un rato. Lo veía como a través del lado equivocado de un telescopio. Luego, mucho más tarde, recordaba que se había cerrado la puerta y él había desaparecido. Dave me había visto así antes. La cama crujía y se estremecía mientras yo me movía, inquieto. Tenía puestos mi camisa y mis calzoncillos y, aunque era un día soleado, me cubrían dos mantas. Estaba helado hasta el tuétano de mis huesos. Recuperé la almohada y, de nuevo, la apoyé contra la mochila. Di la espalda a la ventana. No había sol en la habitación, pero la luz que se reflejaba en el muro del hospital lo revelaba todo con una anormal claridad, como si se hubiera añadido una dimensión extra al espacio y los objetos se proyectaran y retrocedieran con una nitidez que los hacía casi insoportablemente presentes. Yacía mirándome los zapatos y preguntándome qué podía haberle ocurrido a Finn.

Había vuelto de París la mañana del 15. Me encontré a Dave y Mars en Goldhawk Road y Dave me contó la historia de cómo él y Finn habían pasado la noche anterior en Sandown Park, donde Lyrebird nos había hecho a todos el favor de ganar con tanta ventaja. Habían hecho la apuesta en el hipódromo y tan pronto como Dave recogió el dinero le dio a Finn su parte,

que alcanzaba la cantidad de doscientas diez libras. Finn se había guardado esa suma, que estaba casi toda en billetes de cinco libras, metiéndosela en diversos bolsillos. Lo hizo en silencio, con el aire de un hombre que se pone el paracaídas para dar un salto peligroso. Después estrechó la mano de Dave en silencio, reteniéndola un momento. Luego se dio la vuelta y desapareció en la multitud. No volvió a Goldhawk Road esa noche y Dave creyó que posiblemente se había ido conmigo, hasta que yo llegué a la mañana siguiente y, después de buscar a Finn, pregunté por él. Desde entonces no había vuelto a aparecer. No me sentía aún seriamente preocupado por él. Era probable que estuviera bebiendo. Me acordaba de una vez en que se había marchado y se había cogido una trompa que duró tres días y después tuvieron que traerlo a casa en una ambulancia. No podía imaginar que le hubiera ocurrido algo grave. De todas maneras, tenía muchísimas ganas de que volviera.

Después de mi regreso escribí enseguida a alguien del Club des Fous, pidiéndole que intentara encontrar a Anna y que me avisara. Pero no tuve respuesta. También había intentado, sin éxito, ponerme en contacto con Hugo. Nadie contestaba en su piso, y, según los de los estudios, se había marchado al campo. Dave me enseñó una copia de la carta que le escribiera a Sadie sobre Mars, que era una combinación magistral de argumentación amistosa y de amenazas. Pero hasta el momento Sadie no había dado señales de vida. Escribí a Jean-Pierre para felicitarlo por su éxito. Después me había tumbado en la cama plegable. Ya había pasado el día en que tenía una cita con Lefty y desde entonces había llamado dos veces preguntando por mí, y Dave le había dicho que yo estaba enfermo, cosa que, supongo, era cierta.

El muro del hospital estaba casi completamente cubierto de sombra. Solo había un triángulo de oro en la parte superior de la ventana, donde se veía aún el reflejo del sol de la tarde. Dave abrió la puerta y llamó a Mars, y pude oír a este danzar y ladrar en el pasillo ante la perspectiva de su paseo vespertino. Cuando Dave volviera con Mars podría considerar el irme a dormir. O tal vez sería demasiado temprano; y quizá me dormiría y me despertaría antes de que la noche comenzara. Eso me horrorizaba. Me levanté y ordené mi cama solo para espabilarme un poco. Me tumbé

lentamente en la cama de nuevo y me quedé muy quieto hasta que esta dejó de moverse. Mars estaba de vuelta, mirándome de cerca a la cara y trayendo con él una inquietante frescura procedente del mundo exterior. Su húmedo hocico y sus ojos resplandecían, y las manchas parduscas de su frente le otorgaban una perpetua expresión de expectación. Ladró una vez.

—¡Calla! —le dije. Ese ruido inquietante siguió en mis oídos mucho tiempo después, mientras se iba recomponiendo la estructura del silencio.

Era la mañana siguiente y esperaba la llegada del cartero. Lo hacía todas las mañanas. Mi reloj se había parado, pero sabía la hora por el muro del hospital. Ya era casi el momento. Ya llegaba. Luego oía sus pies en las escaleras, el ruido del buzón y un poco después un fuerte golpe seco. Debía de haber muchas cartas esa mañana. Oí entrar a Dave en el pasillo. Ese era el único momento real del día. Esperé. Hubo silencio. Dave se acercó a mi puerta. Se asomó dentro.

—No hay nada para ti, Jake —dijo.

Asentí con la cabeza y me di la vuelta. Podía ver que Dave seguía de pie en la puerta. Mars lo empujó para salir al pasillo.

—Jake —dijo Dave—, por el amor de Dios, levántate y haz algo, cualquier cosa. Se me ponen los pelos de punta de pensar en ti tumbado durante todo el día. No puedo concentrarme en la filosofía cuando me pones tan nervioso.

No dije nada.

Dave esperó un ratito. Luego dijo:

—No me hagas caso, Jake. ¿Quién soy yo para hablar? Pero debes levantarte, hazlo por ti.

Cerré los ojos y poco después oí cerrarse la puerta. Luego oí que Dave salía con Mars. Después, más tarde, Mars estaba de nuevo en la habitación y Dave se había ido, quizá a su escuela de verano. Decidí levantarme.

Al principio no encontré mi ropa. La habitación parecía un caos de objetos no relacionados entre sí. Me encontré deshaciendo automáticamente la mochila de Dave. La alejé de una patada. Luego vi mis pantalones en el rincón donde Mars los usaba como lecho. Estaban cubiertos de cortos pelos negros, los sacudí y me los puse. Abrí de par en par la ventana e hice unos ejercicios de respiración. La ola de calor había pasado y hacía un día

tonificante con viento de verano. Me asomé para mirar al cielo, muy por encima del muro del hospital, y vi la rapidez azul y blanca de las nubecillas. Mars daba saltitos a mi alrededor gimoteando de placer y saltando con sus ásperas patas. Cuando se ponía sobre sus patas traseras era casi tan alto como yo. Aunque, como ya he dicho, no soy muy alto. Ordené un poco la habitación. Luego encontré mi americana y salí de casa con Mars.

Goldhawk Road era espantosa. El tráfico provocaba un ruido constante y agudo y las aceras estaban llenas de personas que se paseaban trabajosamente por delante de escaparates llenos de loza barata y latas. Conseguí llegar con Mars hasta el Green y me senté debajo de un árbol sobre un suelo duro que intentaba producir un poco de hierba, aunque sin éxito. Mars corría por ahí y jugaba con otros perros. Volvía cada dos por tres para asegurarme que no se olvidaba de mí. Clavé los ojos en el cielo sobre el Shepherd's Bush Empire. Con una velocidad extraordinaria las masas cuajadas de nubes blancas caían dando volteretas tras los tejados. La prisa gigantesca y armoniosa que había en todo el cielo hacía que la prisa de la gente en las calles me pareciera nerviosa y miserable. Me levanté y di varias vueltas por el Green, escoltado por Mars. Luego volví con él al piso. Me había puesto demasiado nervioso pasear con él en medio de tanto tráfico y me había olvidado de su correa. Llamé al piso de Hugo y al estudio, pero con el mismo resultado negativo de antes. Después de eso salí de nuevo y paseé solo hasta que abrieron los pubs.

Al volver hacia el piso de Dave pasé por delante del hospital y me detuve. El hospital es una estructura grande de hormigón blanco con ventanas cuadradas y regulares y tejado plano. Es bastante reciente y habían aparecido fotografías de él en revistas de arquitectura. Tenía una gran cantidad de alas o transeptos que se proyectaban en diversas direcciones desde el edificio principal y que hábilmente distraían la mirada de la monotonía de su línea. En los pozos o cavidades creados por esos transeptos habían plantado jardines, con césped y pequeños árboles que un día se harían grandes, y cuyo cuidado sería ocasión de debates sin fin por parte de los comités del hospital, desgarrados entre los beneficios terapéuticos de los encantos de la naturaleza y la necesidad de que en las salas de las plantas

bajas hubiera más luz. Me quedé durante un rato mirando los coches entrar y salir del patio cuadrado delante de la entrada principal. Luego atravesé la calle y entré a pedir trabajo.

DIECISIETE

Más tarde me asombraría lo fácil que resultó que me contrataran; nada de preguntas, ni de petición de referencias. Quizá inspiré confianza. Nunca hasta entonces había intentado conseguir un trabajo en mi vida. Era algo que mis amigos hacían de vez en cuando y que siempre parecía una cuestión lenta y de difícil negociación y hasta de intrigas. De hecho, era el espectáculo de su mala suerte, junto con mi propio temperamento, lo que principalmente me había disuadido de cualquier intento en esa dirección. Nunca se me había ocurrido que se pudiera conseguir un trabajo simplemente yendo y pidiéndolo, y en un estado de ánimo normal no habría hecho ni siquiera el intento. Ustedes dirán, y con razón, que el trabajo que había conseguido con tanta facilidad pertenecía a esa categoría que no exigía una preparación especial y que además pocos lo querían, lo que producía una desesperada escasez de candidatos que garantizaba que contrataran al primero que llegara con tal de que no fuera un paralítico total; al contrario que mis amigos, que aspiraban a convertirse en altos funcionarios, columnistas de los diarios londinenses, funcionarios del British Council, miembros de las juntas de gobierno de las universidades o altos cargos de la BBC. Eso es cierto. Sin embargo, me sentía de lo más impresionado, en ese momento de nuestro relato, y no solo por haber conseguido el trabajo, sino también por la eficacia con que podía realizarlo.

Era lo que llaman un auxiliar. Mi horario era de ocho a seis, tenía tres cuartos de hora para almorzar y libraba un día a la semana. Trabajaba en un pabellón especializado en heridas en la cabeza al que llamaban Corelli,

según la costumbre del hospital de poner a sus pabellones el nombre de sus benefactores ricos: el señor Corelli había sido un fabricante de jabón de Sicilia cuyo hijo se había fracturado el cráneo cuando conducía su Lancia bajo la influencia del alcohol por Uxbridge Road. Una vez recuperado su hijo, el viejo Corelli había actuado con adecuada generosidad, y de ahí el nombre del pabellón donde yo llevaba cuatro días trabajando.

Mis tareas eran sencillas. Cuando llegaba a las ocho de la mañana cogía la fregona y el cubo para limpiar tres corredores y dos tramos de escaleras. Era muy fácil limpiar esas superficies y conseguía espectaculares alteraciones de color con ayuda de un poco de jabón. Después de eso lavaba la loza utilizada en el desayuno de los enfermos, que se apilaba esperándome ya en la cocina del pabellón. Corelli ocupaba tres corredores, uno en la planta baja llamado Corelli I, y dos en la primera planta llamados Corelli II y III. La cocina del pabellón, que estaba situada en Corelli III, era donde se centraba mi actividad; dejaba mi chaqueta en un cuartito al lado de la cocina y allí me retiraba para sentarme a leer los periódicos si tenía un momento libre. Después de fregar la loza, iba a coger latas de leche a la cocina principal, que se conocía como cocina del transepto, y volvía a Corelli III con ellas en un carrito, que subía en un ascensor de servicio especial. Esa parte me gustaba mucho. Para llegar a la cocina del transepto tenía que caminar por los corredores de otros pabellones con nombres extraños; y, mientras caminaba silenciosamente pasando junto a desconocidos en batas blancas, ellos dedicados a sus tareas y yo a la mía, me sentía como un hombre a quien se le ha confiado una importante misión. Cuando volvía a Corelli se me permitía llevar a cabo una operación de significado casi clínico, es decir, calentar la leche en la gran cocina eléctrica y servirla en tazas que las enfermeras llevaban a aquellos pacientes que podían tomarla. Después cortaba el pan y la mantequilla, y luego lavaba las tazas y los cazos y limpiaba la cocina.

Todavía me sentía muy nervioso con mis colegas y superiores, y muy deseoso de agradar. Con las enfermeras, que eran sobre todo jóvenes irlandesas que no tenían más pensamiento en la cabeza que el de casarse, me llevé inmediatamente bien. Al segundo día ya me llamaban Jakie y me

trataban con una especie de tiranía afectuosa y bromista. Me di cuenta con interés de que ninguna de ellas me tomaba en serio como hombre. Exudaba algún aroma que, aunque nos llevábamos de maravilla, las mantenía a raya; tal vez algún agudo instinto les advertía que yo era un intelectual. Con la enfermera jefe también me llevaba bien, pero de forma diferente. La enfermera jefe era una persona tan augusta, tan anciana y austera y con una idea tan elevada de su propia dignidad, que la posibilidad de ciertas fricciones eran eliminadas por la distancia social que existía entre nosotros. Mis peculiaridades personales no podían ofenderla, ya que no tenía el menor interés en mis pretensiones de ser una persona. Lo único que le importaba de mí era si hacía o no bien mi trabajo y que no molestara; como lo cumplía, ella me demostraba su aprobación ignorándome, salvo la primera vez que nos cruzábamos cada día en el corredor, cuando ella giraba ligerísimamente la cabeza con una débil intensificación de expresión que, de continuar indefinidamente, se habría convertido en una sonrisa.

Mi visión no se extendía, en la estratosfera de la jerarquía del hospital, más allá de la enfermera jefe. Era con las categorías intermedias de mi pequeña sociedad con las que mis relaciones eran más incómodas. Por debajo de la enfermera jefe había tres hermanas, una en cada Corelli, y era de esos seres de quienes recibía directamente la mayoría de las órdenes. La vida de estas mujeres, de edad bastante avanzada, era de lo más deprimente, gracias por un lado a la enfermera jefe, que las trataba con un implacable despotismo, y por otro a las enfermeras, que les devolvían con una burla velada y continua las putaditas que ellas, con el fin de recuperar su dignidad, les hacían a todas sus subalternas. Las hermanas no me entendían muy bien. Sospechaban que las ignoraba, no solo por mis relaciones amistosas con sus enemigas, las enfermeras, sino porque también eran las únicas en el hospital que habían adivinado algo de mi verdadera naturaleza. Les presentaba problemas que las ponían nerviosas; y, de todas las mujeres con las cuales yo tenía alguna relación en aquel lugar, solo para ellas existía como hombre. Una corriente eléctrica pasaba entre nosotros, ellas evitaban mirarme a la cara continuamente, y, cuando me daban órdenes, sus agudas voces subían un semitono más.

Sentía particular simpatía por la hermana de Corelli III, con la que tenía más trato, que se llamaba hermana Piddingham y era conocida entre las enfermeras como la Pid. La Pid tenía unos cincuenta años, quizá más, y habían pasado ya muchos desde que empezara a teñirse de negro sus largos cabellos grises. Su voz y sus ojos, que habían agudizado las guerras verbales y los hábitos profesionales del escrutinio crítico, me seguían continuamente mientras trabajaba en la cocina. Su constante deseo de criticarme creó un vínculo entre nosotros; me habría gustado hacer algo especial e inesperado para agradarla, como llevarle flores, pero sabía que ella me tomaba con suficiente seriedad como para entenderlo como un acto de condescendencia y odiarme por ello. Sentía tal respeto por el triste misterio de su modo de existencia que era casi terror. Las únicas otras personas del hospital a las que veía eran un hombre llamado Stitch, una especie de portero-jefe residente, que era muy estúpido y me odiaba con ganas, y una o dos criadas de los pabellones que eran medio deficientes mentales.

Todos los días a la hora de almorzar compraba unos bocadillos en la Cantina del Transepto y luego recogía a Mars en el piso de Dave; a veces veía un momento a Dave, de cuyo rostro aún no había desaparecido por completo el asombro que le produjo saber lo de mi trabajo; y yo me seguía diciendo que aquello valía la pena, aunque solo fuera por haberle producido semejante impresión a él. Luego volvía con Mars para sentarme en el jardín de Corelli I y comer mis bocadillos. El jardín consistía en una porción de césped suave y dos filas de cerezos. Sabía que eran cerezos porque las enfermeras siempre hablaban animadamente del aspecto que tendría el jardín en primavera. Me sentaba bajo uno de los árboles mientras Mars corría cerca, prestando su atención primero a un árbol, luego a otro, y las jóvenes enfermeras de Corelli venían, me rodeaban como ninfas y se reían de mí diciéndome que parecía un sabio sentado con las piernas cruzadas bajo mi árbol, admiraban y mimaban a Mars y me defendían de Stitch, a quien le habría gustado echarme del jardín junto con el perro. Me lo pasaba muy bien a la hora del almuerzo.

Era por la tarde cuando conseguía por fin echar una ojeada a los enfermos. Pero no hasta las últimas horas. Pensaba en ello a lo largo de todo el día.

Según mi aprehensión, el hospital iba disminuyendo en una escala de decrecientes grados de realidad en proporción a la distancia que me separaba de los pacientes. Ellos eran el centro con respecto al cual lo demás era periférico. Todos los enfermos de Corelli eran hombres y todos se encontraban en diversas condiciones físicas debido a golpes en la cabeza. Algunos tenían contusión con o sin fractura de cráneo y otros tenían lesiones misteriosas e importantes. Yacían allí con sus turbantes de vendas blancas y sus ojos empequeñecidos por el dolor de cabeza, mirándome mientras fregaba el suelo; sentía hacia ellos una mezcla de lástima y reverencia, como la que un indio sentiría por un animal sagrado. Me habría gustado hablar con ellos, y una o dos veces empecé una conversación, pero en cada una de esas ocasiones apareció una de las hermanas para cortarla. Se consideraba incorrecto que los auxiliares hablaran con los enfermos.

Lo que contribuía aún más al aura luminosa que rodeaba a los enfermos era el hecho de que, aunque estaba cerca de ellos todo el día, nunca los veía salvo en su plena dignidad de enfermos, yaciendo solitarios y silenciosos con las manos ociosas, comulgando privadamente con su dolor. Que en otros momentos fueran lavados y alimentados, que utilizaran orinales de cama, que se les quitaran de las afeitadas cabezas vendajes sangrientos y llenos de pus era algo que yo sabía de segunda mano por inferencia de los platos sucios y otros objetos menos agradables que entraban directamente en mi trabajo cotidiano. Cuando las enfermeras y los médicos se dedicaban a sus tareas casi sacerdotales, las puertas de las habitaciones se mantenían religiosamente cerradas y exhibían carteles prohibiendo la entrada. Muy de tarde en tarde, yo pasaba por el corredor junto a uno de los pacientes mientras lo llevaban o sacaban de su cama en una camilla; y, cuando oía el ruido sordo de las ruedas de la camilla, el pesado sonido de goma sobre goma, me las arreglaba para salir de donde estuviera y echar un vistazo al recién llegado, cuyo rostro y cabeza recién vendados, todavía con el asombro del mundo exterior, me convencían de que después de todo los enfermos eran hombres como yo.

Después de limpiar las habitaciones, había un intervalo en mi trabajo durante el cual me retiraba a mi cubículo, donde solo había sitio para

sentarse, y leía los periódicos vespertinos bajo una mortecina luz eléctrica. No había ventana en el cubículo y, como todas las paredes estaban cubiertas por las chaquetas del personal colgadas en ganchos, me sentía casi dentro de un armario. No me molestaba, puesto que los interiores de los armarios, desde mi niñez, siempre han ejercido una especie de fascinación peculiar sobre mí, sin duda por razones conocidas por los psicoanalistas. Sin embargo, me molestaba mucho la luz mortecina, y el segundo día compré a mis expensas una bombilla eléctrica más fuerte, la cual fue confiscada al tercer día por Stitch, que volvió a colocar la mortecina. Allí me sentaba, hojeando el *Evening Standard* y, mientras leía, los rumores del mundo exterior me llegaban como gritos distantes o sonidos de batallas lejanas en el tiempo y el espacio. A menudo aparecía el nombre de Lefty; y una vez el editorial estuvo dedicado por entero a él, escrito en términos escogidos para sugerir simultáneamente que era una grave amenaza pública y un miserable agitador callejero, indigno hasta del desprecio. Me fijé en que los socialistas independientes iban a organizar un gran mitin en el oeste de Londres dentro de un par de días, y era a propósito de eso por lo que el editor exigía de los *optimates* que ejercieran una mezcla peculiar de negligencia y fuertes medidas. Homer K. Pringsheim había dado una rueda de prensa en Londres en la que había dicho que las industrias británica y norteamericana del cine tenían mucho que aprender la una de la otra, y luego se marchó a la Riviera italiana. Otros nombres que buscaba no estaban allí.

También disfrutaba de esa parte del día. Por una vez podía combinar un considerable sentimiento de cansancio con una sensación que era casi enteramente nueva para mí, la de haber *hecho* algo. El trabajo intelectual me dejaba siempre con la sensación de no haber logrado nada: uno mira hacia atrás y ve a través del asunto como a través de una cáscara vacía; pero, si eso se debe a la naturaleza del trabajo intelectual como tal o a que yo no valgo, no lo he podido discernir nunca. Si se deja de sentir el contacto vivo con cualquier pensamiento que el trabajo contenga, la cosa se vuelve, en el mejor de los casos, seca, y, en el peor, repugnante; y, si uno sigue sintiendo ese contacto, el trabajo se infecta a través de ello de la cambiante vaciedad del pensamiento presente. Aunque puede que si uno concibe algún

pensamiento importante pierda esa cualidad de vaciedad. Me pregunto si Kant, cuando concibió su revolución copernicana, se diría de vez en cuando: «¿Pero esto no es *nada, nada?*». Me gustaría pensar que sí.

Había decidido esperar hasta el fin de semana para hacer otro intento de hablar con Hugo. El sentido de mi propio destino, que me había abandonado tan curiosamente en los días en que estuve tumbado en la cama plegable de Dave, había vuelto, y estaba seguro de que fuera quien fuese el dios que quería que Hugo y yo tuviéramos una amistad profunda no dejaría su trabajo inacabado. En lo que respecta a ese asunto sentía por el momento una cierta tranquilidad. Me preocupaban más las cartas de Francia, y tal vez por encima de todo Finn, de quien no teníamos ni la menor noticia. Dave había dicho que debíamos hacer pesquisas, pero era imposible, por la sencilla razón de que no había por dónde empezar. Por lo que sabíamos, Finn no tenía más amigos en Londres que nosotros, y con respecto a su paradero actual ni siquiera podíamos esbozar una teoría. Dave sugirió que fuéramos a la policía, pero yo me mostré contrario. Si Finn estaba borracho, perdido en algún lugar, mi último y triste acto de amistad sería dejar que siguiera así. De todos modos, aquello me preocupaba bastante y durante aquellos días pensaba mucho en él.

Otro problema sin resolver era el de Mars, y de eso me preocupaba muy de vez en cuando. Sadie y Sammy todavía no habían dado señales de vida y su silencio comenzaba a ponerme nervioso. A veces sentía la tentación de ir a ver a Sadie y hablar del asunto con ella. Pero también tenía miedo de esto, en parte porque, *au fond*, ella me daba un poco de miedo, sobre todo ahora que había hecho algo malo, y en parte porque no me gustaba la idea de que me quitaran a Mars. No quería que Mars, en su vejez, cayera en manos de alguien, por ejemplo, Sammy, de quien sospechaba que sentiría poco respeto ante una vida que no podía explotar, aunque no fuera humana. Así que no hice nada y esperé.

Pasaron un par de días; ocurrió a última hora de la tarde. Faltaba media hora para que acabara mi jornada de trabajo. Debido a mi excepcional diligencia, prácticamente había terminado, pero aunque no me quedaba más que hacer no podía salir del edificio hasta que el reloj señalara las seis.

Estaba pensando que dentro de unos minutos iría a fregar el suelo de la cocina; nunca se acababa de limpiar. Pero por el momento no tenía prisa. Me sentía muy cansado; se me hacía evidente que desde luego ese era el inconveniente principal de un trabajo, que por otra parte resultaba fascinante, y es que era agotador. Decidí que en el futuro, alguna vez, me las arreglaría, allí o en otro lugar, para trabajar solo media jornada. Luego podría escribir durante la otra mitad del día. Se me ocurrió que pasar la mitad del día dedicado al trabajo manual podría sosegar los nervios de quien pasaba la otra mitad haciendo un trabajo intelectual, y no me imaginaba cómo no había pensando antes en esa forma de vivir que garantizaba que no pasara ni un día sin hacer *algo*, alejando así para siempre ese sentido de inutilidad que crece durante los prolongados periodos de esterilidad. Pero todo eso era para el futuro. Por el momento, mi única idea consistía en continuar con mis tareas y esperar a que me alcanzara mi destino. Tenía confianza en ello; aunque, mientras pasaba distraídamente las páginas del *Evening Standard*, de pie por la escasez de luz, no tenía ni idea de lo rápido que ese destino galopaba para llegar a mí.

Vi en el periódico que el gran mitin de Lefty se había celebrado más temprano aquel día, no sin considerables disturbios y la intervención final de la policía. Había varias fotografías de agentes montados controlando a la muchedumbre. Alguien había tirado una bengala de magnesio y dos mujeres se habían desmayado. Lefty había pronunciado un discurso, que, por lo que podía entender, estaba repleto de inocuos y aburridos comentarios acerca de tecnicismos referentes a la unión de organizaciones izquierdistas. Un conocido miembro de los sindicatos, que también era miembro del partido de Lefty, había dado otro discurso, y también una diputada del Parlamento, que aunque no era miembro del partido era muy guapa.

Mientras leía esto, oí cómo se abrían las puertas giratorias que llevaban al corredor principal, y luego el ruido de las ruedas de una camilla. Traían a un nuevo paciente. A través de la puerta de cristal del cubículo vi pasar a la Pid y la oí taconear con sus zapatos negros por el corredor del pabellón. Entreabrí la puerta, pero me quedé dentro. Stitch empujaba en mi dirección la camilla sobre la cual, bajo una manta roja, yacía postrado un cuerpo.

Stitch se sorprendió y movió coléricamente su cabeza para indicar que yo no tenía por qué andar allí mirando. No me habló, según una ley no escrita que decía que los empleados de un hospital, mientras van llevando a los enfermos por los pasillos, no pueden hacerlo; pero su mirada era harto expresiva. Se la devolví con toda la insolencia de la que fui capaz. Luego bajé los ojos hacia el rostro del hombre que estaba en la camilla y que pasaba en ese momento frente a mí. Era Hugo.

Su rostro estaba mortalmente pálido, y sus ojos, cerrados. Una venda con manchas oscuras envolvía su cabeza. Me quedé allí, rígido. Luego la camilla pasó. Volví al cubículo, cerré la puerta y me apoyé contra ella. Tenía sentimientos encontrados. El más inmediato fue de culpabilidad; como Hamlet frente al fantasma de su padre. Tuve la curiosa sensación de que había sido por un descuido mío por lo que Hugo había resultado herido. Junto con esto, experimenté inmediatamente cierta satisfacción al pensar que, tan pronto como yo había dejado de buscarlo, le habían dado un golpe en la cabeza y me lo habían traído a mí. Me sentía un poco dolido por su indiferencia en el estudio. Pero, nada más ocurrírseme esa idea, me abrumaron los remordimientos, y lo único que me importó fue hasta qué punto Hugo estaba gravemente herido. Salí al corredor.

Habían puesto a Hugo en una habitación individual, al fondo. Vi a la Pid salir y volver. La seguí hasta el gabinete de consulta.

—¿Qué le pasa a ese tipo tan grande? —le pregunté—. ¿Es algo grave?

No había nada anormal en esa pregunta; hacía la misma pregunta con respecto a cada nuevo paciente que llegaba al pabellón.

—Ya le he dicho que no debe entrar en esta habitación —me dijo.

Nunca me hablaba llamándome por mi nombre.

—Lo siento —dije—. Me marcho ahora mismo. Pero ¿es grave?

—Debería estar haciendo su trabajo —dijo la Pid—. Le diré a Stitch que le encargue más tareas.

Me dispuse a marcharme. Luego, cuando ya salía por la puerta, ella añadió:

—Le han tirado un ladrillo en ese mitin. Tiene una contusión. Estará aquí unos cinco días.

—¡Gracias! —le dije, y me escurrí con la agilidad de un pez. Me había hecho una gran concesión.

Entré en la cocina y comencé a fregar el suelo. Stitch entró y me hizo una serie de observaciones que apenas oí. Me preguntaba qué hacer. Tenía que ver a Hugo. Era una extraña jugarreta del destino que, aunque estuviéramos juntos, fuera en circunstancias que hacían la comunicación prácticamente imposible. Estábamos en una situación que impedía totalmente cualquier relación. Por mi cabeza pasaron cientos de posibilidades. Debido a un desafortunado azar, al día siguiente libraba; así que, si pensaba ver a Hugo durante mis tareas habituales, tendría que esperar hasta el momento en que limpiaría su habitación dos días después, por la tarde. Y aun así lo máximo que podría estar con él serían quince minutos; y en cualquier caso eso era esperar demasiado tiempo. Siempre era posible que, para entonces, si las heridas resultaban leves, hubiera abandonado el hospital; pero, aparte de eso, yo no podía resistir la idea de esperar tanto. Me habían traído a Hugo y tenía que verlo enseguida: pero ¿cómo? Luego se me ocurrió otra dificultad y era que Hugo estuviera inconsciente.

Me maldije mientras pasaba la fregona furiosamente por debajo de los armarios. Stitch se había marchado. Me pregunté si sería posible cambiar mi día libre, u ofrecerme a trabajar al día siguiente; y luego entrar furtivamente en la habitación de Hugo en algún momento de la mañana. Sería muy difícil con las enfermeras y los médicos pasando continuamente. Y, aunque me ofreciera, ¿me dejarían trabajar al día siguiente? Tendría que hablar con Stitch sobre el asunto, pero se daría cuenta de que yo lo quería así y me diría que era imposible. Si tuviera un poco más de tiempo podría arreglármelas para que me lo pusiera como castigo; pero ya era demasiado tarde. Mientras pensaba en ello entró una de las enfermeras. Era la más irlandesa de las enfermeras, que tenía una voz que constantemente me recordaba a Finn.

Le pregunté:

—¿Cómo está ese tipo tan grande?

—¡Dentro de poco estará pidiendo a gritos la comida!—dijo la enfermera. Cuando lo oí decidí lo que iba a hacer; y desde luego solo tenía una posibilidad. Volvería al hospital en mitad de la noche. Esa idea me llenó de

una especie de terror religioso a la vez que me fascinó. Nunca había visto un hospital por la noche, aunque lo había intentado imaginar muchas veces. A los terrores de su silencio y soledad imaginados se añadía la sensación de que mi presencia allí a esas horas sería una especie de sacrilegio. Si me descubrían estaba seguro de que me matarían en el acto. No tendrían piedad. Pero tenía que hacerlo. La proximidad de Hugo estaba levantando en mí un tornado que solo su presencia podía calmar. Tenía que verlo.

Guardé la fregona y me quité mi mono blanco pensando con rapidez. Ya eran más de las seis. Tenía que preparar los detalles de mi plan enseguida, porque si tenía que tomar alguna medida preparatoria debía hacerlo ya. ¿Cómo entraría en el hospital? Hice un cuadro mental del lugar y me pareció una fortaleza inexpugnable. La entrada principal estaba abierta toda la noche, pero muy iluminada, como yo ya sabía por haber pasado delante de ella muchas veces al ir a casa de Dave. El portero de noche estaría de guardia y me pararía para preguntarme qué hacía. Pensé en las varias mentiras que podía contar, pero ninguna resultaba lo suficientemente verosímil como para que me dejaran entrar sin que nadie más se enterara. Había una puerta trasera en Corelli I donde guardaban el carbón y las bicicletas. Era la puerta que usaba habitualmente. Pero sabía, por algo que había dicho Stitch, que cerraban la puerta a las diez; y sin duda ocurriría lo mismo con cualquier puerta trasera que hubiera en el lugar. Por supuesto, siempre se podía entrar a través de los pabellones de accidentes, donde llevaban los casos urgentes. Pero también esa entrada tendría su guarnición, así que había pocas posibilidades de escurrirme sin que nadie me viera; y un error sería fatal. Mi única posibilidad consistía en entrar por una ventana; y, si lo hacía, tenía que decidir ya qué ventana usaría.

Me puse la chaqueta y empecé a bajar lentamente por la escalera principal. Tenía la cabeza llena de confusión. El lado del edificio que daba al patio de bicicletas estaba iluminado durante toda la noche. Cualquiera que intentara entrar desde el patio sería visto claramente desde la calle. Los extremos de los transeptos entraban dentro del radio de las farolas, y el edificio principal tenía su propia fila de farolas que rodeaba el patio. Quedaban los jardines del transepto, que eran pozos de oscuridad. La mayoría de las ventanas que

daban a esos jardines eran de las habitaciones de los enfermos. Era imposible pensar en entrar por una de ellas; porque, incluso si tuviera la sangre fría suficiente y comprobara que una de esas ventanas estaba abierta, desde luego no la tendría luego para entrar por ella a las dos de la madrugada y correr el riesgo de ser perseguido por los gritos de algún enfermo nervioso. Había otras posibilidades, como la del fregadero de Corelli I. Pero me podía ver la hermana del turno de noche de Corelli I, que estaría en la habitación al lado; y la misma objeción valía para las otras ventanas que iban desde el jardín hasta las oficinas de la administración del pabellón. Mi única esperanza eran las zonas más anónimas y públicas del transepto, alrededor de la cocina. Era cierto que siempre había alguien en o cerca de la cocina toda la noche; pero también había varios vestuarios y almacenes, que parecían abandonados y que ni siquiera durante el día recibían ninguna visita, cuyas ventanas daban al fondo del jardín, donde estaría más oscuro.

Al llegar al final de las escaleras me volví, con un aire de patente indiferencia, hacia la cocina del transepto. Cuando estoy maquinando algo me resulta muy difícil darme cuenta de que probablemente no tengo un *aspecto* diferente del de otras ocasiones. Estaba seguro de que la expresión de mi cara me traicionaba y, cuando pasaba junto a alguien en el corredor, volvía mi rostro delator hacia otro lado. Pasé con firmeza por la puerta de la cocina. La mitad superior de la puerta era de cristal transparente y mirando de reojo vi figuras que se movían en el interior. Elegí la segunda o tercera puerta del otro lado y giré bruscamente. Mi memoria había funcionado. Era un almacén, contra cada pared había apoyadas diez armaduras de camas de hierro. Cerré silenciosamente la puerta y avancé por el centro de la habitación. Se veía un cuadradito de sol y de sombra del jardín, y las filas de cerezos. La sombra de la zona Corelli se proyectaba nítidamente en el césped y lo recortaba en dos triángulos de verdes contrastes. Me quedé durante un momento mirando hacia fuera. Luego desatranqué la ventana.

Era una sencilla ventana batiente, con un pestillo en la mitad y una barra perforada en el fondo que regulaba la apertura. Giré el picaporte y quité el pestillo, abriendo una o dos pulgadas la ventana, de forma que el pestillo

descansara contra el cristal de fuera. No quería que la ventana pareciera abierta, y por otro lado quería estar seguro de que se abriría desde fuera cuando llegara el momento. Tardé unos momentos en comprobar que se habían cumplido las dos condiciones. Luego estudié la posición de la ventana cuidadosamente en relación con las filas de árboles. Después volví y escuché en la puerta hasta estar seguro de que no había nadie en el corredor. Salí, cerré la puerta y volví hacia Corelli. No me había visto nadie. Un momento después salía del edificio.

DIECIOCHO

Lo primero que hice después fue tomarme una buena copa. Mi corazón latía como un ejército avanzando. Nunca serviría para una conspiración. Luego volví al piso a buscar a Mars. Lo llevé en el autobús hasta Barnes, tomé cerveza y unos bocadillos en el Red Lion, y luego paseé con él por el Common hasta que oscureció. Cuando volvimos a Goldhawk Road era casi de noche. Dejé a Mars en el piso; no había rastro de Dave. Habría ido a alguna reunión. Luego comencé a andar al azar hacia Hammersmith. Quería que pasaran las horas lo más rápido posible. Los pubs estaban a punto de cerrar y me bebí todo el whisky que pude en los últimos diez minutos. Caminé hasta casi llegar al río. No pensaba en nada en concreto, pero mi mente estaba dominada por Hugo. Era como si desde su cama del hospital sujetara el extremo de una cuerda a la cual estaba yo atado, y de vez en cuando sentía cómo daba tirones. O, también, era como si Hugo se cerniera sobre mí como un gran pájaro; y no sentía ningún placer ante la perspectiva de nuestro inminente encuentro, salvo una especie de ciega satisfacción ante la proximidad de lo inevitable.

Miré el reloj. Era más de medianoche y estaba en el puente de Hammersmith, no lejos del lugar donde habíamos soltado a Mars de su jaula. Miré río arriba e intenté localizar el teatro de mimo dentro de aquella masa de edificios de la orilla norte. Pero estaba demasiado oscuro para ver. Luego se apoderó de mí el pánico, por si llegaba al hospital demasiado tarde. Me puse a caminar rápidamente y paré un taxi en Hammersmith Broadway, que me devolvió a Goldhawk Road. Pero aún era demasiado temprano. Di

varios paseos arriba y abajo por la calle, pasando ante el hospital. Todavía no había dado la una y había decidido no entrar antes de las dos. Seguí alejándome del hospital, pero había algo que me arrastraba otra vez hacia él. Decidí imponerme pequeñas tareas: esta vez caminaría hasta el Seven Stars antes de volver; la siguiente vez me quedaría debajo de un puente del ferrocarril mientras fumaba un cigarrillo. Me sentía angustiado.

A la una y veinte no pude resistir más. Decidí entrar. Pero esta vez, mientras me acercaba, toda la escena me pareció terriblemente expuesta. Las farolas resplandecían y todo el edificio parecía cubierto de luz. A medida que me acercaba veía que había gente en la entrada y luces en las ventanas de todas las escaleras, y en algunas de las salas. No había previsto tal grado de iluminación nocturna. Es cierto que los jardines del transepto estaban oscuros y por lo que veía no había luces en Corelli, salvo una lucecita que sin duda procedía de la habitación de la hermana del turno de noche. Sin embargo, para llegar a los jardines del transepto tenía que cruzar un ancho paseo de grava y césped que se extendía a lo largo de todo el hospital y por cada lado del patio, y la zona entera estaba iluminada por infatigables farolas. Postes bajos con cadenas oscilantes separaban el paseo de grava de la calle. La oscuridad parecía muy lejana.

Escogí un punto lo más alejado posible de la entrada principal y miré cautelosamente en las dos direcciones de la calle. No había nadie. Luego eché una carrera y salté por encima de las cadenas, atravesando la grava como una flecha, y seguí diagonalmente por el césped. Corrí a toda velocidad, mis dedos apenas tocaban el suelo; y en un momento llegué a la oscuridad del jardín del transepto. Dejé de correr y me quedé quieto en el césped para recobrar el aliento. Miré hacia atrás. No había nadie. Me rodeaba un gran silencio. Levanté la mirada hacia Corelli. Únicamente estaba la lucecita de la primera planta. Comencé a caminar por el césped, tocando los cerezos uno por uno al pasar. Ahora que estaba lejos del resplandor de las farolas se me ocurrió que era una noche muy clara. Desde la calle el jardín parecía negro como el azabache, pero en el propio jardín la oscuridad no era densa, sino difusa, y mientras caminaba sentía que podían verme claramente desde las ventanas, y esperaba oír en cualquier momento

una voz preguntándome qué hacía. Pero no había nadie.

Desde fuera todo parecía muy diferente y me costó cierto tiempo identificar la ventana del almacén. Cuando lo hice me sorprendió comprobar lo alta que quedaba desde el suelo. Me alivió ver que se abría sin ninguna resistencia y sin hacer ruido. Miré a mi alrededor. El jardín estaba vacío y quieto, los cerezos se volvían hacia mí como bailarines inmóviles en un cuadro. Todavía no había aparecido nadie en el camino. Abrí la bisagra y luego enganché mis dedos con fuerza al marco de acero de la abertura, por los dos lados. Pero la base de la ventana estaba demasiado alta como para poder alcanzarla con mi rodilla y no había alféizar en la parte exterior. Me alejé. Dudé ante la idea de dar un salto, por temor a hacer ruido. Luego creí oír pasos acercándose por el camino. Rápido como una centella, metí una mano en la abertura y me lancé. El borde de acero del marco se me clavó a la altura de la cadera y al instante me incliné suavemente sobre el alféizar de la parte interior y tiré de mis piernas. Me quedé como muerto en el suelo del almacén. Había un silencio dentro del cual me parecía haber provocado una enorme cantidad de ruido. Pero el silencio continuó.

Bajé la ventana, dejándola entornada como antes. Luego fui caminando por el medio de la habitación, sintiendo, en lugar de viendo, los oscuros bultos de las armaduras de hierro de las camas a ambos lados. Aquello *sí* que estaba negro como el azabache, con una densa oscuridad que parecía anegar los ojos. Busqué a tientas el picaporte, escuché un momento y luego salí al corredor. Las fuertes luces y las blancas paredes penetraron por la puerta y me deslumbraron. Mis ojos, acostumbrados a la oscuridad, parpadearon ante la embestida de luz, y me los tapé. Luego me volví en dirección a Corelli, con mis pies haciendo un ruido sordo sobre el suelo engomado. Allí era imposible esconderme. Simplemente tenía que esperar a que alguna bondadosa deidad se encargara de que no me encontrara con nadie.

El hospital estaba desierto, pero a la vez extrañamente vivo. Lo oía ronronear y mascullar como un animal dormido, y, aunque a veces me llegaba como una oleada de silencio, sentía dentro el latido de su gran corazón. Cuando pasé por la cocina del transepto giré la cabeza, porque temía que si me encontraba con una mirada humana tendría la culpa escrita

tan claramente sobre mi rostro como si gritara «¡Qué vergüenza!» por sí solo. Llegué a la escalera principal. Era inmensa, estaba desierta y resplandeciente. El ruidito de mis pisadas despertaba eco muy arriba, por el gran hueco de la escalera, y mirando hacia lo alto vi los rectángulos superpuestos de los pasamanos disminuyendo hasta convertirse en un lejano punto. No pensaba en nada en ese momento, ni siquiera en Hugo, y, si alguien me hubiera sorprendido, habría farfullado como un idiota. Llegué a la puerta de Corelli III.

Allí me detuve. No tenía una idea muy clara de cómo se organizaba el pabellón por la noche. Si había enfermeras durmiendo en el pabellón, estarían en la planta de abajo. En Corelli III probablemente no habría nadie más que los enfermos, con la excepción de la hermana del turno de noche. Con respecto a esa persona, la conocía solo por lo que me habían contado de ella, y me la imaginaba, incluso antes de planear esta aventura, como una especie de diosa nocturna, una Piddingham de los infiernos. Mientras pensaba en ella, con la mano en la puerta, me eché a temblar como un postulante acercándose a la cueva de la Sibila. Abrí la puerta silenciosamente y entré en el familiar pasillo del pabellón.

Había una o dos luces encendidas en el corredor, pero las habitaciones de los pacientes estaban a oscuras. La cocina y las oficinas de administración estaban también a oscuras, excepto la habitación de la hermana, y desde ella salía luz, ya que la mitad superior de la puerta era de cristal esmerilado. Temía que, a través de ese semitransparente medio, la hermana del turno de noche, a la que yo estaba dispuesto a atribuir poderes sobrenaturales, aparte de toda la sutileza de los seres humanos ordinarios, pudiera verme pasar; así que atravesé la primera parte del pasillo a gatas. Cuando me hube alejado lo bastante de su puerta, me puse de pie y me deslicé hacia delante, sin hacer ningún ruido. Un silencio espectral parecía devorarme. De pronto me encontré delante de la puerta de la habitación de Hugo. Agarré el picaporte, que era una barra de hierro oblicuo que debía bajar para abrir la puerta. Lo sujeté con firmeza, como si quisiera obligarlo al silencio, y lo bajé con un movimiento largo y suave. Manteniéndolo bien bajo, empujé la puerta. Se abrió como en sueños, tan suavemente como si estuviera cediendo ante mi

pensamiento. Sostuve el picaporte hasta que traspasé el umbral y luego lo cogí por la parte de dentro con mi otra mano. Cerré la puerta con firmeza detrás de mí y solté el picaporte. No se produjo ningún ruido.

Estaba en la penumbra. En la puerta, más o menos a la altura de una cabeza humana, había una ventanita rectangular de unos cincuenta centímetros cuadrados a través de la cual llegaba un poco de luz del corredor. Veía el rojo de las mantas y un bulto encorvado sobre la alta cama. Un instinto de precaución me hizo apoyarme sobre una rodilla. Luego la forma se movió y Hugo dijo con voz clara:

—¿Quién anda ahí?

Dije:

—¡Chsss! —Y añadí—: Soy Jake Donaghue.

Luego hubo un momento de silencio, y después Hugo dijo:

—¡Dios mío!

Quise alejarme de la luz. Giré sobre mí mismo hasta sentarme y me escurrí sobre las posaderas para pasar por debajo de la cama de Hugo. Había limpiado a conciencia el suelo de esa habitación la tarde anterior a la llegada de Hugo y resbalé como sobre una pista de hielo. Me detuve al otro lado de la cama y me apoyé contra la pared con las rodillas encogidas. Me sentía completamente tranquilo.

Los ojos de Hugo me buscaron en la oscuridad y me encontraron. Sonreí, con la cabeza inclinada.

—¡Esto es demasiado! —dijo Hugo—. Estaba dormido.

—No hables tan alto —le dije— o te oirá la hermana.

Bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—¡Prefiero que no me anden acosando!

Eso me molestó.

—¡No te estoy acosando! —le susurré en respuesta—. Trabajo aquí. La última cosa que esperaba era verte.

—¿Trabajas aquí? —dijo Hugo—. ¿Qué haces?

—Soy auxiliar.

—¡Vaya por Dios! —dijo Hugo—. Con todo, podías haber esperado hasta mañana.

—Habría sido muy difícil verte durante el día, cuando estoy trabajando.

—¿Así que no estás trabajando ahora? —preguntó Hugo.

—No.

—Entonces *estás* acosándome.

—¡Oh, vete al infierno! —le dije—. Mira, Hugo, quiero hablarte de muchas cosas.

—Bueno, esta vez no puedo escapar, ¿no? —dijo. Se recostó en la cama y durante unos momentos nos miramos de la forma en que la gente se mira mutuamente cuando no puede ver los ojos del otro.

—¿Por qué estás tan obsesionado, Jake? —dijo Hugo—. Me di cuenta en el estudio. Durante años no has hecho ningún esfuerzo por verme y luego de repente te pones a perseguirme como un loco.

Creí que debía decirle la verdad.

—He visto a Sadie y a Anna y eso me ha hecho recordarte.

Vi cómo Hugo se cerraba como una anémona marina.

—¿Cómo volviste a encontrarte con esas dos? —dijo con voz precavida.

Sentí que debía ser desesperadamente veraz.

—La chica con la que estaba me echó a la calle, así que busqué a Anna y ella me mandó donde Sadie.

Vi cómo Hugo se estremecía.

—¿Sadie te dijo algo de mí? —preguntó.

—Nada en particular —dije, mintiendo por primera vez—. Pero Anna me dio noticias tuyas.

Quería volver al tema de Anna.

—Sí —dijo Hugo—. Anna me dijo que te había visto. Fuiste al teatro una noche, ¿no? Me habría gustado verte después. Lo lamenté cuando Anna me dijo que te habías marchado. Evidentemente no tenías ninguna gana de verme *entonces*.

Me sentí incapaz de hablar sobre eso en detalle.

—Tenía miedo de verte, Hugo —dije.

—No te entiendo, Jake—dijo Hugo—. No sé cómo alguien puede tener miedo de mí. Nunca entendí por qué te largaste como lo hiciste. Entonces tenía muchas ganas de hablarte. Nunca hubo nadie con quien pudiera hablar

de las cosas como contigo. Podíamos haber debatido sobre tu invento.

—¿Qué invento? —pregunté.

—Ese libro tuyo —dijo Hugo—. No me acuerdo de cuándo salió, pero debió de ser después de que te largaras de Battersea o habríamos hablado de ello, y no me acuerdo de ninguna conversación por el estilo.

Apoyé mi cabeza con fuerza contra la pared, como se hace cuando estás en plena crisis alcohólica.

—¿Te refieres a *El silenciador*? —pregunté.

—Sí, eso —dijo Hugo—. Por supuesto, había partes que encontré muy difíciles. ¿De dónde sacaste todas esas ideas?

—De ti, Hugo —dije débilmente.

—Bueno —dijo Hugo—, por supuesto, me di cuenta de que había algunas de las cosas de las que habíamos hablado. Pero sonaba muy diferente.

—¡Ya lo sé! —dije.

—Mucho mejor, quiero decir —comentó Hugo—. Me he olvidado de lo que hablábamos entonces, pero era como una gran confusión, ¿no? Tu libro era muy claro. Aprendí mucho de él.

Miré fijamente a Hugo. Su cabeza vendada se recortaba contra la luz de la ventanita; no podía ver su expresión.

—Estaba avergonzado de esa cosa, Hugo —dije.

—Supongo que uno se avergüenza siempre de lo que escribe —dijo Hugo—. Nunca he tenido el valor de escribir nada. Espero que por lo menos hayas ganado algún dinero con el libro. ¿Se vendió bien?

—No mucho —dije.

Me pregunté durante un momento si se estaría burlando de mí, pero era imposible. Hugo era incapaz de burlarse de nadie.

—Demasiado intelectual, supongo —dijo Hugo—. A la gente nunca le gustan las cosas originales cuando las ve por primera vez. Espero que no te hayas desanimado. ¿Estás escribiendo otro diálogo?

—¡No! —dije, y añadí, solo para que siguiera la conversación mientras yo ordenaba mis ideas—: Pensé en volver a mirar esa cosa hace poco y desarrollar un par de ideas, pero no encontré ningún ejemplar.

—¡Qué lástima! Te habría podido prestar el mío —dijo Hugo—. Lo guardo

en el cajón de mi escritorio y le echo un vistazo de vez en cuando. Me recuerda un poco a nuestras charlas. Lo pasaba muy bien. Apenas uso mi cerebro desde entonces.

—Fui a tu piso una noche, la semana pasada —dije—; dejaste una nota diciendo «He ido al pub», y me puse a recorrer los pubs buscándote.

—No tenías por qué ir muy lejos —dijo Hugo—. Estaba en el King Lud.

—Fui hacia el este —dije—. Conocí a Lefty Todd aquella noche.

—Por supuesto, tú conoces a Lefty —dijo Hugo—. Lo he visto hoy en el mitin, antes de que me tiraran un ladrillo a la cabeza.

—A propósito, ¿cómo está tu cabeza? —le pregunté.

—Oh, está bien —dijo Hugo—. Solo tengo un rabioso dolor de cabeza, y si no fuera por ti estaría rabiando en sueños. Pero, Jake, nunca me has contado por qué te esfumaste. ¿Hice algo que te ofendió?

—No —respondí con paciencia—. Fui yo quien te ofendió a ti. Pero ahora veo que fue un malentendido. Vamos a dejarlo.

Vi que Hugo me miraba intensamente. La abultada venda hacía parecer enorme su cabeza.

—Tu problema, Jake —dijo Hugo—, es que te impresiona demasiado la gente. Yo te impresioné demasiado.

Me quedé sorprendido.

—*Estaba* impresionado —dije—. Pero no sabía que tú te habías dado cuenta.

—Todo el mundo tiene que seguir su propio camino, Jake —dijo Hugo—. Las cosas no importan tanto como tú crees.

Me sentí exasperado con Hugo.

—No sé lo que quieres decir. Tú creías que había cosas que importaban cuando te tomaste el trabajo de montar el teatro en Hammersmith. —Quería atraerlo de nuevo al tema de Anna.

—Oh, *eso...* —dijo Hugo, que se quedó en silencio durante un momento—. Lo hice para complacer a Anna, pero era una tontería.

Contuve el aliento. Tenía que pisar con cuidado ahora si quería extraer de él la confesión completa que ansiaba oír; y mientras respiraba lentamente podía oler los pensamientos de Hugo.

—Quieres decir que a ella no le gustaba mucho —dije con tono persuasivo.

—Sí que le *gustaba* —dijo Hugo—, ¿pero qué importaba? Con las mentiras no se va a ninguna parte. No es que fuera exactamente una mentira. Después de todo, los dos comprendimos la situación. Sin embargo, fue una especie de mentira.

Me sentía un poco perdido ya.

—¿Quieres decir que ella no estaba muy interesada en eso, pero que estaba atrapada de alguna manera? —pregunté.

—No, claro que estaba interesada —dijo Hugo—, pero *yo* no lo estaba. Y luego ella metía todas esas sandeces orientales. ¡Dios sabe de dónde las sacaba!

—¡Las sacó de ti! —le dije con toda la mordacidad que pude poner en un susurro.

—¡Eso es absurdo! —dijo Hugo—. Pudo coger algunas vagas ideas de mí, pero no tenían nada que ver con eso.

—¿Por qué actuabas en el mimo si te parecía que todo era tan malo? —le pregunté.

—Tienes razón; no debía haberlo hecho —dijo Hugo—, pero lo hice para complacerla y, además, ella parecía estar *haciendo* algo allí.

—Sí —dije—, ella sabe crear cosas.

—Bueno, los dos sabéis crear cosas, quiero decir Anna y tú —dijo Hugo.

—¿Por qué lo dices? —le pregunté.

—Es solo porque me parece —dijo Hugo— que nunca he creado nada en mi vida.

—¿Por qué destruiste el teatro? —le pregunté.

—No lo destruí —dijo Hugo—. Fue Anna quien lo hizo. De repente comenzó a pensar que no tenía ningún sentido y se marchó.

—¡Pobre Hugo! —dije—. Así que entonces se lo donaste al NPSI.

—Bueno —dijo Hugo—, los del NPSI necesitaban con urgencia de una sede y pensé que por qué no dársela a ellos.

Hugo me daba lástima. Me lo imaginé solo en el teatro después de que el ser que le había dado vida a este se hubiera ido.

—No sabía que tuvieras ideas políticas —le dije—. Las habrás desarrollado después de que dejáramos de vernos.

—No estoy seguro de tener ideas políticas —dijo Hugo—, pero creo que las ideas de Lefty son *decentes*.

Ese era un término elogioso muy elevado en el vocabulario de Hugo.

—¿Trabajas con él? —le pregunté.

—¡Por Dios, no! —dijo Hugo—. No sabría hacerlo. Simplemente le doy dinero. Es todo lo que puedo hacer.

—Supongo que lo de los cohetes sigue yendo viento en popa —dije—. Me he enterado de que uno de tus clientes es el Ayuntamiento de París.

—Ah, los cohetes —dijo Hugo—; he vendido la fábrica, ¿sabes?

—No lo sabía —dije—. ¿Por qué?

—Bueno, la verdad es que no creo en la empresa privada —dijo Hugo—, o al menos me parece que no creo en ello. Entiendo poco de eso. Y si alguien tiene una duda sobre su actividad, lo mejor es dejarla, ¿no te parece? De todas formas, mientras tenía la fábrica no tenía más remedio que ganar dinero, y no tengo ganas de eso. Quiero viajar ligero de equipaje. Si no, nunca se entiende nada.

—Yo siempre he viajado ligero de equipaje —dije—, pero eso no *me* ha ayudado a entender nada. Pero ¿qué pasa con el cine, o eso es diferente?

—También lo he dejado —dijo Hugo—. Hay un nuevo tinglado anglo-francés que se va a quedar con la Bounty Belfounder y les deseo suerte.

—Entiendo —dije. Me sentí conmovido—. Pero seguirás siendo un hombre rico, Hugo —añadí.

—Supongo que sí —dijo Hugo—. No me gusta pensar en eso. Supongo que me desharé del dinero de alguna forma. Voy a darle mucho a Lefty. A ti también, si quieres.

—Eres un hombre extraño, Hugo —dije—. ¿Por qué esa urgencia repentina por deshacerte de todo?

—No es repentina —dijo Hugo—. Simplemente se trata de que siempre he sido un cobarde y una persona llena de confusión. Y supongo que nunca me habría decidido a hacer algo, ni siquiera ahora, si no hubiera sido porque mi vida se ha liado tanto que ni siquiera yo podía seguir ignorándola.

Pensé en Anna.

—¿Te has sentido muy desdichado?

—Por supuesto —dijo Hugo—. Casi me he vuelto loco. Pero eso no es excusa por haberme portado tan mal. A propósito, siento haberte colgado aquel día el teléfono cuando llamé a Welbeck Street. Me quedé tan asombrado al oír tu voz que sentí vergüenza y colgué.

No podía comprenderlo.

—¿Por qué te sentías tan avergonzado? —pregunté.

—Bueno —dijo Hugo—, por las cosas que estaba haciendo y por las que tenía intención de hacer. Tienes una opinión demasiado alta de mí, Jake. Eres un sentimental.

—¡Chsss! —le dije con fuerza y los dos nos quedamos en silencio.

Se oían pasos en el corredor. De repente me di cuenta con sobresalto de dónde estaba. Los pasos se acercaban. Tal vez hubieran oído nuestras voces, que con la animación de la discusión habían subido de volumen. Me acerqué silenciosamente hasta el borde de la cama, para hacerme invisible desde la puerta. Tal vez fuera simplemente la hermana del turno de noche en su ronda, y después de todo no nos hubiera oído. Los pasos se detuvieron junto a la puerta de Hugo y la abertura cuadrada se oscureció. Apreté mi rostro contra la manta roja y contuve la respiración. Me pregunté de repente si Hugo no me denunciaría a la hermana y durante un momento lo creí capaz. Pero Hugo yacía rígido y lo oí respirar profundamente. Luego, un momento más tarde, el rostro se retiró y los pasos fueron lentamente hacia la puerta siguiente. Me tranquilicé, y, todavía apoyado contra la cama, miré a Hugo mientras mis pensamientos volvían a ordenarse.

Pensé que con habilidad podría sonsacarle algo. Hugo se mostraba comunicativo. Era solo cuestión de decir las cosas apropiadas y él me lo contaría todo.

Rompí el silencio con un susurro muy bajo.

—Anna ha dejado de cantar.

Hugo se quedó un momento en silencio.

—Anna está muy bien —dijo con cierta brusquedad.

Me di cuenta de que había cometido un error. Lo intenté de una manera más directa.

—Hugo —le dije—, ¿de qué te sentías avergonzado cuando llamaste allí y

yo contesté al teléfono?

Hugo vaciló. Lo vi toqueteándose la venda y mirando por encima de mí.

—Me porté mal con ella —dijo.

—¿Cómo?

Susurré la pregunta, reduciendo mi presencia al mínimo. Quería que Hugo hablara en soliloquio. Vi la figura huidiza de Anna.

—Oh, la perseguí horriblemente —dijo Hugo.

—¿Ella te amaba? —murmuré, y todo el aire a mi alrededor temblaba.

—Oh, no... —dijo Hugo—. Todo fue en vano. ¿Sabes? —dijo—, a veces creía que tú le gustabas.

Mis músculos se relajaron por todo mi cuerpo como animalitos que se quedan dormidos, y estiré las piernas. Durante unos momentos, Hugo me dio lástima mientras cavilaba sobre la imagen que había evocado. Pero no era momento para cavilaciones. Tenía que conocer los hechos: las teorías podrían venir después. Mi disposición en aquel momento era casi científica.

—¿Qué te hizo pensar eso? —pregunté—. Quiero decir, que yo le gustaba.

—Hablabas muchísimo de ti —dijo Hugo— y me preguntaba cosas sobre ti.

—Vaya lata —dije, y sonreí para mis adentros. No hay nada más irritante que el hecho de que el objeto de tu interés te pregunte por la persona que a ella le interesa, si resulta que no eres tú.

—Estaba encantado de serle útil —dijo Hugo, con un aire desagradablemente humilde.

¿Era Hugo franco conmigo?, me pregunté de repente.

—¿Cuándo la vas a volver a ver? —le pregunté—. ¿De verdad se va a marchar?

—No lo sé —dijo Hugo—. Realmente no sé qué planes tiene. Es como el tiempo. Nunca se sabe con Sadie.

—Quieres decir Anna, ¿no? —dije.

—¡Quiero decir Sadie! —dijo Hugo.

Los nombres de las dos mujeres sonaron como un trompetazo en el bosque. Algo que se había formado en mi mente se rompió en pedazos, que volaron a mi alrededor como pájaros.

Me levanté sobre una rodilla para acercar mi rostro al de Hugo.

—¿De quién hemos estado hablando? —le pregunté.

—De Sadie, por supuesto —dijo Hugo—. ¿De quién te imaginabas?

Agarré con fuerza la manta. Mis pensamientos estaban tomando otra dirección y me mostraban un cuadro totalmente diferente.

—Hugo —dije—, ¿podemos aclarar esto de una vez?

—¡Cállate! —dijo Hugo—. Estás hablando muy alto.

—¿De quién estás enamorado? —le pregunté—. ¿De cuál de las dos?

—De Sadie —dijo Hugo.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—¡Maldita sea! —dijo—. ¡Cómo no voy a saberlo! ¡He sufrido más de un año de angustia por esa mujer! Pero ¿tú no sabías todo eso?

—Me lo contó —dije—. ¡Me lo *contó*! Pero, por supuesto, no la creí. —Volví a sentarme en el suelo y mecí mi cabeza entre las manos.

—¿Por qué por supuesto? —dijo Hugo—. Después de todo te llamó para que la defendieras de mí, ¿no? ¡Solo que tú te largaste! —Hablaban con amargura.

—Me encerró —dije—. No podía aguantarlo.

—¡Qué suerte! ¡Ojalá me hubiera encerrado a mí! —dijo Hugo.

—No podía creerla, no era capaz —dije.

—¿Te contó lo mal que me porté? —dijo Hugo.

—Bueno, dijo algo vago sobre la posibilidad de que irrumpieras en su casa.

—Es una mujer de lo más bondadosa —dijo Hugo— si no te ha contado más que eso. Me comporté como un loco. Irrumpí en su casa una vez por la noche y otra vez entré durante el día, mientras ella estaba en el estudio, y busqué cartas y me llevé algunas de sus cosas. Estaba totalmente chiflado por ella. Te lo digo, Jake, mi vida ha sido un perfecto caos durante casi un año. Por eso tengo que dejar todo esto y empezar de nuevo.

—Pero, Hugo, ¿no es posible! —dije—. No *puedes* estar enamorado de Sadie.

—¿Por qué no? —dijo Hugo. Estaba furioso.

Me sentía incoherente. La imposibilidad de que Hugo amara a Sadie se cernía sobre mí inexpresablemente y no era capaz más que de balbucear al imaginarme que Hugo quisiera a Sadie. «No es digna de ti», estuve a punto de decirle, pero me callé. Tampoco era por eso.

—Pero tú conocías a Anna —le dije—. ¿Cómo puede alguien conocer a Anna y preferir a Sadie?

—Te daré una razón —dijo Hugo, y su voz estaba llena de furia—. ¡Sadie es más inteligente!

Tenía una confusa sensación de que algo terrible se estaba levantando entre nosotros. Hugo también lo vio y añadió inmediatamente:

—Jake, eres un tonto. Sabes que cualquiera puede amar a cualquiera y preferir a esta o a la otra.

Nos quedamos en silencio, yo todavía agarrado a la manta y Hugo semincorporado en la cama. Sentía sus piernas cerca de mi mano y estaban rígidas.

—Todavía no lo comprendo —dije por fin—. No es solo que crea que es imposible. Pero es que todos los indicios apuntaban en otra dirección. ¿Por qué te metiste entonces en lo del teatro de mimo?

—Ya te lo dije —respondió Hugo—, fue por complacer a Anna.

—Pero ¿por qué, por qué? —Yo luchaba con esa idea.

—Bueno, no lo sé —dijo Hugo con impaciencia—. Probablemente no debería haberlo hecho. Nada bueno viene de esas concesiones. Son solo mentiras.

Sus palabras penetraron confusas y opacas en mi mente. Luego de repente me di cuenta de la verdad. Me levanté.

—Anna te ama —dije.

—Claro que sí —respondió Hugo—. Está tan loca por mí como yo por Sadie. Pero yo pensaba que tú ya sabías todo esto, Jake.

—Lo sabía —dije—. Lo sabía todo. ¡Solo que lo entendía todo al revés!

Caminé hasta la puerta y miré a través de la ventanita. Vi una fila de puertas blancas enfrente de mí y un suelo rojo. Me volví hacia Hugo y vi su rostro claramente por primera vez. Estaba aún muy pálido y, mientras me miraba ansiosamente bajo la venda, su faz arrugada e intensa se parecía a la de Rembrandt.

Volví al otro lado de la habitación. Quería ver el rostro de Hugo oscurecido.

—No me había dado cuenta de todo eso —dije—, si no me habría

comportado de otra manera.

En aquel momento no sabía de qué forma me habría comportado; todo lo que sabía era que tenía una llave inglesa que había dislocado el pasado, el presente y el futuro. Hugo me miraba duramente, aunque le dejé ver mi rostro, pero no mis ojos. Si podía leer en él la verdad, buena suerte. Yo sabía que a mí me costaría mucho tiempo aclararme.

—Solo dime una cosa más sobre Anna, Hugo, lo primero que se te ocurra —le dije—. Cualquier cosa que me ayude a entenderlo mejor.

—Bueno, no sé qué decir —dijo Hugo—. Lamento todo esto, Jake; así es la vida, ¿no? Yo amo a Sadie, a la que le gustas tú, y tú amas a Anna, a la que le gusto yo. Perverso, ¿no?

—Vamos, Hugo —dije—, di algo sobre Anna. Dime cuándo empezó.

—Hace mucho tiempo —dijo Hugo—. Conocí a Anna por Sadie y a ella solo le hizo falta echarme un vistazo, quiero decir a Anna.

—¡No te preocupes! —dije—, ya lo tengo todo claro.

—Al principio me persiguió —dijo Hugo—. Lo dejó todo para perseguirme. Ni siquiera podía marcharme de Londres y quedarme en un hotel. Al cabo de uno o dos días se presentaba. Estaba desesperado.

—Me cuesta creerte —le dije a Hugo—. No quiero decir que piense que te lo has inventado. Simplemente que me cuesta creerlo.

—Bueno, pues inténtalo —dijo Hugo.

Me esforcé por reconocer en esa delirante ménade a la Anna que yo conocía, la tiernamente lejana Anna que siempre mantenía en equilibrio a sus admiradores con la gentil imparcialidad de una madre. Sufrí mucho.

—Has dicho «al principio» —dije—. ¿Luego qué pasó?

—No pasó gran cosa nunca —dijo Hugo—. Me escribió centenares de cartas. Hermosas cartas. Guardé algunas. Luego se volvió más sensata y la vi un poco más.

Me encogí.

—Me gustaba verla —dijo Hugo—, porque podía hablarle de Sadie.

—¡Pobre Anna! —dije.

—Lo sé —dijo Hugo—. He sido un bruto con las dos. Pero ahora me largo. Y te aconsejo que tú te largues también —añadió.

—No sé lo que quieres decir —dije—, ¡pero ni hablar!

—Hay situaciones que no se pueden desenredar nunca —dijo Hugo—, tienes que dejarlas a un lado. Tu problema, Jake, es que quieres comprenderlo todo con empatía, y no puede ser. Uno debe andar a trompicones, aunque se equivoque. La verdad reside ahí.

—¡Oh, al infierno la verdad! —le dije. Me sentía confuso y enfermo—. Es extraño —continuó. Picoteaba entre las cosas de las que acababa de enterarme—. Estaba seguro de que el teatro había sido idea tuya por completo. Me parecía algo muy propio de ti. «Las acciones no mienten; las palabras, siempre.» Pero ya veo que todo ha sido una alucinación.

—No sé lo que quieres decir con «propio de ti» —dijo Hugo—. El teatro fue todo idea de Anna. Simplemente le ayudé. Tenía una especie de teoría general sobre él, pero nunca entendí muy bien en qué consistía.

—Eso es exactamente lo que era tuyo —dije—. Eras tú reflejándote en Anna, al igual que ese diálogo eras tú reflejándote en mí.

—No reconozco esos reflejos —dijo Hugo—. La cuestión es que la gente debe hacer lo que pueda y ojalá que le salga bien.

—¿Qué puedes hacer tú? —le pregunté.

Hugo se quedó en silencio durante largo rato.

—Cositas complicadas con mis manos —dijo.

—¿Es eso todo? —le pregunté.

—Sí —dijo Hugo.

Nos quedamos de nuevo en silencio.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le pregunté.

—Voy a hacerme relojero —dijo Hugo.

—¿Qué? —pregunté.

—Relojero. Por supuesto, tardaré muchos años. Pero ya me las he arreglado para convertirme en aprendiz de un buen profesional en Nottingham.

—¿Dónde?

—En Nottingham. ¿Por qué no?

—No sé por qué no —dije—. ¿Pero por qué todo eso? ¿Por qué relojero?

—Te lo he dicho —respondió Hugo—. Hago bien ese tipo de cosas.

¿Recuerdas lo bien que hacía los fuegos de artificio? Solo que eso no tiene mucho sentido.

—¿Y no se puede decir lo mismo de los relojes? —le pregunté.

—No —dijo Hugo—; es un viejo oficio. Es como hacer pan.

Miré el rostro oscurecido de Hugo. Estaba enmascarado, como siempre, por una especie de inocencia.

—Estás loco —le dije.

—¿Por qué dices eso, Jake? —dijo Hugo—. Todos los hombres deben tener un oficio. El tuyo es escribir. El mío será hacer y reparar relojes, y espero hacerlo bien.

—¿Y qué pasa con la verdad? —le dije alocadamente—. ¿La búsqueda de Dios?

—¿Qué más quieres? —dijo Hugo—. Dios es una tarea. Dios es un detalle. Todo está al alcance de tu mano.

Buscó y cogió un vaso que estaba sobre la mesilla junto a su cama. La luz de la puerta se reflejaba en el vaso y parecía encontrar un destello de contestación en los ojos de Hugo, mientras yo intentaba en la oscuridad desvelar lo que decían.

—Está bien —dije—, está bien, está bien.

—Siempre estás esperando *algo*, Jake —dijo Hugo.

—Tal vez —dije.

Comenzaba a encontrar que la conversación me pesaba. Decidí marcharme. Me levanté.

—¿Cómo le va a tu cabeza? —le pregunté a Hugo.

—Mucho mejor —dijo—. Me has hecho olvidarme de ella. ¿Cuánto tiempo crees que van a tenerme aquí?

—Unos cinco días ha dicho la hermana.

—¡Dios! —dijo Hugo—. No puede ser. Tengo montones de cosas que hacer.

—A lo mejor te dejan salir antes —dije. No me interesaba. Quería sentarme en algún lugar tranquilamente y digerir lo que me había contado Hugo—. Me voy —dije.

—¿Sin mí? ¡Ni lo sueñes! —dijo Hugo, y comenzó a levantarse.

Estaba escandalizado. Lo agarré y comencé empujarlo. Ya había asumido

la ética del hospital. Un paciente tiene que hacer lo que le digan y no comportarse según su libre albedrío.

—¡Vuelve inmediatamente a la cama! —le dije con un urgente susurro.

Forcejamos durante un momento. Luego Hugo se distendió y metió de nuevo los pies en la cama.

—Ten compasión, Jake —me dijo—. Si no me ayudas a marcharme ahora, tendré que estar aquí a lo mejor días y días. Ya sabes cómo son estos sitios. Te quitan la ropa y te quedas indefenso. A propósito, ¿dónde está mi ropa?

—En un armario metálico al final de este corredor —contesté tontamente.

—Sé buen chico. Ve y tráemela —dijo Hugo—, y enséñame la manera de salir de aquí.

—Todavía no estás bien como para levantarte —le dije—. La hermana dice que sería peligroso que te movieras.

—Acabas de inventártelo en este momento —dijo Hugo—. Estoy perfectamente; lo sé y tú también lo sabes. *Tengo* que salir de este lugar. Tengo que hacer cosas muy urgentes mañana, y una mierda me voy a quedar aquí prisionero. Vete a buscar mi ropa.

Hugo hablaba con un repentino aire de autoridad y me di cuenta con angustia de que yo tenía una fuerte tendencia a obedecerle. Para resistirme le respondí:

—Trabajo aquí, Hugo. Si hago lo que me pides perderé mi empleo.

—¿Hay alguien que sepa que estás aquí? —preguntó Hugo.

—Claro que no.

—Entonces nadie sabrá que fuiste tú quien me ayudó.

—Nos cogerán al salir —dije.

—No tienes por qué acompañarme —dijo Hugo.

—Por supuesto que sí —dije—. No podrás encontrar tú solo la salida.

Maldije a Hugo con toda mi alma. No quería correr ese riesgo por él, pero comprendía que iba a ceder.

—Hazlo por mí, Jake —dijo Hugo—. No te lo pediría si no fuera urgente.

—Vete a la porra —le dije.

Fui a la puerta y miré mi reloj. Eran un poco más de las cuatro. Si iba a actuar, debería hacerlo rápido. Miré el rostro taciturno de Hugo. Sabía que

haría lo que él quisiera. Tenía que hacerlo.

—Vete a la porra —volví a decirle.

Abrí la puerta silenciosamente y la dejé entreabierta. Luego comencé a caminar sin hacer ruido. Entre el guardarropa y la habitación de la hermana había solo una puerta, en el lado más cercano a mí. Había un armario para cada paciente de Corelli III, cada uno asignado a una cama en particular. Las llaves de los armarios se guardaban allí también, en un cajón. Una vez dentro de la habitación, no habría dificultad en encontrar la ropa de Hugo; pero, por supuesto, la propia habitación podía estar cerrada. Esperaba sinceramente que lo estuviera. «¡Oh, ojalá esté cerrada!», me dije cuando mi mano tocó la puerta del guardarropa. No lo estaba. La puerta se abrió sin hacer ruido. Una vez dentro, en la semioscuridad, discutí conmigo mismo preguntándome si no sería mejor volver y decirle a Hugo que la puerta estaba cerrada. Podía haberlo estado. Era *muy fácil* que lo estuviera. Luché con esa idea, no estaba seguro de si debía considerarla o no una tentación. Intenté convencerme de que tenía una obligación con respecto al hospital; pero ya era demasiado tarde para apelar a esas reservas. El momento para sentirme unido por algún vínculo o contrato con el hospital había pasado hacía cuatro minutos. Estaba ya embarcado en ayudar a Hugo. Ya estaba comprometido con él. Mentirle sería un acto de traición. Cogí las llaves.

Abrí el armario y con mucho cuidado puse el contenido pieza a pieza sobre la mesa. La vieja camisa a cuadros de Hugo, sus pantalones de pana más gastados todavía, una chaqueta deportiva nueva que olía a jabón, una camiseta y calzoncillos Jaeger, calcetines con agujeros y botas sucias. Pequeños objetos tintineaban en los bolsillos de Hugo. Contuve el aliento y comencé a coger las cosas, apilándolas prenda por prenda en los brazos y poniendo las botas encima, de manera que casi no podía ver. Luego descubrí que había dejado abierta la puerta del armario y el manojito de llaves colgado en la cerradura. Una por una, volví a colocar las cosas sobre la mesa, cerré el armario y devolví las llaves al cajón. No es que importara, porque la desaparición de Hugo se notaría casi tan pronto como la mano del ladrón en la cerradura del armario, pero me gusta ser ordenado. Luego volví a cargarme con sus cosas y fui arrastrando los pies hasta la puerta. Mientras

caminaba me imaginaba qué pasaría si una de las botas de Hugo se cayera al suelo. Pero no sufrí ningún contratiempo. Me deslicé por el corredor sintiéndome como si alguien me apuntara con una Sten por la espalda. La puerta de la habitación de Hugo estaba entreabierta y entré de costado, echando el montón de ropa en la cama con un suave ruido.

Hugo se había levantado y estaba junto a la ventana, vestido con un camisón blanco recto y mordiéndose las uñas.

—¡Colosal! —dijo. Cogió alegremente la ropa, mientras yo cerraba de nuevo en silencio la puerta.

—¡Date prisa! —le dije—. Si quieres salir de aquí, vámonos ya.

Nunca había sentido menos simpatía y consideración hacia Hugo como en aquel momento. Me fijé en que mientras se vestía seguía tocándose la cabeza con la mano y me pregunté distraídamente si esa escapada no le provocaría algún daño serio; pero esa posibilidad ya no me interesaba, ni como cuestión de debate, ya que ese momento había pasado, ni por el bienestar de Hugo, porque cualquier preocupación que pudiera tener al respecto fue desplazada por una preocupación mayor por mí mismo. Me sentía extremadamente irritado con Hugo por haberme obligado a serle desleal al hospital, y tenía una gran ansiedad con respecto a nuestras posibilidades de salir sin que nos vieran. En cuanto a lo que a mí podía pasarme si nos cogían, sentí un terror que aumentaba en proporción a la vaguedad de mis suposiciones. Me eché a temblar. Hugo estaba listo. Intentaba torpemente hacer la cama.

—¡Déjalo! —le dije con toda la brutalidad que pude—. Mira —continué—, tendremos que pasar por delante de la habitación de la hermana del turno de noche, que tiene un cristal en la parte de arriba, así que vamos a tener que ir a gatas ese trozo. Será mejor que te quites las botas, tienen pinta de hacer un ruido tremendo. Sígueme y haz lo que yo haga. No hables, y, por el amor de Dios, cuida de que nada se caiga de tus bolsillos. ¿Vale?

Hugo dijo que sí con la cabeza, con los ojos abiertos como platos y el rostro resplandeciente de inocencia. Le miré exasperado. Luego asomé la cabeza por la puerta.

No había señales de vida de la hermana y no se escuchaba ningún ruido.

Salí escurriéndome y Hugo me siguió, haciendo ruidos propios de un oso, una mezcla de gruñidos y pasos pesados. Me volví, fruncí el ceño y me puse un dedo en los labios. Hugo movió la cabeza con entusiasmo. La luz seguía encendida en la habitación de la hermana y al acercarnos la oí moverse dentro. Me agaché y me escurrí rápidamente, muy por debajo de la altura a la que quedaba el cristal, luego me volví para mirar a Hugo. Vacilaba. Estaba claro que no sabía qué hacer con sus botas, que llevaba en las manos. Nos miramos a través de aquel espacio y Hugo hizo un movimiento de interrogación. Respondí con un gesto indicativo de que me lavaba las manos con respecto a su apuro y fui hacia la puerta del pabellón. Luego me volví de nuevo y casi me eché a reír a carcajadas. Hugo tenía las lengüetas de sus botas entre los dientes y estaba tratando de pasar a gatas, con su trasero levantándose como una montaña en el aire. Miré con ansiedad, preguntándome si esa superficie semicircular, que entraba dentro del campo de visión de la hermana, no llamaría su atención. Pero no pasó nada y Hugo se me unió al lado de la puerta con la saliva cayéndosele dentro de las botas. Sacudí la cabeza, mirándole, y juntos abandonamos Corelli III.

Ahora no había protección, solo esperanza. Bajamos la escalera principal. Hugo, coronado de vendas, llamaba la atención. El hospital permanecía silencioso, enfocando sus brillantes luces sobre nosotros, como un enorme ojo vigilante mientras caminábamos hacia su pupila. Esperaba la llamada resonante de los muchos pisos que teníamos encima, acusándonos y diciéndonos que nos detuviéramos; pero no llegó. Dejamos la escalera y nos acercamos a la cocina del transepto. Me alegré de comprobar que la cocina estaba a oscuras; no había nadie. Dentro de un momento estaríamos libres. Mi corazón latía con la alegría de haberlo conseguido y mis pensamientos tomaban las alas del triunfo. ¡Lo habíamos hecho! Solo unos pasos nos separaban del almacén. Me volví para mirar a Hugo.

Al hacerlo, una figura apareció por la esquina del corredor a unos doce metros de nosotros. Era Stitch, vestido con una bata azul. Los tres nos quedamos inmóviles. Stitch nos miró y nosotros lo miramos a él. Luego vi que la boca de Stitch comenzaba a abrirse.

—¡Rápido, por aquí! —le dije en voz alta a Hugo.

Eran las primeras palabras que había articulado en voz alta en muchas horas y resonaron de forma extraña. Salté hacia la puerta del almacén y empujé a Hugo dentro.

—¡Por la ventana! —le dije.

Lo oí caminar con torpeza delante de mí y oí también los pies de Stitch arrastrándose sobre el suelo del corredor. Cerré estrepitosamente la puerta del almacén detrás de mí y, mientras me volvía hacia la ventana, con una repentina inspiración, cogí un montón de armaduras de camas y tiré de ellas violentamente hacia el centro de la habitación; sentí cómo se movían en vertical, tambaleándose, y cómo empezaban a caer hacia dentro. Di un salto hacia el otro lado y en un momento puse todo el montón en movimiento. Como dos paquetes de naipes que se unen, y con un estruendo como el del Día del Juicio Final, los dos montones se juntaron y se entrelazaron en el suelo. Oí a Stitch jurando al otro lado. Seguí a Hugo.

Hugo había dejado la ventana abierta de par en par. Salté a través de ella como Nijinski y choqué con Hugo, que daba saltitos por el césped.

—¡Mis botas, mis botas! —gritaba angustiado. Evidentemente las había dejado en el suelo mientras salía por la ventana.

—¡No te preocupes por tus malditas botas! ¡Corre todo lo que puedas! —le dije.

Detrás de nosotros sonaba el ruido metálico que hacía Stitch intentando abrir la puerta, cosa que no podía hacer debido a la barricada de armaduras que yo había montado. Eché hacia atrás la cabeza para correr y vi con sorpresa que el jardín aparecía con toda claridad a la luz grisácea de la mañana; y mientras corríamos como locos entre los cerezos no me habría sorprendido que alguien nos disparara desde una de las ventanas de arriba.

Atravesamos el césped, la grava, saltamos sobre las cadenas y corrimos como gamos por la acera hacia Goldhawk Road. La venda de Hugo se iba desenrollando y ondeaba detrás de él como un estandarte. Antes de darle la vuelta a la esquina, miré hacia atrás; pero no había señales de persecución. Aminoramos el paso.

—¿Cómo está tu cabeza ahora? —le pregunté a Hugo. Debíamos de haber corrido a unos treinta y cinco kilómetros por hora.

—¡Horrible! —dijo Hugo. Se apoyó contra un muro—. Maldita sea, Jake —dijo—, podías haberme dejado coger mis botas. Eran especiales. Las compré en Austria.

—Lo que debes hacer es ver a algún médico hoy mismo —le dije a Hugo—. No quiero tener más cosas sobre mi conciencia.

—Iré a ver a uno que conozco en la City —dijo Hugo. Caminamos lentamente hacia Shepherd's Bush.

Había cada vez más luz. Debían de ser más de las cinco, y cuando llegamos a Shepherd's Bush Green el sol resplandecía entre la neblina. No había nadie por allí. Nos detuvimos para arreglar el vendaje de Hugo. Luego caminamos en silencio. Cuando miré los grandes pies de Hugo, que sobresalían por los diversos agujeros de sus calcetines, no pude menos que pensar en Anna; y al hacerlo sentí hacia Hugo una mezcla de compasión e ira. ¡Cuántos problemas me había causado ese hombre! Sin embargo, no podía haber sido de otra manera.

—Me has hecho perder el empleo —le dije.

—A lo mejor no te han reconocido —dijo Hugo.

—Me *han* reconocido —dije—. Ese tipo que nos ha visto trabaja en Corelli. Es mi enemigo.

—Lo siento —dijo Hugo.

Caminábamos por Holland Park Avenue. Era ya de día y la neblina se había disipado. El sol, que se alzaba sobre las casas, recortaba nítidamente nuestras sombras. Pasamos delante de ventanas durmientes. Londres no estaba aún despierto. Luego pasaron un par de autobuses de obreros. Seguimos caminando. Hugo tenía la cabeza baja y se mordía las uñas y miraba sin ver la acera. Lo observé de cerca, como se puede observar un cuadro o un muerto. Tenía la extraña sensación de que a la vez estaba muy lejos y muy cerca de mí, más de lo que nunca había estado o volvería a estar. No me atrevía a hablar. Así que seguimos un largo rato en silencio.

—¿Cuándo te vas a Nottingham? —le pregunté por fin.

—Ah —dijo Hugo distraídamente, levantando la cabeza—, dentro de dos o tres días, espero. Depende del tiempo que tarde en arreglar mis asuntos aquí.

Miré su rostro, y, aunque sus líneas no habían cambiado, era el rostro de un hombre desdichado. Suspiré.

—¿Tienes algún sitio donde vivir?

—Todavía no —dijo Hugo—. Tendré que buscar algo.

—¿Puedo volver a verte antes de que te marches? —le pregunté.

—Me temo que voy a estar muy ocupado —dijo Hugo. Suspiré de nuevo.

Luego se nos ocurrió al mismo tiempo que aquello era el fin de nuestra conversación y que iba a ser muy difícil despedirnos.

—Préstame media corona, Jake —dijo Hugo.

Se la di. Seguimos andando.

—Si no te importa, me tengo que ir —dijo.

—Muy bien —contesté.

—Muchas gracias por haberme ayudado —dijo.

—No hay de qué.

Quería deshacerse de mí. Yo quería deshacerme de él. Hu-bo un momento de silencio en el que cada cual intentó decir algo apropiado. Ninguno de los dos acertó. Durante un instante nuestros ojos se encontraron. Luego Hugo dijo abruptamente:

—Tengo que irme a toda prisa. Lo siento.

Comenzó a caminar rápidamente y bajó por Campden Hill Road. Lo seguí a mi paso habitual. Aumentó la distancia que nos separaba. Giró en Sheffield Terrace y cuando di la vuelta a la esquina estaba a unos veinticinco metros por delante. Miró hacia atrás, me vio y apresuró el paso. Giró en Hornton Street; seguí al mismo paso y lo vi a lo lejos entrando en Gloucester Walk. Cuando llegué a la esquina de Gloucester Walk había desaparecido.

DIECINUEVE

Atravesé Kensington cuando comenzaba el día. No tenía nada que hacer. Paseé mirando los escaparates de algunas tiendas. Entré en Lyons y desayuné. Me tomé bastante tiempo. Luego eché a andar de nuevo. Bajé caminando Earls Court Road y permanecí un rato enfrente de la casa donde había vivido Madge. Habían cambiado las cortinas de las ventanas. Todo parecía diferente. Comencé a dudar si sería la misma casa. Seguí andando. Al lado de Earls Court Station tomé una taza de té. Pensé en llamar por teléfono a Dave, pero luego se me ocurrió que no tenía nada especial que decirle.

Era media mañana. En el hospital estaría lavando las tazas en la cocina de Corelli III. Entré en la floristería y encargué un ramo grotescamente grande de rosas para enviar a la señorita Piddingham. No lo acompañé con ninguna nota ni mensaje. Ella sabría muy bien quién se las enviaba. Por fin abrieron los pubs. Tomé una copa. Se me ocurrió pensar que después de todo tenía algo que decirle a Dave: preguntarle si tenía noticias de Finn. Llamé al número de Goldhawk Road pero no contestó nadie. Mi necesidad de Finn comenzó a ser muy grande y tuve que obligarme a dejar de pensar en él. Tomé unas copas más. El tiempo pasó lentamente.

Durante ese tiempo, al principio no pensé en nada especial. Había demasiado en lo que pensar. Me quedé sentado tranquilamente y dejé que las cosas tomaran forma dentro de mí. Solo podía sentir grandes formas moviéndose en la oscuridad, debajo del nivel de mi atención y sin mi ayuda, hasta que gradualmente comencé a ver dónde estaba. Mis recuerdos de

Anna se habían transformado por completo. En cada uno se había introducido una nueva dimensión. No le había preguntado a Hugo cuándo había conocido a Anna exactamente, momento en el que, tal como había dicho tan horriblemente, a ella solo le había hecho falta echarle un vistazo. Pero era muy probable que, ya que Hugo conocía a Sadie desde hacía mucho tiempo, su relación con Anna hubiera sido simultánea a las últimas fases de mi relación con ella, antes de que dejáramos de vernos. Al pensarlo me pareció que todas las imágenes que tenía de Anna estaban contaminadas, y podía ver cómo mis propios recuerdos se alteraban, como estatuas que sudan sangre.

Ya no tenía ninguna imagen de Anna. Se desvaneció repentinamente, como la aparición de una hechicera; sin embargo, su presencia seguía siendo para mí más esencial aún que antes. Me parecía como si ahora, por primera vez, Anna existiera como un ser independiente y no como parte de mí. Experimentarlo resultaba extremadamente doloroso. Pero, mientras intentaba fijar mis ojos en el lugar en el que estaba, noté que le profesaba un sentimiento de algo que empezaba, que quizá después de todo fuera una de las máscaras del amor. Anna era algo que tenía que aprender de nuevo. ¿Cuándo conocemos a un ser humano? Tal vez solo cuando uno ha comprobado la imposibilidad de conocerlo y ha renunciado al deseo de ello y al final ni siquiera siente su necesidad. Pero lo que uno consigue ya no es conocimiento, es simplemente una especie de coexistencia; y esa también es una de las máscaras del amor.

Comencé a pensar en Hugo. Se proyectaba en mi mente como un monolito: una piedra sin forma y compacta que los hombres anteriores a la historia habían erigido con el propósito de que permaneciera oscuro para siempre. Su otredad debía buscarla no en él mismo, sino en mí o en Anna. Pero ni siquiera él reconocía lo que había hecho. Era un hombre sin exigencias y sin reflexiones. ¿Por qué lo había perseguido? No tenía nada que decirme. Con haberlo visto habría bastado. Era una señal, un portento, un milagro. Sin embargo, tan pronto como pensé en eso empecé a sentir curiosidad por él de nuevo. Me lo imaginaba en Nottigham, en algún pequeño y desolado taller, con un reloj en sus enormes manos. Vi los

diminutos e inquietos movimientos del reloj, vi sus muchas joyas. ¿Había terminado con Hugo?

Salí del pub. Estaba en alguna parte de Fulham Road. Esperé tranquilamente en el bordillo de la acera hasta que vi acercarse un taxi. Lo llamé. «Viaducto de Holborn», dije al conductor. Me recosté en el taxi; y mientras lo hacía sentí que esa sería la última acción que durante mucho tiempo me iba a parecer inevitable. Londres pasaba rápidamente ante mí, amada ciudad, casi invisible en su familiaridad. South Kensington, Knightsbridge, Hyde Park Corner. Ese era el último acto que no iba a provocar ninguna pregunta ni exigir ninguna razón. Después vendría la larga agonía de la reflexión. Londres pasaba ante mí como la vida de un hombre que se está ahogando, al que se le presenta todo de una vez en el momento final. Piccadilly, Shaftesbury Avenue, New Oxford Street, High Holborn.

Pagué al taxista. Era media tarde. Permanecí en el viaducto mirando hacia el precipicio de Farringdon Street. Una paloma salió volando, moviendo sus alas perezosamente, y la contemplé mientras volaba poco a poco hacia el sur, hacia la aguja de St. Bride's. El sol calentaba mi cabeza. No tenía prisa. Quise retener, un poco más de tiempo, mi último acto. Una premonición de dolor me hizo retrasarme; el dolor que viene después del drama, cuando ya se han llevado los cuerpos del escenario, las trompetas están en silencio y un día vacío amanece y volverá a amanecer una y otra vez para burlarse de nuestras inventadas finalidades. Puse el pie en un escalón.

Era un camino largo. Cuando estaba a la mitad me detuve para escuchar a los estorninos, pero no oí nada. Es por la tarde cuando cantan y pían. La cuestión de si Hugo iba a estar o no ni siquiera me la había planteado. En el penúltimo rellano me detuve para tomar el aliento. La puerta estaba cerrada. Me acerqué y llamé. No hubo respuesta. Volví a llamar, muy fuerte. El lugar estaba completamente silencioso. Luego probé la puerta. Se abrió y pasé.

Cuando entré en la sala de estar de Hugo hubo un revuelo furioso y repentino. La habitación daba vueltas y se desintegraba en negras piezas. Me agarré a la puerta, asustado. Luego lo vi. El lugar estaba lleno de pájaros. Varios estorninos, que no habían encontrado la ventana en su primer vuelo,

revoloteaban como locos, chocando contra las paredes y las ventanas. Luego encontraron la salida y se fueron. Miré a mi alrededor. El piso de Hugo parecía más un aviario que el cobijo de un ser humano. Excrementos blancos manchaban la alfombra y, a través de la ventana abierta, la lluvia había entrado formando una mancha grande en la pared. Parecía como si Hugo no estuviera allí desde hacía tiempo. Crucé la sala de estar hasta el dormitorio. La cama estaba sin ropa. El armario, vacío. Reflexioné durante un rato sobre ese fenómeno. Luego volví a la otra habitación y levanté el teléfono. Tenía la extraña idea de que encontraría a Hugo al otro lado del teléfono. Pero parecía muerto. Luego me senté en el sofá. No deseaba nada. Pasó algún tiempo. Un reloj de la City dio alguna hora. Luego le siguieron otros relojes. No intenté contar.

Mi mirada, después de pasearse vagamente por la habitación, se detuvo en el escritorio de Hugo. Lo miré un rato. Luego me levanté y me acerqué. Abrí el cajón de arriba. Dentro del cajón, medio escondido bajo un montón de carpetas vacías, había un ejemplar de *El silenciador*. Lo saqué. En la primera hoja en blanco, Hugo había escrito su nombre con grandes letras. Pasé las páginas. Aquí y allá Hugo había subrayado pasajes, poniendo cruces y puntos de interrogación en los márgenes, y en un lugar había una nota a lápiz. «Preguntar J.» Eso me llenó de dolor y cerré el libro y lo metí en mi bolsillo. Miré el contenido de los otros cajones y luego abrí la parte superior del escritorio. Estaba repleta de cartas y papeles. Comencé a pasarlos rápidamente. Mientras miraba cajones y casilleros, un montón de papeles comenzó a caer en cascada al suelo. No pude encontrar lo que quería.

Por mis dedos pasaron viejas cartas y cuentas, lápices sin punta, cera para lacrar, cajas de cerillas, diversas clases de clips, libritos de sellos medio vacíos y talonarios en desuso. En un cajoncito encontré una colección de objetos de aspecto siniestro que identifiqué como Detonadores Domésticos Belfounder, de una variedad más pequeña que el que nos había liberado en los estudios cinematográficos. Otro cajón contenía un collar de perlas: tal vez un regalo comprado con ternura y destinado a Sadie, que nunca le llegaría ya; o que ella había devuelto y que había llegado una mañana en un paquete certificado y que se había quedado allí durante días porque Hugo

había sido incapaz de deshacerlo. Pero no pude encontrar lo que quería.

Me senté y tomé una hoja de papel en blanco. Quería escribir una carta a Hugo. Tomé una de sus plumas y su tinta. Un estornino entró volando por la ventana, me vio y salió. Había un suave piar en la balaustrada. Miré al cielo azul. «Hugo», escribí en el papel. Luego no se me ocurrió qué más decirle. Pensé en ponerle «Envíame tus señas en Nottingham», pero eso me pareció demasiado débil e impersonal y no lo escribí. Por fin hice solo una línea curva a través de la página y firmé con mi nombre al final, añadiendo las señas de la señora Tinckham. Puse la nota en un sobre, lo dejé apoyado en la estantería y me dispuse a salir. Al darme la vuelta algo me llamó la atención en la pared de detrás de la estantería. Era la puerta verde de una caja fuerte.

Me detuve y luego aparté un poco la estantería de la pared. Tiré de la puerta de la caja fuerte, pero estaba cerrada con llave. Permanecí mirándola pensativamente. Luego se me ocurrió lo que tenía que hacer. Volví al escritorio y saqué del cajón uno de los Detonadores Domésticos Belfounder. Palpé el pequeño explosivo, preguntándome qué potencia tendría. Lo pensé distraídamente mientras buscaba cerillas en mi bolsillo. El detonador tenía forma cónica. Pasé mi dedo por la puerta de la caja fuerte, intentando encontrar alguna grieta donde pudiera encajar la punta del cono, pero era tan lisa como la mano de un obispo, hasta las bisagras estaban por la parte de dentro. No había hendiduras ni protuberancias en las que pudiera apoyar el detonador. Al final cogí un poco de papel adhesivo del escritorio de Hugo y con eso pegué el objeto en el punto que parecía de mayor vulnerabilidad, por el lado de la cerradura de la puerta. Una pequeña mecha de algodón sobresalía del extremo plano, como el papel azul de un fuego artificial. Lo encendí con una cerilla y me retiré al otro extremo de la habitación. Lo contemplé pensativamente. Creo que no me habría quedado ni muy sorprendido ni muy impresionado si toda la pared se hubiera desintegrado en una nube de madera y yeso, dejando al descubierto el cielo y la vista de San Pablo.

Hubo un gran resplandor y una explosión. Cerré los ojos. La habitación se llenó de humo y una nube de estorninos subió volando desde debajo de la

balaustrada. Cuando abrí los ojos vi, a través de la niebla sulfurosa, que la puerta de la caja fuerte se había abierto y colgaba de una bisagra. No había más daños. Me acerqué y miré en el interior de la caja. Estaba formada por dos estantes profundos. En el estante de abajo había lo que parecía ser mucho dinero, envuelto en paquetes de billetes de una y cinco libras. En el estante superior estaba lo que yo quería.

Había dos legajos de cartas. Las saqué. Había un paquete pequeño, con una letra ordenada y artificiosa, que reconocí como la de Sadie. El otro paquete era mucho mayor. Pasé las cartas rápidamente como se pasa una baraja de naipes. Todas eran de Anna. «Cartas hermosas», las había llamado Hugo. Culpabilidad, triunfo y desesperación luchaban en mis adentros mientras las sostenía en la mano. Me senté en el sofá. Ahora vería lo que no había podido imaginar. Saqué el primer sobre.

En aquel momento oí un vehículo que se detenía con un gran chirrido de frenos en la calle. Vacilé. Estaba ruborizado y temblando. Me levanté y me puse sobre una silla para asomar la cabeza por la ventana, todavía con las cartas en la mano. Un camión se había detenido frente a la puerta. Lo miré durante un momento, pero nadie salió, de modo que me volví a sentar. Miré el sobre; y mientras lo hacía vi, como en una visión, el bosque oscuro y la figura de Anna que caminaba con los pies descalzos. Mis dedos temblaban intentando sacar la carta. Era una carta de varias páginas. Comencé a desplegarla. Luego oí el sonido de un coche. Se acercaba con un fuerte *in crescendo* y luego se detuvo. Me quedé rígido, maldiciendo para mis adentros. Volví a subir a la silla. Muy lejos, allá abajo, vi el Alvis negro de Hugo. Estaba estacionado detrás del camión. Una emoción que no era ni placer ni temor, sino una mezcla de ambos, me hizo mirar el coche con el corazón palpitante. Me estremecí. Hugo estaba a punto de llegar.

Alguien salió del coche. Pero no era Hugo. Miré un momento fijamente. Luego reconocí la cabeza rubia y la figura esbelta de Lefty. Miré con los labios separados, agarrado al alféizar de la ventana. Lefty estaba en la acera, hablando con dos hombres que acababan de salir del camión. La fuerza del sol proyectaba sus largas sombras sobre la acera. Luego vi en el parabrisas del Alvis las letras NPSI. Comprendí. Salté de la silla. Me di la vuelta para

mirar la habitación, como un hombre que busca un lugar donde apoyar el pie en una montaña que se desmorona. Cogí mi nota para Hugo y me la metí en el bolsillo. Permanecí durante un momento paralizado. Luego oí pisadas por la escalera. Contemplé la escena: el escritorio saqueado y la caja fuerte abierta. Miré las cartas que seguían en mi mano y metí la que estaba abriendo en el paquete. Las retuve un momento más e iba a guardármelas en el bolsillo. Pero era imposible. Me quemaban en las manos. Las tiré de nuevo en la caja fuerte. Luego escogí el mayor de los paquetes de una libra y me lo metí en mi chaqueta.

—¡Es algo que la Revolución no va a conseguir! —dije en voz alta; y me fui hacia la puerta.

De tres zancadas crucé el rellano y al entrar en la cocina de Hugo oí la voz de Lefty en la escalera. Abrí la ventana de la cocina y salté sobre el tejado plano. Caminé decididamente por él. Las claraboyas del edificio de oficinas de al lado estaban totalmente abiertas a la tarde veraniega. Bajé por una de ellas y me encontré en un rellano desierto. Comencé a bajar la escalera y un minuto o dos más tarde salí por una puerta hacia un callejón lateral. Volví a la calle y la crucé; y mientras paseaba tranquilamente por delante de la casa de Hugo ya empezaban a sacar los Renoir.

VEINTE

Mars se mostró encantado de verme. Llevaba todo el día encerrado en casa. Le di de comer y empaqueté el resto de su carne. Luego metí parte de mi ropa en una bolsa. Había unas cartas y un paquete para mí en el vestíbulo; los metí en la bolsa sin mirarlos. Le escribí una nota a Dave, agradeciéndole su hospitalidad, y me fui de la casa junto con Mars.

Tomé el autobús 88. Mars provocó un montón de comentarios por parte del conductor. Nos sentamos en el asiento delantero de arriba, el asiento donde me había sentado no hacía mucho pensando en Anna hasta que tuve que bajar del autobús para ir a buscarla. Y ahora, mientras miraba abajo a la muchedumbre de Oxford Street y acariciaba la cabeza de Mars, no me sentía ni feliz ni triste, solo un tanto irreal, como un hombre encerrado en una urna. Los acontecimientos se suceden ante nosotros como estas multitudes, y el rostro de cada uno de ellos se ve únicamente un instante. Lo que es urgente no lo es para siempre, sino efímeramente. Todo el trabajo y todo el amor, la búsqueda de la riqueza y la fama, la búsqueda de la verdad, la vida misma están formadas por momentos que se convierten en nada. Sin embargo, el impulso de esas nada nos lleva hacia delante con esa milagrosa vitalidad que crea nuestros precarios habitáculos en el pasado y en el futuro. Así vivimos; un espíritu que cavila y vacila por encima de la muerte continua del tiempo, el sentido perdido, el momento no recuperado, el rostro no recordado, hasta el golpe final que termina con todos nuestros momentos y zambulle ese espíritu en el vacío del que procede.

De este modo reflexionaba; y no tenía ganas de abandonar el autobús.

Pero al llegar a Oxford Circus me levanté y tiré de Mars escaleras abajo. Era la hora punta. Me abrí paso entre la muchedumbre con el perro pisándome los talones y bajé por Rathbone Place. El Soho estaba cálido y polvoriento, mustio, ocioso y absurdo en la tarde. La gente esperaba la hora de la apertura. En un piso alto alguien tocaba un piano. A alguien se le había pegado la melodía y la silbaba en la calle mientras se alejaba. Anduve por Charlotte Street. La escena temblaba y rielaba ante mí, tal vez por el calor o tal vez por el miedo. Como un perseguido, apreté el paso.

La voz de la señora Tinckham me llegó entre espirales de humo de tabaco. Parecía como si me estuviera esperando. Pero siempre me esperaba. Me senté junto a la mesita.

—Hola, querido —dijo la señora Tinck—, cuánto tiempo.

—Me ha costado mucho —dije yo.

Mars husmeó discretamente a un par de gatos cercanos. Parecían haberse acostumbrado a él y se limitaron a apartar sus delicadas cabezas y parpadear. Subieron, por detrás de la señora Tinck, a las estanterías, y vi sus ojos a través del humo como las luces de una estación terminal de ferrocarril en la niebla. Mars se tumbó a mis pies.

Estiré las piernas.

—¿Qué le parece una copa? —le dije a la señora Tinckham—. Es casi la hora de abrir.

—¿Whisky y soda? —preguntó.

Oí el tintinear del vaso bajo el mostrador, el gorjeo del whisky y el chisporroteo de la soda. La señora Tinckham me lo dio y eché la cabeza para atrás y cerré los ojos. Muy a lo lejos la radio murmuraba como la voz de otro mundo. Los sonidos de la tarde del Soho entraban por la puerta. Sentía a Mars apoyado en mi pie. Tomé dos tragos de whisky; entró como oro líquido y, casi físicamente, sentí un estremecimiento de posibilidad. Abrí los ojos y me encontré con que la señora Tinckham me miraba. Tenía algo encima del mostrador, bajo su mano. Me di cuenta de que era el paquete con mis manuscritos. Alargué la mano para cogerlo y me lo dio sin decir palabra.

Puse el paquete sobre la mesa. Luego saqué de la bolsa las cartas que

trajera de casa de Dave. Vi enseguida que una de las cartas era de Sadie y la puse aparte.

—¿Le molesta si leo mis cartas? —le pregunté a la señora Tinckham.

—Haz lo que quieras, querido —dijo la señora Tinck—. Volveré a mi historieta. He llegado al punto culminante.

No quería abrir primero la carta de Sadie. Así que cogí una carta con matasellos de Londres, escrita con una letra desconocida, y la abrí. Era de Lefty. La leí varias veces y sonreí. Lefty tenía un estilo elegante y ligeramente retórico lleno de dos puntos, punto y coma y paréntesis. Su primer párrafo trataba sobre nuestra noche junto al Támesis: decía Lefty que había sido para él el sueño de una noche de verano, solo que esperaba no haber hecho el asno. Parecía recordar que había hablado por los codos. Seguía diciendo que lo sintió mucho cuando le dijeron que yo estaba enfermo. Sugería que cuando me encontrara mejor fuera a visitarlo; y que, si yo creía que podía hacer algún tipo de trabajo político, se sentiría encantado, pero que, aunque no fuera así, lo visitara; después de todo, en la vida no todo era política, ¿no? La carta me dio una buena impresión; y, aunque dudaba que Lefty experimentara realmente ese sentimiento que expresaba al final, me di cuenta de que era todo un hombre.

Puse la carta de Lefty en mi bolsillo y dirigí mi atención al paquete. Ya al echarle un vistazo previo me había dado cuenta de que venía de Francia. Empecé a abrirlo. Era de Jean-Pierre y dentro tenía un ejemplar de *Nous les vainqueurs*, con una dedicatoria extremadamente gala en la letra ondulante de Jean-Pierre. Miré con cierta emoción el libro. Luego saqué mi cortaplumas para abrir las primeras páginas. Antes de que me diera cuenta ya había leído hasta la página cinco. La impresión era desconcertante. Jean-Pierre siempre había sido un diestro narrador. Pero allí sentí que había algo más que destreza. El estilo se había endurecido, la manera se había hecho segura; el ritmo, largo y lento. Algo había cambiado. Comenzar una novela es como abrir la puerta a un paisaje neblinoso; ves muy poco, pero hueles la tierra y sientes el soplo del viento. Sentí el soplo del viento desde las primeras páginas de *Nous les vainqueurs*, y su fuerza y frescura. «Por ahora —me dije para mis adentros—, va muy bien.» Algo había cambiado; ya

habría tiempo para decidir qué era. Miré el nombre de Jean-Pierre en la portada y sentí por primera vez que quizá después de todo habíamos entrado en la misma competición. Y, mientras lo pensaba, moví la cabeza y dejé el libro a un lado.

Después escogí una carta de letra desconocida y con sello irlandés. La abrí. Había una nota breve y casi ilegible dentro. Tardé mucho en darme cuenta de que era una carta de Finn. Cuando al fin descifré la firma me sentí angustiado y conmocionado. Era bien extraño que nunca antes hubiera recibido ninguna comunicación por escrito de Finn. Normalmente nos comunicábamos por teléfono o por telegrama cuando estábamos separados; y hasta alguno de mis amigos había llegado a sostener la teoría de que Finn no sabía escribir. La carta decía lo siguiente:

Querido Jake:

Siento haberme ido sin verte. Fue cuando estuviste en París. Pensé que ya era hora de que volviera, debido al dinero. Ya sabes cuánto solía pensar antes en volver. Ahora estaré en Dublín y el Pearl Bar me encontrará siempre. Creo que me remitirán mis cartas. Todavía no tengo un sitio donde vivir. Espero verte cuando vengas a la Isla Esmeralda. Recuerdos a David.

Tuyo,

O'FINNEY

La carta me trastornó mucho y exclamé, dirigiéndome a la señora Tinckham:

—¡Finn ha vuelto a Irlanda!

—Lo sé —dijo la señora Tinck.

—¿Lo *sabe*? —grité—. ¿Cómo?

La idea de que Finn se hubiera convertido en un confidente de la señora Tinckham pasó de la posibilidad a la probabilidad en un instante.

—¿Se lo dijo justo antes de marcharse? —dije.

—Sí —dijo la señora Tinckham—, y antes también. Pero ¿no te había dicho que quería volver?

—Pensándolo bien, sí —le dije—, pero no lo creí. —Y de alguna forma esa frase tenía un deje familiar—. Soy un tonto.

La señora Tinckham no me lo discutió.

—¿Tenía alguna razón especial para marcharse? —le pregunté.

Sentía dolor e indignación por tener que preguntarle a la señora Tinckham acerca de Finn; pero necesitaba saber. Miré su rostro viejo y plácido. Formaba anillos con el humo; y su-pe que no me diría nada.

—Supongo que simplemente quería volver a casa —dijo la señora Tinckham—. Me imagino que había gente a la que quería ver. Y siempre está lo de la religión —añadió vagamente.

Bajé la cabeza hacia la mesa y pude sentir en mi frente la suave presión de las miradas de la señora Tinckham y media docena de gatos. Sentí vergüenza, vergüenza por estar separado de Finn, por haber sabido tan poco de Finn, por haber concebido las cosas tal como yo quería y no como eran en realidad.

—Bueno, se ha marchado —le dije.

—Lo verás en Dublín —dijo la señora Tinckham.

Intenté imaginarlo; Finn en su país y yo el visitante. Dije que no con la cabeza.

—No sería capaz —dije. Sabía que la señora Tinckham lo entendía.

—Nunca se sabe lo que querrás hacer cuando llegue el momento —dijo la señora Tinckham, con ese tono vago con que masculla esos comentarios suyos que pueden ser o profundos consejos o disparates. La miré. La radio seguía murmurando y el humo de los cigarrillos se alzaba entre nosotros como un velo, cambiando sus capas suavemente en el lento aire veraniego que entraba por la puerta. Parpadeó y sus pupilas parecieron dos ranuras verticales.

—Bueno, bueno, ya veremos —le dije.

—Es lo mejor que se puede decir, ¿no, querido? —dijo la señora Tinckham.

Por fin cogí la carta de Sadie. Me había puesto muy nervioso. Estaba seguro de que contenía algo desagradable. Mars se removió en mis pies y olisqueó mis zapatos. Abrí el sobre. Había dos notas adjuntas que puse a un lado y desdoblé una larga hoja perfumada, escrita en una estrecha columna

por la mano elegante de Sadie. Su carta decía lo siguiente:

Queridísimo JAKE:

Con respecto a ese *maldito* perro, debes de pensar que soy una persona horrible por no haber escrito antes, pero la verdad es que tu carta estaba mezclada con un *enorme* montón de correo de fans. (¡Vaya problema que es ese! Una nunca sabe si mirar esas cosas o no. Verlo es de lo más excitante para el ego, aunque supongo que socava un poco el carácter. Ni siquiera sueño con leerlas, aunque tuviera tiempo para hacerlo. Mi secretaria las clasifica según cretinos a favor, cretinos en contra, chiflados, profesionales, intelectuales, religiosos ¡y propuestas de matrimonio!) Debo decirte que me sentí un poco herida por el tono de tu carta, es decir, hasta que me di cuenta de que no la habías escrito tú. (¿No es cierto, querido?)

Volviendo al perro. La realidad es que S. y yo tenemos tantas cosas entre manos en este momento que no tenemos tiempo para el animal. (No te puedes *imaginar* la lata que es hacer una película con un animal. Los hombres más imposibles llegan con sus *tweed* y se pasean por el plató, y después la Dumb Friends League[6] envía a mujeres disfrazadas de secretarias de rodaje.) S. cree que lo más fácil es que te quedes con él, si quieres. Es decir, esperamos que tú nos lo compres, por supuesto. (Lamento tener que ser tan negociante, pero hay que vigilar la pasta, con el coste de la vida y los de hacienda siempre inventando maneras de dejarte pobre. De todas formas es cosa de S., ¿sabes? Escribo en su nombre.) ¿Qué te parecen 700 libras y ya está? Cubre todos los derechos de películas, de libros, de anuncios, etc. (¡No tienes ni idea de cuántos derechos hay en este negocio! ¡Por no hablar de los Derechos del Perro!) Por supuesto, a ese precio es una ganga. Pero es que S. lo consiguió barato en realidad y solo queremos recuperar lo que nos costó. Si quieres comprarlo, tal vez será mejor que te pongas en contacto con mi abogado; te adjunto su tarjeta, si me acuerdo. Si no lo quieres comprar ponte de todas formas en contacto con él para acordar la forma de devolver el animal. Lamento no poder encargarme de ello en persona; tengo miles

de cosas que hacer para preparar mi viaje a los Estados Unidos. A propósito, si te decides a comprar el perro, no te olvides de aprovecharte de los anuncios. Te adjunto (ídem) una carta de una empresa de galletas para perros, de cuyo nombre no me acuerdo. Quieren utilizar sus fotos o algo así. Sea lo que sea lo que ofrezcan, pide el doble.

Perdona mi horrible letra. Cuánto me alegró verte. Nos veremos de nuevo, ¿no?, cuando pase todo este tumulto. Aunque solo Dios sabe cuándo será eso. Quizá dentro de un par de años. Tengo y tendré siempre los mejores recuerdos de ti.

Tuya siempre,

SADIE

P. D.— S. parece tener un texto mecanografiado tuyo que alguna mujer le prestó. Le diré que lo deje en casa de mi abogado, para que lo puedas recoger cuando vayas por lo del perro.

La carta me encantó. No sé qué me gustó más, si su gentileza o su astucia. No dudaba que Sadie creyera que era muy posible que yo fuera lo bastante tonto como para comprar a Mars; probablemente no estaba segura de que yo conociera el secreto de su edad. Creía sin duda que no encontraría mejor comprador en su ambiente bien informado. Pedía una cantidad de dinero que era más o menos el máximo que yo podría o estaría dispuesto a soltar, luego indicaba la manera en que yo podía recuperarlo; y el párrafo final salía claramente del corazón, o cualquiera que fuese el órgano que, frío aunque sensible, Sadie tenía en su lugar.

Miré las dos notas adjuntas. Una era la tarjeta del abogado de Sadie, que guardé en mi bolsillo. La otra era la carta de la fábrica de galletas para perros. La miré y luego la rompí. «¡Tu carrera pública ya se ha terminado!», le dije a Mars. Luego saqué del bolsillo el montón de billetes que había cogido de la caja fuerte de Hugo. Los conté. La señora Tinckham me miró con interés, pero no hizo ninguna pregunta. En el montón había exactamente cien libras. Las volví a atar y las guardé.

—¿Puede venderme papel de escribir y sobres? —le pregunté a la señora

Tinckham.

Me los dio.

—Invita la casa —dijo—. No podré venderlos nunca.

Estaban amarillos por el polvo y el tiempo. Al otro lado de la tapa del bloc hice un breve cálculo. Había ganado con Lyrebird unas seiscientas libras. Eso, junto con las cien libras de Hugo y lo que tenía en el banco, hacía ascender mis ahorros a setecientos setenta libras. Miré la cifra unos momentos, con más tristeza que vacilación. Por supuesto que tenía que comprar a Mars. No tenía que preguntarme si iba a hacerlo o ni siquiera el porqué. Estaba escrito en el cielo y no hacerlo me haría sentirme un ser inferior. Tampoco se me ocurrió regatearle el precio a Sadie. Los atributos formales de la situación no me permitían elegir. Tenía que pagar, sin discusiones ni comentarios. No era momento de regatear con el destino. Me permitiría solo el lujo, cuando todo estuviera arreglado, de escribirle una breve nota a Sadie: una nota que no podría fingir que se había perdido entre las cartas de sus fans. Al pensarlo comprendí que había algo entre Sadie y yo. Sin duda nos volveríamos a ver. Pero eso sería en el futuro. El futuro: durante un momento se abrió ante mí en un paisaje de colinas y de largas distancias, y cerré los ojos. Sadie *perduraría*. Solo hay una cosa que haga a una mujer *perdurar*, y es la inteligencia. Sadie la tenía. Hugo tenía razón.

Escribí el cheque. Calculé que eso me dejaba más o menos con el mismo dinero que tenía cuando me marché de Earls Court Road, al principio de esta historia. Di un pequeño suspiro y durante un momento la espectral fortuna que había estado tan cerca de conseguir giró a mi alrededor en una nevasca de billetes de cinco libras. Pero la tempestad amainó; y yo sabía que no iba a lamentar nada. Como un pez que nada tranquilamente en aguas profundas, sentí a mi alrededor la presión segura y sustentadora de mi propia vida. Andrajosa, sin gloria y aparentemente sin sentido, pero mía. Terminé la carta para el abogado de Sadie y le pedí que me enviara la traducción a la dirección de la señora Tinckham. Podría sacar dinero de eso cuando quisiera. No iba a hacer más traducciones. Comencé a deshacer el paquete de los manuscritos.

Los extendí sobre la mesa; y, al tocarlos, mis manos temblaron como las

manos de un zahorí. Comencé por echarles un vistazo, mirando con sorpresa lo que había hecho. Había un poema largo, un fragmento de novela, varios relatos curiosos. Me parecía haberlos escrito hacía mucho tiempo. Eran cosas mediocres, sí, lo vi enseguida. Pero también vi, como si pudiera mirar a través de ellas, la posibilidad de hacerlo mejor, y esa posibilidad se presentaba ante mí con una fuerza que me hundía y me elevaba más alto que nunca. Saqué el ejemplar de Hugo de *El silenciador*, y al verlo me entró una gran alegría. Eso era también solo el comienzo. Era el primer día del mundo. Estaba lleno de esa fuerza que es mejor que la felicidad, mejor que el débil deseo de felicidad que una mujer puede despertar en un hombre para pudrir sus fibras. Era la mañana del primer día.

Me estiré y bostecé, y Mars se estiró también, sacudiendo sus miembros. Abrí mis brazos y sonreí a la señora Tinckham. Me devolvió la sonrisa a través del humo como un gato de Cheshire. Pero mientras estiraba el cuerpo, intentando abrazar al mundo, mi cabeza se llenó de un extraño susurro, como si alguien que conociera me dijera algo al oído, como si alguien a quien quería intentara decirme un secreto; me puse rígido lentamente, como alguien que está escuchando.

—Está tu amiga en la radio —dijo la señora Tinckham.

—¿Quién?

—Se llama Quentin —dijo la señora Tinckham. Me dio el *Radio Times*, y, mientras yo buscaba torpemente en las páginas, de repente subió el volumen.

La voz de Anna me envolvió como una onda marina. Cantaba una vieja canción francesa de amor. Las palabras salían lentamente, doradas por su modulación. Giraban lentamente en el aire y caían; y el esplendor del oro ronco llenó la tienda transformando a los gatos en leopardos y a la señora Tinckham en una anciana Circe. Me quedé quieto mirando a los ojos a la señora Tinck, que mantenía la mano inmóvil sobre el botón de la radio. Hacía mucho tiempo que no oía cantar a Anna; escuchándola la vi, vi aquel mechón de cabellos grises en la corona de su pelo. La canción terminó.

—¡Apáguela! —dije, porque no soportaba más.

La tienda se quedó repentinamente silenciosa. La señora Tinckham había apagado la radio y, por primera vez desde que había entrado en aquella tienda, pude oír respirar a los animales.

Pasé ansiosamente las páginas del *Radio Times* hasta que encontré el lugar. «Retransmisión de Anna Quentin —decía— desde el Club de Fous de París, en la primera de una serie de diez emisiones tituladas *Qu'est ce que la Chanson?*» Esbocé una sonrisa que penetró en todo mi ser, como el sol.

—¿Ves? —dijo la señora Tinckham.

—Sí, ya lo veo —dije. Me pregunté qué querría decir. Nos miramos mutuamente—. Señora Tinckham, quiero decirle una cosa.

—¿Qué? —preguntó la señora Tinckham.

—Voy a buscar un trabajo.

No esperaba que se sorprendiera, y no lo hizo.

—¿Qué sabes hacer? —preguntó la señora Tinckham.

—Buscaré un trabajo de media jornada en un hospital —le dije—. Puedo hacer una cosa así.

Por temperamento soy muy conservador.

—Pero primero tengo que buscar dónde vivir —añadí.

—Puedes mirar el tablón de ahí fuera —dijo la señora Tinck—. He olvidado si hay anuncios de alguna habitación.

Me levanté y salí. Mars me siguió lentamente y se quedó apoyado en mis piernas, buscando por la calle gatos móviles y perseguibles. Miré el tablón. Estaba cubierto de tarjetas más o menos mal escritas, que se ponían allí pagando un dinero a la semana. Una que estaba más limpia que las otras me llamó la atención: anunciaba una habitación de planta baja cerca de Hampstead Heath, «sin restricciones mezquinas». Era evidente que se refería a las mujeres; me pregunté si se extendería a los perros.

—¿Quién lo puso? —pregunté a la señora Tinck.

—Un hombre bastante extraño —dijo la señora Tinckham—. No lo conozco mucho.

—¿Cómo es? —le pregunté.

—Bastante alto —dijo la señora Tinckham.

Sabía que tendría que ir hasta Hampstead para averiguar qué tenía de

extraño.

—¿No tendrá nada en su contra? —pregunté.

—Oh, nada en absoluto —dijo la señora Tinck—. ¿Por qué no vas a ver la habitación?

—Iré esta noche —dije.

—Si te quedas sin cama puedes volver y pasar la noche aquí —dijo la señora Tinck.

Era una concesión extraordinaria.

—Gracias, señora Tinckham —dije—, pero ¿dónde voy a dormir?

—Te prepararé la cama detrás del mostrador —dijo la señora Tinckham—. Llevaré a Maggie y sus gatitos a la habitación de atrás.

—¿Cómo están Maggie y sus gatitos? —pregunté cortésmente.

—Ven a verlos —dijo.

Consciente de que pisaba terreno sagrado, pasé detrás del mostrador. En el rincón, a los pies de la señora Tinckham, en una caja de cartón de papel de cartas, estaba Maggie con cuatro gatitos acurrucados contra su barriga listada. Maggie parpadeaba, bostezaba y miraba hacia otro lado mientras los gatitos se apretaban contra su piel. Eché un vistazo, miré más de cerca y luego lancé una exclamación.

—Sí, mira —dijo la señora Tinckham.

Me arrodillé y comencé a sacar a los gatitos uno por uno. Sus cuerpos eran redondos como pelotas y sus chillidos, casi inaudibles. Uno de ellos era atigrado, otro atigrado y blanco, y dos parecían completamente siameses. Estudié sus marcas, sus rabos torcidos y sus feroces y semicerrados ojos azules. Parecían chillar con más fuerza que los otros.

—¡Así que Maggie lo ha conseguido por fin! —dije. Mars metió su cabeza bajo mi brazo y husmeó a los animalitos con condescendencia. Los puse otra vez en la caja.

—Lo que no sé —dijo la señora Tinckham— es por qué esos dos son siameses puros y los otros distintos, en lugar de ser todos medio atigrados y medio siameses.

—Oh, siempre es así. Es muy sencillo —dije.

—Ah, y entonces ¿por qué es así? —dijo la señora Tinck.

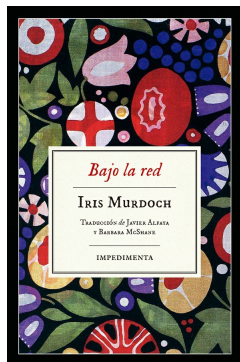
—Bueno —dije—, es solo una cuestión de...

Me detuve. No tenía la más mínima idea de por qué era así. Me eché a reír y la señora Tinckham se rio también.

—No sé por qué es así —dije—. Es simplemente una de las maravillas del mundo.

[6]. «Liga de los Amigos Mudos», sociedad protectora de animales.

Bajo la red



Jake Donaghue, un escritor y traductor intelectual y bohemio, deambula por un Londres inacabable intentando mejorar su situación tanto emocional como económica. Su novia, que se ha enamorado de un corredor de apuestas, le pide que se vaya de la casa que han compartido hasta ese momento. Donaghue se ve obligado a buscar un nuevo lugar en el que vivir, y recala en el hogar de una antigua novia, la cantante Anna Quentin. Es entonces cuando el destino lo lleva hacia un viejo conocido, Hugo Bellfounder, un abstruso filósofo con el que Jake tuvo ciertos desencuentros en el pasado. Iluminado, pero víctima de una continua desazón vital, Jake Donaghue no abandona su idea de convertirse en un verdadero escritor mientras el mundo parece derrumbarse a su paso.

Murdoch, Iris

Dame Jean Iris Murdoch nació en Dublín en 1919, aunque con semanas sus padres se trasladaron a Londres. Estudió en escuelas progresistas y posteriormente en el Somerville College, de Oxford. En Cambridge tuvo como maestro a Wittgenstein. Escribió su primera novela, *Bajo la red*, en 1954. Autora tremendamente prolífica, Impedimenta ha publicado hasta ahora *El unicornio* (1963) y *Henry y Cato* (1976). En 1997 fue galardonada con el Golden Pen Award por toda su carrera. Falleció a los 79 años, en 1999, y sus cenizas fueron esparcidas por el jardín del crematorio de Oxford.

Título original: *Under the Net*

Edición en ebook: noviembre de 2018

Copyright © Iris Murdoch, 1954

Copyright de la traducción © Javier Alfaya Bula y Mary Barbara McShane, 2018

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2018

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías

Corrección: Ane Zulaika, Ana Doblado y Aymará Cardeña

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17115-95-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

PORTADA
BAJO LA RED
UNO
DOS
TRES
CUATRO
CINCO
SEIS
SIETE
OCHO
NUEVE
DIEZ
ONCE
DOCE
TRECE
CATORCE
QUINCE
DIECISÉIS
DIECISIETE
DIECIOCHO
DIECINUEVE
VEINTE
SOBRE ESTE LIBRO
SOBRE IRIS MURDOCH
CRÉDITOS
ÍNDICE